

CRISTINA PRADA

Autora de la exitosa trilogía
«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»



MANHATTAN
CRAZY
LOVE

Lectulandia

Katie Conrad es la chica con más mala suerte del mundo. El destino, su mejor amiga y muchas mentiras con buena fe la ponen frente al trabajo de su vida, pero también frente a Donovan Brent, el hombre más odioso y atractivo sobre la faz de la tierra.

Donovan parece vivir sólo para torturarla. Y aunque Katie no duda en plantarle cara, las cosas casi nunca salen como las planea. Él convierte el sexo en algo increíble, loco y salvaje, y ella tendrá que decidir si eso es lo que quiere o no.

Los cuentos de hadas han vuelto a la ciudad más sexy y sofisticada. Sólo que no son como los recordabas.

Lectulandia

Cristina Prada

Manhattan crazy love

Manhattan Love - 01

ePub r1.0

Titivillus 08.03.16

Título original: *Manhattan crazy love*

Cristina Prada, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Cada día que pasa te quiero todavía más

1

Genial, ¿por qué todo tiene que pasarme a mí? ¡Joder, joder, joder! La maldita puerta está atrancada y me ha dejado atrapada en un cuartucho inmundo. ¡Pensaba que era el acceso a las malditas escaleras!

Pruebo a empujar la puerta con una mano, con dos, mano y pierna, las dos manos y la pierna, sólo pierna, patadas. ¡Joder!

Me paso las manos por el pelo casi al borde de la desesperación. Quizá pueda llamar a alguien. Sí, eso es. Tal vez Lola pueda venir a sacarme. Al fin y al cabo, estoy aquí por su culpa. Si ella no hubiese cerrado su apartamento con las llaves dentro, yo no habría tenido que cruzar toda la isla de Manhattan y traerle las de repuesto.

Pongo el bolso en el suelo y comienzo a buscar frenética. ¿Dónde está el maldito móvil? Cuando por fin lo encuentro, bajo dos chocolatinas y un paquete de clínex, marco el número de mi amiga.

—No puede realizar llamadas. Su línea se ha desactivado temporalmente por falta de pago.

Gimoteo y apoyo mi frente contra la ventana de cristal larga y delgada. Me han cortado el teléfono otra vez. Pensé que tendría línea hasta el lunes.

Abro los ojos y creo que hubiese sido mejor que los hubiera dejado cerrados, porque sólo me sirve para comprobar cómo el autobús número cinco, el que debería estar cogiendo en estos mismos instantes, se marcha de la parada de la 56 Oeste con la Sexta sin mí. ¡Voy a llegar tarde al trabajo!

—Mi vida es un asco —me quejo.

Tiro el móvil de nuevo en el bolso y dirijo mi renovada rabia hacia la puerta. Vas a abrirte maldito trozo de acero. Tengo muchas cosas que hacer. Tiro con fuerza, le doy una última patada y, aunque me hago polvo el pie, parece funcionar porque oigo un chasquido y la puerta finalmente cede y se abre.

Sí, sí, sí. Pego un saltito de alegría y me arrepiento de inmediato. ¡Qué daño! El tobillo me duele horrores. Suspiro hondo. Ahora no tengo tiempo. Recojo mi bolso y salgo de allí.

Espero el ascensor, como debí haber hecho desde un principio, y subo a la planta sesenta del edificio. Está desierta. Nunca había estado en las oficinas de una gran empresa, y no me las imaginaba así. Esperaba ajeteo, cubículos, gente tomando café. Desde luego la tele te da una visión muy distorsionada de la realidad.

—Buenos días —saludo a la chica de detrás del mostrador.

Ella me mira de arriba abajo preguntándose qué hago aquí. No la culpo. Debo de tener un aspecto horrible. Me estiro el vestido y me coloco mejor el bolso. Cuando salí de casa hace una hora, pensé que sería algo rápido. Subiría, le dejaría las llaves a Lola y volvería a mi apartamento antes de irme a trabajar. Y ahora estoy delante de esta chica con mi vestido marrón de pequeños lunares blancos, mis botas de media

caña y mi inmensa rebeca a juego con el vestido. Ni siquiera me he maquillado y llevo el pelo de cualquier manera, recogido en una cola de caballo que me he rehecho exasperada en plena batalla con la puerta. Vamos, que debo de estar hecha un auténtico desastre.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Mi sonrisa le obliga a sonreír. Eso es, empatía, bendita cualidad.

«La pena va más con esta situación».

—Estoy buscando a la señorita Lola Cruz, una de las secretarias de Michael Seseña.

—Se ha equivocado de oficina —me responde amable—. Lola trabaja justo enfrente.

Sonrío nerviosa. Soy estúpida.

—Lo siento —me disculpo.

—No se preocupe.

Salgo de las oficinas y cruzo un ancho pasillo enmoquetado. Ya a unos pasos de la puerta de cristal, puedo ver a Lola sentada a su mesa. Suspiro aliviada y empujo la puerta.

—Por fin llegas —se queja mi amiga al verme.

—No sabes lo que me ha pasado...

El teléfono de su mesa comienza a sonar. Ella me chista y me señala el sofá para que me siente. Intento protestar, tengo muchísima prisa, pero Lola frunce el ceño y vuelve a señalarme el tresillo. Yo pongo los ojos en blanco y finalmente me siento.

Prisa. Prisa. Prisa.

En el sofá ya hay dos chicas. Van impecablemente vestidas y se sonríen cómplices. Yo reviso mentalmente mi aspecto y me revuelvo incómoda mientras me paso con disimulo los dedos por mi pelo castaño rojizo. Tendría que habérmelo cortado. El flequillo casi me tapa los ojos y, teniendo en cuenta que son azules y grandes, los considero mi única arma.

Lola sigue al teléfono. En ese momento oigo de nuevo la puerta y entra un chico con paso decidido, leyendo unas carpetas.

—Lola, ¿has seleccionado ya a la chica?

La verdad es que es guapísimo. Debe de rondar los treinta. Alto, delgado, pero con el cuerpo perfectamente musculado. Tiene el pelo castaño y unos ojos impresionantes, aunque no soy capaz de distinguir el color.

Alza la mirada de las carpetas y la centra en Lola, que sumida en su conversación telefónica no le ha hecho el más mínimo caso. Él suspira brusco, da un paso hacia la mesa y le cuelga el teléfono. Lola mira sorprendida el aparato y después a él.

—Sé que tiene que ser muy trabajoso contarle a todos tus amigos del barrio gay lo emocionado que estás por tener al fin vagina —comenta mordaz—, pero yo tengo cosas que hacer.

Lola le dedica una furibunda mirada, él una sonrisa, breve y falsa, y yo no puedo

evitar sonreír y en realidad no sé por qué. No parece tener muy buen carácter.

—Las chicas seleccionadas le están esperando —comenta Lola arisca señalando el tresillo.

Sospecho que a mi amiga le gustaría lanzarle la grapadora a la cabeza, pero, por cómo se comporta, tan exigente e impaciente, debe de ser uno de los jefes.

El chico en cuestión se gira hacia el sofá. Ambas rubias le esperan con la sonrisa preparada en los labios y él se la devuelve. Es una sonrisa sexy y dura. Da la impresión de saber exactamente lo que esa sonrisa provoca en las mujeres.

Creo que las dos chicas están a punto de desmayarse y yo me siento claramente de más. Además, no quiero meter a Lola en un lío, así que me levanto dispuesta a marcharme.

—Espera un momento, ¿tú quién eres?

Alzo la cabeza y me encuentro con esos ojos claros de un color indefinido. Me mira de arriba abajo con descaro. Por algún extraño motivo consigue que resulte tan atractivo como impertinente. Finalmente sonrío de esa forma diseñada para fulminar lencería y me mira a los ojos.

—¿También vienes a la entrevista? —me apremia.

Pienso en una excusa que no comprometa a Lola.

—Sí, señor Brent —me interrumpe ella.

Pero ¿qué demonios está haciendo?

Aprovechando que él se gira hacia ella, abro los ojos como platos y farfullo un «¿qué coño haces?» que mi amiga ignora por completo.

—Además, se la recomiendo personalmente —añade con una sonrisa.

—Ya, bueno, que tú me la recomiendes no sé si juega exactamente a su favor —replica volviendo su vista hacia mí.

La sonrisa de Lola desaparece de golpe. Desde luego el señor Brent es un encanto.

—No puedo perder más el tiempo —continúa—. Vamos a mi despacho —me ordena.

Gira sobre sus talones y comienza a caminar. Yo miro a Lola y ella me hace un gesto para que lo siga. ¿De qué va todo esto? Además, no puedo quedarme. Voy a llegar tarde a mi verdadero trabajo. Mi amiga entorna los ojos y yo suspiro bruscamente justo antes de comenzar a andar.

Camina muy rápido. No es que corra, pero tiene unas largas piernas que le proporcionan unas grandes y elegantes zancadas. Es un andar muy masculino. No me puedo creer que me esté fijando en eso.

«Elegante manera de decir que le estabas mirando el culo».

Cruza el pasillo y volvemos a la otra oficina, a la que entré por equivocación. Saludo a la recepcionista, aunque él parece que ni siquiera la ve. Pasa varias puertas hasta que finalmente abre una y entra sin mirar atrás o preocuparse de si lo sigo.

Cuando entro yo, él ya está sentado a una exclusiva mesa de diseño de acero

blanco y cristal templado. Toda la habitación transmite ese aire de pura sofisticación y acento cosmopolita. Hay un enorme sofá blanco y, encima de él, un fantástico cuadro lleno de color y fuerza. No sé de qué artista es, pero parece de la escuela callejera del Nueva York de los ochenta. Junto a la mesa hay una estantería repleta de libros, revistas catalogadas y coches de colección. Hay al menos tres y no parecen de esos que vienen en fascículos de kiosco, más bien son de los que hizo un artesano en Centroeuropa y cincuenta años después se venden en una subasta en la televisión por cincuenta mil dólares.

A su espalda se levanta un inmenso ventanal con unas vistas increíbles. Central Park, mi lugar favorito de toda la ciudad, se rinde a sus pies y, a su lado, los rascacielos más asombrosos.

—Si ya ha dejado de admirar las vistas de mi ventana como si acabara de llegar del sur profundo y fuese la primera vez que ve un rascacielos, me gustaría empezar con la entrevista. No quiero perder más tiempo del necesario.

Su comentario me hace clavar de nuevo la vista en él. Observa unos papeles sin darle la mayor importancia a las palabras que acaba de decirme.

Es un auténtico capullo.

Lo miro y abro la boca dispuesta a llamarlo de todo, pero entonces él alza la vista y me observa fijamente. Tiene unos ojos impresionantes. Son de un verde diferente, casi azul. Creo que son los ojos más bonitos que he visto nunca.

Hace un gesto exigente con las manos apremiándome a decir lo que quisiera que fuese a decir, pero yo estoy conmocionada. No entiendo qué demonios me está pasando. Sólo quiero mandarlo al infierno y seguir con mi vida, pero mi cuerpo se niega a cooperar.

—Desde luego no eres muy espabilada, Pecosa.

¿Qué?

—¿Acaba de llamarme Pecosa? —pregunto con un tono de voz tan atónito como visiblemente molesto.

—Tienes pecas, así que te llamo Pecosa —responde como si fuera obvio—. A cada uno se nos conoce por nuestro rasgo más distintivo. A mí puedes llamarme señor increíblemente atractivo —sentencia de nuevo con esa maldita sonrisa.

Río escandalizada y furiosa, muy furiosa.

—Si te sientas y acabamos la entrevista, te dejo que te quedes en el sofá y me mires embobada desde allí mientras trabajo.

—Es...

Llaman a la puerta y otra vez vuelven a interrumpirme. Ahora mismo sólo quiero llamarlo de todo. Bastardo engreído y presuntuoso.

Da paso y su sonrisa se ensancha como si supiese exactamente lo que me sucede.

Lola abre la puerta, camina decidida y le entrega un papel.

—El currículum de la señorita Conrad. Lo había traspapelado.

El señor Brent coge el papel sin dar las gracias y comienza a revisarlo. Yo miro a

Lola inquieta en demasiados sentidos. Estoy nerviosa y quiero marcharme de aquí. Además, apostaría los veintiséis dólares que tengo en la cartera, y en mi vida en general, a que ese currículum acaba de escribirlo ahora mismo. Ella me mira y respira hondo, invitándome a hacer lo mismo. Al ver que no se marcha, el señor Brent alza la vista del documento y clava su mirada en ella hasta que Lola se da por aludida, se disculpa y se va.

Cuando oigo la puerta cerrarse a mi espalda, estoy preparada para llamarle gilipollas y largarme.

—Bueno, señorita Katie Conrad —comenta ojeando *mi* hoja de vida—. ¿Nadie le ha dicho que los currículum sin foto no van a ninguna parte? Además, no es demasiado fea... hay quien la contrataría sólo por eso.

Eso ya ha sido la gota que ha colmado el vaso. Estoy demasiado cabreada. Apoyo las palmas de las manos en la mesa y me levanto como un resorte. Él alza la mirada.

—¿Adónde cree que va? —pregunta arisco.

—¿Sabe? Prefiero cortarme todos los dedos de las manos antes que trabajar para usted.

Me giro concienciándome de que no puedo asesinarlo en su despacho y camino hasta la puerta. Pero entonces le noto sonreír a mi espalda y definitivamente no entiendo nada. Sin saber ni siquiera por qué, y a pesar de no haberla visto, me doy cuenta de que es una sonrisa completamente diferente a las que le he presenciado hasta ahora. Suena sincera, como si realmente le divirtiese.

—Cobrarás unos setecientos a la semana.

Esas seis palabras me dejan clavada en el elegante parque. Es casi el doble de lo que gano ahora y solucionaría todos mis problemas de un plumazo. Ah, pero no quiero trabajar para él. Es odioso y está como un tren, una combinación horrible.

—Trabajarás para Dillon Colby. Bueno, imagino que Lola ya te lo habrá explicado. Por cierto, en el trabajo vístete un poco mejor, Pecos; por ejemplo, con ropa que no parezca salida del armario de una universitaria con dificultades económicas.

Si sustituimos «universitaria» por «exuniversitaria porque no tuvo dinero para pagar la matrícula del siguiente semestre», ha dado en el clavo.

Suspiro discretamente y me tomo un momento para analizar la situación. Si técnicamente no trabajaré para él, sólo tengo que asentir, tragarme temporalmente mi orgullo y no volver a verlo más. Lo pienso un segundo. Este trabajo me haría la vida infinitamente más fácil. No hay nada más que analizar.

Vuelvo a suspirar, me giro, asiento y me encamino de nuevo hacia la puerta.

—Y otra cosa —vuelve a intervenir.

No sé por qué, me detengo de nuevo. Creo que es su voz. Es grave, muy masculina y sensual.

Suelto el pomo que ya había agarrado y me giro una vez más. Él deja los papeles sobre el escritorio, se levanta, rodea su mesa y se apoya hasta casi sentarse en ella.

Tiene sus ojos posados en los míos. No me había dado cuenta hasta ahora de que tiene una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha.

—Lo de que te podías quedar a mirarme mientras trabajo, iba en serio. Después puedo llevarte a tomar algo.

¿Cómo se puede ser tan presuntuoso, tan arrogante, y además tener esa mirada que parece decir que encima debería sentirme afortunada? ¿A quién pretendo engañar? Es tan condenadamente atractivo que imagino que normalmente las chicas se le tiran a los pies y puede permitirse no tener que ser simpático.

—Señor Brent, como voy a trabajar para el señor... —hago memoria rápidamente —... Colby y no para usted, puedo ser sincera y decirle que es un capullo engreído con el que no compartiría ni un vaso de agua en un desierto a cincuenta grados.

—Qué específica.

—Lo que se merecía.

Qué relajada me he quedado.

Él sonríe arrogante, se incorpora de un elegante paso y da otro más para estar peligrosamente cerca de mí.

—El señor Colby trabaja para mí.

¡Mierda!

El señor Brent se queda mirándome con esa maldita sonrisa y ahora mismo yo sólo quiero que la tierra me trague. ¿Por qué siempre tengo que tener la boca tan grande?

—Empezará mañana y en esta oficina.

No. No puede ser.

Sin dejar de sonreír, vuelve a sentarse en su sillón de ejecutivo y yo salgo disparada de su despacho antes de que acabe diciendo otra estupidez.

No me lo puedo creer. ¿Qué acaba de pasar? Es un imbécil y un capullo y no puedo creer que, sin ni siquiera entender todavía cómo, acabe de convertirse en mi jefe, ¡mi jefe! Esto es una auténtica locura.

Desde el pasillo agito las manos hasta que Lola me ve. Con una sonrisa de oreja a oreja corre hasta mí. Me gustaría saber cómo lo hace subida a semejantes tacones.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta interrumpiendo mi inminente bronca.

—Bien, tengo el trabajo, pero...

—¡Tienes el trabajo! ¡Genial! —vuelve a interrumpirme abrazándome.

—Lola, cálmate un segundo y explícame de qué va todo esto, porque no entiendo nada. Para empezar, ¿quién es ese tío?

Lola frunce los labios y se alisa su interminable melena negra recogida en una perfecta cola. Claramente no le cae nada bien.

—Es Donovan Brent, uno de los socios de Colton, Fitzgerald y Brent —dice señalando, como si fuera la azafata de la lotería, un discreto rótulo blanco sobre la puerta de cristal de la oficina de la que acabo de salir—. Tan increíblemente capullo como atractivo. Es uno de los mejores en lo suyo. Eficacia germana garantizada.

—¿Es alemán? —pregunto sorprendida. No le he notado el más mínimo acento.

—Sí, pero lleva viviendo aquí desde crío. Es muy guapo, ¿verdad? —pregunta pícaro.

Asiento. La verdad es que sí y, sin quererlo, me concentro sólo en eso y se me olvida todo lo demás.

—Parece que, al final, vas a tener que agradecerme más cosas aparte del trabajo —comenta perspicaz sacándome de mi ensoñación.

Yo la fulmino con la mirada para ocultar que estoy a punto de ruborizarme.

—No digas tonterías. Es odioso —me defiendo.

—No te preocupes —intenta calmarme—. Trabajarás para Dillon Colby en el edificio Pisano, a unas calles de distancia.

—Me ha dicho que empezará a trabajar mañana y que lo haré aquí —la corrijo.

Lola me mira confusa.

—No sé, a lo mejor quiere enviarte con los conceptos básicos aprendidos.

—Pero ¿qué conceptos? —Estoy empezando a agobiarme un poco—. Ni siquiera sé cuál es el trabajo.

—Serás el enlace entre Dillon Colby y estas oficinas. Él se encarga de supervisar ciertos negocios para Colton, Fitzgerald y Brent, y tú estarás entre las dos oficinas, asistiéndole.

Mi amiga pronuncia cada palabra como si fuera el trabajo más sencillo del mundo, pero yo no lo veo así en absoluto. Mi agobio va en aumento.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —vuelvo a quejarme—. No he trabajado en una oficina en mi vida.

—Es muy sencillo, Katie. Eres organizada y muy inteligente. Tú concéntrate en aprender rápido. Esta noche, cuando vuelvas del trabajo en la cafetería, busca en Google nociones básicas de contabilidad y listo —concluye con una voz fabricada a base de reposiciones de «La casa de la pradera» y pastillas de la felicidad.

—Lola.

Acaba de volverse completamente loca. ¿Nociones básicas de contabilidad en Google?

—Vamos, Katie —me arenga—. El dinero te va a venir de miedo. Te servirá para pagar esas malditas facturas.

Lola conoce perfectamente la situación por la que estoy pasando y sabe que esa premisa pesa más que cualquier otra, incluida la posibilidad de trabajar para alguien tan odioso como Donovan Brent.

—Está bien, acepto, pero no sé cómo va a salir.

—Saldrá genial —sentencia sin ningún tipo de dudas con una sonrisa.

Me hago la enfurruñada, pero no puedo evitar acabar devolviéndosela. Si de verdad sale genial, sería el fin de todos mis problemas. Sin embargo, en ese preciso instante caigo en la cuenta de la hora que es. ¡Llegaré tardísimo al trabajo!

—Toma tus llaves —digo sacando unas de mi bolso y tendiéndoselas.

—Me salvas la vida.

—No te preocupes, y ahora me voy o Sal me matará.

Cruzo la ciudad en autobús, afortunadamente más rápido de lo que pensaba. Cuando entro en la cafetería, Sal me mira con la pala de madera en la mano y refunfuña justo antes de meterse de nuevo en la cocina.

—Lo siento, Sal —gimoteo pasando al otro lado de la barra y anudándome el mandil que mi amiga Cleo me tiende.

—No te preocupes. No se ha enfadado mucho —murmura con una sonrisa.

Se la devuelvo a la vez que me recojo el pelo en un moño alto. La campanita suena, avisándonos de que entra un cliente, y las dos miramos hacia la puerta. Cleo me toca el brazo para indicarme que se ocupa ella.

Este pequeño gastropub se ha puesto muy de moda entre los ejecutivos de los edificios colindantes. No me extraña en absoluto. La comida de Sal es deliciosa y, tras la última reforma, el local ha quedado de miedo.

Me aliso el mandil, guardo mi bolso bajo la barra y suspiro hondo. Lista para trabajar.

A las cuatro todo está de lo más tranquilo. Sal está en el despacho, enredado en facturas, y Cleo y yo nos dedicamos a secar y colocar los vasos.

—¿Y ya le has dicho a Sal que te marchas? —pregunta Cleo.

—¿Por qué iba a marcharme? —inquiero a mi vez confusa.

Cleo, embarazadísima de ocho meses, se lleva la mano a la espalda y hace una mueca de dolor. Yo dejo el vaso que secaba sobre la barra y la llevo hasta uno de los taburetes al otro lado. No deja de protestar en todo el camino.

—Necesitas descansar —le recuerdo.

Ella sonrío pero, cuando apenas me he girado, veo de reojo cómo ya está poniendo un pie en el suelo dispuesta a levantarse. Me vuelvo y la señalo amenazante a la vez que le hago un mohín de lo más absurdo. Una especie de mezcla entre el De Niro de las películas de mafiosos y Alec Baldwin en «Rockefeller Plaza».

Al final las dos nos echamos a reír y ella deja su trapo encima de la barra en señal inequívoca de rendición.

—Lo dicho —dice retomando la conversación—. Pensé que, ahora que Lola te había conseguido ese trabajo, te marcharías de aquí.

—Cleo, no puedo dejar este trabajo. Con lo que gano aquí pago el alquiler y las facturas y con el otro trabajo podré devolver el dinero al banco.

Asiente y me mira con empatía.

Lo cierto es que mi vida no es precisamente como me la había imaginado. Creí que, con veinticuatro años, estaría recién licenciada, haciendo un máster o viajando por Europa... y no pensando en cómo compaginar dos trabajos y llena de deudas hasta las cejas.

Mientras regreso a casa, pienso en la locura de día que he tenido y, lo que es peor aún, en el que me espera mañana. Afortunadamente, Lola parece haber escuchado los

mensajes telepáticos que le he estado mandando toda la tarde y, cuando llego a su apartamento, tiene preparada una jarra de margaritas heladas y a Harper, nuestra otra compañera de aventuras, sentada en el sofá.

A la mañana siguiente, cuando suena el despertador, ya estoy nerviosa. En la ducha me arengo recordándome que he salido de situaciones peores, mucho peores en realidad. Sólo tengo que tener los ojos bien abiertos y pasar desapercibida los primeros días hasta que me haga con el trabajo.

Delante del armario rememoro las palabras del odioso señor Brent y realmente no sé qué ponerme. Recuerdo la premisa de pasar desapercibida, así que elijo un vestido azul marino muy sencillo y mis botines marrones. Me hacen ganar unos centímetros y son muy cómodos.

Sentada en el sofá donde Eve, la recepcionista, me ha indicado que debo esperar al señor Brent, estoy aún más inquieta. Lola no fue capaz de explicarme cuál sería mi trabajo más allá de repetir unas cuatrocientas veces la palabra *asistir*.

Jugueteo nerviosa con la identificación que Eve me ha indicado que siempre debo llevar colgada. Debería marcharme, aún estoy a tiempo, pero en ese mismo instante oigo una puerta abrirse y a alguien caminar hacia el vestíbulo. Está guapísimo. Exactamente como lo recordaba y exactamente como llevo negándome a admitir desde ayer. Lleva un traje de corte italiano azul oscuro y una camisa blanca inmaculada, con los primeros botones desabrochados, sin corbata. Se para frente al mostrador de Eve y le da unos papeles.

—Pecosa —dice reparando en mi presencia. Juraría que ha sonreído—, llegas tarde.

Genial. Justo tan agradable como ayer.

—Señor Brent —lo saludo levantándome y esforzándome sobremanera en no llamarlo capullo.

—Veo que has decidido obviar lo que te dije sobre el vestuario.

Inconscientemente llevo mi vista hacia mi vestido. No lo veo mal. De acuerdo que no es del tipo *look* oficinista, pero no tiene nada de inapropiado.

—Ya tendrás tiempo de compadecerte en tu hora del almuerzo. A trabajar.

Su comentario me hace alzar la vista de golpe. Maldito gilipollas.

No le digo nada, pero lo fulmino con la mirada. Él ni se inmuta, gira sobre sus talones y regresa a su despacho. Interpreto que tengo que seguirlo y así lo hago.

Ya en su oficina, rodea su mesa y se sienta. Yo me quedo de pie frente a él.

—Quiero que revises las facturas de los dos últimos trimestres para que sepas lo que hacemos en el edificio Pisano.

Asiento. Eso no parece muy difícil, sobre todo en cuanto sepa dónde guardan esas facturas. El señor Brent se levanta, se dirige a la estantería y coge varias carpetas.

—Hazme una comparativa de balance, beneficio y *target* con las dos principales

competidoras de Colby. No quiero que se duerma en los laureles. Ese viejo gordo se está volviendo perezoso —continúa.

Vale, balance, beneficio y *target*. Balance, beneficio y *target*. El truco está en recordar las palabras clave y preguntarle a Lola en cuanto tenga oportunidad. Vuelvo a asentir.

—Cuando termines, revisa toda la información de la constructora de Nikon — comenta regresando a su mesa—. La última vez que le eché un vistazo, las solicitudes 326 y 328 estaban mal. No estoy contento con las cuentas del asunto Moore. Repásalas y hazme una perspectiva de depósito a dos años en vez de a cuatro, pero variable, no fija, y aplica una tasa de interés del cinco por ciento. No me gustaría que nos quedáramos cortos.

¿Qué? ¿Y esto es la contabilidad básica que según mi queridísima amiga podría haber aprendido en Google en una noche? Creo que estoy empezando a tener sudores fríos.

El señor Brent me mira. Tengo que decir algo.

—¿Dónde está mi mesa? —pregunto indiferente.

Sí, señor. Ha quedado muy profesional, como diciendo «ya quiero ponerme a trabajar y todo lo que me ha pedido no me supone el más mínimo problema».

—Trabajas aquí conmigo hasta que te enviemos definitivamente con Colby. Tienes la tablet en la mesa, junto al sofá.

Suspiro hondo y me dirijo hacia el tresillo. Me siento y cojo el iPad que me espera en la elegante mesita de centro de Philippe Starck.

—Dos, dos, siete, uno, cero.

—¿Perdón?

—La clave para desbloquear la tablet —me aclara alzando la vista.

Asiento e involuntariamente sonrío. Ahora mismo estoy demasiado nerviosa. Él se queda observándome y yo tengo que acabar apartando la mirada.

¿Qué demonios voy a hacer? ¿Y por qué es tan increíblemente guapo? Desde luego eso no va a ayudar a mi nivel de concentración.

Me autocompadezco mentalmente un par de segundos, pero en seguida sacudo con discreción la cabeza y cojo el iPad con fuerza. He salido de situaciones peores. Además, las facturas son lo mío. Llego a fin de mes con el salario mínimo. Lo que hago es contabilidad de alto nivel.

Trasteo en la tablet hasta que encuentro los archivos de Colby. Comienzo a revisarlos y, como me temía, a pesar de mis frases motivacionales, no entiendo una sola palabra. Suspiro discretamente. Esto no está saliendo como esperaba.

—Pecosa, ven aquí.

El señor Brent se levanta y me hace un gesto para que me acerque. Dejo el iPad sobre el sofá y camino hasta colocarme a su lado. Sonrío y no sé por qué. Creo que es su proximidad. Huele muy bien, a ropa recién lavada, a suavizante caro y a gel aún más caro. Es suave y muy fresco.

—Tienes que firmar esto —dice señalando unos papeles sobre su elegante escritorio.

Asiento mirando los documentos. Él no dice nada. Por un momento sólo me observa. Inconscientemente me muerdo el labio inferior y, otra vez sin saber por qué, alzo la mirada y dejo que la suya me atrape.

—Es un acuerdo de confidencialidad para todo lo referente a la empresa. —Su voz se ha vuelto más ronca.

Yo asiento de nuevo. Tiene unos ojos espectaculares. Ahora mismo me es imposible distinguir si son azules o verdes. Finalmente suspira brusco y aparta su mirada de la mía.

—Léelo, fírmalo y entrégaselo a Eve —me anuncia mecánico—. Tengo una reunión.

Sin darme oportunidad a responder, tira un bolígrafo sobre los papeles y se dirige a la puerta del despacho. De pronto me siento como si me hubiesen sacado de una burbuja.

—Pecosa, lo quiero todo listo para cuando vuelva. Después de comer tenemos una reunión.

Tan pronto como la puerta se cierra tras él, suspiro hondo. ¿Qué acaba de pasar?

Decido hacer como si nada hubiese ocurrido y eso incluye que me prohíbo volver a pensar en lo bien que huele, en lo guapo que es o en los ojos tan increíblemente bonitos que tiene. Ahora necesito ser profesional, muy muy profesional.

Sopeso mis opciones. Está claro que no voy a poder hacer todo esto sola. Una luz se enciende en el fondo de mi cerebro. Él está en una reunión y mi querida y eficientísima amiga Lola está a un par de pasillos de distancia. Sin dudar, cojo la tablet y cruzo la oficina como una exhalación mientras intento recordar todas las cosas que me ha pedido.

Observo a Lola a través de la puerta de cristal y le hago un gesto para que salga. Ella me devuelve la misma seña diciéndome que entre. Imagino que está sola y, en realidad, prefiero que tratemos esto aquí. Tengo menos probabilidades de que me pillen siendo una total incompetente escondida en la oficina de enfrente.

—Lola, tengo un problema —me quejo caminando hasta su mesa—. Lo que tú llamas contabilidad básica, me da la sensación de que es quinto de económicas. No entiendo nada.

—No será para tanto.

—Sí lo es. —Callo un segundo—. ¿Quedaría muy mal que le tirara algo a la cabeza cada vez que me llama Pecosa?

Lola sonrío y oigo otra risa tras de mí. Me giro y me sorprendo al encontrar sentada en un escritorio, a mi espalda, el único que no se ve desde la puerta, a una chica más o menos de mi edad, rubia, muy guapa y con unos enormes pendientes de aro.

—Me apuesto un millón de dólares a que hablas de Donovan Brent.

Sonríó algo inquieta. ¿Lo conoce? Lola parece tranquila, así que supongo que no debo preocuparme.

—Me llamo Mackenzie —dice levantándose y tendiéndome la mano.

—Mackenzie fue recepcionista para los chicos —apunta Lola.

—¿Los chicos? —pregunto estrechándosela—. ¿Colton, Fitzgerald y Brent?

—Sí, fue hace unos meses. La verdad es que me gustaba trabajar para ellos —me explica con una sonrisa.

No puedo creer el lío en el que mi enorme bocaza acaba de meterme.

—Pero encontré este trabajo como secretaria de Michael Seseña y no lo dudé —continúa—. Me gustaría ser publicista, y trabajar en la empresa de Charlie Cunningham es el mejor paso.

Sé a qué se refiere. Lola me ha contado muchísimas veces que el jefe de su jefe, Charlie Cunningham, es algo así como un mito en la publicidad y las relaciones públicas. Fue él quien convirtió Times Square en lo que es hoy, y también corre el rumor de que fue quien convenció a la familia Rockefeller de que no se deshiciera de la pista de patinaje sobre hielo en su complejo comercial.

—Algún día seré una ejecutiva de armas tomar —sentencia.

Ambas ríen y yo lo hago por inercia. Todavía no sé si acabo de ganarme un despido fulminante. Quizá todavía tenga relación con ellos o incluso sean amigos.

—Yo soy Katie —me apresuro a decir.

Mejor caerle bien y volver a mostrarme profesional.

—¿En que querías que te ayudase? —pregunta Lola.

—En nada —me apresuro a responder.

Mi amiga me observa perspicaz.

—Mackenzie es de confianza —me asegura.

—Y opino que no, no quedaría nada mal que le tirases algo a la cabeza cada vez que te llama... —hace una pequeña pausa intentando recordar mi apodo... ¿Pecosa?

Sonríe. Yo finalmente me relajo y hago lo mismo a la vez que asiento.

—No me ha llamado por mi nombre ni una sola vez.

—Donovan es así, pero, en el fondo, muy en el fondo, casi cuando estás a punto de tirar la toalla, es un buen tío.

Las tres sonreímos.

—¿Eres su nueva secretaria? —pregunta—. ¿Sandra ya se ha rendido?

—No; trabajaré para Dillon Colby —le aclaro—, pero parece que aprenderé lo necesario aquí con él.

Ahora es Mackenzie la que me mira perspicaz, como si no terminara de encajarle o le encajara demasiado bien, no lo sé.

—El caso es que todo está siendo más complicado de lo que creía —confieso.

—¿Qué te ha pedido que hagas? —inquieta Lola.

Intento hacer memoria y mi mente perversa me regala el perfecto recuerdo de su

olor y esa espectacular sensación de tenerlo tan cerca.

Mala idea, mala idea.

—Quiere que repase las facturas de los dos últimos trimestres de Dillon Colby y que estudie a su competencia directa —me obligo a explicar. Las dos asienten—. Además de algo de las constructoras de... —trato de hacer memoria—... ¿Nikon? Unas solicitudes estaban mal y algo de un tal Moore, pero ni siquiera recuerdo el qué.

Oficialmente estoy agobiada.

—¿Algo más? —pregunta Mackenzie socarrona.

—Tengo que tenerlo todo listo para la hora del almuerzo.

Vuelven a sonreír, pero esta vez con cierta ironía. Lola incluso se permite agitar la mano.

—Bueno, vamos por partes —comenta Mackenzie—. Lo primero sería saber exactamente lo que tienes que hacer.

—Creo que lo primero sería resaltar que Donovan no ha firmado la abolición de la esclavitud —bromea Lola y por fin sonrío.

—Este truco te va a salvar la vida y también te va a servir para torturar a Donovan —continúa Mackenzie quitándome el iPad de las manos.

¿Torturar al señor Brent? Acaba de conseguir toda mi atención.

—Donovan es un obseso del control.

—Un rasgo muy característico al otro lado del pasillo —puntualiza Lola socarrona.

Las dos vuelven a sonreír y se miran cómplices. Deben conocer un secreto de lo más jugoso. Parece que tengo que ponerme al día con según qué cotilleos.

—El caso es que apunta en su tablet todo lo que quiere que se haga —reconduce Mackenzie la conversación—, hasta el más mínimo detalle. Y todas las iPad están conectadas por la intranet, así que puedes ver su agenda y su plan de trabajo desde la tuya.

Mackenzie toquetea mi tablet y accede a una lista casi interminable. Al verla, las chicas deciden apiadarse de mí y entre las tres conseguimos hacer todo el trabajo.

Cuando terminamos los informes y los subimos a la intranet, bajamos a comer algo a un pequeño restaurante a unas manzanas de la oficina.

—Era absolutamente imposible que pudieras hacerlo todo tú sola —comenta Mackenzie—. Donovan se va a llevar una sorpresa —sentencia.

—Muchas gracias, chicas.

Literalmente me han salvado.

—¿Qué sabes de gestión alternativa de patrimonios? —me pregunta mi nueva amiga clavando su tenedor en la ensalada.

—Nada.

—Según tu currículum, tienes un máster —apunta Lola como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —La sensación de agobio vuelve como un ciclón—. Pero ¿qué

escribiste en ese maldito papel? —inquiero alarmada.

Ella sonrío intentando parecer despreocupada. No lo consigue y automáticamente eso me preocupa a mí.

—Que estás licenciada en Económicas por Columbia y tienes un máster en Gestión alternativa de patrimonio y otro en Inversiones de riesgo capitalizadas.

—¿Qué? —vuelvo a repetir atónita—. Lola, ¡por Dios!

—Quería asegurarme de que te contratara —se disculpa—. Eres muy buena y, de haber tenido la oportunidad, habrías podido hacer todos esos másteres. Estoy segura.

Cruzo los brazos sobre la mesa y hundo mi cabeza en ellos. Tengo que dejar este trabajo.

—¿Hay algo en ese currículum que sea verdad? —inquire Mackenzie.

—En el fondo todo puede ser verdad —se excusa Lola.

—Dejé la universidad el segundo año —replico saliendo de mi nido de avestruz particular— y estudiaba para ser bióloga —añado exasperada, casi desesperada.

—Ciencias —sentencia Lola como si esa palabra englobara cualquier cosa que no se estudie en latín.

—Tengo que decir una cosa buena y otra mala —apunta Mackenzie—. ¿Por cuál quieres que empiece? —me pregunta.

Lo pienso un segundo.

—La mala.

—Donovan es muy inteligente, y también muy listo y muy desconfiado. No es nada fácil engañarlo.

Genial.

—¿Y la buena?

—Que, precisamente por eso, si te contrató, es porque vio algo en ti.

Recapacito sobre las palabras de Mackenzie y curiosamente me siento un poco reconfortada. A lo mejor Donovan ha encontrado algo en mí que ni siquiera yo he sido capaz de ver. Por un momento esa idea, la sensación de que él sea capaz de leer en mí incluso mejor que yo misma, me gusta más de lo que me atrevería a reconocer. Sacudo la cabeza. No me interesa que Donovan Brent me vea de ninguna manera.

De vuelta en la oficina, mientras espero a que mi jefe regrese, me doy cuenta de que lo que tengo que hacer es adelantarme a cada paso y así tener tiempo de prepararme. Miro en el iPad y la reunión será con un tal Ben Foster. No encuentro más información sobre él en la tablet, así que decido ir hasta recepción y preguntar a Eve dónde encontrar ese tipo de archivos.

La encuentro charlando con una mujer de unos cuarenta años, muy simpática y con pinta de hablar por los codos. Resulta ser Sandra, la secretaria del señor Brent. Ella me ayuda a encontrar la información que necesito.

En los cuarenta y tres minutos siguientes memorizo hasta el último detalle de ese hombre, su empresa y lo que Colton, Fitzgerald y Brent han hecho para él.

Cuando la puerta del despacho se abre, me levanto como un resorte y cuadro los

hombros. El señor Brent entra y, sin ni siquiera mirarme, se sienta a su mesa. Yo me quedo de pie esperando a que se levante y nos marchemos a la reunión.

—Pecosa, sé que soy guapo —comenta sin alzar la vista de la pantalla de su reluciente Mac último modelo—, pero ¿qué tal si, aparte de mirarme embobada, terminas todo lo que te he pedido?

Por el amor de Dios, ¿se puede ser más engreído?

—Ya lo he terminado todo —respondo insolente.

Él me mira sorprendido y yo luzco mi sonrisa más arrogante. Sí, señor. Ahora entiendo a Mackenzie. Esa cara vale millones.

—Era lo que tenías que hacer —contesta recuperando el control de la situación y poniendo su expresión más displicente—. En la tablet tienes la agenda de mañana. Tenemos tres reuniones, prepáralas. Sandra tiene la documentación.

—¿Y qué pasa con la reunión de hoy con Ben Foster? —pregunto confusa.

—Aplazada. Las reuniones de mañana —me apremia.

Salgo del despacho y me permito dedicarle mi mejor mohín cuando me aseguro de que, ya de espaldas a su escritorio, no puede verme. Lola tenía razón. Es tan atractivo como gilipollas; quiero decir, tan gilipollas como atractivo.

Maldita sea.

Sandra me da todo lo que necesito y regreso al despacho. Es encantadora. Creo que me va a resultar muy fácil trabajar con ella.

No sé exactamente lo que incluye preparar una reunión, pero imagino que se refiere a conocer toda la información y tener previsto cualquier problema que pueda surgir.

Después de una hora sentada en el sofá, comienza a resultarme de lo más incómodo y me siento en el suelo. El señor Brent me mira de reojo, sonrío pero no dice nada, así que doy por sentado que no le parece mal.

Miro el reloj. Dentro de cuatro horas comienza mi turno en el restaurante. Espero acostumbrarme rápido a este ritmo o morir en el intento, pero, sea lo que sea, que ocurra pronto. Tengo sueño sólo con imaginar lo poco que podré dormir.

El señor Brent parece muy concentrado. Repasa papeles, responde *emails*, lee gráficos... Es muy eficiente y las palabras de Mackenzie acuden a mi mente: muy inteligente y muy listo. Desde luego da esa impresión. Casa perfectamente con el ambiente sofisticado y elegante que se respira aquí.

Se levanta sacándome de mi ensoñación. ¿Cuánto tiempo llevo mirándolo? Espero que no haya sido mucho y que no se haya dado cuenta.

Intento mantener mi vista centrada en el iPad, pero no me lo está poniendo fácil. Se ha quitado la chaqueta y se ha remangado la camisa hasta el antebrazo. Es una absoluta locura lo *sexy* que le caen los pantalones sobre las caderas.

Va hasta la estantería, regresa a la mesa y vuelve a la estantería. ¿Así cómo voy a dejar de mirarlo? Si no fuera completamente imposible, diría que lo hace a propósito.

Concéntrate en las reuniones, Katie Conrad. Sé profesional.

Preparo todo lo que creo que podrá sernos útil mañana. Memorizo los perfiles de las personas con las que nos reuniremos. Repaso todo el material que hay sobre ellos e incluso pienso el itinerario más corto para llegar a cada una de las citas.

Alzo la mirada para descansar los ojos de la tablet unos segundos y, sin quererlo, nuevamente vuelvo a quedarme hipnotizada por Donovan Brent. Me pregunto de qué será esa pequeña cicatriz que tiene sobre la ceja derecha. ¿Una pelea en un bar, un accidente de coche?

Me mira y automáticamente clavo mis ojos en el iPad. Ha sonreído. ¡Mierda! Eso sólo puede significar que me ha pillado contemplándolo embobada.

—Pecosa, ven aquí.

Mentalmente me pongo los ojos en blanco. ¿Por qué no he podido mirar al techo?

Mientras camino hacia su escritorio, se levanta, coge una carpeta y se inclina para teclear algo en el ordenador.

—No has firmado el acuerdo de confidencialidad —me comenta apoyándose, casi sentándose, en la mesa y quedando frente a mí.

Es cierto. Salí escopetada para pedirle ayuda a Lola y no lo hice. Sonrío y me inclino para firmarlo.

—Léelos —me ordena suavemente y por algún extraño motivo me siento incapaz de desobedecerlo.

Cojo los papeles y comienzo a leerlos. Él no se mueve y tampoco aparta esos increíbles ojos de mí. Otra vez, casi sin quererlo, levanto la mirada de los documentos y dejo que la suya me atrape. Con el sol de la tarde atravesando el enorme ventanal, parecen casi verdes. Pero rápidamente me obligo a apartar mi vista. No quiero volver a quedarme admirándolo embobada.

Lo noto sonreír; es una sonrisa arrogante pero increíblemente atractiva, muy muy *sexy*.

—¿Qué tal el primer día de trabajo? —pregunta con su voz grave y masculina.

—Bien, muy bien —musito volviendo a alzar imprudente la cabeza.

Su mirada se clava de nuevo en la mía y, robándome cualquier tipo de reacción, se inclina sobre mí hasta que su cálido aliento acaricia mi mejilla.

—Me alegro, porque no quiero que tengas que cortarte esos dedos. —Su voz se agrava aún más sensual y yo tengo que concentrarme en no suspirar—. Apuesto a que estuviste toda la noche pintándote las uñas para que te hicieran juego con ese vestidito.

2

No tengo la más remota idea de qué hacer o decir. Sus ojos me han hipnotizado. Me hacen imposible reaccionar en cualquier sentido. Él vuelve a sonreír; sabe exactamente lo que ha hecho, y una luz se enciende en el fondo de mi cerebro: Reacciona, sal de aquí. Te estás comportando exactamente como la niña tonta que él ha dado por sentado que eres.

Trago saliva, apoyo los papeles en la mesa y los firmo apresurada.

—Mi jornada laboral ha terminado, señor Brent. —O al menos eso creo; si no, acabo de subir un peldaño más en mi escala particular del ridículo—. Nos vemos mañana.

Me separo de él y todo mi cuerpo protesta. Es la situación más frustrante con la que me he encontrado nunca.

Farfullando, regreso al sofá, recupero mi bolso y voy hasta la puerta.

—Hasta mañana, Pecos.

Se despide sin ni siquiera mirarme, pero con ese tono tan presuntuoso. ¡Idiota!

—Hasta mañana, señor Brent.

Cierro con un comedido portazo y cruzo la oficina como una exhalación. ¡Ah! ¡Me pone de los nervios!

«Y más cosas».

Llego a casa con el tiempo justo para cambiarme de ropa. Mi turno en el restaurante empieza en menos de diez minutos. Afortunadamente, Sal siempre ha sido bastante comprensivo con mi falta de puntualidad.

Cuando suena el despertador, tengo ganas de tirarme por un precipicio sólo por los días que estaría de descanso obligado en un hospital. Apenas he dormido y todo el estrés del día de ayer la ha tomado con cada hueso y músculo de mi cuerpo.

Por si fuera poco, la madera de las ventanas de mi apartamento se hinchó a principios de otoño y desde entonces no encajan bien. Hace un frío que pela y hoy me he levantado con ese mismo frío metido en el cuerpo.

Me doy la ducha más larga del mundo y delante del armario pienso en qué ponerme. Al final opto por uno de mis vestidos. Soy plenamente consciente de que no cumple con lo que una oficinista se pondría, pero tengo veinticuatro años, en mi armario no hay esa clase de ropa. Es un vestido o unos vaqueros.

En la parada del autobús queda un asiento libre y lo atrapo sin dudar. Estoy demasiado cansada para esperar de pie. Sin embargo, antes de poder saborear mi recién adquirida comodidad, una mujer empujando un carrito de bebé se acerca a la parada. A su lado corretea un niño pequeño jugando con un avión de plástico. El crío parece tener toda la energía que le han robado a ella. La miro y suspiro a la vez que me levanto farfullando mentalmente. La última vez que esta mujer durmió debió de

ser en la inauguración de las olimpiadas de Pekín.

Llego a la oficina puntual como un reloj. No quiero darle motivos al señor Brent para que pueda volver a quejarse.

No he avanzado un metro más allá del mostrador de Eve cuando oigo pasos a mi espalda.

—Pecosa, llegas tarde.

¿Qué?

—Siento contradecirle, señor Brent, pero son las ocho en punto.

—Si yo ya estoy aquí, significa que tú llegas tarde.

Le pongo los ojos en blanco consciente de que no puede verme y lo sigo hasta su despacho.

—Hoy la cosa va así.

—Espere un segundo —lo interrumpo.

Él me mira confuso; supongo que no está acostumbrado a que le hagan esperar muy a menudo, pero esta vez no quiero olvidar ni una sola coma. Meto las manos en mi bandolera y saco una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Qué mona —comenta sardónico—, pero ¿no le faltan unas pegatinas de estrellas, unicornios o algo parecido?

Es demasiado temprano para soportar al señor odioso, así que, sin pensármelo dos veces, y probablemente debería haberlo hecho, le dedico un mohín de lo más infantil. Él me mira increíblemente sorprendido y finalmente sonrío, casi río, sincero.

—Pero ¿qué demonios? —masculla divertido.

—Lo que se merecía —sentencio interrumpiéndolo—. ¿Podemos seguir? —pregunto displicente pero con un trasfondo también divertido.

—Esto es increíble —farfulla cabeceando—. Tenemos tres reuniones. Estarás en las tres. La primera no es hasta última hora de la mañana, así que tienes tiempo de sobra para preparar las previsiones de inversión de Butler y Summers. Nada que no reporte beneficios del catorce por ciento o más.

Asiento concentrada.

—Ah —continúa—, archiva toda la documentación de esta semana. Odio ver tanto papeleo por aquí —dice señalando vagamente su mesa—. Y prepara todo el material audiovisual para la reunión: gráficos, estadísticas. Sandra te dará las tarjetas de memoria.

¿Algo más? Y todo para antes de la una. Mi yo profesional acaba de desmayarse.

El señor Brent se sienta a su mesa y yo hago lo mismo en el sofá. Ni siquiera tengo un maldito escritorio, pero sí trabajo como para llenarlo.

Cojo la tablet, la desbloqueo y pienso una solución. Hay que ser prácticos. Lo primero sería saber qué es y cómo se hace una previsión de inversión. Busco en Google; eso es, Google es como la enciclopedia británica y el empollón de la clase, todo en uno. Hago clic en el primer resultado y no es nada halagüeño. Demasiados números, entradas de Excel y, ¡por Dios!, hay hasta fórmulas matemáticas. No voy a

ser capaz. Estoy muerta de sueño y cada vez más convencida de que debería dejar este trabajo. Tengo que hablar con Lola.

—Voy a pedirle las tarjetas de memoria a Sandra —comento levantándome.

—No tienes que anunciarme adónde vas. Hazlo y punto —replica sin mirarme.

Vuelvo a ponerle los ojos en blanco. En realidad me gustaría llamarlo gilipollas. Nunca había entendido a la gente que incendia el despacho de su jefe el día que deja el trabajo hasta que he conocido al señor Brent.

Mientras avanzo por el pasillo, me doy cuenta de que no puedo seguir así. Tengo veinticuatro años. Soy una mujer adulta y puedo hacer cualquier trabajo. Si cada vez que se pone un poco complicado voy a ir a esconderme a la oficina de enfrente, lo mejor será que lo deje ya, y eso no pienso hacerlo. No renunciaré. No voy a darle el gusto de ver cómo me rindo al imbécil del señor Brent.

Doy media vuelta y regreso a la mesa de Sandra con mi mejor sonrisa. Todo va a salir bien.

—Sandra, el señor Brent me ha dicho que tenías unas tarjetas de memoria para mí.

Asiente mientras le da un sorbo a su café de Starbucks y abre uno de los cajones de su escritorio. Me entrega tres tarjetas de memoria en sus respectivos estuches.

—Aquí está todo, ¿verdad? Los gráficos, las estadísticas...

—No —me interrumpe con ternura—, esas tarjetas están vacías. Tú debes guardar la información.

Sonrío nerviosa. No voy a venirme abajo por esto. He dicho que no iba a rendirme y lo mantengo. Cojo las tarjetas y me encamino al despacho.

Al entrar, me sorprende ver un MacBook Pro Air último modelo sobre la mesita. Está reluciente, como si acabaran de sacarlo de la caja.

—¿Qué es eso? —pregunto perpleja.

—Un ordenador, Pecososa. Soy consciente de que es alta tecnología para alguien que se sorprendió viendo un rascacielos, pero sé que al final serás capaz.

Vale, se lo he puesto en bandeja, pero, aun así, ahora mismo se lo tiraría a la cara.

Suspiro hondo para recuperar la calma y me siento en el sofá. Lentamente voy sacando el trabajo adelante. Como no tengo ni idea de hacer previsiones y no voy a conseguirlo por mucho que mire fijamente la hoja de cálculo en la pantalla del ordenador, repaso otras viejas de los mismos clientes e intento modificarlas.

En la parte álgida de mi concentración, el señor Brent suspira y no puedo evitar alzar la mirada. Aunque no conseguiría que se lo dijese ni por un millón de dólares, es el hombre más guapo que he visto en toda mi vida. No sólo son sus ojos, también sus sensuales labios y su pelo castaño perfectamente peinado y atusado con la mano. Todo, cicatriz incluida, le hacen terriblemente atractivo.

Sacudo la cabeza y vuelvo a centrarme en el ordenador. No puedo perder el tiempo y mucho menos quedarme embobada con él.

Miro el reloj. ¡Mierda! Ya han pasado casi dos horas y todavía lo tengo casi todo

por hacer. Será mejor que me vaya a la sala de conferencias. Allí no me distraeré, llamaré a Lola para unas consultas técnicas y podré ordenar las carpetas e ir a guardarlas mientras las tarjetas de memoria se graban. En teoría, un gran plan.

Me levanto como un resorte y me acerco a su mesa para recoger las carpetas. Empiezo con las que están prudentemente alejadas de él, pero, dada su nula colaboración, llega un momento en que me veo obligada a rodear la mesa y colocarme a su lado para continuar apilando los dosieres. Con cuidado, me inclino para coger la última.

—Veo que has decidido volver a ignorar lo que te dije sobre la ropa de trabajo.

Usa un tono a caballo entre la pura sensualidad y una exigente distancia. Un tono que domina a la perfección y con el que parece querer demostrar la facilidad con la que puede hacer que una chica haga todo lo que él desee.

Me mira de arriba abajo lleno de descaro, igual que cuando nos conocimos, y, como en aquel instante, en vez de resultarme violento o incómodo, me parece atractivo. Más aún que la primera vez. ¿Pero qué me pasa?

Donovan se recuesta sobre su elegante sillón de ejecutivo, alza la mano y acaricia el bajo de mi vestido con los dedos. No llega a tocar mi piel y por un momento me siento decepcionada, como si todo mi cuerpo hubiese estado deseándolo en secreto.

—Creo que podría acostumbrarme a estos vestiditos.

No aparta sus penetrantes ojos, ahora casi azules, de mí. Mi respiración se acelera y el corazón me late con fuerza en el pecho. Ni siquiera entiendo por qué me siento así.

En ese momento la puerta del despacho se abre. Automáticamente el señor Brent rompe el contacto entre nuestras miradas y presta toda su atención a quien sea que esté entrando.

—Tío, no sabes la mañana que llevo hoy.

El chico entra con paso decidido y se deja caer en la silla al otro lado del escritorio. Donovan toma la carpeta que yo pretendía alcanzar y, sin ni siquiera mirarme, me la tiende. La cojo y suspiro discretamente intentando recuperarme mientras me alejo de él. Necesito distanciarme de él.

—¿Dónde están mis modales? —dice el recién llegado reparando en mí a la vez que se levanta—. Soy Colin Fitzgerald —se presenta tendiéndome la mano.

Otro de los socios. Debe de tener más o menos la misma edad que el señor Brent. Alto, guapo y con unos preciosos ojos azules.

—Soy Katie Conrad.

—Sí, algo ha dicho Donovan de que estabas por aquí, aunque no ha dado los detalles suficientes —me replica dedicándome una sonrisa de lo más pícara.

Está claro que no le han dicho que no a muchas cosas con esa sonrisa, sobre todo mujeres.

—Así que... Katie —añade sin dejar de sonreír.

El señor Brent frunce el ceño imperceptiblemente, apenas un segundo, y se

recuesta en su sillón con una expresión diferente, perspicaz, y, sobre todo, sin levantar la vista de su amigo. Parecen estar teniendo una conversación telepática.

—Será el nuevo enlace con Colby —comenta el señor Brent—. La estoy preparando.

Al igual que con su expresión, no podría decir el qué, algo ha sonado diferente.

—Espero que aprendas mucho —comenta Colin Fitzgerald divertido centrando de nuevo su atención en mí.

Me devuelve la sonrisa y yo aprovecho la oportunidad para salir del despacho. Si no fuera imposible, diría que el atractivo sin fin señor Brent estaba marcando su territorio. Supongo que le viene bien tener una asistente extra y no quiere que otro se la quite. Me pongo los ojos en blanco cayendo en el mote que involuntariamente acabo de ponerle. ¡Prohibido pensar en lo guapísimo que es, aunque sea de manera inconsciente!

Afortunadamente para mí, la sala de reuniones está vacía. Nunca había estado aquí. Me sorprende lo grande que es. Como en cada estancia, la pared frontal es un enorme ventanal del suelo al techo con unas increíbles vistas de Manhattan. Tiene una inmensa mesa en el centro con espacio para al menos veinte ejecutivos. Todo es de una preciosa madera brillante, suave acero y cristal, por lo que esa sensación de estar en el lugar de negocios más elegante del mundo se mantiene paso a paso.

Suspiro hondo e intento concentrarme. Alejo cualquier pensamiento mínimamente relacionado con Donovan y con la manera en la que sus dedos han tocado mi vestido y dejo el portátil, la tablet y mi bolso sobre la mesa.

Abro Skype en el ordenador y llamo a Lola.

—Hola, cariño, ¿qué puedo hacer por ti?

—Qué educada —bromeo.

—La que más. Soy una señorita, maldita sea.

Ambas sonreímos.

—Necesito ayuda.

—No te preocupes, pásate por aquí. Tengo un par de horas libres.

—No, no quiero que me hagas el trabajo, quiero que me enseñes a hacerlo.

—Vaya —pronuncia perspicaz—, así que nos hemos pasado al rollo «no le des un pez, enséñale a pescar».

Yo vuelvo a sonreír.

—Más o menos. Si voy a quedarme con este trabajo, no puedo esperar a que tú lo hagas por mí. Eso no tiene ningún sentido.

Ella asiente dándome la razón.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer? —pregunta.

—Previsiones de ventas.

—Eso es fácil.

Gracias a Dios, un golpe de suerte que celebro con el suspiro de alivio más largo del mundo.

—Hay un programa —me explica—, el Atticus, que tiene unas plantillas. Tú sólo tienes que meter los datos y él solito se encarga de calcular las cifras.

—Suena bien.

—¿Algo más?

—Gráficos y estadísticas —digo con voz de pena como si ella fuera la que inventa esa clase de programas e intentara convencerla para que creara uno para mí.

—Por suerte para ti, mismo programa, diferente plantilla.

—Gracias, gracias, gracias —respondo pletórica.

Definitivamente ha sido un golpe de suerte en toda regla.

—Cuelgo —me anuncia—, viene el señor Seseña.

La comunicación se corta y con una sonrisa radiante en los labios cierro Skype y abro el programa que va a salvarme la vida.

Una hora más tarde tengo toda la documentación lista. Me siento increíblemente orgullosa de mí misma y creo que me he ganado un descanso. Voy a las máquinas expendedoras del fondo de la planta y regreso con una lata de Coca-Cola *light* y las energías renovadas. Hoy va a ser un buen día.

Mientras se graban las tarjetas de memoria, comienzo a ordenar las carpetas. Tengo que echarles un vistazo una por una para saber cómo archivarlas. Voy abriéndolas y haciendo diferentes montones. Si la información no fuera tan densa o por lo menos estuviera más familiarizada con ella, iría más rápido, pero, con mis conocimientos actuales, prácticamente debo ir papel por papel y ya llevo al menos diez montones porque, como todo me suena a chino mandarín, no sé hasta qué punto qué carpeta podría ir con qué otra.

Sin previo aviso, el portátil hace un sonido de lo más raro, de los que automáticamente hacen que se te suba el corazón a la garganta. Corro hasta él y miro la pantalla.

—No. No puede ser. ¡No puede ser!

La pantalla está completamente en negro con un mensaje de error en lenguaje binario justo en el centro. Eso no puede ser bueno. Tiro las carpetas que aún tengo en la mano sobre la mesa, pero deciden complicarme más el día y caen al suelo, abriéndose y desperdigándose por todo el parqué. ¿Qué más me puede pasar? Me agacho para recogerlas. Se han mezclado todos los papeles, lo que significa que no sólo tendré que ojear los documentos, tendré que leerlos para saber cuál va en cada carpeta. Genial, genial, genial.

Al levantarme, me golpeo la cabeza con la mesa. Uf, qué daño. Me llevo la mano donde me he dado el topetazo y entonces oigo un característico sonido que justo en ese preciso instante me da auténtico pavor. Alzo la cabeza y veo la lata de Coca-Cola *light*, esa que tan merecida me creía tener, tumbada y el refrescante líquido empapando por completo mi móvil.

«Eso por preguntarte qué más podía pasar».

Me quedo sentada en el suelo, rodeada de carpetas y papeles y viendo cómo mi

smartphone se da un baño de burbujas. Me niego a levantarme.

En ese momento en el que estoy apreciando en todo su esplendor el chiste que es mi vida, la puerta se abre. Desde mi posición no veo quién es. Sólo oigo pasos acercarse. Unos segundos después observo al señor Brent rodear la mesa y detenerse frente a mí.

—¿Qué haces ahí, Pecosa? —pregunta como si la situación fuese de lo más común.

—He tenido un pequeño problema con el portátil.

Asiente y desde su posición mira el ordenador y de paso todos los dossiers esparcidos por la mesa y el suelo.

—¿Y todas esas carpetas?

—No me dio tiempo a archivarlas y estaba intentando organizarlas aquí cuando tuve el pequeño problema.

Vuelve a asentir.

—¿Eso que hay sobre tu móvil es Coca-Cola?

—*Light* —respondo en un golpe de voz.

—Una mala mañana, entonces.

Sonríe y me tiende la mano. Yo le devuelvo la sonrisa y la acepto. Por primera vez en tres días no me parece el hombre más odioso del universo.

—Bueno, lo primero es deshacernos de este móvil —comenta cogiendo mi viejo Sony Xperia y tirándolo a la basura.

Yo lo miro con los ojos como platos. Tenía esperanzas de resucitarlo de alguna manera.

—Era mi móvil —me quejo.

—Oh, perdona, ¿querías despedirte? —pregunta irónico y odioso.

Suspiro con fuerza. El capullo presuntuoso ha vuelto. Él me ignora por completo y se centra en el ordenador. Comienza a teclear algo y el mensaje binario cambia a uno con el mismo aspecto horrible pero por lo menos en lenguaje legible.

—Encárgate de las carpetas, ya que parece que lo tienes todo tan bien... —hace una pequeña pausa fingiendo que busca la palabra adecuada—... organizado.

Sigue sonando de lo más sardónico. Queda claro que está riéndose de mí.

—Me alegra divertirte, señor Brent. —Y yo también sueno irónica.

—Para eso estás, Pecosa —responde sin asomo de duda.

Lo miro escandalizada y con los labios fruncidos, conteniéndome por no cerrar el ordenador de golpe y estampárselo en la cara. Él me dedica una sonrisa fugaz, insolente y que parece decir «sé que soy odioso, pero soy tan guapo que me lo puedo permitir», y todo mi cuerpo suspira como un idiota. ¡No me puedo creer que encima tenga razón!

Malhumorada, cojo las carpetas y me las llevo al archivo. Allí termino de ordenar las dos que cayeron al suelo y las guardo todas.

De vuelta en la sala de conferencias, descubro que el señor Brent ya ha resucitado

el ordenador y se están grabando las tarjetas de memoria.

Voy al baño a humedecer unos clínex para limpiar el estropicio del refresco y, cuando regreso, el portátil está cerrado y las tarjetas de memoria están perfectamente ordenadas sobre él. El señor Brent está de pie, hablando por teléfono, con la mirada perdida en el gran ventanal. Es tan guapo que por un momento olvido lo odioso que también es.

—No, creo que tendremos que empezar desde el principio... Está claro que no es la solución que pensamos que sería.

Al reparar en mí, me mira durante unos segundos antes de volver sus ojos al *skyline* de Manhattan.

—Después seguimos hablando... Sí, claro. Adiós.

El señor Brent se gira, se cruza de brazos y se apoya en el ventanal. Posa su mirada de nuevo en mí y por algún motivo comienzo a sentirme tímida y muy muy nerviosa. Es lo último que quiero, pero empiezo a sospechar que es por algo más que lo laboral.

—¿Cómo conseguiste hacer todo el trabajo ayer? —pregunta con la voz tranquila pero algo dura.

Está claro que Mackenzie tenía razón. Es muy listo. Además, algo en su mirada me dice que no debería mentirle.

—Lola y Mackenzie me ayudaron —confieso.

Tengo que aprovechar la oportunidad para contarle toda la verdad y acabar con esto antes de que la mentira sea todavía más insostenible.

Él asiente, se incorpora con un movimiento fluido y coge las tarjetas de memoria. Soy consciente de que tengo que seguir hablando, explicarle que no quise mentirle, que todo fue un malentendido, pero las palabras se niegan a abandonar mi garganta.

—Tienes el resto del día libre.

—¿Por qué? —pregunto confusa y algo inquieta—. Creía que quería que estuviera con usted en esas reuniones.

—Cambio de planes —responde lacónico y, sin más, sale de la sala.

Me siento increíblemente mal y, aunque no lo reconocería ni en un millón de años, gran parte es por el hecho de que creo haberle decepcionado. Es ridículo, ni siquiera me cae bien.

Me marcho de la oficina con una sensación de lo más extraña. Los últimos años de mi vida las cosas no han sido del todo fáciles para mí, pero nunca me he rendido y ahora parezco haberlo hecho incluso antes de empezar. Por Dios, un MacBook y una Coca-Cola *light* han podido conmigo.

Cruzo el pasillo enmoquetado y entro en las oficinas del señor Seseña.

—Lola, ¿nos vamos a comer? —pregunto no muy animada—. Tengo el resto del día libre y no entro en el restaurante hasta las seis.

—¿Y eso? —inquire extrañada—. Pensé que tenías que asistir a unas reuniones.

—El señor Brent ha cambiado de opinión.

Lola hace una mueca y mira de reojo a Mackenzie. Sí, yo también sé que no da buena espina.

—Pues ¿sabes qué? —comenta levantándose de un salto dispuesta a animarme—. Que si el ogro te da el resto del día libre, habrá que aprovecharlo. Nos vamos de compras —sentencia.

Su efusividad me hace sonreír, pero no me llega a los ojos.

—No tengo un centavo —comento recalcando lo obvio.

—¿Y qué? Vamos a estrenar mi nueva tarjeta de crédito, en la que pone «Señorita Lola Cruz». Eduardo Cruz ya no existe ni para los bancos —continúa pletórica.

Vuelvo a sonreír y esta vez es de verdad. Me alegro muchísimo por ella. Lleva mucho tiempo esperándolo y se lo merece.

En el restaurante, el turno acontece sin mayor problema hasta que, por estar distraída pensando en cosas en las que no debería pensar, como el señor Donovan Brent, me hago un corte en el costado con la puerta de la cámara frigorífica. Cleo me lo cura. Tanto Sal como ella misma insisten en que vaya al hospital por si necesito puntos, pero no es demasiado grande ni tampoco muy profundo, así que decido que no es para tanto y continúo trabajando.

Durante los descansos, me leo un manual básico de contabilidad aún más básica que compré en una librería en la 57. No es gran cosa, pero por lo menos me da una idea de las premisas más elementales. Convenzo a Sal para que me explique el programa de contabilidad que él usa en el local y, cuando regreso a casa, ya en la cama y con los ojos cerrándoseme sistemáticamente por el sueño, busco en Google algo más de información.

Me duermo repitiéndome el plan que he perfilado a lo largo del día. No voy a rendirme con esto. Puedo con el trabajo. Sólo tengo que concentrarme y dejar de lamentarme por lo que no sé hacer. Aprendo rápido. Lola lo dijo y es verdad, aunque lleve dos días olvidándolo.

Le demostraré al señor Brent de lo que soy capaz.

El despertador suena a las seis en punto. Estoy increíblemente cansada. Es cierto que apenas he dormido y llevo unos días de locos, pero este cansancio es aún peor, más incluso que cuando trabajé con gripe hace un par de semanas. Además, vuelvo a estar muerta de frío. Es urgente que encuentre la manera de arreglar las malditas ventanas.

Después de dos ibuprofenos y una ducha con el agua casi hirviendo, me pongo el vestido nuevo que Lola me regaló ayer, azul oscuro, ajustado y sin mangas, y me subo a mis *peep toes* negros. Delante del espejo, me seco el pelo cantando a pleno pulmón los grandes éxitos de Sia, imaginando que estoy en un videoclip y el secador es uno de esos ventiladores que les ponen a las grandes estrellas. Cuando termino,

tengo la cabeza como el león de la Metro. Me pregunto si esto también le pasará a Beyoncé después de grabar un vídeo.

Soy la primera en llegar a la oficina y no podría estar más orgullosa. Voy al despacho del señor Brent y me pongo en marcha. Archivo las carpetas de todo lo que estuvo viendo en las reuniones de ayer, preparo toda la documentación que necesitará para las de hoy y, gracias al pequeño truco que me enseñó Mackenzie y al programa que me recomendó Lola, averiguo todo lo que el señor Brent piensa pedirme que haga hoy y adelanto más de la mitad.

Poco antes de las ocho oigo ajeteo en la entrada y, apenas un minuto después, la puerta de la oficina se abre. Cuadro los hombros y espero con una sonrisa de lo más insolente en los labios.

Cuando el señor Brent alza la mirada, inmediatamente la baja recorriendo mi vestido nuevo. Sin embargo, no es su mirada presuntuosa y arisca de otras veces. Ahora parece sorprendido y sus ojos tan azules como verdes se oscurecen.

—Buenos días, señor Brent —susurro.

Todo mi plan de mostrarme impertinente se evapora por la manera en la que me mira. Vuelvo a sentirme nerviosa, con la respiración acelerada y el corazón latiéndome de prisa.

Él no me responde. Me sigue contemplando en la distancia y yo siento un deseo sordo y líquido naciendo en el fondo de mi vientre e inundándolo todo.

Carraspea y en un solo segundo recupera el control de la situación. Aparta su mirada de mí y se dirige con paso firme hacia la mesa. Ni siquiera entiendo cómo o por qué, pero en ese preciso instante me siento desamparada.

—Hoy tenemos un día complicado. Necesito las estadísticas de negocio de la financiera de Dean Clifford.

—Hecho —respondo de un golpe y no puedo evitar que el orgullo regrese a mi voz.

El señor Brent me mira sorprendido.

—También he elaborado las previsiones de ventas de Foster para la reunión de hoy y he investigado un poco sobre la constructora fina que ha pujado para hacerse cargo de la obra del gaseoducto. Como se reúne con Dan Oliver, pensé que querría poder darle una respuesta si sacaba el tema.

—Muy bien —murmura.

Está atónito. Genial.

—No se preocupe —continúo—. Tengo en cuenta que querrá que revise todo lo que acordó ayer en las reuniones. Ah, y he archivado las carpetas que dejó sobre la mesa. Sé que odia ver esto lleno de papeles —añado señalando vagamente la mesa, imitando el gesto que él hizo ayer—. Voy a buscarle un café.

Sonrío cuando cierro la puerta tras de mí. Lo he dejado sin palabras. Ni un comentario irónico, ni un «Pecosa».

Sí, señor. Este asalto lo he ganado yo y sienta de maravilla.

En la sala de descanso me paro a charlar con Eve, quien me explica cómo le gusta el café al señor Brent, y, tras unos minutos, regreso al despacho.

—¿Cuándo empezaré a trabajar para Dillon Colby? —pregunto dejando el café frente a él.

—Cuando yo lo considere oportuno —responde sin ni siquiera mirarme—. Que por fin hayas terminado tu trabajo a tiempo y sin ayuda y te hayas vestido adecuadamente no significa que ya lo sepas todo, ¿queda claro?

Suspiro con la ira emanando de cada poro de mi piel.

—Clarísimo, pero que sea mi jefe no significa que pueda disponer de mí a su antojo.

Él sonrío. Otra vez esa sonrisa tan insolente y *sexy*. Estoy empezando a pensar que hacerme rabiar es su deporte favorito.

Vuelvo a suspirar bruscamente mientras camino hacia el sofá, gesto que él ignora por completo a la vez que le da un sorbo a su taza de café.

—Y la próxima vez que te ofrezcas a traerme café —su tono de voz tan insolente me hace detenerme en seco. Creo que esta mañana canté victoria demasiado rápido —, asegúrate de que sea bebible —me tiende la taza, yo me giro resoplando y la recojo. Alza los ojos y al fin nuestras miradas se encuentran: la mía, llena de ira; la suya, absolutamente impertinente—, Pecosa.

¡Ah! ¡Es odioso!

Salgo del despacho echa una furia y regreso con un café nuevo y aún más enfadada. Lo dejo brusca sobre su mesa de diseño exclusivo y malhumorada me dirijo al sofá. Él lo sopla y le da un sorbo.

—Humm... —lo saborea como si fuera el mejor café del mundo—... lleno de odio, deseo reprimido y orgullo malentendido. Me encanta que las mujeres me preparen café por la mañana.

Pero ¿qué coño? Me quedo mirándolo boquiabierto. No puedo creer que haya dicho eso. Él finge no verme y continúa trabajando.

Más o menos una hora después, se levanta y se ajusta las mangas de su camisa blanca, que le sobresalen elegantemente de su espectacular traje de corte italiano gris marengo. No puedo evitar fijarme en los preciosos gemelos que lleva. Son discretos y muy muy elegantes. Maldita sea, sigo enfadada con él, no puedo quedarme mirándolo embobada, pero es que, cuando hace ese tipo de cosas, parece un modelo salido de un anuncio de colonia cara y, la verdad, no es nada justo.

—Pecosa, levántate. Nos vamos a una reunión.

Lo miro confusa. No me había dicho que tuviera que acompañarlo a ninguna reunión.

—Muévete —me apremia saliendo del despacho.

Yo le pongo los ojos en blanco consciente de que no puede verme, me levanto y lo sigo. Sandra, su secretaria, al verlo también lo hace.

—Sandra, cambia mi reunión de mañana a las dos y arregla todo el papeleo de

Brentwood —gruñe.

La secretaria asiente y continúa caminando a su lado a toda prisa.

—¿A qué estás esperando? —pregunta mirándola—. ¿A que te llegue una inspiración?

Ella vuelve a asentir y se marcha. El señor Brent repara entonces en mí. Suspira brusco, se frena de golpe y me quita el iPad de las manos.

—¡Sandra! —brama.

La secretaria regresa y el señor Brent le entrega la tablet.

—Los iPad se quedan en la oficina, siempre —me avisa, y su tono es incluso algo amenazador.

Asiento. Él gira sobre sus pasos de nuevo y con largas zancadas se encamina al ascensor. Yo le sigo prácticamente corriendo para poder mantener su ritmo.

Parece que es capaz de controlar hasta el edificio, porque, en cuanto pulsa el botón del elevador, las puertas se abren como si ya lo estuviese esperando.

Se apoya en la pared del fondo del ascensor y se cruza de brazos. Yo me quedo de pie en el centro, con la vista fija en la puerta. No sé por qué estar en un espacio reducido a solas con él me pone tan nerviosa. Noto cómo me observa. Mi corazón comienza a latir ridículamente de prisa. Esto es una estupidez. Donovan Brent no me gusta. Odio a Donovan Brent.

No lo veo, pero sé que está sonriendo. Esa sonrisa *sexy* y dura diseñada para fulminar lencería. Continúa observándome y yo cada vez me siento más ansiosa. ¿Nunca vamos a llegar a la planta baja?

Acelerando mi respiración, el señor Brent camina hasta colocarse a mi espalda y lentamente se inclina hasta que sus labios casi rozan el lóbulo de mi oreja.

—Parece que sí puedo disponer de ti a mi antojo —susurra con una voz grave e increíblemente sensual.

Suspiro escandalizada y me giro. Mi mirada automáticamente se encuentra con la suya. Y es el peor error que podía cometer. Él sonrío de nuevo y se queda ahí, cerca, muy cerca de mí. Yo quiero reaccionar de algún modo, pero no puedo. Estoy hechizada. Su olor me envuelve y esos ojos, que otra vez soy incapaz de decir si son azules o verdes, me atrapan por completo.

El ascensor emite ese inconfundible sonido, anunciándonos que hemos llegado a la planta baja. Las puertas se abren. El señor Brent se incorpora y, sin más, sale. Sin embargo, yo me quedo inmóvil unos segundos. ¿A qué juega? Y lo más importante, molesto y urgente: ¿por qué no soy capaz de reaccionar y, por ejemplo, darle la bofetada que se merece? ¡Qué frustrante!

Un elegante jaguar negro nos espera junto a la acera. El chófer nos abre la puerta y nos acomodamos en la parte trasera.

La primera cita es el Upper West Side y a partir de ahí el día es una auténtica locura. Vamos de reunión en reunión, incluso la comida es una.

Cuando nos montamos en el coche tras la última, me sorprende ver una bolsa de

la Apple Store en el asiento. Miro al señor Brent confusa y él me devuelve una sonrisa arisca y fugaz.

—Ábrela, Pecos. Tú puedes.

Vuelve a sonar odioso, pero simplemente lo ignoro. Cojo la bolsa de papel y sonrío, casi río, nerviosa al ver un iPhone 6. ¡Es increíble! ¡Acaba de regalarme un móvil! ¡Un último modelo! Tiene la carcasa de atrás rosa chicle y, no sé por qué, ese simple detalle me hace sonreír de nuevo.

—No lo tenían con pegatinas de estrellas y unicornios. Espero que no te importe.

Divertida, le hago un mohín y él sonrío otra vez; breve, pero es una sonrisa sincera.

Sin embargo una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro. No puedo aceptarlo. Él es mi jefe y ese es sólo uno de los motivos. El resto de ellos prefiero no planteármelos.

Haciendo un increíble esfuerzo, vuelvo a meter el teléfono en su estuche y el estuche en la bolsa.

—No puedo aceptarlo —digo dejando la bolsa de nuevo sobre el asiento vacío entre los dos.

—¿Por qué? —pregunta displicente.

—Porque eres mi jefe y no se aceptan este tipo de regalos de un jefe. Eso no es profesional.

Me preparo mentalmente para dar un elaborado discurso. He visto muchas películas de sobremesa sobre oficinas.

—Es un móvil de empresa —me interrumpe con cierto tono de exigencia, como si le cansara tener que dar este tipo de explicaciones.

Ahora mismo sólo quiero que la tierra me trague. Tengo la boca más grande del mundo.

El chófer arranca y nos incorporamos a Lexington Avenue. Ya son más de las seis y afortunadamente el tráfico ha mejorado bastante desde esta mañana.

El señor Brent no ha vuelto a decir una palabra y yo me sigo sintiendo la persona más estúpida del universo. Sin embargo, caigo en un pequeño detalle. Es rosa chicle. Los móviles de empresa no son rosa chicle.

—Es rosa —comento escuetamente.

Él suspira exasperado y echa la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo del sillón.

—Es una carcasa, Pecos.

De pronto parece enfadado. No le está haciendo ninguna gracia todas las vueltas que le estoy dando. Quizá debería aceptarlo y ya está.

—Si es de empresa, obviamente no es mío. Es sólo un préstamo —sentencio.

—Como quieras —responde malhumorado perdiendo su vista en la ventanilla—. Además, necesitas tener un móvil, porque, si no, cómo voy a encontrarte un domingo por la mañana cuando, por ejemplo, tengas que recoger mi ropa del tinte.

Vuelve a observarme, me sonrío impertinente y yo le dedico la peor de mis miradas. Antes muerta que recogerle la ropa de la tintorería. Bajo su atenta mirada, pierdo la mía en mi ventanilla y, a pesar de todo, sonrío disimuladamente. ¡Tengo móvil nuevo!

Cuando regresamos a la oficina, estoy totalmente agotada, más cansada de lo habitual incluso. Quiero irme a casa, pero, gracias al odioso de mi jefe, que no ha vuelto a dirigirme la palabra, el único día que no tengo que ir a trabajar al restaurante lo voy a pasar prácticamente hasta la noche en la oficina.

El señor Brent se marcha a hablar con Jackson Colton, el socio que aún no conozco, y me deja sola en el despacho. No me lo pienso dos veces. Me quito los zapatos y me siento en el suelo apoyándome en el sofá. Estoy muy muy cansada. Sólo quiero meterme en la cama y dormir dos días seguidos. Cojo mi móvil nuevo y sonrío otra vez. Me encanta. También saco mi chocolatina de emergencia del bolso.

El señor Brent regresa antes de lo que esperaba, pero no me levanto. Sé que me tiene aún aquí sólo para torturarme y lo peor es que el bastardo disfruta sabiendo que lo sé.

Lo miro mal, pero parece darle igual; incluso tengo la sensación de que le hace gracia. Es un gilipollas presuntuoso.

Con una sonrisa de lo más insolente, pero para mi desgracia de lo más *sexy*, se detiene junto a mí, se acuclilla y me roba la chocolatina. Sin apartar sus ojos de los míos, se la come de un bocado, consiguiendo que toda mi atención se centre en su boca perfecta.

—No deberías comer chocolatinas o esas piernas flacuchas pronto dejaran de estarlo —me dice sin que esa impertinente sonrisa lo abandone.

Oh, venga ya. Esto es el colmo.

Todo el enfado de esta mañana vuelve a mí como un verdadero ciclón y me levanto de golpe.

—¿Sabe? Es usted un imbécil. —Mi cariñoso calificativo le hace sonreír y eso me enfada aún más—. Aún no me ha llamado por mi nombre ni una sola vez y encima ahora me dice esto. Pues, para su información, a lo mejor el que debería preocuparse de no comer chocolatinas es usted, porque no es tan guapo ni tan irresistible.

Vale, he mentado, pero se merece cada palabra que le he dicho. ¿Cómo se ha atrevido a hablarme así? Es sencillamente increíble.

Enfadada como lo he estado pocas veces en mi vida, giro sobre mis talones y me dirijo hacia la puerta, pero en un rápido movimiento el señor Brent me coge de la muñeca y me gira hasta que mi espalda se apoya contra la pared. Atraviesa la ínfima distancia que nos separa con un solo paso mientras sus increíbles ojos aguamarina atrapan sin remedio los míos y clava sus brazos a ambos lado de mi cabeza.

Lo único que se oye en toda la habitación son nuestras respiraciones aceleradas.

—Me encanta esa naricita —susurra indomable y sensual—. Me gusta cómo la arrugas cuando te enfadas conmigo. —Sonríe endiabladamente *sexy* y sus ojos me

dominan por completo. Tengo la sensación de que no podría escapar de ellos de ninguna manera—. Y tus labios me vuelven loco.

¡Dios, está tan cerca!

Mis ojos bailan de los suyos a su boca. Él se inclina un poco más. Noto su cálido aliento entremezclándose con el mío. Suspiro, casi gimo.

—Lástima que no te parezca guapo ni irresistible —sentencia.

Y, sin más, se separa de mí y camina hacia la puerta.

¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¿Qué acaba de pasar aquí?

«Que tienes la boca muy grande, Katie Conrad».

Un suspiro decepcionado se escapa de mis labios y provoca una nueva sonrisa presuntuosa y *sexy* en los suyos.

—Hasta mañana, Pecosa —se despide insolente ya en la puerta—. Que duermas bien —concluye cerrándola tras de sí.

Yo grito frustrada y pataleo. Es el hombre más insufrible y odioso, el capullo más gilipollas y presuntuoso que he conocido en toda mi vida.

«Y hace un escaso minuto te morías por que te besara».

Me pongo los ojos en blanco exasperada. Voz de mi conciencia, te odio.

Después de cenar, me meto en la cama. En mi viejo portátil reviso otros programas de contabilidad y leo más de una docena de artículos especializados que explican a grandes rasgos cómo funciona la bolsa. Siempre he pensado que los números no eran lo mío. Me parecían aburridos, pero ahora, cuanto más investigo y descubro, más me gustan. Creo que, al final, hasta podría resultarme un trabajo divertido si no fuera por mi jefe. Uf, mi jefe. Me dejo caer sobre la almohada y suspiro exasperada. Es mi jefe, no es una buena idea en ningún sentido. Da igual lo increíblemente guapo y atractivo que sea, lo bien que huela o cómo mi cuerpo se encienda cuando está cerca. Vuelvo a suspirar y me llevo la almohada a la cara. Es una idea terrible, Katie Conrad, así que deja de pensarlo. Sin embargo, a pesar de tenerlo cristalinamente claro, no puedo evitar dormirme pensando en las ganas que tenía de que me besara.

El despertador suena y lo apago de un manotazo. Estoy tan cansada que cada músculo que muevo para darme la vuelta en la cama me supone un mundo. Finalmente me levanto, no me queda otra, y me arrastro hasta la cocina para tomarme un par de ibuprofenos.

Vuelvo a llegar a la oficina la primera. Preparo café y me sirvo uno para entrar en calor, la ducha hoy no ha surtido su efecto habitual, y voy al despacho del señor Brent. Mientras atravieso la oficina desierta, echo un orgulloso vistazo a mi vestido. No podría parecerse menos al de una ejecutiva agresiva. Es una declaración de principios. Me niego en rotundo a complacer al señor Brent en ningún sentido. Es el

enemigo. Además, sólo me compré un vestido. Hasta que mi situación económica mejore, sólo podré ser profesional con respecto al vestuario una vez a la semana.

Preparo todo el material para las reuniones de hoy, archivo el de ayer y adelanto casi todo el trabajo que el señor Brent tiene asignado para mí.

Aprovechando que estoy sola en la oficina, me siento en el sillón de mi odioso jefe, me pongo los cascos y busco algo de música en mi nuevo iPhone mientras reviso el dossier sobre inversiones en el Este de Europa.

Dejo caer la cabeza sobre el cómodo cuero y recojo mis piernas hasta sentarme sobre ellas. Vuelvo a sentirme muy cansada, así que subo el volumen de la música. No puedo permitirme quedarme dormida.

Sin saber por qué, alzo la mirada y doy un respingo al ver al señor Brent apoyado en la puerta cerrada, con las manos metidas en los bolsillos, observándome, tremendamente *sexy*. Lleva un espectacular traje de corte italiano negro y una inmaculada camisa blanca con los primeros botones desabrochados.

Soy consciente de que debería levantarme, decir algo, pero la manera en la que me mira me hace imposible moverme. No dice nada y mi respiración se acelera sin remedio a cada paso que se acerca a mí. Sin liberar mi mirada, se acuclilla frente a mí. El corazón me late tan de prisa que temo que en cualquier momento vaya a ser capaz de oírlo.

La atmósfera se vuelve eléctrica y nos envuelve despacio.

Con suavidad, relía sus largos dedos en el cable blanco de los cascos y tira ligeramente de él hasta que caen en mi regazo.

3

De repente, la voz de Taylor Swift cantando *Style*^[1] inunda el espacio vacío entre los dos. No puedo apartar mis ojos de los suyos.

—Otra vez llevas uno de esos vestiditos —susurra sensual pero a la vez salvaje, absolutamente indómito—. Eres la cosa más *sexy* que he visto en mi vida.

Coloca su mano en mi rodilla y suavemente me acaricia con el pulgar. Mi cuerpo se enciende con esa efímera caricia y de pronto me vuelvo más consciente de cada pequeño detalle.

Los rayos perezosos de sol se filtran entre las nubes y el inmenso ventanal e iluminan su rostro.

—Ahora son verdes —murmuro antes de pensar con claridad.

—¿El qué? —pregunta con una sonrisa suave, serena, *sexy*.

—Tus ojos —vuelvo a susurrar.

Suspiro suavemente y su mano se desliza bajo mi vestido.

—¿Por qué no me besaste ayer? —musito.

No contesta. Durante unos segundos sólo me mira y sus ojos me dominan por completo. Finalmente sonrío y por inercia yo también lo hago.

—Porque sólo estaba jugando —susurra—, como ahora.

Su sonrisa se transforma en otra impertinente y endiabladamente *sexy* y aparta brusco la mano de debajo de mi vestido a la vez que se levanta. Yo lo observo y me siento como si me hubiesen despertado de golpe de un sueño. Ha vuelto a reírse de mí y yo he sido tan estúpida de volver a reaccionar exactamente como él quería.

Me levanto como un resorte y camino hasta el sofá.

—Me alegra divertirme como siempre, señor Brent —comento mostrando mi monumental enfado.

Él ahoga una sonrisa malhumorada en un breve suspiro y toda su expresión se endurece.

—Ya te lo dije —me replica presuntuoso—. Para eso estás, Pecosita.

Le dedico una sonrisa fingida y fugaz. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de pensar que lo que estaba pasando hace menos de dos minutos era real?

Tiro el iPhone sobre el sofá y voy hasta la puerta.

—¿Adónde vas? —me apremia con la voz endurecida.

—A por su café —contesto arisca.

Salgo del despacho sin darle oportunidad a responder. Es un gilipollas odioso y yo, la estúpida más tonta, crédula y confiada sobre la faz de la tierra.

Regreso a la oficina y me sorprende al encontrar a otro hombre charlando con el señor Brent.

—Te estaba esperando —me dice el desconocido nada más verme.

Sonrío y yo lo hago por acto reflejo. Es muy muy guapo. Con el pelo castaño y

unos ojos verdes que cortan la respiración.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunto profesional y, la verdad, algo confusa.

El señor Brent nos observa sentado en su sillón, pero yo me esfuerzo en fingir que en estos instantes ni siquiera compartimos continente. Dejo su taza en la mesa, frente a él, pero ni siquiera me molesto en mirarlo.

—Soy Jackson Colton —se presenta.

El socio que me quedaba por conocer.

Me ofrece su mano y yo la estrecho.

—¿Qué te parecería trabajar hoy conmigo?

El señor Brent va a decir algo, pero yo me adelanto.

—Me encantaría —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Aunque no lo veo, sé que ahora mismo me está fulminando con la mirada.

—Todo dicho, entonces —confirma el señor Colton—. Estás al corriente de la cuenta Foster, ¿verdad?

Asiento entusiasmada.

—Pues espérame en la sala de conferencias.

Asiento de nuevo, cojo mi bolso y mi tablet y salgo del despacho. Soy tan estúpida que, en cierta manera, me siento desilusionada al pensar que no pasaré el día con él.

Soy patética.

«Y necesitas desesperadamente una copa».

El señor Colton no tarda en llegar a la sala de reuniones. Entra sonriente y me invita a sentarme en la silla frente a la suya a la vez que lo hace él.

—¿Qué tal con Donovan? —me pregunta jugueteando con una estilográfica de platino entre los dedos de la mano derecha.

—Bien; lo normal, supongo.

De pronto me siento increíblemente nerviosa.

—Bien —repite el señor Colton abriendo una de las carpetas que ha dejado sobre la mesa y centrando su mirada en ella.

Frunzo el ceño y sonrío con la sensación de que está diciendo más de lo que parece a simple vista. Tengo mucha curiosidad e incluso abro la boca dispuesta a preguntar, pero hasta yo, la más bocazas entre todas las bocazas, sabe que una no le puede preguntar esa clase de cosas a su jefe, aunque se muera de ganas.

La mañana con Jackson Colton resulta ser de lo más interesante. Es sencillamente brillante. Como me pasó ayer con el señor Brent, creo que sólo con escucharlo ya he aprendido muchísimo. Repasamos todo lo que tengo sobre Foster, pero, como me explica el señor Colton, resultan ser unas inversiones ligadas a otras que también debemos revisar. Por lo tanto, mañana por la mañana también trabajaré con él.

Como con Lola y con Mackenzie y, justo al salir del ascensor, recibo una llamada del señor Colton ordenándome que vuelva lo antes posible, ya que tenemos una nueva reunión en la sala de conferencias. Acelero el paso y, cuando entro en la

enorme estancia, el señor Fitzgerald y el señor Colton ya están allí, charlando animadamente con unos clientes.

—Buenos tardes —saludo discretamente y tomo asiento.

Mis jefes me sonrían amables y continúan hablando de fusiones estratégicas, me parece entender.

La reunión empieza. Me sorprende que Donovan Brent no esté. Aún no hemos pasado del primer punto cuando él entra. Parece de un humor de perros. Echa un rápido vistazo a la sala y finalmente se sienta a mi lado. Yo lo ignoro por completo. Es un capullo engreído y no se merece ni una pizca de mi atención.

Cuadro los hombros profesional y me centro en el señor Colton, esforzándome en ignorarlo a él, sobre todo cuando noto que clava sin ningún disimulo sus ojos en mí. A pesar de mi enfado, no puedo evitar que me afecte. Enciende mi cuerpo absolutamente en contra de mi voluntad.

—Espero que te divirtieras con Jackson —susurra malhumorado, ladeando la cabeza discretamente.

Su voz está endurecida. Definitivamente está enfadado, y mucho, pero yo también.

—Por supuesto —murmuro furiosa—. Mucho más de lo que me divierto contigo.

—Pecosa, tú no sabes lo que es divertirse conmigo.

Suena exigente y arrogante, aún más molesto que hace unos segundos.

—Ni quiero —farfullo.

—Claro que no —continúa irónico—, pero recuérdatelo la próxima vez que te quedés mirándome embobada.

—Eres, eres... —Un gilipollas, un capullo, un bastardo engreído y presuntuoso que no podría ser más guapo, ¡joder!

—¿Qué? —me apremia desafiante con esa mirada tan presuntuosa.

—La reunión ha acabado —anuncia el señor Colton—. Gracias por su tiempo.

La voz de Jackson Colton se abre paso en mi mente y decido agarrarme a ella como a un clavo ardiendo. Me levanto y salgo de la sala de conferencias como una exhalación. Con un poco de suerte, Colin o Jackson tendrán algo que comentar con Donovan y lo entretendrán lo suficiente como para que yo pueda entrar en su despacho, coger mi bolso y largarme.

No he llegado al sofá cuando oigo pasos acelerados irrumpir en el despacho y cerrarse la puerta de un golpe tras de sí.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? —pregunta furioso casi alzando la voz.

—No, ¿quién te crees que eres tú? —replico girándome. ¡Estoy muy cabreada!—. Trabajo para ti, punto. Eso no te da derecho a reírte de mí, ni a comentar mi vestuario, ni a ponerme en situaciones en las que...

Otra vez no sé cómo seguir. ¿Situaciones en las que queda completamente claro cuánto te deseo? Sí, esa sería la respuesta adecuada, pero muerta antes que admitirlo.

—Situaciones en las que... ¿qué? —me apremia arisco y exigente.

Dios, ¿por qué tiene que ser tan rematadamente atractivo y tan condenadamente odioso?

—Situaciones en las que nada —casi grito absolutamente exasperada.

Suspiro con fuerza. Mi frustración parece divertirle, porque su expresión se relaja y me sonrío otra vez de esa manera que parece decir «nunca, jamás, me han dicho que no». ¿Cómo puede ser tan *sexy*? Consigue que me olvide de todo, incluso de lo enfadada que estoy.

Da un paso hacia mí y algo bajo mi piel me dice que ya estoy perdida.

—Normalmente las chicas me lo ponen más fácil, ¿sabes? —susurra dando otro paso.

—Imagino que mucho más fácil.

Otra vez me siento tímida, sobrepasada, inquieta, nerviosa, acelerada... viva.

—Sí —vuelve a murmurar tan cerca que casi puedo notar sus labios sobre los míos—, por eso aquí el control lo tengo yo, ¿entendido? —pregunta deliciosamente exigente.

—Sí —musito con la voz llena de deseo.

Va a besarme y yo no he deseado nada tanto en toda mi vida.

—Bien —susurra sensual, pero entonces se separa bruscamente y todo mi cuerpo se queja soliviantado—, pues tenlo en cuenta la próxima vez que decidas huir de mí con el primero que te lo proponga.

¡¿Qué?!

Lo observo boquiabierto recoger unas carpetas de su escritorio y dirigirse hacia la puerta como si nada acabase de suceder. Sale del despacho y yo vuelvo a quedarme como una tonta en el centro de su oficina excitada, enfadada y frustrada; menuda combinación.

No entiendo cómo puedo ignorar todo lo que pienso, todas las señales de alarma, sólo por tenerlo cerca. Desde luego mi sentido común huye ante su proximidad. Ahora mismo sólo quiero gritar. Soy una estúpida y otra vez he dejado que se marche de este despacho pensando que me tiene exactamente donde quiere.

«Porque te tiene exactamente donde quiere».

¡Oh! ¡Cállate!

Después de recuperar la compostura y que mi enfado se calme un poco, continúo con todo lo que aún tengo pendiente. Afortunadamente, el señor Brent no ha vuelto a aparecer por su despacho, así que he podido trabajar tranquila.

Estoy peleándome con la impresora láser, tratando de cambiar el tóner, cuando llaman a la puerta.

—Adelante —doy paso.

No me pongo automáticamente en guardia porque sé que no es el señor Brent. Él no llamaría a la puerta en su propio despacho.

—¿Cómo va?

Es Mackenzie.

—Bien, la batalla con la impresora la voy ganando yo.

Ambas sonreímos.

Vuelvo a tirar del tóner y por fin sale, llenándome todos los dedos de tinta. Odio esta impresora y odio a su dueño.

—Espera, que te ayudo —me propone acercándose.

—Pásame el tóner nuevo, por favor.

Mackenzie asiente y me lo da. Entre las dos conseguimos engancharlo, aunque ella también acaba manchándose de tinta.

—Lo siento —me disculpo observando cómo se mira los dedos salpicados de borrones azules.

—No te preocupes. Vamos al baño del señor Brent —me propone socarrona—. Nos lavamos las manos y te invito a una copa. Tienes pinta de necesitarla.

Sonrío. No podría tener más razón, sobre todo después de escuchar ese «aquí el control lo tengo yo». Lo cierto es que sólo con recordarlo cerca de mí me tiemblan las rodillas.

Soy ridícula.

—¿Qué tal con Donovan? —me pregunta mientras abre el grifo del lavabo.

—Bien, pero... si le dejamos su impoluto baño lleno de tinta en cada rincón, mejor.

Volvemos a sonreír y en ese momento se oye la puerta. Entran varias personas y en seguida entendemos que son los chicos. Con rapidez, Mackenzie entorna la puerta y me chista suavemente.

—Será divertido —me anima en un susurro.

Las dos nos acomodamos sigilosas junto a la madera. Se oyen risas al otro lado.

—Genial. —Es la voz de Donovan. Algo dentro de mí me dice que podría reconocerla en cualquier parte—. ¿Queréis torturarme con otra cena de negocios con esa pandilla de gilipollas ricos e inútiles?

—¿Por qué no te traes a Katie? —propone el señor Fitzgerald.

¿A mí? Antes de que pueda evitarlo, una boba sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿A Pecosa? No, ni hablar —responde tajante.

La estúpida sonrisa acaba de evaporarse.

—Esa chica te gusta —sentencia el señor Colton y parece absolutamente convencido.

—Que haya pensado puntualmente en follármela no significa que me guste. Me saca de quicio. Es insolente, incompetente, patosa y lo peor de todo es que se comporta como si fuera adorable.

—Es adorable —replica su amigo.

—Que rápido te convencen, Jackson.

Mackenzie me mira y yo sólo quiero desaparecer. Acaba de superarse a todos los niveles y yo no podría sentirme peor. No quiero alargar más la agonía y tampoco quiero estar aquí para escuchar cualquier otra lindeza que tenga pensado comentar,

así que, armándome de valor y con la idea de dimitir para no volver a verle más flotando sobre mi cabeza, trago saliva y empujo la puerta.

Él es el primero en vernos salir del baño. La sonrisa se le borra de golpe, pero no dice nada. Mackenzie me sigue y por un momento todas las miradas se centran en mí.

—Bueno, ya nos vemos —me despido nerviosa.

Cruzo la sala y recojo mi bolso del sofá. Nadie dice nada y toda la situación se vuelve aún más incómoda.

—¿Nos tomamos esa copa? —intenta animarme Mackenzie.

—Mejor otro día.

Ella me sonrío llena de empatía y yo sólo quiero desaparecer.

—Buenas tardes, señor Brent.

Lo llamo así a propósito, marcando una ridícula frontera que a estas alturas ya no vale de nada pero que por algún motivo mi maltrecha autoestima necesita poner.

—Buenas tardes —susurra sin levantar sus ojos de mí.

Salgo del despacho y prácticamente corro hasta la parada del bus número 5. Como siempre, no tengo la suerte de que esté aguardándome como si fuera mi carroza y me toca sentarme a esperar. No pienso cederle mi asiento a nadie. Mi vida es un asco. Hoy me lo he ganado. Pero entonces llega una ancianita con pinta de abuelita de anuncio de galletas cargando una bolsa de la compra que probablemente pesa más que ella y acabo levantándome.

«La vida siempre te tiene preparada una alegría más».

Sonrío irónica y me apoyo, casi me agarro, a la barra de la parada. A unos metros de mí veo detenerse el jaguar negro y poco después Colton, Fitzgerald y Brent salen del edificio y caminan hasta él.

No sé por qué me siento tan mal. ¿Qué esperaba? ¿Escuchar que me procuraba amor eterno a través de la puerta del baño? Supongo que me hubiera conformado con que simplemente hubiese sido un poco amable, aunque tampoco entiendo por qué iba a serlo. No creo que ni siquiera sepa cómo.

Los observo murmurar y discutir y finalmente el señor Brent comienza a andar hacia mí. Probablemente le hayan obligado.

—Hola —dice a unos pasos de mí.

Yo finjo no oírle. Será mi jefe, pero no lo es fuera de la oficina y fuera del horario laboral.

Por suerte veo el autobús girando desde la Sexta. Como el resto de las personas de la parada, doy un paso para acercarme al bordillo de la acera.

—Vamos, Pecosá —se queja colocándose frente a mí—. No te pongas así.

¿Qué no me ponga así? Esto es el colmo. ¿Qué pretende?

—Ha sido una tontería —continúa—. Es cierto que eres un poco incompetente, pero confío en que puedas aprender y la verdad es que no tendría ningún problema en echarte un polvo.

Antes de que la idea sea un pensamiento claro en mi mente, lo abofeteo. Es un

engreído que encima ha vuelto a hablarme con ese tono tan presuntuoso, como si encima tuviera que darle las gracias.

Él se lleva los dedos a la mejilla y se la roza con suavidad, con la expresión sorprendida y la mirada tan endurecida como impertinente.

—Eres tan mezquino que sería inútil tratar de explicarte todas las cosas que odio de ti, ni siquiera sabría por dónde empezar.

Su rostro se mantiene imperturbable, pero algo en su mirada, un destello, me hace comprender que mis palabras le han afectado aunque sólo sea un poco. Me alegro. Las suyas a mí me han dolido mucho más, aunque no vaya a permitirme admitirlo ni una vez más.

Sin mirar atrás, me monto en el autobús que, gracias a Dios, arranca en cuanto entro. Tomo asiento y me concentro en no pensar en él. Ahora mismo me siento como si tuviera a un grupo de música pop cantando una canción triste a mi espalda. No es divertido y lo peor de todo es que ni siquiera sé cómo he llegado al punto de que me importe lo que piense de mí.

«¿Pudo ser la primera vez que te quedaste embobada mirándolo, es decir, a los tres segundos de conocerlo?».

Suspiro brevemente y apoyo la cabeza con brusquedad en el asiento de enfrente. Mi voz de la conciencia es una hija de puta.

Llego puntual al restaurante y me cambio rápidamente. Hoy no me apetece trabajar por demasiados motivos.

Una de las veces que entro en la cocina a buscar un pedido, mi móvil suena avisándome de que tengo un mensaje entrante. Lo saco del bolsillo del mandil y miro la pantalla. Es Donovan Brent.

Todo lo que dije esta mañana es verdad.

Suspiro como una idiota y me apoyo en la pared. ¿Qué significa eso? ¿Que le gusto? Esta mañana los dos dijimos muchas tonterías y creo que también tuvimos la misma mala idea. Pero, entonces, ¿por qué después se comportó como si lo hubiese fingido todo sólo para reírse de mí? Dios, este mensaje era lo último que necesitaba o lo único... Ahora mismo quién demonios lo sabe.

—Katie, no te duermas —me apremia Sal sacándome de mi ensoñación.

—Lo siento —respondo guardándome rápidamente el móvil en el mandil y poniéndome de nuevo en marcha.

Me hago el propósito de no darle más vueltas y casi al final del turno, mientras estoy recogiendo la barra con Cleo, me doy cuenta de que sólo he pensado en el mensaje unas doscientas veces. Soy un maldito desastre. Mi sentido común me dice que debería olvidarme de él antes de que las cosas se compliquen más, pero entonces recuerdo la manera en que me mira, su cicatriz sobre la ceja derecha, y no tengo nada claro que quiera hacerlo.

—¿Qué tal te van las cosas en tu curro nuevo? —me pregunta Cleo mientras

rellena la taza de café del señor Cooper.

—Bien.

Miento para evitar el tema. No quiero hablar de lo mismo en lo que llevo pensando toda la tarde.

—No sé cómo lo haces. Yo ya me habría quedado dormida en el autobús — comenta— o en la ducha —añade con una sonrisa.

Yo imito su gesto.

—Sólo tengo que pensar en la palabra *factura* cada vez que se me cierran los ojos y me espabilo de golpe —le explico burlona.

—Facturas —se queja compungida—. La palabra motivacional de los pobres.

—Gran verdad.

Las dos nos echamos a reír.

—Encanto —me llama uno de los clientes de la barra. Un ejecutivo treintañero que, hasta que ha decidido llamarme *encanto*, me había parecido de lo más simpático.

—¿Sí? —pregunto acercándome a él.

—¿A qué hora sales de trabajar esta noche? —inquire sonriéndome.

—Pues —apoyo las dos manos en la barra a la vez que me giro y miro el enorme reloj a mi espalda—, tratándose de ti —su sonrisa se ensancha—, en tres días — contesto divertida al tiempo que me incorporo y comienzo a caminar alejándome de él.

Vuelve a sonreírme. No es la sonrisa más increíble que he visto hoy. Cuando caigo en la cuenta de lo que acabo de pensar, sacudo la cabeza y acelero el paso. No me puedo creer que haya pensado eso.

—Espera, no te vayas —dice siguiéndome al otro lado de la barra—. Esta noche doy una fiesta. Va a ser alucinante. Además, he oído que tienes problemas de pasta. Podría pagarte trescientos dólares.

¿Qué? Me paro en seco. Camino hasta él y, sin dudarlo, le doy una sonora bofetada. La segunda de hoy y las dos merecidísimas.

—Pero... ¿qué coño haces? —pregunta llevándose la mano a la mejilla.

—No, ¿qué coño haces tú? —pregunto furiosa—. No soy ninguna puta.

¿Pero quién se ha creído que soy? Reviso la barra en busca de algo que tirarle a la cabeza si no se larga ahora mismo.

—Por Dios, relájate —intenta calmarme alzando ambas manos en señal de tregua. Yo, que ya había agarrado el asa de la jarra de agua como precaución, la suelto lentamente—. No me refería a eso. Necesito que haya chicas guapas en la fiesta para crear ambiente. Serás como una especie de figurante. No te voy a pagar por sexo. ¡Joder, qué carácter! —se queja acariciándose la mejilla de nuevo.

Yo lo miro desconfiada.

—Si me tocas un pelo...

—Nadie va a tocarte un pelo —se apresura a interrumpirme—, a no ser que quieras, eso ya es cosa tuya. Entonces, ¿aceptas?

Miro de reojo a Cleo, que observa la escena casi sin pestañear. Trescientos dólares por pasearme por una fiesta no es un mal plan para un viernes por la noche.

—Está bien. —Él asiente disimulando una sonrisa y se mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Espera un momento —me corrijo rápidamente.

Saco mi móvil del mandil y le hago una foto.

—¿Qué haces? —pregunta tan confuso como sorprendido.

—Te he sacado una foto y voy a enviársela a una de mis amigas por si acabo muerta en un callejón junto a un club de mala muerte. Quiero que sepan a quién tienen que denunciar en comisaría.

Él vuelve a sonreír y finalmente se saca una tarjeta del bolsillo y un bonito bolígrafo y escribe algo en ella.

—La fiesta es a las once —dice tendiéndome el trozo de papel—. Por cierto, me llamo Brodie Stears, por si quieres decírselo a tu amiga —añade divertido.

Ahora la que sonrío soy yo.

—Yo soy Katie.

Nos estrechamos la mano. No parece un mal tío, pero una parte de mí no puede evitar pensar que voy a acabar en una fiesta de gente enmascarada como sacrificio humano.

—Te pagaré allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Deja unos billetes en la barra por la comida y se marcha. Lo observo a través del ventanal hasta que desaparece calle arriba. Frunzo los labios y miro la tarjeta. Es de un blanco casi inmaculado y sólo pone «Archetype» justo en el centro con letras también blancas en un grueso y elegante relieve. Brodie ha escrito una dirección en el reverso. Nunca he oído hablar de ese club.

No paro de darle vueltas el resto del turno y de camino a casa de Lola. Conforme el tiempo va avanzado, me parece una locura cada vez mayor.

—¿Vas a echarte atrás? —me pregunta Lola escandalizada tijeras en mano.

—No lo sé. Es un poco extraño. ¿Tú no lo ves raro?

Se pone frente a mí y me estira dos mechones de pelo para comprobar si están igualados.

—Katie, es de lo más normal que un tío con pasta que da una fiesta quiera tener chicas guapas, y es muy común que se pague por ello. Tengo amigos que viven de eso.

Explicado así no parece algo por lo que tenga que preocuparme.

—Lo que no entiendo es por qué yo —continúo argumentando—. Soy de lo más normal.

—No es verdad —me replica tajante—. Tienes unos ojazos azules de escándalo que vamos a resaltar en cuanto te corte ese flequillo y te los pinte ahumados como Kate Moss en el desfile de Gucci de Londres en 1998.

Sonrío. Lola es única levantando ánimos.

—Te vas a poner ese vestido negro que nunca te pones y que he ido a recoger a tu apartamento con unos botines *peep toes* de infarto, y vas a estar de cine.

Me mira esperando que asienta y, fingidamente displicente, lo hago aunque no puedo disimular mucho y menos de un segundo después estoy sonriendo.

Termina de recortarme el flequillo, tira de mi mano para obligarme a levantarme y me lleva hasta el borde de su cama. Me da el vestido en cuestión y los zapatos y me manda al baño.

Me miro en el escaparate del pequeño restaurante chino junto al edificio de Lola y la verdad es que no he quedado nada mal. Estoy sorprendida. El vestido es de tubo, ajustado y sin mangas, con la parte delantera llena de pequeñas lentejuelas formando anchas bandas gris marengo y negras y un precioso y favorecedor escote redondo. La altura de estos botines es cuanto menos peligrosa, pero hacen que mis piernas se estilicen. Giro sobre mí misma para verme por detrás y mi pelo se levanta. El corte que me ha hecho Lola es genial. Definitivamente esta chica sabe cómo subirme la autoestima.

Llego al club en taxi. Si no supiera que está ahí, sería imposible encontrarlo. De hecho, miro un par de veces la tarjeta que me entregó Brodie para asegurarme de que no le he dado una dirección equivocada al taxista.

Me bajo del coche. Todo es muy misterioso y discreto. Me siento como en una película de Bogart. Eso me gusta. Las pelis de detectives en blanco y negro son mis favoritas.

Camino hasta la puerta. Hay un portero de unos dos metros de alto con pinta de pocos amigos flanqueándola.

—Buenas noches —musito.

Él no contesta. Algo intimidada, le enseño la tarjeta e inmediatamente me abre la puerta.

—Buenas noches —responde cuando paso a su lado.

Todo es muy clandestino, pero por ese mismo motivo también muy emocionante.

El interior del local es sencillamente impresionante. Mucho más grande de lo que parece y todo exquisitamente decorado en distintos tonos grises y negros, usando el rojo para destacar algunos pequeños detalles. Lo que parece la sala principal es enorme. Tiene una barra inmensa con camareras vestidas de *pin-up* y, en la pared de enfrente, amparadas bajo una penumbra de lo más interesante, una hilera de mesas con cómodos sofás. Al fondo hay un escenario vacío y, rodeándolo, una preciosa tarima de madera que intuyo es la pista de baile.

Busco a Brodie con la mirada, pero no lo veo, así que me acerco a una de las camareras que regresa de una de las mesas con la bandeja vacía.

—He venido a una fiesta —le comento—, pero no veo al chico que la organiza.

Ella sonrío y me señala con la mano a un grupo de hombres a unos metros de mí. No tardo en ver a Brodie entre ellos y él me ve a mí. Nos sonreímos en la distancia y finalmente se acerca.

—Estás espectacular —me dice regalándome otra bonita sonrisa—. Al final voy a arrepentirme de no haberte convencido para que salieses sólo conmigo.

Le devuelvo la sonrisa. No es un mal tío y es bastante guapo, pero no es mi tipo en absoluto.

—No te lo voy a poner difícil —claudica divertido ante mi silencio—. La fiesta es en aquella sala —continúa señalando una puerta.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme?

Vuelve a sonreír.

—¿Por qué no pruebas primero a intentar divertirte? A lo mejor acabas siendo tú la que no quiere irse.

Sonrío por segunda vez. Tiene razón. Ya que estoy aquí, lo mínimo que puedo hacer es intentar pasármelo bien. El día ha sido horrible. Bailar y tomarme un par de copas me sentará de maravilla.

Me despido de Brodie, respiro hondo y me encamino hacia la sala.

La música suena *sexy* y cadenciosa. Hay más de una treintena de personas que flirtean abiertamente unas con otras. Todo parece muy relajado, como si la regla número uno en este sitio fuera dejarse llevar.

Sin embargo, mi nueva actitud no tarda en desvanecerse. Me siento demasiado incómoda, como si el hecho de que me hubiesen pagado por estar aquí significase que no me está permitido divertirme.

Un chico me sonrío. Yo le devuelvo el gesto, pero mi sonrisa es más forzada y de puro compromiso. No quiero ser antipática; además, imagino que tampoco puedo. Aun así, no deseo que se me acerque. El chico, que parece de lo más agradable, en seguida capta la indirecta y posa su atención en otra de las mujeres.

Apuro mi segunda copa y la dejo sobre una de las mesas. Me siento tentada de pedir una tercera, pero no me parece buena idea. No quiero emborracharme en una fiesta así, aunque no tenga del todo claro que significa ese así.

Camino desinteresada por la sala y finalmente me dejo caer sobre la pared del fondo. En realidad, lo único que quiero es pasar desapercibida. Pero entonces, mi cuerpo se enciende como si tuviese luz propia y noto su mirada *sexy* y exigente dominarme desde el otro lado de la sala.

Alzo la cabeza y veo a Donovan en el otro extremo de la habitación. Está sentado en uno de los elegantes sofás. Su traje negro luce aún más sofisticado aquí, como si fuera el decorado perfecto para alguien tan injustamente guapo. Tiene un vaso con *whisky* y hielo en una mano, haciéndolo jugar entre sus dedos. Su otro brazo reposa despreocupado sobre la espalda del tresillo. Se lleva la copa a los labios y me observa por encima del cristal. Sus ojos están hambrientos, llenos de un deseo que, a pesar de la distancia, incendia todo mi cuerpo y consigue que clame por él.

Entre nosotros se cruzan decenas de personas que flirtean, bailan, ríen, pero yo tengo la sensación de que estamos solos, rodeados por una suave atmósfera que se vuelve deliciosamente eléctrica en cuanto noto sus ojos dibujar con descaro cada centímetro de mi cuerpo justo antes de volver a dominar los míos.

Donovan me dedica esa sonrisa tan *sexy*, tan insolente, y que por primera vez voy a permitirme reconocer que me encanta porque me hace sentirme atractiva y deseada y, sobre todo, desearlo a él hasta un límite insospechado.

Una mujer canta una suave canción; suena *sexy* y sensual como nosotros.

Inconscientemente me muerdo el labio inferior. Ahora mismo me muero por sentir sus manos sobre mi piel.

Donovan parece escuchar la petición que no llego a hacer en voz alta y se levanta. Atraviesa el salón sin levantar sus ojos de los míos. Primero son azules, después verdes. La luz de la sala los hace cambiar misteriosos de color y me hipnotizan aún más.

Llega hasta mí y, sin decir una sola palabra, coge mi mano y tira de ella. Me guía hasta unas escaleras y accedemos a la planta de arriba, a un ancho pasillo con luces tenues y un ambiente increíblemente sugerente.

Abre una de las puertas y entramos en una habitación. El ambiente del pasillo se desborda en la estancia. Hay una enorme cama redonda en el centro, pero no parece sórdida en absoluto. Es moderna e incita a hacer cosas inimaginables.

Donovan se gira y clava de nuevo sus ojos en los míos. Alza su mano y con la punta de los dedos acaricia suavemente mi vestido a la altura de mi ombligo. Sonríe. Sonríe. Sé perfectamente lo que ha pensado.

Estamos demasiado cerca. Su calor y su olor me envuelven y yo no puedo evitar sentirme tímida y nerviosa por toda esta situación, por cómo despierta mi cuerpo.

La penumbra de la habitación lo envuelve todo en un halo de deliciosa sensualidad. Donovan se inclina sobre mí. Su frente está casi apoyada en la mía y nuestros alientos se estremezcan cálidos.

—Tú no me gustas —murmuro nerviosa y nunca había dicho una estupidez mayor.

Él sonrío *sexy* y peligroso.

—Claro —responde en un susurro con su voz más ronca.

—Y no quiero que me beses —me apresuro a añadir.

—Por supuesto que no —replica haciendo que su voz suene tan salvaje pero a la vez tan carnal que es una auténtica locura.

Yo suspiro con suavidad absolutamente entregada. Él toma mi cara entre sus manos y al fin me besa apremiante y lleno de deseo. Su boca exigente conquista la mía y me hace pensar que no hay una sensación mejor en el mundo. Me besa con fuerza y se separa dejándome ansiosa de más. Sonríe a escasos centímetros de mi boca y, con sus manos todavía en mis mejillas, vuelve a unir nuestros labios.

Pero, no sé por qué, algo me dice que no debería estar aquí, no ahora y no así, no después de que me hayan pagado. Brodie dejó muy claro que el dinero no era por esto, pero, viendo lo que he visto abajo, son más que evidentes las intenciones de la fiesta y del club Archetype en general.

No puedo.

—Donovan —susurro contra sus labios.

Mi voz es un suave hilo inundado de deseo.

—Donovan —repito y hago un pobre intento por apartarlo.

—¿Qué? —pregunta impaciente, mirándome directamente a los ojos.

—Tengo que irme —musito.

—No, de eso ni hablar.

Me sonrío justo antes de volver a besarme y yo dejo que lo haga. ¡Sabe tan bien!

—Donovan, por favor.

Él vuelve a separarse y suspira algo exasperado. Yo clavo mi vista en el suelo. De pronto me siento tímida y, para qué negarlo, algo estúpida, como si fuera una cría que no sabe lo que quiere.

—Katie —susurra a la vez que me levanta la barbilla con el reverso de sus dedos.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre y algo dentro de mí sonrío feliz.

—¿Quieres estar conmigo esta noche? —inquire con sus ojos aún atrapando los míos y rodeado de ese inconmensurable atractivo que le da el conocer perfectamente la respuesta a esa pregunta.

—Me has llamado por mi nombre.

Donovan vuelve a sonreír de esa manera suave, serena y *sexy* que tengo la sensación de que sólo reserva para mí.

—Contesta a mi pregunta —me ordena dulcemente.

Sólo puedo asentir nerviosa. Está demasiado cerca y esos ojos son demasiado bonitos.

—Entonces, déjate llevar.

Vuelve a besarme y estoy a punto de olvidarlo todo y simplemente suspirar y quedarme aquí hasta que salga el sol, pero ¿cómo reaccionaría él si dentro de una semana o un mes descubre que me pagaron por estar aquí? ¿Y si ya lo sabe? ¿Y si es algo que hace habitualmente y para él no supone ningún problema? Desde luego, para mí sí.

—Lo siento, Donovan.

Lo aparto y salgo corriendo. Cruzo el pasillo como una exhalación y bajo aún más de prisa las escaleras. Al llegar a la sala principal, intento disimular lo atropellado de mi huida para no llamar la atención. Reconozco a algunas personas que antes estaban en la fiesta y que ahora se hacen arrumacos en las mesas en penumbra.

Alguien me toma por el brazo a unos metros de la puerta. Temo que sea Donovan y ni siquiera quiero girarme.

—Encanto.

Suspiro aliviada. Es Brodie.

—Lo siento, tengo que irme —lo interrumpo.

—Katie, ¿estás bien? —pregunta sosteniéndome de nuevo por la muñeca.

Cuando oigo mi nombre, suspiro suavemente y comprendo al instante que ya nunca me sonará igual.

—Sí —me obligo a reaccionar—, sólo es que tengo que irme.

Él asiente y me suelta, pero, cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, veo de reojo que hace un gesto, como si acabara de recordar algo, y vuelve a llamarme.

—Espera —me pide caminando hasta mí—, aún no te he pagado.

Saca su cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

—No, Brodie —me apresuro a replicar negando también con la cabeza para reforzar mis palabras—. Por favor, no.

—No seas tonta. Quedamos en trescientos, ¿verdad?

Me tiende los billetes, pero yo doy un paso atrás. Ni quiero ni puedo aceptar su dinero.

—De verdad, Brodie, no puedo aceptarlo.

Sólo quiero marcharme de aquí.

—Katie, ¿alguien ha intentado propasarse contigo?

Suena realmente preocupado. Supongo que se siente responsable.

—No, de verdad que no.

—Vale, pues... no es que sea un gurú de las mujeres, pero es obvio que te pasa algo.

Me encojo de hombros. No quiero hablar de esto.

—Por lo menos déjame llevarte a casa.

—No —contesto rápidamente.

—Insisto. Es lo menos que puedo hacer. Acabas de ahorrarme trescientos pavos.

Ambos sonreímos, pero a mí no me llega a los ojos.

Sopeso las opciones. Confiaba en poder pagarme un taxi con el dinero de Brodie. Desechada esa opción, sólo me queda el bus y lo cierto es que no es la mejor hora para montarse en uno.

—Está bien.

El asiente sonriente y estira su brazo cediéndome el paso.

Su coche está aparcado en la misma manzana y lo agradezco. Hace muchísimo

frío o por lo menos yo tengo esa impresión. Definitivamente estoy incubando algo.

Brodie va muy concentrado en la carretera y yo me he tranquilizado mínimamente. No tengo ni la más remota idea de cómo manejar toda esta situación con Donovan. Al menos mañana continuaré trabajando con el señor Colton y no con él. Lo más inteligente sería fingir que no ha pasado nada, pero tampoco quiero eso. Donovan, a pesar de todo, me gusta. Suspiro mentalmente. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué demonios voy a hacer? Además, por si fuera poco, no paro de hacerme preguntas sobre el club, sobre el tipo de fiestas que se hacen allí y, sobre todo, si Donovan es o no un cliente habitual.

Miro de reojo a Brodie y por un momento me planteo hacerle todas esas preguntas. Suspiro de nuevo. Es una pésima idea. Apenas lo conozco y preguntarle sobre Donovan implicaría dar explicaciones que ahora mismo ni siquiera quiero pronunciar en voz alta.

Llego a casa con la cabeza hecha un auténtico lío, una maraña de pensamientos confusos sobre el Archetype y Donovan. Me alegro muchísimo de haber rechazado el dinero. No quiero pensar en cómo me sentiría si ahora tuviese esos trescientos dólares.

Me tomo otro ibuprofeno y me meto bajo el nórdico. Hace un frío que pela. ¡Malditas ventanas! Mientras intento sin ningún éxito conciliar el sueño, aunque sé que es lo peor que podría hacer ahora mismo, no puedo evitar recordar cómo me sentí en el momento en el que me guiaba por el pasillo, mientras acariciaba mi vestido, cuando me besaba.

Suspiro exasperada y me tapo la cara con la almohada.

Katie Conrad, de profesión, kamikaze sentimental.

El despertador suena infatigable pero no puedo decir lo mismo de mí. Estoy hecha polvo. Dormí con el vestido de ayer y ahora mismo siento un frío intenso en todo mi maltrecho cuerpo. Me meto en la ducha con la idea de entrar en calor, pero ni siquiera con el agua prácticamente hirviendo lo consigo.

Me pongo mi falda marrón de lunares sólo porque hace conjunto con el jersey más tupido que tengo. Soy consciente de que no es mi mejor atuendo, pero tengo sueño, estoy exhausta y aún muerta de frío. Sólo espero que el señor Colton se apiade de mí y no tenga mucho trabajo.

Llego a la oficina y paso discretamente, casi de puntillas, por delante del despacho de Donovan. No estoy preparada para tenerlo cara a cara. Durante todo el viaje en bus he intentado concienciarme de que lo vería, incluso me he preparado un discurso bastante absurdo, pero ahora prefiero evitarlo. Con un poco de suerte, cuando me marché, se cruzó con otra chica que le gustó y acabó divirtiéndose en la cama redonda. Hago una mueca. Esa idea no me ha gustado nada.

—Buenos días, señor Colton —digo entrando en su despacho y, sin que él diga

nada, cerrando la puerta tras de mí. Hoy esta oficina tiene que ser mi búnker.

—Buenos días, Katie —responde de pie al otro lado de su mesa.

Por un momento las vistas a su espalda me roban el aliento. Desde luego este edificio debe de ser el mejor emplazado de toda la ciudad.

—¿Preparada?

—Claro —respondo volviendo a la realidad.

El señor Colton teclea algo en su ordenador y, pensativo, observa unos segundos la pantalla. Finalmente sonrío satisfecho y muy arrogante. Sea lo que sea lo que ha visto, ha salido exactamente como esperaba.

—Hoy tenemos mucho que hacer —me informa—. Lo primero, ve al despacho de Donovan y recoge los archivos de Foster y Blair, e imagino que necesitarás tu iPad.

¡Maldita sea, el iPad! ¿Por qué ayer no tuve la brillante idea de dejarlo en cualquier otro sitio? No quiero ir a la boca del lobo todavía. Es demasiado temprano y, además, el lobo en cuestión tiene que estar enfadadísimo.

—Claro —respondo resignada y, aunque es lo último que quiero, echo a andar.

—Katie, espera. —No sé qué ha adivinado Jackson en mi expresión, pero la suya parece haber cambiado—. Voy yo, tengo que hablar unas cosas con él. Además, con el humor de perros que tiene esta mañana probablemente la pagaría contigo —sentencia divertido dirigiéndose hacia la puerta.

Sonrío automáticamente relajada.

—Empieza revisando las medias de Wall Street de esta semana —me ordena saliendo del despacho.

No he revisado ni dos páginas cuando la puerta se abre de golpe y Donovan entra con paso firme. Tiene la mirada endurecida y la mandíbula tensa. Deja caer un par de carpetas sobre la mesa de Jackson y apoya su mano en el respaldo de mi silla, inclinándose sobre mí.

—Me importa bastante poco lo que hagas con tu vida —susurra amenazador y con una voz suave, demasiado suave, como si condensara toda la calma que precede a una tormenta—, pero aquí soy tu jefe. La próxima vez que llegues tarde y no te molestes si quiera en pasarte por mi despacho, te despido.

Sin más, sale del despacho cruzándose con el señor Colton en la puerta. Yo me quedo sentada, sin mover un solo músculo, intentando no tener la más mínima reacción delante de Jackson. No pensé que estuviera tan enfadado, aunque también ha sido un poco injusto. No creo que me merezca que me hable así.

Durante toda la mañana trato de concentrarme en el trabajo, pero no puedo dejar de pensar en Donovan. Me siento culpable y, al margen de cómo me haya hablado, creo que le debo una explicación. Al fin y al cabo salí huyendo.

Le pongo al señor Colton una excusa bastante idiota y voy al despacho de Donovan. Llamo suavemente y espero paciente a que me dé paso. Cuando lo hace, abro la puerta y cierro tras de mí.

Está sentado a la mesa, tan injustamente guapo como siempre. Se ha quitado la

chaqueta azul oscuro y se ha remangado la camisa hasta el antebrazo. Que esté sentado me da alguna posibilidad. Por lo menos sé que no voy a quedarme embobada viendo lo sexy que le caen los pantalones sobre las caderas.

—Donovan, ¿puedo hablar contigo? —pregunto.

Pretendo que mi voz suene firme, pero no tengo del todo claro que lo haya conseguido.

—¿Seguro? —inquire a su vez irónico sin ni siquiera mirarme—. Lo mismo tienes pensado salir huyendo y no me apetece tener que volver a ver algo tan patético.

—Tenía mis motivos —intento explicarme.

—Pues ve a contárselos a quien le importe.

Su tono de voz es arisco y presuntuoso. Está claro que no quiere tenerme aquí y no tiene la más mínima intención de disimularlo. Cierra la carpeta en la que estaba trabajando y la deja caer sobre un montón de ellas apiladas en una esquina de su escritorio. Entonces me mira. Su expresión es imperturbable, como si se encargara de echar a chicas de su despacho todos los días. Lo peor es que probablemente pase más a menudo de lo que quiero pensar.

Ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro, giro sobre mis talones y salgo de su despacho. Con la puerta cerrada a mi espalda, tengo que volver a suspirar hondo para tratar de controlar el ciclón de emociones que me invaden por dentro.

Esto es lo mejor que podía pasar. Donovan Brent no me conviene en absoluto.

«Ahora sólo hace falta que te lo creas».

Regreso al despacho del señor Colton y continúo trabajando. Agradezco que no me dé un respiro porque, cada vez que me descuido, acabo pensando en Donovan, en el club y en sus besos, sobre todo en eso, aunque me temo que a él no le pasa lo mismo.

Después de una pequeña parada para almorzar, de vuelta en el despacho, comienzo a pensar que el termostato debe haberse estropeado porque hace muchísimo frío. Sin embargo, cuando empiezan a dolerme músculos que ni siquiera sabía que tenía, entiendo perfectamente lo que me pasa. No puedo creerme que haya cogido la gripe otra vez.

—Katie, ¿estás bien? —me pregunta el señor Colton desde el otro lado de la mesa—. Estás temblando.

—Tengo mucho frío. Hace frío. ¿Tú no tienes frío? —pregunto tratando de desviar la atención.

No creo que, pedirme una baja cuando sólo llevo cinco días trabajando en la empresa, sea muy profesional.

—Estás enferma —sentencia descolgado el teléfono y marcando el botón de recepción—. Eve, el coche.

—Señor Colton, no hace falta. Sólo es un resfriado. Una pastilla y estaré como nueva —replico restándole importancia.

—Te vas a casa —ordena sin asomo de duda.

No sé si ha sido su voz o su mirada, pero algo me dice que no está acostumbrado a que le desobedezcan. Ahora comienzo a entender el comentario que hizo Lola sobre que ser controlador era un rasgo muy característico por aquí.

—El coche te está esperando —añade—. ¿Llegarás bien sola?

—Sí, claro que sí... y gracias.

No tengo fuerzas para discutir, así que opto por dejarme llevar.

«Curiosa frase».

En el coche le pido al conductor que ponga la calefacción. A pesar de que no se queja ni una vez, estoy convencida de que le estoy dando el viaje. Aquí dentro la temperatura es nivel sauna e inexplicablemente sigo teniendo frío.

Lo primero que hago cuando llego a mi apartamento es tomarme dos ibuprofenos. Lo segundo, coger varias toallas y tapar los malditos huecos de las ventanas. Son los responsables de cada futuro golpe de tos. Maldita sea, de todas formas sigue haciendo un frío que pela. Creo que tengo fiebre.

Me meto en la cama y me tapo hasta las orejas con la única compañía de mi iPhone. En mitad de mi estado febril, pienso en llamar a Donovan. La gripe me está haciendo delirar.

Sistemáticamente se me cierran los ojos. Estoy muy cansada.

Me despierto. Está lloviendo. Estoy algo desorientada. Oigo la voz de Lola, pero no recuerdo cuándo ha llegado. Los párpados me pesan. Deben de ser las pastillas.

Vuelvo a dormirme.

Oigo a alguien gritar. Me esfuerzo sobremanera y consigo abrir los ojos. Es Lola. Está al teléfono. Parece asustada, muy asustada.

—No lo sé. Tiene mucha fiebre y no se despierta. Iba a llevarla al hospital, pero no para de llover y él taxi no llega... Sí, sí... Vale. Adiós.

¿Con quién está hablando? ¿Y de quién? Yo estoy bien. Sólo tengo sueño.

Sigue lloviendo. Abro los ojos despacio y veo a Lola. Está sentada a mi lado y me pasa un trapo húmedo por la frente y el cuello. Está helado. Me quejo e intento apartarla, pero no tengo fuerzas.

No consigo mantenerme despierta.

Noto unos brazos alzarme de la cama. Me apoya contra su pecho y escondo la cabeza en su cuello. Reconozco su olor, a limpio, a suavizante caro y gel aún más caro.

—Donovan —pronuncio en un débil susurro.

Salimos a la calle. Me estrecha contra su cuerpo para protegerme de la lluvia y mantener el calor. Rápidamente entramos en la parte trasera de un coche. No me separa un ápice de él y yo me dejo envolver por sus perfectos brazos.

Me despierto. No sé dónde estoy. Intento incorporarme. Todo me da vueltas.

—No te muevas, Pecosita —dice Donovan acercándose a mi cama y empujándome sin mucho esfuerzo para que mi cabeza caiga de nuevo en la almohada.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

—En el hospital.

Me observa con sus preciosos ojos y me sonrío suavemente mientras me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Creí que estabas enfadado conmigo —susurro.

—Y lo estoy. Mucho —me aclara—. Pero alguien tenía que traerte al hospital.

Me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Los dos sabemos lo que acaba de hacer por mí.

—Buenas noches.

Inmediatamente llevamos nuestra mirada a la puerta y vemos entrar a un doctor con bata blanca y pijama azul de hospital. Tiene pinta de llevar aquí más horas de las que le gustaría. En seguida abre un sobre marrón enorme y saca unas radiografías. Las engancha a una pantalla luminosa y las observa con detenimiento. Asiente un par de veces y finalmente camina hasta mi cama.

—En principio, has venido a tiempo —me dice—. Todo parece indicar que tienes neumonía.

—¿Neumonía? —pregunta Donovan como si no terminara de creerlo.

—¿No fuiste al médico cuando pensaste que tenías gripe? —inquire de nuevo el doctor.

—No —confieso sintiéndome como una verdadera idiota—. Tome ibuprofeno, las mismas pastillas que me mandaron la última vez que tuve gripe.

—Supongo que te dirían que te tomaras unos días de reposo, ¿lo hiciste?

—No —musito. Donovan gruñe—. No podía dejar de trabajar.

El doctor asiente.

—Katie, ¿quién es tu médico? —pregunta.

Dudo en contestar. Presiento que la respuesta no va a gustarle nada a Donovan.

—No tengo médico. Fui a la clínica gratuita.

Donovan suspira breve y brusco y se cruza de brazos, aunque inmediatamente se lleva el reverso de los dedos a la boca. No sé si está más furioso o indignado.

El médico se sienta en un taburete y lo desliza hasta quedar de nuevo junto a mí.

—Katie, ahora te sientes mejor por los calmantes que te hemos dado, pero... no te equivoques, lo que tienes es grave. Llegaste aquí inconsciente por la fiebre y no te quepa duda de que necesitas descansar.

—Descansará —sentencia Donovan mirando al doctor. Tiene la mandíbula tensa y la mirada endurecida—. Yo me encargaré de ello.

¿Él? ¿Cómo? Creo que todo me da vueltas otra vez.

—Ahora necesito que me cuentes cómo te hiciste el corte del costado.

Este doctor va a acabar metiéndome en un verdadero lío.

—En el trabajo —musito.

—No pudiste hacértelo en el trabajo —interviene Donovan.

—No en la oficina. —Suspiro. Nunca pensé que acabaría dando estas explicaciones y mucho menos en estas circunstancias—. Trabajo en un restaurante

por las noches y hace unos días me corté con la puerta de la nevera.

Donovan asiente, pero yo no me siento para nada tranquila. Es más algo amenazador que conciliador.

—Necesitas puntos. Tienes un principio de infección y probablemente sea responsable de parte de la fiebre. En seguida te los doy. Primero necesito que me digas si tomas alguna medicación.

Niego con la cabeza.

—Sólo la minipíldora anticonceptiva.

El facultativo apunta algo en mi historial y lo cierra, para luego dejarlo sobre la mesita metálica a mi lado.

—Ahora te daremos esos puntos —me confirma guardándose el bolígrafo en el bolsillo de su bata.

—Gracias, doctor... —Busco una placa con su nombre, pero no la veo.

—Newman —me aclara.

—Gracias, Michael —añade Donovan.

¿Se conocen?

—De nada pero, la próxima vez, tened los ataques febriles a las diez de la mañana. Estaba acabando la guardia.

Ambos sonrían y el médico se levanta y camina hacia un armario metálico de donde empieza a sacar instrumental.

Donovan me mira y por un momento me siento como una cría de seis años; presiento que me espera la bronca de mi vida. Él apoya una de sus manos en el cabecero de la cama, la otra sobre el colchón y se acerca peligrosamente a mí.

—Tú y yo hablaremos luego.

Otra vez esa voz tan increíblemente suave.

Trago saliva inconscientemente y mis ojos se pierden en la suyos. Creo que enfadado está todavía más guapo o quizá sean los analgésicos mezclados con el hecho de que una parte de mí ahora mismo lo ve como mi caballero andante. Me pongo los ojos en blanco mentalmente. ¿A quién pretendo engañar? Es mezquinamente guapo.

El doctor regresa ajustándose los guantes de látex. Me pide que me gire para poder acceder mejor al corte. Cuando noto el pinchazo de la anestesia, suspiro y arrugo el rostro. Ha dolido.

—Esa naricita —me dice Donovan inclinándose de nuevo sobre mí y acariciándome la nariz dulcemente con el índice.

Sonríe y, a pesar del dolor, yo hago lo mismo.

La anestesia poco a poco ha ido sustituyendo el dolor por una sensación de frío, como si el médico estuviera trabajando con hielo sobre mi herida. Donovan no me quita ojo de encima y yo me siento extrañamente protegida.

—Bueno, esto ya está —anuncia el doctor Newman.

Vuelvo a acomodarme en la cama y observo cómo el médico deja el instrumental

sobre una mesita auxiliar de la que coge un pequeño vasito de plástico.

—Ahora te vas a tomar estas pastillas —dice tendiéndomelo—. Son unos antibióticos muy fuertes. Te dejarán algo adormilada las próximas horas.

Me tomo las pastillas y cojo otro vaso que me ofrece más grande, de cristal y lleno de agua fresca.

No tardo mucho en sentirme como si flotara. Apenas puedo asentir cuando el médico se despide y Donovan sale con él. Parecen viejos amigos.

Casi sin darme cuenta, voy sonriendo intermitentemente.

Ya no me importa la neumonía, mis dos trabajos, los ciento veintiséis mil trescientos cuarenta y tres dólares con ochenta centavos que debo, el Archetype, Donovan. Sólo puedo pensar en dos palabras: dejarme llevar; en realidad, Donovan, el Archetype y dejarme llevar. Eso son cuatro palabras... bueno, seis. ¿Las palabras pequeñas cuentan? Nunca lo he tenido claro.

Vuelvo a sonreír. Bendita prescripción médica.

Donovan regresa y cierra la puerta tras de sí.

—Pecosa, nos vamos.

—¿Adónde? —pregunto con una boba sonrisa—. ¿A mi apartamento?

—Sí, el lugar perfecto para recuperarse de una neumonía es donde la pillaste.

Me observa divertido intentando incorporarme. No soy capaz y, presa de un nuevo ataque de risa, me caigo otra vez en la cama.

—¿Vas a ser capaz de mantenerte en pie? —pregunta.

—No lo sé, pero si me caigo y tu amigo tiene que volver, ¿me dará más pastillas? Me han sentado de maravilla.

Me trabo pronunciando la última palabra y eso me hace volver a reír. Donovan suspira fingiéndose exasperado aunque todo esto parece divertirlo y, sin decir nada más, vuelve a cogerme en brazos.

—Podría acostumbrarme a esto. Se te da muy bien hacer de salvador de chicas indefensas —comento alargando estúpidamente la última ese.

—Cállate —me ordena con un trasfondo divertido.

—Qué dominante.

—No sabes cuánto —responde con una sonrisa llena de malicia asomando en sus labios.

—Lola dice que Jackson, Colin y tú sois tres obsesos del control. Tres obsesos del control que trabajan juntos y los tres sois guapísimos. No me negarás que es hasta un poco ridículo. —Comienzo a reír de nuevo—. Controladores y atractivos, ¿hicisteis una especie de casting o algo así para haceros amigos?

No dice nada, sólo sonrío.

Humm. Giro en la cama. Es grande y cómoda. Ya no siento nada de frío. Me desperezo rodeada de almohadas. Esta cama es genial.

Es genial y no es la mía.

Abro los ojos de golpe. ¿Dónde estoy?

Me incorporo y miro a mi alrededor. No reconozco la habitación. Intento hacer memoria y no sé cómo he acabado aquí. Lentamente comienzan a llegar a mi embotada mente imágenes del día de ayer. Recuerdo que Jackson me mandó a casa. Recuerdo que me metí en mi cama y también que estuve en el hospital...

¡Dios! ¡Estoy en casa de Donovan!

Observo la habitación y de pronto cada objeto de la estancia encaja perfectamente. La cama, inmensa; los muebles, de diseño, y la decena de camisas que asoman del vestidor, blancas.

Me llevo las manos a los ojos y acabo pasándomelas por el pelo. Esto es una locura. Lo mejor será que me vista, le dé las gracias y salga pitando de aquí. Por inercia miro la ropa que llevo y «maldita sea», mascullo entre dientes. No es la mía. Llevo una camiseta y, gracias a Dios, mi ropa interior. Pataleo y grito bajito. Si ya me hubiera dado vergüenza salir con un pijama de franela abotonado hasta el cuello, así sólo quiero que la tierra me trague.

Suspiro con fuerza y me mentalizo. Tengo que salir y será mejor que lo haga yo, ahora, teniendo el control de la situación, marcando los tiempos. Echo el nórdico a un lado y pongo los pies en el suelo. Qué agradable. El parqué está caliente. Los multimillonarios sexis sí que saben vivir. Apuesto a que puso el suelo radial pensando en los polvos que echaría en él.

Miro a mi alrededor con la esperanza de que mi ropa aparezca en cualquier rincón, pero no tengo esa suerte. Podría buscar algún pantalón suyo. Camino sigilosa hasta la cómoda y abro el primer cajón. Es el de su ropa interior. Todo bóxers blancos de esa marca suiza tan ridículamente cara. Levanto uno de ellos tímidamente y miro debajo. No sé qué espero encontrar. Seguramente, si estuviera aquí, aprovecharía para reírse de mí. Levanto otro. Creo que me estoy demorando perversamente en este cajón.

—Pecosa —digo frunciendo la nariz e imitando su voz—, sé que te gusto, pero robarme los bóxers me parece excesivo.

Suelto una risilla malvada encantadísima con mi propia broma.

—Yo no lo habría expresado mejor.

La voz de Donovan me hace dar un respingo con el que probablemente enseñe las bragas.

Está apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observándome. Su sonrisa es aún más impertinente que de costumbre. Está disfrutando con mi bochorno.

Intento cerrar el cajón de golpe y, por supuesto, no lo consigo. Algunas prendas me entorpecen y tengo que recolocarlas bien para poder cerrar.

—Trátalos con cariño. Las manos de muchas mujeres tienes que tocarlos todavía.

Yo lo fulmino con la mirada, cosa que él ignora por completo, y comienza a caminar alejándose de la habitación.

—Al salón —ordena.

Cuando ya se ha dado la vuelta, le dedico un mohín de lo más infantil y al fin cierro el cajón, brusca. Es una declaración de principios.

Salgo al salón y, en la nueva estancia, automáticamente vuelvo a sentirme incómoda con mi escueto vestuario.

—Podrías darme unos pantalones.

—¿Por qué? —responde divertido desde la cocina—. Así estás muy bien —añade insolente.

—Donovan —me quejo.

Es odioso.

—Siéntate —me ordena de nuevo señalando uno de los taburetes al otro lado de la inmensa isla de la cocina.

Resoplo pero no protesto más. ¿Para qué? No valdría de nada. A pesar de lo poco que lo conozco, tengo claro que es muy testarudo.

Camino despacio y, a regañadientes, tomo asiento. Él está echando el líquido de un pequeño termo en un cuenco. Creo que es sopa de pollo y huele de maravilla.

—¿Tú me quitaste la ropa? —pregunto en un susurro.

Me siento muy tímida, casi avergonzada, con esta pregunta.

—Sí —responde mirándome directamente y sonriendo otra vez.

Se lo está pasando de cine, el muy bastardo.

—Entonces, me has visto desnuda —musito y no es una pregunta, es más un lamento.

—Oh, sí.

Podría tener el detalle de dejar de sonreír.

Apoyo el codo en la isla, la frente en la mano, y la sacudo un par de veces. Maldita sea, esto es de lo más vergonzoso. Veo de reajo, ya que me niego en rotundo a mirarlo, cómo se inclina sobre el mármol hasta que su cara está peligrosamente cerca de la mía.

—Y me recreé.

¡¿Qué?!

—¿Cómo que te recreaste? —pregunto alarmada alzando la cabeza para mirarlo.

—Tienes cuatro lunares —contesta, y esa sonrisa tan odiosa, impertinente y sexi brilla más que nunca.

—¡Donovan!

—Pecosa, estaba aburrido —suelta a modo de desastrosa disculpa. Su voz sigue siendo de lo más impertinente y ¡continúa sonriendo!—. Nunca había sólo dormido con una chica.

—¿Hemos dormido juntos?

Esto es el colmo. Donovan Brent, de caballero andante, no tiene nada.

—¿No dormiste en el sofá? —pregunto casi atónita.

—Y me parece una costumbre deliciosa —añade ignorándome por completo— que hables en sueños. —¡¿Qué?!—. Fue muy útil.

No te ruborices. No te ruborices.

Cruzo los brazos sobre el reluciente mármol italiano y hundo la cabeza en ellos. Estoy viviendo la reina de las situaciones bochornosas.

—No te tortures, Pecosa —susurra aún más cerca—. Me gustó sólo dormir

contigo.

Sus palabras me hacen levantar la cabeza otra vez y durante unos segundos simplemente saboreamos nuestras miradas entrelazadas. Él sigue teniendo el mismo brillo descarado y sin una pizca de vergüenza, y yo por algún motivo comienzo a relajarme y a dejarme envolver por él.

Termina de verter el líquido y empuja el tazón hasta colocarlo frente a mí.

—Sopa de pollo, comida de enfermo —me aclara.

Me tiende una cuchara y yo la agarro ávida. Tiene una pinta deliciosa y, después del efecto de las pastillas y de haber dormido no sé cuántas horas, estoy hambrienta.

Donovan me observa tomar las primeras cucharadas e incluso lanzar algún que otro «humm». La sopa bien lo vale. ¿De dónde la habrá sacado? Miro el pequeño termo y leo Malavita. Debe de ser el nombre de algún restaurante.

—Tienes muchas cosas que contarme —me dice tomándome por sorpresa.

Su tono de voz ha cambiado. Se ha endurecido. Quiere dejarme claro que ya no está jugando.

Yo trago la última cucharada de sopa y clavo mi vista en el cuenco a la vez que dejo la cuchara lentamente apoyada en el tazón. Se me acaba de cerrar el estómago de golpe.

Asiento despacio y más despacio alzo los ojos, mirándolo a través de mis pestañas. Donovan frunce el ceño imperceptiblemente sin levantar su mirada de la mía y toda la atmósfera da un giro de trescientos sesenta grados, como si hubiésemos pulsado un interruptor mágico que saturara de una sensual electricidad todo el espacio vacío entre los dos. Él aparta su vista, apenas un segundo, y, cuando la posa de nuevo en la mía, comprendo que su perfecto autocontrol vuelve a dominar la situación.

—¿Por qué continuaste trabajando en el restaurante?

—Porque necesito el dinero.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar, y hay cierto toque de exigencia en su voz—. El sueldo que te pagamos es más que suficiente.

Suspiro. Llegados a este punto creo que lo mejor es soltarlo todo de un tirón.

—Tengo deudas, muchas, y de mucho dinero.

—¿De qué?

No hay la más mínima reacción en él.

—Mi abuelo tenía problemas de corazón. Necesitaba una operación, pero no tenía seguro, así que cogí el dinero de mi préstamo universitario y lo utilicé para pagar el hospital. Obviamente tuve que dejar de estudiar y ponerme a trabajar más horas para poder pagar las medicinas y todo lo demás. Al principio fue bien, pero un día empeoró. Me dijeron que necesitaba una nueva operación y tuve que pedir un crédito. Ni siquiera sé cómo me lo concedieron, pero el interés era altísimo. Mi abuelo no sobrevivió a la operación.

Donovan asiente.

—¿Cuánto dinero debes?

—Ciento veintiséis mil trescientos cuarenta y tres dólares con ochenta centavos.

Donovan vuelve a asentir. Su expresión es imperturbable. Ni siquiera podría decir qué está pensando ahora mismo.

—¿Algo de lo que pone en tu currículum es verdad?

—No —musito—. Pero yo no quise engañarte —me apresuro a aclarar—. Todo fue un malentendido. Aquella mañana estaba en la oficina para llevarle las llaves a Lola y tú pensaste que yo era una de las candidatas y ella creyó que era mi oportunidad para tener un trabajo mejor. Por favor, no la despidas.

Si Lola saliera perjudicada de todo esto por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

—¿Y cómo has conseguido hacer el trabajo de toda la semana? —pregunta obviando mi súplica.

—Mackenzie y Lola me ayudaron el primer día. El segundo, tú, y cada noche, cuando llegaba a casa, leía libros, buscaba en Internet.

—¿Me estás diciendo que, después de levantarte Dios sabe cuándo para llegar antes que yo a la oficina, trabajar conmigo y trabajar en un restaurante, cuando llegabas a casa... estudiabas?

Trago saliva.

—Más o menos —me sincero.

Donovan se aleja de la cocina mientras cabecea. Camina hasta el sofá y recoge su abrigo.

—¿Vas a despedir a Lola? —pregunto bajándome del taburete. No me contesta—. No la despidas, por favor. Ella sólo quería ayudarme.

Donovan no contesta. Sube los dos escalones que separan el inmenso salón del vestíbulo y llama al ascensor. Las puertas se abren de inmediato y se marcha del apartamento sin mirar atrás.

No puede hacer que la despidan. Ella lo hizo por mí. Camino nerviosa por la casa. Necesito un plan. Lo primero es encontrar mi ropa o, al menos, unos pantalones que ponerme. Después hablaré con Lola y también con Jackson y Colin. Les explicaré todo y seguro que ellos harán entrar en razón a Donovan.

No encuentro mi ropa por ningún sitio. Tampoco ningún pantalón que pueda ponerme.

Estoy a punto de desesperarme cuando un teléfono comienza a sonar. No reconozco el timbre. Miro a mi alrededor tratando de seguir el sonido. Deambulo por el salón hasta que veo un teléfono fijo en una pequeña mesita junto al sofá.

—¿Diga? —respondo.

Inmediatamente cierro los ojos con fuerza, arrepentida. No sé si a Donovan le hará gracia que atienda el teléfono de su casa.

Sin embargo, al no obtener respuesta, abro los ojos y frunzo el ceño. ¿Por qué no contestan?

—¿Diga? —repito—. ¿Hola?

Nada. No responden. Imagino que será uno de sus ligues, que se ha echado atrás al oír una voz de mujer. Una sonrisa llena de malicia se me escapa, aunque de eso también me arrepiento rápidamente. No me interesa lo más mínimo la vida sentimental de Donovan.

«Ja».

Cuelgo y, cuando estoy a punto de dejar el teléfono en el soporte, tengo una idea. Marco el número de mi móvil por si estuviera aquí, pero no tengo esa suerte. Es lógico. Me sacó de casa para llevarme al hospital; coger mi teléfono era la última de sus preocupaciones.

Por lo menos está el hijo. Tengo que llamar a Lola. Hago memoria y consigo recordar su número. Dos tonos después, descuelga.

—Lola, soy Katie.

—Katie, menos mal —dice aliviada—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Dónde estás? He estado llamando toda la mañana al imbécil de Donovan, pero no me ha cogido el teléfono.

—Estoy bien —contesto—. Me llevó al hospital y después me trajo a su casa.

—¿A su casa? —me interrumpe perspicaz.

Cierro los ojos y hago una mueca. No debí haberle contado eso.

—Sí, a su casa —continúo restándole importancia—. Sólo lo ha hecho por su comodidad. No querría tener que volver al Lower East Side tan tarde.

—Seguro —replica en un golpe de voz aún más perspicaz si cabe.

Me espera el tercer grado en cuanto nos veamos. Estoy segura.

—Lola, no te llamo por eso —reconduzco convenientemente la conversación—. He tenido que contarle toda la verdad.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta alarmada.

—Porque el doctor me hizo un montón de preguntas y Donovan no es ningún estúpido.

—¿Y qué tal se lo ha tomado? ¿Va a despedirte?

—Creo que no.

Me siento fatal ahora mismo.

—¿Pero? —me apremia.

Me conoce demasiado bien.

—Puede que a ti sí —murmuro culpable.

Una carcajada llena de arrogancia y algo de malicia cruza la línea telefónica.

—¿Se puede ser más presuntuoso? —se queja—. Yo no trabajo para él.

—Pero conoce a tu jefe.

Ella calla un segundo.

—Es cierto que, cuando quiere, puede ser muy persuasivo, pero no te preocupes. El señor Seseña, mi jefe —me recuerda—, me adora.

—¿Seguro?

—Sin asomo de duda —responde precisamente así, sin asomo de duda.

Suspiro aliviada. Ya me siento mucho mejor.

—Me dejas más tranquila.

La noto sonreír al otro lado.

—Está todo bien —me confirma.

En ese momento oigo las puertas del ascensor abrirse.

—Lola, tengo que colgar.

Sin esperar su respuesta, lo hago. Dejo el teléfono en su sitio y corro a la habitación. Aún no he encontrado unos malditos pantalones.

—Pecosa, ven aquí —me ordena desde el salón.

No quiero tener que volver a salir sin pantalones.

—Pecosa —vuelve a reclamarme impaciente.

Salgo de la habitación malhumorada por seguir en ropa interior. Donovan, sentado en el sofá, pierde su vista en mis piernas sin ningún disimulo, pero en seguida vuelve a centrarlas en los documentos que tiene bajo la mano en la elegante mesa de centro.

—Ven aquí —me apremia exigente—. Tienes mucho que firmar.

Frunzo el ceño.

—¿Qué tengo que firmar? —pregunto confusa y, para qué negarlo, algo desconfiada.

No entiendo nada.

Donovan me observa impaciente, diciéndome con la mirada que deje de hacer preguntas estúpidas de una vez y me siente en el sofá.

Camino hasta él con cierta cautela, me siento y lo miro aún confusa. Él me indica con su mirada los papeles y, al posar mi atención en ellos, mi expresión cambia por completo cuando leo Universidad de Columbia en el membrete.

—Donovan, ¿qué es esto? —inquiero sin poder ocultar mi sorpresa.

—Esto es para que dejes de mentirme —responde sin ningún interés en sonar amable—. Vas a seguir trabajando para mí y vas a ir a la universidad.

¿Piensa pagarme la universidad? No puedo creerlo. No puedo creerlo y tampoco puedo aceptarlo.

—Te lo agradezco, muchísimo —le digo con la clara intención de que no haya dudas a ese respecto. Además, volver a la universidad sería maravilloso—, pero no puedo, Donovan. No puedo tener dos trabajos e ir a la universidad.

—¿He dicho yo dos trabajos? —pregunta impaciente y arisco.

—No.

—Vas a dejar el trabajo en el restaurante —me dice, casi me advierte—. No lo necesitas.

—Sí lo necesito. Ya te lo he explicado.

¿Es que este hombre no escucha?

—He cancelado todas tus deudas.

¡¿Qué?!

«¡¿Qué?!».

—¿Qué? —No me lo puedo creer—. No puedes hacer eso.

No puede entrar en mi vida como un ciclón y hacer ese tipo de cosas sin ni siquiera consultarme. No voy a permitirlo.

—Joder, Pecosa —se queja exasperado—. ¿Siempre pones las cosas tan complicadas?

—¿Pero qué tipo de persona crees que soy? —Ahora la que suena exasperada soy yo—. No voy a dejar que me pagues los créditos, la universidad y encima me des trabajo.

Y está conversación se ha terminado. No pienso cambiar de opinión. Con el propósito de dejarlo lo más claro posible, me levanto dispuesta a encontrar mi ropa de una maldita vez y marcharme, pero Donovan se levanta, me agarra de la muñeca y me obliga a girarme.

—Sé perfectamente la clase de persona que eres. Así que no tienes que hacerte la ofendida.

Otra vez no hay la más mínima amabilidad en sus palabras.

—No me estoy haciendo la ofendida —me defiendo molesta.

¿Acaso cree que es una pose? Eso me enfada aún más.

—Tú no sabes nada de mí —añado.

—Sé que eres capaz de trabajar catorce horas diarias y estudiar contabilidad por las noches para no decepcionarme.

Dios, ¿cómo puede ser tan presuntuoso? Suspiro brusca. Lo peor es que, en el fondo, tiene algo de razón.

—No lo hice por ti. —No pienso reconocerlo jamás.

—Claro que no —replica arrogante y mirándome de esa manera que me dice que encima debería darle las gracias.

No aguanto más.

—Eres un imbécil engreído.

Quizá, si mi voz no hubiese sonado tan encandilada, presa del deseo que comienza a arremolinarse en mi vientre, mis palabras hubiesen tenido más valor; pero es que está demasiado cerca, es demasiado guapo y su mano aún sujeta mi muñeca.

—Puede que lo sea, pero en el fondo es lo que más te gusta de mí.

¡Qué imbécil! ¡Y cuánta razón tiene! ¿Por qué con él todo tiene que ser siempre tan frustrante?

—No pienso aceptar tu dinero —replico nerviosa.

—Me importa muy poco lo que pienses aceptar o no —susurra exigente, sin levantar esos espectaculares ojos de los míos.

Estoy furiosa y al mismo tiempo lo deseo como nunca he deseado nada en mi vida. Tengo ganas de darle una bofetada y también de desnudarlo.

Definitivamente esto no va a acabar bien para mí.

—Firma y no despediré a Lola.

¡Maldito bastardo!

—Lola no trabaja para ti —mascullo.

—Pero Michael Seseña me debe muchos favores.

¿Sería capaz? Me sonrío arrogante y esa es la mejor respuesta a mi silenciosa pregunta. Maldita sea, claro que sería capaz.

—Eso es juego sucio —protesto.

—Lo sé. —Y claramente no le importa lo más mínimo—. ¿Qué decides?

Aún más furiosa y dedicándole la peor de mis miradas, me arrodillo frente a la mesa de centro y firmo todos los formularios para entrar en Columbia.

Donovan se sienta en el sillón a mi lado. La tela de sus vaqueros roza mi brazo desnudo y todo mi cuerpo es consciente de ello. ¡Pero sigo furiosa, maldita sea!

«Recuérdatelo. Te vendrá bien cuando acabes en su cama».

—Y vas a vivir aquí —añade como si fuera un hecho sin ninguna importancia.

Ahogo una risa nerviosa en un breve suspiro a la vez que me giro para mirarlo.

—No, de eso nada —replico como si fuera obvio, porque es obvio.

—Claro que sí —se reafirma—. Pillaste una neumonía por culpa de las ventanas de tu apartamento.

—No voy a vivir aquí. Es una locura. Apenas nos conocemos.

Tiene que entenderlo. Es una pésima idea.

«Acabarías en su cama antes de que tu ropa estuviera en las perchas».

—Estuvimos a punto de acostarnos, Donovan.

—Eso no va a volver a pasar —replica muy seguro de sí mismo.

Por un momento no sé qué responder. Lo tiene muy claro. Se supone que yo también debería tenerlo. Es lo que quiero, ¿o no?

—Por supuesto que no va a volver a pasar.

Si él lo tiene claro, yo lo tengo más.

—Pues, entonces, ¿qué problema hay? —inquieta con esa estúpida, odiosa y *sexy* sonrisa que me hace perder el hilo.

—No puede ser —me reafirmo nerviosa.

—Vas a venirte a vivir aquí y se acabó la discusión —me ordena convertido en la sensualidad personificada—, porque cada vez que discutimos me entran ganas de echarte un polvo y eso ya no puede ser, ¿verdad?

Ahogo una boba y extasiada sonrisa en un nuevo suspiro.

¡Deja de sonreír!

—Verdad —musito y casi tartamudeo.

—Pues todo arreglado.

Donovan se levanta y comienza a caminar hacia su habitación.

¡No está nada arreglado! Ahora mismo sólo quiero gritar. ¡Es la persona más frustrante que he conocido en mi vida!

«Y tú».

Y yo.

A unos pasos de la puerta del dormitorio, se quita la camiseta y en mi cabeza la canción de los Rolling Stones, *Sympathy for the devil*,^[2] comienza a sonar. ¿Por qué no se ha quitado la maldita camiseta en su habitación? Tiene un torso increíble, con cada músculo armónicamente cincelado y los vaqueros cayéndole tan *sexy*, haciendo que toda mi atención se centre en el perfecto músculo que nace en su cadera y se pierde bajo sus Levi's.

Finalmente desaparece en el dormitorio y yo me dejo caer en el sofá. Ahora mismo la vida me parece de lo más injusta.

Me giro hacia la mesa y pierdo mi vista en los papeles. No puedo evitar sonreír. ¡Voy a volver a la universidad! La verdad es que estoy emocionada y aterrada al mismo tiempo, más emocionada que aterrada. ¡Va a ser genial!

Más o menos media hora después, Donovan sale de la habitación. Se ha duchado y lleva un traje de corte italiano negro que le sienta como un guante y una camisa también negra con los primeros botones desabrochados. Está espectacular.

Atraviesa el salón con paso decidido y yo no puedo evitar contemplarlo embobada mientras lo hace.

—Nos vemos, Pecosa —se despide sacándome de mi ensoñación.

—¿Adónde vas?

Inmediatamente me arrepiento de haberle preguntado. Puede ir adonde quiera y a mí no me interesa en absoluto.

«La palabra del día: *autoengaño*».

—Al Archetype —responde con una media sonrisa de lo más presuntuosa.

—Oye —lo llamo levantándome y caminando hacia él—. Podrías decirme dónde guardas los pantalones de pijama.

Necesito urgentemente dejar de ir en bragas por esta casa.

Lo piensa mientras se mete en el ascensor.

—No, creo que no —responde al fin al tiempo que se coloca bien los puños de la camisa que le sobresalen elegantemente de la chaqueta.

Las puertas se cierran y lo último que puedo ver es su arrogante sonrisa ensanchándose.

Como una tonta, me quedo con la vista clavada en el acero pensando en lo descarado, impertinente y engreído que es.

«Y en lo bien que le queda el traje».

Eso también, pero prefiero obviar esa clase de pensamientos, sobre todo si voy a vivir aquí.

Busco sin éxito unos pantalones de chándal o de pijama. ¿Dónde demonios los guarda? Me parece prudente empezar a marcar algunas fronteras, así que busco unas sábanas y una manta, le robo una almohada de su inmensa cama y me preparo la mía propia en el no menos inmenso sofá.

Me doy una ducha rápida y, como sigo sin encontrar mi ropa, me veo obligada a cogerle otra camiseta y unos bóxers.

«Al final has acabado robándole su ropa interior».

Me pongo los ojos en blanco a mí misma, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisilla de lo más tonta.

Me tomo las pastillas que me recetó el doctor Newman. No tengo nada de hambre, así que opto por irme a dormir. Ya acostada, miro a mi alrededor admirada. El ático es increíble y las vistas lo son aún más. No sé exactamente en qué calle estamos, pero apostaría que es la parte alta de la ciudad.

He dejado las cortinas recogidas y me duermo, presa de los analgésicos, contemplando el Empire State erguirse entre los demás rascacielos. Me encanta ese edificio.

Ruedo por la cama. Adoro esta cama. Es tan cómoda. Humm, suspiro encantada. Es maravillosa.

Es maravillosa y ¡no es el sofá!

Abro los ojos de golpe. ¿Qué hago en la cama?

Sobresaltada, miro a mi alrededor y veo a Donovan con la espalda apoyada en el marco de la puerta, sólo con los pantalones de pijama, que debe esconder en un doble fondo tras una estantería, sin camiseta. Está saboreando una taza de café, lo que me da la ocasión de saborearlo a él.

Otra vez *Sympathy for the devil*,^[3] de los Rolling, suena a todo volumen.

Donovan sonrío, es plenamente consciente de lo que provoca en mí, y se incorpora.

—A desayunar, Pecosa —me apremia desde el salón.

Doy el suspiro más largo de la historia y hundo la cabeza en la almohada. Maldita sea, si esto es lo que me espera cada mañana, va a ser una auténtica tortura vivir aquí.

Me levanto, me recojo el pelo y salgo al salón.

Donovan está en la cocina, rellenando su taza de café. Camino de prisa bajo su descarada mirada y me siento en uno de los taburetes al otro lado de la isla. La manera en la que me observa me hace sentir tímida y nerviosa. Además, seguir sin pantalones claramente no ayuda.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días —responde mordiendo una manzana verde. Tiene una pinta deliciosa.

«¿Donovan o la manzana?».

—¿Puedo saber cómo acabe durmiendo otra vez en tu cama? —pregunto cogiendo yo también una manzana de un elegante frutero.

—Puedes —responde con esa media sonrisa tan sexy y presuntuosa.

Yo le observo ladeando la cabeza.

—Me gusta dormir contigo —me aclara sin darle ninguna importancia.

—¿Y esta noche también te has recreado?

—Pecosa —me llama inclinándose ligeramente hacia mí.

Su olor me envuelve. Maldita sea, huele tan bien que tengo la tentación de alzarme y aspirar directamente de su cuello.

—Deberías dejar de pensar que eres tan irresistible —sentencia—. No podrías estar más equivocada.

Le da un bocado a su manzana y comienza a caminar hacia la habitación.

—Y mueve el culo —me ordena desde allí—. Tienes muchas cosas que hacer hoy.

Le hago un mohín, aunque soy plenamente consciente de que no puede verme. El señor odioso ha vuelto.

Me bajo del taburete y voy hasta la habitación. Si quiere que mueva el culo, necesito mi ropa.

—Señor Brent —le llamo insolente entrando en el dormitorio antes de que se meta en el baño—, necesito mi ropa.

Donovan me mira de arriba abajo.

—Parece que ayer te las apañaste muy bien sola.

Involuntariamente yo también miro mi ropa, es decir, la suya.

—Donovan, necesito mi ropa —protesto casi al borde de la pataleta—. Es ridículo que no me la des. No puedo pasarme el día en ropa interior —sentencio.

Suena el timbre.

—¿Has terminado ya? —pregunta arisco, ignorándome por completo.

—¿Vas a darme mi ropa?

—Abre la puerta.

—No pienso hacerlo.

Uno: no llevo pantalones. Dos: no soy tu criada.

—Pecosa, abre la puerta.

—No voy a moverme de aquí.

Donovan me mira, se encoge de hombros y se mete en el baño cerrando la puerta tras de sí y obviando mi pobre existencia una vez más.

Vuelve a sonar el timbre.

—¡La puerta! —grita desde el interior.

Es odioso.

Resoplo y, farfullando a cada paso, voy hasta el ascensor. Sea quien sea ya ha marcado el código y está subiendo. Mientras espero, me estiro la camiseta todo lo que puedo, como si mágicamente fuese a llegarme hasta las rodillas. No hay nada que hacer. Vuelvo a resoplar y, a regañadientes, avanzo un par de pasos cuando las puertas comienzan a abrirse.

Sorprendida y algo confusa, observo cómo un repartidor chino me tiende un guardatrages transparente con lo que parece mi ropa lavada y planchada, y otro más pequeño, también transparente, con mis botas de media caña.

—Su ropa —me anuncia pronunciando con dificultad la erre.

Yo sonrío a modo de gracias y él se marcha.

Observo los guardatrages en mis manos un par de segundos y regreso a la habitación. ¿Por qué no podía decirme simplemente que había mandado mi ropa a la lavandería? Me siento en la cama y subo las piernas hasta cruzarlas delante de mí.

Poco después la puerta del baño se abre y Donovan sale con una toalla blanca a la cintura. Su cuerpo húmedo y su pelo mojado y desordenado me roban la atención un instante. Mick Jagger está bailando por el escenario mientras Keith Richards hace un solo de guitarra.

Sacudo la cabeza discretamente y me obligo a recuperar la compostura.

—¿Por qué no me has dicho que habías mandado mi ropa a la lavandería?

—¿Por qué? —pregunta presuntuoso—. ¿Acaso tenía que hacerlo?

—No, pero sería más fácil si fueras más... —tardo unos segundos en encontrar la palabra adecuada—... comunicativo.

—Las cosas también serían más fáciles si tú te limitaras a sonreír y a darme las gracias. En otras circunstancias te diría que me lo agradecieras en la cama, pero teniendo en cuenta que eso no puede ser, ¿qué tal una mamada?

¿Pero qué coño?

Abro los ojos como platos y su sonrisa se hace aún más impertinente. Totalmente escandalizada, resoplo, me levanto, cojo mi ropa y, dedicándole una mirada absolutamente atónita, cierro la puerta del baño de un portazo. Ni siquiera se merece una respuesta.

—No tienes por qué desnudarte si no quieres —le oigo decir al otro lado.

Esto es el colmo. Me apoyo en el mármol del lavabo y me miro en el espejo totalmente empañado. Aun así, puedo adivinar el reflejo de mi sonrisa. Sí, lo peor de todo es que, aunque me parezca un bastardo descarado, no puedo evitar encontrarlo atractivo y jodidamente divertido, al muy engreído.

Después de la ducha me envuelvo en una de las toallas de Donovan y me seco el pelo con otra. Este baño es enorme. Hay una ducha donde cabrían al menos cinco personas y una bañera donde entrarían otras tres. Todo de brillante mármol blanco y suelo perfectamente atemperado.

Me visto con mi ropa, ¡al fin! Delante del espejo, como siempre, me lamento por tener esta piel tan paliducha. Me paso los dedos índice y corazón sobre las pecas de mis pómulos junto a la nariz. Nunca les he dado la menor importancia, pero ahora...

Se oyen dos golpes fuertes contra la puerta.

—Pecosa, sal del maldito baño. Tenemos mucho trabajo.

Si voy a quedarme a vivir aquí, debería comprarme una pistola eléctrica de esas que inmovilizan, porque sé que es sólo cuestión de tiempo que acabe llegando a la violencia física con él.

En ese preciso momento una luz se enciende en el fondo de mi cerebro: voy a torturarlo un poco. No es que esté enfadada, pero tampoco puedo permitir que piense que puede decirme cosas como que le haga una mamada. Además, él me tortura a mí

cada minuto de cada día desde que nos conocemos.

Voy hasta la puerta, pero, antes de abrir, recordando mis años de instituto, me subo la falda un poco remangando la cintura y me quito el pañuelo que llevaba al cuello.

Abro la puerta e, ignorándolo estoicamente, paso a su lado. Noto cómo me observa. Absolutamente a propósito, coloco una de las botas sobre la cama y me inclino para fingir ponérmela bien. La falda se sube ligeramente y la piel de mi muslo se descubre un poco más. No dice una palabra, ni siquiera se mueve un ápice, pero su pecho se hincha con fuerza bajo su elegante traje a medida. Cuando termino, sacudo la cama lenta, casi agónicamente, como si le estuviese pidiendo que se sentara frente a mí.

Camino hacia la puerta y, viendo que no me sigue, me giro y, fingiéndome casual, comienzo a trazar perezosos círculos con la punta del dedo corazón sobre la tela de mi falda. Automáticamente sus ojos se clavan en mi dedo y lo siguen ávidos.

—Creí que teníamos mucho trabajo —susurro intentando sonar dulce y complaciente.

Mi voz oscurece su mirada y sus ojos llenos de deseo se clavan en los míos. No era el plan, pero mi cuerpo se enciende. Mi respiración se acelera y un anhelo intenso y seductor se instala en el fondo de mi vientre. En menudo lío acabo de meterme yo solita.

Donovan suspira brusco y finalmente comienza a andar. A punto de ruborizarme, aparto mi mirada de la suya. Cuando pasa por mi lado para salir de la habitación, ya no se le ve en absoluto afectado. Su autocontrol es envidiable. Mientras yo, como siempre, necesito un segundo. Maldita sea, ahora mismo lo odio por ser capaz de mirarme así.

En el ascensor los dos nos mantenemos en el más estricto de los silencios.

El jaguar negro nos espera en la puerta del edificio. Las vistas desde el ático me hicieron comprender que estaba en la parte alta de Manhattan, pero nunca imaginé que estuviésemos en Park Avenue, en pleno Lenox Hill. ¡Es increíble!

—¿Cómo es que no vives en el 740? —le pregunto impertinente con el único objetivo de fastidiarlo.

El 740 de Park Avenue es el edificio donde viven los ricos más ricos del país. Jackie Onassis nació allí, John D. Rockefeller lo tuvo como residencia y Vera Wang o el dueño de los Jets todavía lo tienen.

—Me gusta ser el más rico de mi edificio y también el más gilipollas —responde presuntuoso claramente riéndose de mí mientras se queda de pie junto a la puerta para que suba primero.

Yo le hago un mohín y entro sin detenerme. Sería muy difícil que alguien le quitara la segunda distinción, independientemente de dónde viviese.

Nos acomodamos en la parte trasera del coche e inmediatamente pierdo mi vista en la ventanilla. Durante unos minutos atravesamos la ciudad en silencio, pero

Donovan alza su mano y lentamente acaricia el bajo de mi falda, sin tocar mi piel pero demasiado cerca de ella. No es la primera vez que lo hace y acabo de darme cuenta de cuánto me gusta.

—Vamos, Pecosa —me susurra ladeando la cabeza—. ¿Piensas estar enfadada conmigo mucho tiempo?

Su mano se sumerge despacio bajo la tela e incendia mi piel.

—No lo sé —susurro con la respiración acelerada.

Comienza a hacer pequeños círculos con su pulgar sobre mi muslo, imitando los que yo misma hice en ese lugar unos minutos atrás, y todo mi cuerpo ya sólo es consciente de mi piel donde él la toca. Este no era el plan. El corazón me late de prisa. Suspiro con fuerza.

—Te perdono —digo en un golpe de voz a la vez que aparto su mano.

Donovan sonrío y pierde su vista en la ventanilla. Empiezo a pensar que es imposible jugar cuando uno de los jugadores tiene tan increíblemente claro lo buenas que son sus cartas.

Poco después, el vehículo se detiene frente al edificio de oficinas. Ambos nos bajamos y nos quedamos a unos pasos del jaguar.

—El coche te dejará en tu apartamento. Recoge lo que necesites, sólo lo imprescindible —me advierte—. Si veo cualquier cosa rosa chicle en mi salón, la quemo.

Le hago un mohín que él ignora.

—Después tienes que ir a la universidad. Pregunta por el rector de admisiones Henry Nolan y dile que vas de mi parte. Me debe un favor y va a encargarse de tu matrícula. No metas la pata.

—¿Algo más? —pregunto displicente.

Me ha organizado la mañana y ni siquiera se ha molestado en consultarme una sola cosa.

—Imagino que tendrás que comprarte bolígrafos, libretas, ceras de colores... —le dedico mi mejor sonrisa fingida y él me la devuelve—, pero después te vendrás aquí. Tienes mucho trabajo acumulado de estos días que has decidido pasearte en ropa interior por mi apartamento.

Tomo aire indignada dispuesta a echarle la bronca de su vida.

—Donovan, eres odioso —me interrumpe imitando mi voz—. Un engreído y un controlador. Si continúas así, voy a hacer algo terrible como no hablarte.

—No tiene gracia —protesto.

—En realidad, sí la tiene —comienza a caminar hacia la oficina— y, por el amor de Dios, no te quedes ahí parada deseándome en secreto y muévete. Tienes muchas cosas que hacer.

¡Dios, es un imbécil odioso!

Vuelvo a resoplar, lo que estoy segura de que le hace sonreír aunque no lo veo. Me meto en el coche pensando que su objetivo en la vida es fastidiarme.

Definitivamente voy a tener que comprarme esa pistola eléctrica.

Ya en mi apartamento, ni siquiera sé por dónde empezar. Todo esto es una locura. Voy a mudarme a vivir con Donovan. Apenas lo conozco y ya me ha sacado de quicio como un millón de veces. Sé que es una estupidez que me recuerde esto una y otra vez, porque ya he aceptado, pero una parte de mí sigue con las zapatillas de deporte puestas dispuesta a salir corriendo.

Supongo que lo más sensato sería autoimponerme unas cuantas normas. Por ejemplo, primera: se acabó discutir con él. Eso sólo me lleva a que Donovan diga algo descarado y *sexy*. Además, nunca consigo salirme con la mía. Segunda: nada de contemplarlo, mirarlo embelesada u observarlo, mucho menos cuando esté sin camiseta. Y tercera y fundamental: nada de tener fantasías con él. Esta norma es estricta y cada vez que la infrinja tendré que salir a correr. Asiento para reafirmarme. Odio levantarme temprano y odio correr. No hay peor castigo.

Voy hasta mi habitación y comienzo a hacer una pequeña maleta. Un poco de todo pero no mucho de nada. No voy a pasarme allí mucho tiempo. En cuanto mi vida se normalice, arreglaré mi apartamento para que vuelva a ser habitable y me mudaré.

Estoy a punto de cerrar la maleta cuando caigo en la cuenta de que me olvidaba de algo importantísimo. Giro sobre mis talones y voy hasta la cómoda. Necesito un pijama. Abro el primer cajón. Camisetas de tirantes, pantalones cortos. Esto no me sirve. Abro el segundo cajón. La palabra clave es *franela*. El tercero, el cuarto. ¡Mierda! Yo no tengo pijamas de franela.

Resoplo y meto un par de los que uso normalmente. Al menos es mejor que pasearme con sus bóxers.

Recojo todas mis cosas de aseo, mi viejo portátil, el cargador del móvil y el propio teléfono. Está apagado. Debe de haberse quedado sin batería. Lo pondré a cargar cuando regrese al ático de Donovan.

El amable chófer sale rápido a mi encuentro y guarda mi pequeña maleta y mi mochila en el maletero del jaguar. La verdad es que podría acostumbrarme a esta vida. Son las treinta y seis horas más relajadas que he vivido en años.

En la universidad pregunto por el señor Nolan y todo resulta ser de lo más sencillo. Como el semestre ya está bastante avanzado, me aconseja que sólo me matricule en un par de asignaturas. Escojo Contabilidad 1 y Estudio de la economía occidental. Aún no sé si seguiré los estudios de biología que empecé o los números ganarán la partida. Tengo hasta el próximo semestre para decidirme.

Compro los libros y todo lo necesario en una librería cerca del campus y, aunque sé que tengo que volver a la oficina, decido pasarme antes por el restaurante para hablar con Sal. Ya tendría que haberlo hecho ayer.

—Hola —digo dejando que mi voz se entremezcle con el tintineo de la campanita de la puerta al abrirse.

—¡Katie! —grita Cleo saliendo de detrás de la barra con su monumental barriga

—. ¿Estás bien?

—Estás enorme —comento sorprendida—. Este bebé está creciendo por momentos.

—¿Cómo estás? —replica llegando hasta mí—. ¿Por qué no has venido a trabajar en estos dos días? Sal está preocupado.

—¿Preocupado o enfadado? —pregunto mordiéndome el labio inferior.

Me temo lo peor.

—Más enfadado que preocupado, pero el porcentaje está igualado.

Ambas sonreímos.

En ese momento oigo a Sal farfullar en la cocina y el ruido de unas cacerolas cayendo al suelo. Sospecho que no es el momento más apropiado para hablar con él, pero Sal casi nunca está de buen humor, así que tampoco iba a notar mucho la diferencia.

Empujo la puerta de la cocina y preparo mi mejor sonrisa.

—Hola, Sal.

—Mira quién ha decidido pasarse por aquí —me saluda enfadado aunque también parece aliviado.

—Lo siento —me apresuro a continuar—, pero tengo una buena excusa. Estaba en el hospital.

—¿El hospital? —pregunta preocupado.

La expresión de su rostro ha cambiado en un solo segundo.

—Neumonía —respondo y en ese preciso instante decido callarme el hecho de que sólo fueran unas horas de hospital y unas veinticuatro en casa de mi guapísimo jefe.

—¿Estás bien?

—Sí, pero tenemos que hablar de algo, Sal.

Él deja el trapo que llevaba entre las manos sobre la mesa de trabajo, da unos pasos en mi dirección y cruza los brazos sobre su grueso torso.

—No voy a poder seguir trabajando aquí —digo en un golpe de voz—. Vuelvo a la universidad.

Sal me observa unos segundos y finalmente resopla.

—Me alegro por ti —masculla— y no es que piense que vaya a salirte mal —continúa caminando hacia mí—, pero, si necesitas un trabajo, siempre puedes volver.

Sonrío y resoplo.

—Muchas gracias.

No puedo creerme que esté a punto de echarme a llorar.

—No se te ocurra derramar una sola lágrima en mi cocina —me amenaza.

—Viejo gruñón —protesto.

Y ambos sonreímos. Voy a echarlo de menos.

—¿Una última comida de empleado? —pregunta.

—¿Puedo elegir?

—Como voy a perderte de vista, supongo que hoy puedo hacer una excepción.

Mi sonrisa se ensancha y, sin dudar, lo sigo hacia los fogones.

A las tres estoy de regreso en la oficina. Saludo a Eve mientras me cuelgo la identificación del cuello y voy directa al despacho de Donovan. Imagino que me esperaba antes de comer, así que no quiero que salga y me encuentre hablando con Lola y Mackenzie antes de haberle visto a él. Todavía recuerdo lo que me dijo en el despacho de Jackson.

Frente a su puerta, me descubro retocándome el pelo y colocándome bien la falda. Pero ¿qué estoy haciendo? Me pongo a mí misma los ojos en blanco, exasperada. Es mi jefe, sólo eso.

Finalmente llamo y espero a que me dé paso.

—Hola —saludo cerrando la puerta tras de mí.

—Anda —comenta fingidamente sorprendido y lleno de ironía, recostándose sobre su sillón de socio ejecutivo y lanzando su estilográfica de quince mil dólares sobre los documentos que ojeaba—, si aún recuerdas el camino a la oficina.

Ahora sus ojos parecen estar hechos de un profundo verde.

—Sé que llego tarde —me disculpo.

—Y, exactamente, ¿a mí de qué me vale que lo sepas? —me interrumpe arisco.

—Tenía cosas que hacer.

Y también estaba de muy buen humor hasta que he puesto los pies en este despacho.

—Pues aquí también —dice señalando el sofá con la cabeza y volviendo a centrarse en los papeles sobre su mesa.

Yo decido dar la conversación por terminada. Una de las reglas es no discutir con él y pienso cumplirla.

Me siento en el tresillo, abro mi portátil y, mientras espero a que se encienda, ojeo las carpetas que ha dejado sobre mi mesa.

Donovan se levanta, se pone la chaqueta y echa un vistazo a su *smartphone* último modelo.

—Pecosa, el código del ascensor es veintiuno, setenta y dos, ciento tres —me dice guardándose su iPhone en el bolsillo de los pantalones.

—Dos, uno, siete, dos, uno, cero, tres —repito para memorizarlo.

—Por Dios —protesta exasperado frotándose los ojos con las palmas de las manos—, ¿siempre eres tan torpe?

Pero ¿qué demonios le pasa?

—¿Qué he hecho ahora? —me quejo.

—Código de tres huecos, código de tres números, no tienen por qué ser de una sola cifra —me explica como si yo fuera la persona más estúpida del mundo—. Veintiuno, setenta y dos, ciento tres —repite—. ¿Necesitas que te haga un dibujo?

¡Al infierno las reglas!

Me levanto como un resorte.

—Donovan, vete a la mierda —mascullo enfadadísima—. Si tenía la más mínima duda de si irme o no a tu apartamento, gracias a ti, acabo de resolverla. —Cojo mi bolso y me lo cuelgo en bandolera—. Me marcho a casa, a mi casa.

Ante su atenta mirada, salgo de la oficina, me despido de Eve con un rápido «adiós» y voy hasta el ascensor. Afortunadamente está en planta y no tengo que esperarlo. Esta vez se ha pasado, y mucho.

Las puertas de acero se están cerrando cuando él entra como un ciclón. Me mira furioso y de un sonoro golpe con el puño para el elevador. Estoy furiosa pero también intimidada, aunque me esfuerzo en que no se note.

Da un paso hacia mí e involuntariamente yo lo doy hacia atrás, haciendo que mi espalda choque contra la pared del ascensor. Donovan da uno más y me acorrala entre la pared y su cuerpo. Sin levantar sus ojos, ahora más azules que nunca, de los míos, clava sus manos en la pared a ambos lados de mi cara.

—No vuelvas a huir de mí —susurra exigente, salvaje y muy muy sensual.

—Pues dejar de comportarte como un capullo conmigo —replico con la voz inundada de mi respiración acelerada.

—No me gusta que me desobedezcas.

No tengo la más remota idea de cómo lo ha hecho, pero ha conseguido que su voz suene aún más masculina.

—No lo he hecho a propósito —musito y el deseo es palpable en cada letra que pronuncio—. Tenía algo muy importante que hacer.

—Katie, vas a volverme loco.

6

Su boca está peligrosamente cerca de la mía. Su mirada brilla indomable y me hipnotiza una vez más.

—Me has llamado Katie —murmuro con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Lo sé. —Él también sonrío—. Ni siquiera entiendo por qué, pero algo dentro de mí sólo quiere que quieras complacerme.

Mi sonrisa se ensancha. El corazón me late de prisa y un anhelo hecho de pura electricidad me recorre entera. Suspiro con fuerza. Quiero que me bese, aunque sea la idea más temeraria y kamikaze que he tenido en todos los días de mi vida.

—Veintiuno, setenta y dos, ciento tres —susurra y, ¡por el amor de Dios!, ha sonado increíblemente sensual—. Prométeme que irás al ático.

—Te lo prometo.

Respondo sin ni siquiera pensar, pero lo cierto es que ahora mismo no quiero ir a ningún otro lugar.

Donovan cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, su determinación ha regresado y sé que no me besaré. Se separa suavemente y desbloquea el ascensor. Las puertas se abren al instante.

—Tienes trabajo que hacer —me recuerda y, en realidad, es más bien una suave orden.

Yo asiento y, rezando para que las piernas me respondan, salgo del ascensor. Me doy cuenta de que, sin quererlo, me he encontrado demasiadas veces en situaciones de este tipo desde que lo conocí. Situaciones en las que queda claro cuánto le deseo.

A solas en el despacho, respiro hondo. Ha sido uno de los momentos más intensos de toda mi vida.

A las seis, minuto arriba, minuto abajo, salgo de la oficina. He ido a buscar varias veces a Lola, pero Mackenzie me ha dicho que hoy tenía reuniones con el señor Seseña por toda la ciudad y me sería difícil localizarla.

Voy hasta el ático en metro. En la puerta tengo un último ataque de dudas. Si subo, ya no habrá vuelta atrás. Me estaré mudando con Donovan, el hombre que esta tarde ha conseguido que me enfadase como nunca y, casi al mismo tiempo, lo desease como no había deseado a nadie en toda mi vida. Mi sentido común me dice que es una auténtica locura, pero una parte de mí, esa que brilla con fuerza cada vez que él está cerca, me pide, casi me suplica, que entre.

Resoplo y, antes de que la decisión se cristalice en mi mente, estoy empujando la enorme puerta de cristal del número 778 de Park Avenue.

—Buenas noches —me saluda el portero amablemente.

—Buenas noches.

Me sonrío pero no aparta su profesional mirada de mí. Supongo que quiere saber adónde voy. No es el mismo que me vio salir con Donovan esta mañana.

—Voy al ático del señor Brent —le aclaro.

—¿Es usted la señorita Conrad?

Frunzo el ceño.

—Sí —respondo confusa.

—Han dejado esto para usted.

El portero rodea el mostrador y sale a mi encuentro con la maleta y la mochila que le dejé al chófer. Había olvidado que las traería hasta aquí.

—Muchas gracias.

Hago el ademán de cogerlas, pero él insiste en llevarlas hasta el ascensor.

—Gracias —repito esperando a que salga del elevador para entrar yo.

—El señor Brent me pidió que le recordara «tres huecos, tres números».

Sonrío y asiento.

Donovan Brent, eres un capullo. Aunque, mal que me pese, mi indisimulable sonrisa sigue ahí.

Marco los números en un pequeño panel digital y las puertas se cierran automáticamente. Cuando se abren, estoy en el vestíbulo del ático.

En el apartamento no hay rastro de Donovan, pero todo parece más limpio y ordenado. Supongo que tiene servicio y viene por las mañanas.

Llevo mi maleta y mi mochila a la habitación, pero no las deshago. Soy plenamente consciente de que es una estupidez, ya estoy viviendo aquí, pero prefiero darme un poco más de tiempo antes de instalarme con todas las letras.

Aún estoy acomodando mi maleta en un rincón del inmenso dormitorio para que moleste lo menos posible cuando llaman por teléfono. Es el hijo. Corro hasta el salón y descuelgo.

—¿Diga?

Automáticamente me pongo los ojos en blanco. Otra vez he descolgado sin preguntarle a Donovan si quiere que lo haga o prefiere que deje saltar el contestador.

—¿Diga? —repito—. ¿Hola? —Espero unos segundos—. ¿Hola?

Supongo que se habrán equivocado o quizá sea un ligue de Donovan que ahora mismo está llorando subida a sus altísimos tacones de marca pensando que él está casado. Sin darme cuenta vuelvo a sonreír, pero en cuanto comprendo que lo estoy haciendo paro de golpe. Tengo que dejar de alegrarme con estas cosas.

Regreso a la habitación, me pongo uno de mis pijamas, pantalón corto y camiseta, nada de franela para mi desgracia, y monto de nuevo mi cama en el sofá esperando pasar la noche en ella. Antes de acostarme me tomo las pastillas y gracias a ellas y a lo cansada que estoy, apenas aguanto despierta unos minutos. Otra vez me duermo contemplando las vistas. Son espectaculares.

Noto unos brazos alzarme del sofá. Adormilada, hundo la cabeza en su cuello. Huele maravillosamente bien, como siempre, sólo que ahora ese olor a suavizante caro y gel aún más caro se ha mezclado con otro suave y dulzón, a *whisky* creo, y la

combinación lo hace todavía más irresistible. Más aún cuando me trae recuerdos de nuestra noche en el club.

Donovan me deja con cuidado sobre la cama y me cubre con el nórdico. Involuntariamente lanzo un suspiro al sentirme entre tantas almohadas en esta cama tan cómoda. Lo noto sonreír y tras unos segundos alejarse de la cama.

Disimuladamente abro los ojos. Contemplo cómo se quita el reloj y lo deja sobre la cómoda. De los bolsillos del pantalón se saca la cartera, el dinero y lo que parece una servilleta, y del interior de la chaqueta, el móvil.

Se desviste e inconscientemente mi mirada se agudiza. Es terriblemente atractivo. Alto y delgado, exactamente el cuerpo de uno de esos dioses griegos esculpidos en mármol. Se pone el pantalón del pijama y con el movimiento los músculos de su espalda se tensan y armonizan. Una visión abrumadora.

Rápidamente cierro los ojos al verle girarse y pocos segundos después noto el peso de su cuerpo en la cama. Fingiéndome dormida, tengo que esforzarme en no suspirar o sonreír cuando rodea mi cintura con sus brazos y estrecha mi espalda contra su pecho. Me acomoda contra él y sus labios rozan mi pelo. Ahora mismo el corazón me late tan de prisa que por un momento temo que él vaya a notarlo.

Me duermo pensando en lo bien que me siento y en cuánto me asusta eso.

Humm. Adoro esta cama. Me giro e inconscientemente busco a Donovan, pero no está. Suspiro. Creo que adorar esta cama me traerá problemas.

Abro los ojos despacio y frunzo el ceño casi al momento al comprobar que todavía es de noche. Me incorporo adormilada y doy un interminable bostezo. No sé la hora exacta, pero la noche está aún completamente cerrada.

Me bajo de la cama y, al poner los pies en el parqué, encantadísima, suspiro otra vez. Adorar este suelo a veinticinco perfectos grados creo que también me traerá problemas.

Me dirijo a la puerta del salón y, nada más abrirla, Donovan roba toda mi atención. Está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Juega con un vaso, con lo que imagino que es *whisky* y hielo, entre las manos. Le da un largo trago y pierde la mirada en el inmenso ventanal.

No sé por qué, pero no parece el Donovan Brent de siempre.

Alza la mano y despacio se la lleva al costado a la vez que pronuncia algo, un susurro que no logro entender. Después se toca el brazo izquierdo en dos sitios, el hombro derecho y la cicatriz sobre la ceja. No es algo arbitrario. Sabe perfectamente dónde está dirigiendo sus dedos. Todos sus movimientos son muy lentos, incluso muy tristes. Con cada uno, vuelve a pronunciar algo que no puedo entender. El dolor se hace más patente en cada susurro, pero al mismo tiempo se llena de rabia y, sobre todo, de una cristalina soledad. Le da un nuevo trago a su *whisky* y simplemente se queda ahí sentado.

Quiero acercarme, comprobar si está bien o simplemente hacerle compañía, pero lo cierto es que no sé cómo reaccionaría. ¿Qué le habrá ocurrido? Cuando salió de la oficina, no parecía estar preocupado por nada.

Durante un par de minutos sigo debatiéndome sobre si acercarme o no. Finalmente niego con la cabeza y giro sigilosa sobre mis talones. No quiero que piense que, porque esté aquí, ha perdido por completo la intimidad de su casa, incluyendo la de su salón a las tantas de la madrugada.

Además, Donovan Brent no necesita a nadie.

Me duermo sin que haya regresado a la cama.

Me despierto de nuevo sola en la inmensa cama. Ya es de día. Ruedo por el colchón hasta hundir mi cabeza en la almohada y bostezo. Humm... es la almohada de Donovan y huele exactamente como Donovan. Soy patética, pero no me importa.

En mitad de mi éxtasis olfativo, pienso en él y en lo que vi de madrugada en el salón. Quizá debería preguntarle con naturalidad. Tal vez le venga bien hablar de ello. Puede que Donovan Brent sí necesite a alguien.

—Pecosa, qué tierno —comenta socarrón y odioso desde la puerta—. De todas las estupideces que te he visto hacer, que huelas mi almohada me parece la más adorable.

Automáticamente levanto la cabeza y me bajo de la cama de un salto. Lo fulmino con la mirada y él sonrío encantadísimo con la situación. El cabronazo no podía estar más guapo con ese traje azul oscuro y la camisa blanca. Mick Jagger iba empezar a cantar, pero mi mirada le ha frenado en seco.

Me meto en el baño y cierro de un portazo. Quizá Donovan Brent sea gilipollas, y soy plenamente consciente de que puedo ahorrarme el «quizá».

Me doy una ducha rápida y me pongo mis vaqueros favoritos. Están algo viejos, pero me encanta cómo me quedan. Una parte de mí me odia por no haber elegido cualquiera de los vestidos que he traído, pero, después de cómo me sentí durmiendo ayer con él, los vestidos se quedan bajo llave hasta nueva orden.

Mientras me peino, me pregunto si habrá algún tipo de maquillaje para tapar las pecas, pero tras un microsegundo tuerzo el gesto.

—Qué estupidez —me riño en voz alta frente al espejo.

Mis pecas no van a moverse de ahí.

—Buenos días —lo saludo caminando hasta la isla de la cocina.

Trato de no mirarlo demasiado. Estoy enfadada y no pienso darme la oportunidad de recrearme con lo bien que le queda la ropa o ese pelo a lo actor de Hollywood.

—Buenos días —responde dándole un trago a su taza de café—. Vaqueros, interesante —afirma socarrón.

—Soy una chica con recursos —me defiendo.

Y, sin quererlo, en mi voz ya no hay rastro alguno de mal humor. No puedo evitar

que en el fondo ese bastardo me parezca divertido.

—¿Sabes? Esa es una de las pocas cosas que siempre he tenido claro de ti, Pecosita.

Sonríe y yo también lo hago.

—Hoy tendré que pasar la mañana en la universidad —le anuncio.

—Muy bien, diviértete y haz muchos amiguitos.

Le hago un mohín que provoca que su sonrisa se ensanche mientras se dirige a su estudio al fondo del pasillo. Verle alejarse me da la oportunidad de contemplar una vez más su manera de andar tan masculina. Suspiro discreta a la vez que mi sonrisa también se ensancha. Al margen de todo, es una visión muy agradable por las mañanas.

Los profesores de cada asignatura me hacen un enorme favor, supongo que obligados por el rector Nolan, y me reciben a primera hora. Me explican el programa y la mejor bibliografía para ponerme al día. Así que me paso el resto de la mañana en la biblioteca de la universidad, rodeada de libros y aprendiendo conceptos como gestión macroeconómica del flujo de inversiones. Exactamente tan divertido como suena.

Mi iPhone vibra sobre la mesa de madera. Miro la pantalla. Es un WhatsApp de Lola.

¿Comemos juntas?

Sonrío. Me apetece muchísimo.

Claro. Estoy en la universidad. ¿Puedes recogerme?

Mi sonrisa se ensancha porque sé que la respuesta de mi amiga no va a tardar en llegar. Mi móvil suena.

¡¿En la universidad?!

Me doy suaves golpecitos con mi teléfono en la barbilla mientras me debato sobre si hacerle un resumen o dejarla con la intriga.

Recógeme en media hora y te cuento.

Guardo mis cosas en el bolso y salgo de la biblioteca. Con lo cotilla que es mi queridísima amiga, seguro que ahora debe de estar desafiando el despiadado tráfico de Manhattan con su Vespa PX clásica azul eléctrico.

Estoy sentada en los escalones del edificio principal cuando veo llegar a Lola. Ha tenido que batir algún tipo de récord.

—Hola —la saludo acercándome a ella.

—Cuéntame ahora mismo qué estás haciendo aquí —me dice quitándose las gafas de sol y tendiéndome un casco con la virgen de Guadalupe pintada en la parte trasera.

—Mejor mientras comemos —respondo poniéndomelo— y hasta invito yo.

Me monto en la Vespa ante la sorprendida mirada de Lola. Ella farfulla un «no me lo puedo creer» y finalmente arranca, incorporándose inmediatamente al tráfico.

Vamos a un pequeño restaurante en NoLita llamado Sabor. Solemos ir mucho. La comida es estupenda. Además, Lola está enamoradísima de Nerón, el camarero.

—Bueno, ¿vas a contarme de una vez cómo es eso de que has vuelto a la universidad? —Hace una pequeña pausa mientras coloca su casco de lunares rojos en la silla de al lado—. Mejor primero cuéntame qué tal en casa de Donovan.

Siempre hemos sido chicas muy ordenadas y con los cotilleos no íbamos a ser menos.

—La verdad es que aún sigo allí —comento restándole importancia.

—¿Qué? —Alza la voz y la mayoría de los clientes del local reparan en nosotras—. ¿Estáis liados? —pregunta en el mismo tono de voz, ignorando por completo la atención que ahora recibimos.

—No, claro que no —me defiendo.

Me callo el hecho de que me lo haya imaginado alguna que otra vez.

—¿Entonces? —inquire más relajada.

Buena pregunta. Lo cierto es que ni siquiera yo tengo claro del todo cómo he acabado viviendo allí.

—Donovan me llevó a su apartamento al salir del hospital porque pensó que el mío no era adecuado. Ya sabes, las ventanas que no casan, la caldera estropeándose cada dos por tres...

Lola asiente. Ella misma me ha dicho en infinidad de ocasiones que debo buscarme un sitio mejor.

—Y, como ya te conté, tuve que confesarle que tenía otro trabajo y lo de mis deudas.

—No son tuyas —replica enfadadísima—. Lo hiciste por tu abuelo, no por irte de vacaciones de primavera a los Cabos.

Nunca ha llevado bien este tema. Según ella, deberíamos haber atracado el banco, no pedir un préstamo.

—El caso es que se marchó del apartamento cuando se lo expliqué y, al regresar, traía los papeles para Columbia y había pagado mis créditos.

Las últimas frases prácticamente las susurro. No sé cómo le sentará a Lola, más aun sabiendo que Donovan no es precisamente santo de su devoción.

—Creo que no lo he entendido —comenta fingidamente confusa—. Donovan, Donovan Brent, el tío más odioso de todo Manhattan, se ha hecho cargo de tus deudas y va a pagarte la universidad, además de llevarte a vivir con él a su ático de Park Avenue.

—Sí —contesto en un golpe de voz.

—¿Y no os habéis acostado?

—No

—¿Ni siquiera una mamada?

—Lola, por Dios.

Tengo que fruncirle los labios porque estoy peligrosamente cerca de sonreír recordando la última vez que escuché esa palabra.

—A mí puedes contármelo.

—Lola, no me he acostado con él.

Ella me mira intentando comprender cómo es posible que el Donovan que ella conoce haya sido capaz de hacer algo así. Ni siquiera la llegada de Nerón, que normalmente provocaría un inmediato aleteo de pestañas por su parte, la saca de su ensimismamiento.

Pedimos dos ensaladas y dos sodas con limón y el camarero se retira.

—Pues no lo entiendo —dice al fin.

—La verdad es que te mentiría si te dijera que yo lo entiendo del todo —le confieso jugando nerviosa con el servilletero—, pero es una gran oportunidad y la mayor parte del tiempo Donovan no es tan odioso.

—Katie, por Dios, no te enamores de él —me avisa alarmada.

—No voy a enamorarme de él. Ni siquiera me gusta.

Admito que no sueno muy convencida.

—Sí, ya —me contesta mi amiga perspicaz—. Creo que ese barco zarpó hace mucho. Pero te entiendo. Yo misma tendría una noche loca de sexo pervertido con él o quizá dos —añade muy sería, lo que me hace sonreír—. Está como un tren y tiene pinta de ser un auténtico dios en la cama, pero Donovan es para eso, no es para plantearse nada serio con él, ¿entendido?

Asiento. No tengo nada que añadir. Tiene toda la razón.

Nerón nos trae nuestra comanda y, tras nuestros «gracias», se retira. Sorprendentemente, Lola sigue sin hacerle el más mínimo caso.

—Oye, ¿te has dado cuenta de que ese era Nerón? —pregunto.

—Sí, pero, chica, me tienes conmocionada —responde compungida— y por tu culpa ahora no paro de imaginarme a Donovan Brent desnudo.

Su comentario me toma por sorpresa y ambas estallamos en risas.

—¿De verdad que no te has acostado con él? —vuelve a inquirir cuando nuestras carcajadas se calman.

—De verdad —contesto exasperada.

Terminamos de comer y vamos a la oficina. Donovan se ha marchado a una reunión, pero me ha dejado una lista casi interminable de trabajo. Afortunadamente le estoy cogiendo el ritmo a esta oficina y con la ayuda de Jackson consigo terminarlo a tiempo.

Aún en el ascensor, oigo sonar el teléfono fijo del ático. En cuanto las puertas se abren, salgo disparada hacia la pequeña mesita junto al sofá.

—¿Diga? —contesto jadeante por la carrera—. ¿Diga? —repito con voz cansada.

Comienza a ser un fastidio que nunca respondan. Repito un último «¿diga?» y finalmente cuelgo el teléfono encogiéndome de hombros. Imagino que ya se cansarán de llamar.

Miro a mi alrededor y no voy a negar que me siento un poco decepcionada al comprobar que no hay nadie. Donovan estará aún en la reunión o de juerga. De todas formas, y recordando mi conversación con Lola, creo que esto es lo mejor que podría pasarme. Si Donovan estuviese aquí cada noche, si fuésemos y volviésemos juntos del trabajo y cenáramos también juntos, se parecería demasiado a vivir en pareja y hasta yo sé que esa es la peor idea del mundo.

Me hago algo rápido de cenar, me pongo el pijama y me tomo las pastillas. Preparo mi cama en el sofá y me acuesto. A oscuras, con el precioso salón sólo iluminado por las luces de la ciudad, mirando el Empire State romper el cielo de Manhattan, no puedo dejar de pensar en que espero que me lleve de nuevo a su cama.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos obligándome a dormir. Últimamente sólo tengo malas ideas.

Los rayos de luz atraviesan el ventanal. Me molestan. Quiero seguir durmiendo. Me giro pero me topo con la espalda del sofá. Suspiro. Protesto. No estoy en la cama más cómoda del mundo. Me obligo a abrir los ojos y miro a mi alrededor desorientada. Estoy en el sofá.

Me destapo y me levanto. Vuelvo a mirar a mi alrededor. Quizá no ha venido a dormir. La puerta de su dormitorio está cerrada. Sí ha venido. Adormilada y muy despacio, comienzo a caminar hacia la isla de la cocina. Supongo que se habrá cansado de sólo dormir conmigo. Es lógico. No podía pretender que me llevara en brazos cada noche y me tumbara junto a él.

«Sí, pretendías exactamente eso».

Me pongo los ojos en blanco a mí misma absolutamente exasperada y comienzo a preparar café. Este día va a ser un asco, lo presiento.

La puerta de la habitación se abre lentamente y, antes de que pueda entender con claridad qué está pasando, una chica de piernas kilométricas sale del dormitorio de Donovan.

Es guapísima, altísima y un montón de «ísimas» más. Tiene una melena negra interminable, mucho más larga en proporción que su vestido de diseño.

—Buenos días —me saluda amable mientras se sienta en un taburete de la isla de la cocina.

—Buenos días —tartamudeo conmovida—. ¿Café? —pregunto en un susurro y ni siquiera sé por qué lo hago.

Ella asiente y yo vuelvo a concentrarme en la cafetera. Así que por eso yo he dormido esta noche en el sofá, porque el señor Brent tenía planes. Un momento. ¿Estoy enfadada? Porque me niego en rotundo a estarlo. Aquí cada uno puede meter en su cama a quien quiera, bueno, yo... en el sofá.

La puerta vuelve a abrirse y esta vez es Donovan, sólo con el pantalón del pijama, quien hace su triunfal entrada en el salón. Yo también estoy encantada de conocerle. Y espero que también adivines mi nombre, oh *yeah*; hoy Mick Jagger canta con más fuerza que nunca.

—¿Qué coño haces todavía aquí? —pregunta reparando en la chica.

Ella lo mira absolutamente obnubilada. Ya somos dos.

—Largo —sentencia indiferente camino del frigorífico sin volver a mirarla.

La chica se levanta del taburete toda ella elegancia y *peep toes* caros y se dirige hacia la puerta.

—¿Me llamarás?

Él no sólo no le contesta, ¡sino que ni siquiera la mira! Yo, observadora accidental de toda la escena, estoy absolutamente alucinada. La chica sonrío y al final se marcha. No sé qué esperaba de él, pero creo que cualquier cosa le hubiera valido. Además, tengo la sensación de que, si Donovan chasqueara los dedos, ella volvería al instante. ¡Dios mío! ¿Así de bueno es en la cama?

«Probablemente sea todavía mejor».

Esta especie de húmeda revelación me hace que lo contemple embobada unos segundos más. Afortunadamente, consigo recuperar la compostura antes de que se dé cuenta de cómo lo miraba.

—Pecosa, cuando termines de pelearte con la cafetera, me gustaría una taza —comenta dándole un mordisco a una manzana verde.

Regresa a la habitación y yo no puedo dejar de pensar que acabo de vivir en riguroso directo el motivo por el que Lola sabiamente dijo que Donovan sólo era para noches locas de sexo pervertido.

«Sí, pero qué noches».

Si mi voz de la conciencia tuviera piernas, a estas alturas ya no llevaría bragas.

Mientras me termino el desayuno, Donovan sale de la habitación perfectamente vestido con un traje gris marengo y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados. Está tan condenadamente atractivo que decido que lo mejor es

meterme en la ducha de inmediato o, lo que es lo mismo, huir de él.

Bajo el chorro de agua caliente, me repito que no estoy furiosa y tengo que repetírmelo una docena de veces más, lo cual no es una buena señal.

Envuelta en una toalla, salgo de nuevo a la habitación y busco en mi maleta qué ponerme. En ese preciso instante, soy una chica afortunada, Donovan entra desde el salón.

—Pecosa, la palabra clave es *vestidor* —comenta pasando a mi lado y entrando justamente en esa estancia.

—La palabra clave es *imbécil* —respondo tirando del primer vestido que veo y levantándome para regresar al baño lo más rápido posible.

—¿A qué demonios ha venido eso? —le oigo farfullar justo antes de cerrar la puerta.

Y eso mismo digo yo, ¿a qué demonios ha venido eso?

—No estás enfadada —me repito frente al espejo dedo índice amenazador en alto. «Por supuesto que no».

Me pongo el vestido y, cuando me veo con él en el espejo, me llevo la mano a la frente. Tiene pequeñas flores estampadas y me llega por encima de las rodillas. No es especialmente provocativo y, de hecho, es sencillo y muy bonito, pero no es en absoluto el tipo de ropa que se pondría una ejecutiva profesional y sofisticada.

Bueno, ya no hay nada que hacer. No pienso salir ahí fuera a medio vestir para coger más ropa y darle la oportunidad de que vuelva a reírse de mí. Además, como decía aquel crítico de moda de la tele por cable, lo importante es la elegancia que una le imprime a la prenda, no la prenda en sí.

Me termino de arreglar y salgo al salón. Me esfuerzo en ignorar a Donovan a pesar de que su presencia me llama como si fuera un imán. Busco mi bolso y rápidamente me pongo el abrigo.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me pregunta desde el otro lado de la isla de la cocina.

—Tengo muchas cosas que hacer en la oficina y necesito terminar pronto porque me gustaría pasarme por la universidad a recoger unos libros.

Donovan asiente.

—Nos vemos en la oficina entonces —se despide perspícaz.

—Claro, eres mi jefe.

No tengo ni la más remota idea de por qué he dicho eso. Creo que algo dentro de mí necesitaba decir esas palabras en voz alta.

Soy la primera en llegar a la oficina. No están ni Eve ni las chicas. Obviamente mentí cuando dije que tenía cosas pendientes aquí y ahora, después de haber revisado lo poco que Donovan tenía apuntado en su iPad, no me queda más que ordenar su mesa.

Sandra es la primera en llegar. Dispuesta a ocupar mi tiempo en algo que no sea seguir visualizando la imagen de esa chica saliendo de la habitación de Donovan, me

voy con ella a su mesa y la ayudo a preparar la jornada de hoy.

Estoy tan concentrada en la tablet, sentada en el escritorio de Sandra, que no le oigo llegar.

—Pecosa —me llama pasando junto a mí camino de su despacho—, a trabajar.

Me bajo de un salto y, mientras lo sigo, le dedico mi mohín más infantil, aunque obviamente él no puede verme. Lo hago porque es un gilipollas, no tiene nada que ver con lo que ha pasado esta mañana.

A las primeras de cambio me marcharé a la universidad y, con un poco de suerte, cuando vaya al ático, él no estará. Puede que incluso no lo vea hasta mañana por la mañana, quizá saliendo de su habitación detrás de otra chica. Vale, eso no me ha gustado nada. Sacudo la cabeza. No estoy celosa. No estoy celosa, ¡maldita sea!

Cierro la puerta tras de mí y me quedo de pie frente a su mesa esperando a que tome asiento.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto evitando mirarlo por todos los medios.

Donovan centra su mirada en la pantalla del ordenador y sus ojos parecen casi verdes otra vez. ¡Esto es tan injusto! ¿Por qué tiene que estar hoy más guapo que ningún otro día? Comienza a darse rítmicos toquitos con el índice y el anular en los labios y eso provoca que sólo pueda mirar su sensual boca.

Mándame al archivo. Mándame al archivo.

—Los estudios de mercado de Holland Avenue —habla al fin—, eso tiene prioridad. Llama a Dillon Colby y dile que quiero toda la documentación de McCallister aquí antes de las once. Que la envíe por mensajero.

Asiento y me voy al sofá. Comienzo a trabajar pero no soy capaz de concentrarme, todas mis neuronas están focalizadas en tratar de obviar la incómoda sensación de sentirme furiosa, celosa y, lo que es aún peor, frustrada por sentirme precisamente así.

Con la excusa de llamar a Dillon Colby, salgo de la oficina. Necesito estar lejos de él cinco minutos porque tengo la sensación de que ese despacho tipo campo de fútbol ahora mismo sólo mide dos metros cuadrados.

Por suerte, cuando me veo obligada a regresar, Donovan no está. Voy hasta el sofá y me siento a terminar los estudios de mercado.

Guardo el último y aún no ha vuelto.

Mando los documentos a la impresora y me levanto a esperarlos junto a la silla de Donovan. Después, sólo tendré que meterlos en una carpeta, dejarlos sobre su escritorio de diseño y podré marcharme. Sin embargo, el universo parece adorarme. La puerta se abre y mi atractivo jefe entra en la estancia. Automáticamente el corazón vuelve a latirme desbocado. ¿Qué me pasa hoy? ¡Es exasperante!

—Pecosa, los archivos de Foster.

—Los tienes en tu ordenador —respondo sin ni siquiera mirarlo.

—Ayuda a Sandra con la reunión de mañana.

—Ya está organizada.

De hecho, lo está desde esta mañana cuando salí prácticamente huyendo de tu casa.

—¿Has hablado con Colby?

—El mensajero llegará en quince minutos y los estudios de mercado de Holland Avenue están terminando de imprimirse.

No lo he mirado ni una sola vez y eso ha hecho que la situación se haya vuelto aún más incómoda.

Él rodea la mesa y camina despacio hacia mí. De reojo puedo ver cómo sus ojos hoy más verdes que azules me estudian perspicaces. Es demasiado listo. Yo, por mi parte, soy plenamente consciente de que debería huir otra vez antes de que esté más cerca y ya no pueda pensar.

Suplico mentalmente para que la impresora termine y cojo al vuelo el último documento.

—Tengo que irme a esperar al mensajero. No quiero que esos dosieres se traspapelen —le informo mientras a toda velocidad cuadro los documentos, abro una carpeta, los meto dentro y la dejo sobre su mesa.

Echo a andar nerviosa, pero, cuando sólo me he distanciado unos pasos de él, Donovan me agarra de la muñeca y me obliga a girarme.

—Pecosa, ¿qué pasa? —pregunta clavando sus espectaculares ojos en los míos.

—Nada —me apresuro a responder.

—¿Estás enfadada?

—Claro que no.

Sonrío inquieta y acelerada y aparto mi mirada de la suya. Tengo que marcharme, ¡ya!

—¿Por qué estás enfadada?

Genial, ni siquiera soy capaz de mentirle con convencimiento.

—¿Es porque llevé a una chica a casa?

—Donovan, tú y yo no estamos juntos. Puedes llevar a tu casa —hago especial énfasis en el *tu*— a quién quieras.

Por lo menos he sonado más convencida que antes.

—¿Entonces?

Se toma un segundo para pensar y de pronto parece tenerlo todo muy claro.

—¿Es porque no te llevé a mi cama?

La pregunta la hace con una insolente sonrisa en los labios que hace que me entren ganas de estamparle algo metálico en la cara. Tuerzo el gesto. Maldita sea, tiene razón. Odio que tenga razón. No se la merece.

—Puede ser —confieso al fin exasperada—. A lo mejor a mí también me gusta sólo dormir contigo.

Su maldita sonrisa se ensancha.

—Y, si te gusta dormir conmigo, ¿por qué te acuestas cada noche en el sofá?

Ahora sí que estoy en un lío. ¿Qué le contesto a eso? ¿Que me gusta que me lleve

en brazos, que me saque de mi cama en mitad de la noche para llevarme a la suya? ¿Que me gusta porque así me demuestra cuánto le gusta a él?

—Eso ya da igual —contesto malhumorada—. Voy a seguir durmiendo en el sofá, porque está claro que tú ya tienes quien te caliente la cama.

—Por supuesto que tengo quien me la caliente —responde sin dudar.

Es el colmo. Le dedico mi peor mirada y me vuelvo dispuesta a marcharme, pero Donovan me mantiene agarrada por la muñeca y me obliga a girarme otra vez. Sus ojos vuelven a atrapar los míos y despacio se inclina sobre mí.

—Pero la única a quien me gusta ver dormir a mi lado es a ti —sentencia.

En ese instante todo mi enfado se evapora. Donovan desliza su mano perezosa por la mía y despacio la lleva hasta mi cintura. Sus profundos ojos me tienen atrapada en todos los sentidos.

—Contéstame a una cosa —susurra con la voz más sensual que he oído en toda mi vida—. ¿Este vestido —continúa tirando suavemente de él— te lo has puesto porque estabas enfadada conmigo o porque no?

—Donovan... —me quejo en un susurro con la respiración hecha un caos.

Su *sexy* e impertinente sonrisa sigue ahí. Estoy perdida.

—Esta noche te quiero en mi cama —me ordena salvaje, sensual, indomable.

La boca se me hace agua.

—Para dormir —me aclara sin dejar de sonreír, sin levantar sus ojos de mí—. Ahora me voy a una reunión.

Sale del despacho como si nada, como si cada día dejara a decenas de chicas embobadas con las piernas temblorosas a su paso. Yo respiro hondo e intento recuperar la compostura. He pasado de repetirme que no estaba enfadada a confesárselo precisamente a él. Desde luego está siendo un gran día.

«Y aún no ha terminado».

Genial.

Después de comer con Lola, me marcho a la universidad. Cuando salgo de la biblioteca, ya se ha hecho de noche. En metro llego hasta el ático y no me sorprende ver que, una vez más, estoy sola. Me pongo la tele de fondo mientras me preparo algo de cenar. Estoy cansada, pero decido estudiar un poco sentada en uno de los taburetes de la cocina. Prefiero no darle muchas vueltas a por qué estoy optando por cualquier otra cosa antes que irme a dormir.

Al mirar el reloj y comprobar que son casi las doce, comprendo que, lo quiera o no, tengo que irme a la cama. *Cama*, interesante palabra, sobre todo hoy.

Me tomo las pastillas, me voy a la habitación y me pongo el pijama. Es curioso cómo, mientras lo hacía, he obviado mirar la cama. Me siento nerviosa e intimidada por un mueble. Eso no puede ser buena señal bajo ninguna circunstancia. Quizá me sentiría más cómoda si interactuara un poco con el entorno. Básicamente, cotillear su habitación sin ningún remordimiento.

Primero el vestidor, la zona más alejada de la cama. Sólo con dar un paso en su

interior, me doy cuenta de la nefasta idea que ha sido. Su olor me envuelve y, estar rodeada de toda esa ropa a medida que le sienta como un guante, claramente no ayuda. Contemplo las decenas de camisas blancas, todas perfectamente colgadas y ordenadas. Me permito el lujo de pasar la mano por una de ellas y por un momento tengo la sensación de que lo estoy tocando a él. Mala idea.

«Muy mala idea».

Al otro lado están todos sus trajes de corte italiano a medida, con un abanico de colores pequeño pero espectacular: negro, carbón, gris marengo, gris claro y azul oscuro. Sofisticados, elegantes, exactamente como es él.

Salgo y de pasada miro la cama, como si estuviera ante un enemigo temible. Camino hasta la cómoda y acaricio la madera. Sin querer, sonrío al recordar cómo dejó su reloj aquí hace unas noches. Compruebo que, lo que me pareció una servilleta, efectivamente lo es. La cojo con cuidado, la giro y resoplo a la vez que pongo los ojos en blanco cuando veo un número de teléfono escrito en ella junto al nombre de Candy y un pequeño corazón.

Por el amor de Dios, ¿hay alguna chica que no caiga rendida directamente a sus pies?

Me separo de la cómoda huyendo de la servilleta y me acerco a la estantería. Sonrío como una idiota al ver sus coches de colección. De los cuatro que hay, sólo reconozco uno negro, un Alfa Romeo Giulia Spider de 1963. No es que sea una experta en coches, pero es el mismo del anuncio del perfume The One de Dolce & Gabbana, lo reconocería en cualquier parte.

Sigo curioseando la estantería y sonrío de nuevo mientras cojo una foto de Donovan junto a Colin y Jackson. Se les ve muy diferentes, aunque los tres están tan guapos como ahora. Debe de ser de la época de la universidad. Es obvio que son muy amigos. La complicidad que existe entre ellos salta la vista sólo con verlos durante un par de segundos.

Sin dejar de sonreír, dejo la foto en el estante. Mis dedos aún se están retirando de ella cuando caigo en la cuenta de que es la única foto que hay en toda la casa. Miro a mi alrededor y constato que no hay ninguna otra sobre ningún otro mueble; tampoco en el salón o, no sé, en la puerta de la nevera. Entiendo que no haya fotos tuyas, pero ¿cómo es posible que no tenga ni una sola de su familia?

Me encojo de hombros restándole importancia, aunque la idea me sigue rondando la mente. Tengo que preguntárselo.

Giro sobre mis talones a la vez que resoplo. Ya es hora de que haga lo que tengo que hacer. Sin pensarlo más, me coloco frente a la cama. Soy adulta y está empezando a ser ridículo la cantidad de veces que tengo que recordármelo últimamente.

Con paso firme, voy hasta el interruptor, apago la luz de un manotazo, destapo la cama y me meto en ella. Sólo es una cama, aunque sea la suya.

¿Qué es lo que me está pasando? ¿Acaso me gusta Donovan? Resoplo de nuevo y

me llevo la almohada a la cara. Claro que te gusta, idiota. La pregunta es... ¿cuánto? Llevo todo el día negándome a admitir que estaba enfadada y pensando que en el fondo sólo estaba molesta porque no había dormido con él y no porque otra lo hubiese hecho en mi lugar, así que supongo que la respuesta es mucho. Donovan Brent me gusta mucho. Joder, joder, joder.

Esta es la única vez que voy a permitirme admitirlo, porque se acabó.

Me obligo a dejar de pensar. Afortunadamente, los analgésicos empiezan a hacer efecto y caigo dormida.

Me despierta el peso de su cuerpo entrando en la cama. A pesar de estar adormilada, sonrío como una idiota. Donovan rodea otra vez mi cintura con sus brazos y me atrae hacia él. Suspira con fuerza cuando su pecho se estrecha contra mi espalda y yo me derrito por dentro. Sé que me estoy metiendo en un lío terrible, pero ahora mismo no me importa absolutamente nada.

Noto nuestras piernas entrelazadas y su brazo posesivo y pesado sobre mi cadera. Sonrío de nuevo y me giro aún con los ojos cerrados. Mi cuerpo se desliza bajo sus brazos y mis piernas entre las suyas, así que no pierdo ni un ápice de su contacto.

Es la primera vez que me despierto antes que él y quiero disfrutarlo. Abro los ojos despacio y automáticamente mi sonrisa se ensancha cuando veo su hermoso rostro frente a mí, bañado por los primeros rayos de luz que filtra el inmenso ventanal, con el pelo castaño cayéndole suave y alborotado sobre la frente. Le acaricio la nariz con la punta de los dedos y la arruga suspirando. Me llevo esos mismos dedos a los labios, acallando una sonrisa sin poder dejar de observarlo. Entonces me paro a contemplar la pequeña cicatriz que tiene sobre la ceja derecha y me pregunto de qué será. Lentamente alzo la mano.

—No hagas eso —murmura sin abrir los ojos justo antes de que la toque.

Su voz me asusta, pensé que estaba dormido, e inmediatamente retiro la mano.

—Lo siento —musito.

—No te disculpes pero no lo hagas.

Donovan abre los ojos, se levanta de un golpe y se mete en el baño. Apenas unos segundos después, oigo el grifo de la ducha. Yo me dejo caer sobre las almohadas y resoplo hasta que me quedo sin aire. Si fuera estricta con las normas que me autoimpuse, debería correr la media maratón de Nueva York. Ayer discutimos, he fantaseado con él una docena de veces y lo he contemplado más que admirada hace sólo uno momento. Pero sé que ni siquiera llegaré a ponerme el chándal. Soy una perezosa superficial obsesionada con un cuerpo para el pecado.

«Y eso que todavía no le has visto el objeto de pecado en sí».

Me levanto como un resorte con los ojos como platos. Me niego siquiera a planteármelo. Además, seguro que, para mi desgracia, la tiene enorme.

Voy a la cocina y preparo café. Donovan sale poco después perfectamente vestido

con uno de sus espectaculares trajes de corte italiano, esta vez negro, y su correspondiente camisa blanca. La palabra del día, *espectacular*.

—Hoy tengo un día complicado —comenta llenándose la taza de café—. Después de la universidad te quiero en el despacho. A las once en punto —sentencia exigente.

—Vaya —replico con una sonrisa de lo más impertinente, llenándome también una—, cualquiera diría que me necesitas para sacar adelante tu día tan complicado.

—No es que seas el colmo de la eficiencia, pero me sirves para una o dos cosas.

—Me lo tomaré como un halago.

Donovan me dedica su media sonrisa sexy y presuntuosa y regresa a la habitación. Yo le doy un sorbo a mi café. Qué sugerente es esa maldita sonrisa.

Tras su «diviértete en el cole», lo observo llevarse la taza a sus perfectos labios con una mano mientras con la otra levanta ligeramente el *Times* del mármol de la isla de la cocina para leerlo más cómodamente.

En el camino en metro hasta el campus, me riño cada vez que me sorprendo pensando en él y me concentro en todo lo que tengo que hacer hoy, empezando por estudiar, y mucho, en la biblioteca para ponerme al día lo más rápido posible.

Entre libros de economía, el tiempo se me pasa volando y, para cuando miro el reloj, son las diez y media. Regreso a la oficina y puntual saludo a Eve.

Camino del despacho de Donovan, me encuentro a Sandra. Tiene aspecto de haberse chocado con un tren de mercancías y, o mucho me equivoco, o sé perfectamente el nombre y apellido de ese tren.

—¿Todo bien, Sandra? —pregunto al llegar hasta ella.

Da un largo suspiro.

—La mañana está siendo horrible. El acuerdo de inversiones con McCallister no ha salido bien y el señor Brent está de un humor de perros. El señor Fitzgerald, el señor Colton y él han discutido esta mañana.

¿Han discutido? Esto no tiene buena pinta.

—¿Por qué no te vas a tomar un café? —le propongo. Parece exhausta—. Yo me ocuparé de lo que el señor Brent necesite.

—¡Sandra! —brama el rey de Roma desde su despacho.

Ella vuelve a suspirar, pero yo le guiño un ojo y la empujo en dirección al vestíbulo. De verdad necesita un descanso.

—¡Sandra! ¡Mueve tu maldito culo hasta aquí!

Sí, definitivamente está de un buenísimo humor.

Ahora la que suspira soy yo. Me armo de paciencia, voy hasta su despacho y abro la puerta. Un imperceptible gesto en su rostro me hace pensar que se alegra de verme, pero en seguida desaparece bajo su malhumorada expresión.

—¿Y Sandra? —pregunta apremiante.

—Le he dicho que se fuera a tomar un café.

—¿Y quién eres tú para decirle a mi secretaria que se marche a por un café? —inquire ahora molesto además de exigente.

—La que la va a sustituir ese rato.

Espero algún comentario por su parte, pero simplemente vuelve a prestar toda su atención a la pantalla de su Mac. Se nota a kilómetros que tiene un enfado monumental.

—Ya me ha dicho Sandra que las cosas con McCallister no han ido bien —comento.

Quizá le venga bien hablar de ello.

—Me encanta que tengáis tiempo para contaros secretitos en horas de trabajo —gruñe sin ni siquiera levantar la vista del ordenador.

—¿Qué ha pasado? —continúo esforzándome en ignorar todo su sarcasmo.

—¿Qué quieres que te diga, Pecososa? —replica sin mirarme todavía—. A veces las cosas no salen como nos gustaría. Ponte a trabajar. —Juraría que las tres últimas palabras las ha ladrado.

Soy consciente de que debería estar enfadada o por lo menos molesta por cómo me ha hablado, pero tengo la sensación de que, en cierta manera, me necesita.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto.

—Revisa todo lo de McCallister otra vez, punto por punto. Rehaz cada puta cuenta de Dillon Colby y comprueba que el asunto Foster esté bien cerrado. No pienso permitir un solo fallo más.

Asiento y me voy a mi singular escritorio. Mientras espero a que mi MacBook se encienda, me pregunto qué habrá salido mal con Brenan McCallister, parecía prácticamente hecho.

Necesito unos documentos que no tienen copia digital y salgo en busca de ellos al archivo. Donovan está de un humor de perros y los gritos que se ha llevado quien quiera que lo haya llamado por teléfono hace unos minutos dan buena prueba de ello. Si me dijeran que le hizo llorar, lo creería sin reservas.

Decido tomarme un minuto y pasar a ver a Lola.

—Hola, chicas —saludo entrando en la oficina al otro lado del pasillo.

—Katie, te veo muy bien —me devuelve el saludo una perspicaz Lola.

—Cállate —la reprendo divertida.

—Donovan está hoy de muy buen humor, ¿no? —me pregunta Mackenzie socarrona.

—La verdad es que estoy algo preocupada —les confieso sentándome en la mesa de Lola—. Sandra me ha dicho que Jackson, Colin y Donovan se han peleado esta mañana.

—No le des ninguna importancia —replica Mackenzie con total seguridad—. ¿Alguna vez has visto jugar a rugby? ¿A hostias durante el partido y después yéndose a tomar cerveza todos juntos con barro hasta las orejas?

Asiento.

—Pues estos tres son exactamente igual. Se gritan, se llaman de todo, se pegan...

Abro los ojos como platos ante las últimas palabras de Mackenzie mientras ella y

Lola asienten con una sonrisa.

—Sí —añade Lola mordiendo su bolígrafo—, hay quien diría que hay demasiados gallos en ese gallinero.

Ahora somos las tres las que sonreímos y asentimos. Tiene razón. Son tres machos alfa perfectamente compenetrados. El *National Geographic* sacaría un buen documental de ellos.

—El caso es que, antes de que acabe el día —continúa Mackenzie—, estarán emborrachándose con la misma botella de Glenlivet.

—Y si no hay Glenlivet, entonces se pelearán con el camarero. Eso también une mucho —añade Lola y las tres nos echamos a reír otra vez.

—¡Pecosa! —Es la voz de Donovan bramando desde la recepción de Colton, Fitzgerald y Brent—. ¿Dónde está Pecosa?

Pongo los ojos en blanco y me bajo de un salto de la mesa de Lola.

—Rápido, guiña dos veces los ojos si te tiene secuestrada —me ofrece mi amiga socarrona.

No puedo evitar sonreír.

—¿Comemos juntas? —propongo volviéndome sobre mis talones una vez más.

—Claro —me responden las dos casi al unísono.

—Llamaré a Harper —añade Lola.

—¿Puedes explicarme qué coño haces aquí?

La voz de Donovan resuena intimidante a mi espalda, con ese tono tan suave pero a la vez tan amenazador. Me giro despacio y por un momento me pierdo en su postura, con las manos en la cintura haciendo que la chaqueta se abra y su camisa se tense ligeramente. Pura dominación y exigencia. No podría ser más atractivo.

—Sólo me he escapado un momento para quedar para comer con las chicas —me explico.

—Relájese un poco, señor Brent.

Donovan asesina a Lola con la mirada.

—Porque no te callas y vas al baño a ponerte de hormonas hasta las cejas.

Ambos se dedican sendas fingidas sonrisas y él vuelve a clavar su mirada en mí. Si no fuera absolutamente imposible, diría que por su cabeza está pasando la idea de cargarme sobre su hombro y sacarme de aquí a rastras.

—¿Katie no debería estar de baja? —apunta perspicaz Mackenzie desde su mesa—. Por la neumonía y eso.

—¿Y tú no deberías estar tratando de tirarte a Michael Seseña para parecerle una secretaria mínimamente competente? —responde Donovan sarcástico, molesto y arisco.

Una gran combinación.

—Eres odioso —responde Mackenzie.

—Mira qué amiguitas sois. Si hasta os ponéis de acuerdo para idear los insultos —comenta sin suavizar un ápice su tono, dejando de mirarla a ella y centrando su

vista en mí. Está más que furioso—. Muévete —me ordena y se marcha destilando rabia.

Me pregunto si aún estoy a tiempo de guiñar dos veces los ojos.

Les sonrío a las chicas, que lo asesinan con la mirada hasta que desaparece en la oficina de enfrente, y me marcho tras él.

—Tráeme todos los archivos de inversiones que Dillon Colby ha llevado para nosotros y no te entretengas.

Hace especial énfasis en las últimas palabras y, en realidad, sobran. Sólo me he escabullido dos minutos.

Con la ayuda de Sandra, localizo las diecisiete carpetas relacionadas con Dillon Colby y las diecisiete tarjetas de memoria correspondientes.

De regreso, a unos pasos del despacho, me sorprende ver la puerta abierta.

—Vete a la mierda, Colin. —Donovan suena aún más furioso que cuando me marché hace unos minutos.

—Sabes perfectamente que McCallister tiene razón —le reprende su socio.

Me detengo junto a la puerta. No quiero interrumpirlos.

—¿Qué? —gruñe Donovan—. Dillon Colby ha metido la pata hasta el fondo y no entiendo cómo no lo hemos puesto ya en la calle. Jackson y tú os estáis ablandando, joder.

Oigo un sonido sordo contra la madera. Alguno de ellos ha tirado algo sobre el escritorio.

—Precisamente tú no hables de ablandarse —le espeta Jackson.

—¿De qué coño estás hablando? —replica Donovan.

—¿De qué crees tú que estoy hablando?

—Por Dios —se queja exasperado—, podemos hablar de cosas realmente importantes. El imbécil de Colby nos ha hecho perder dos millones de dólares y me las va a pagar. ¡Pecosa! —me llama.

Espero unos segundos para que no sea muy obvio que estaba tras la puerta y entro.

—Buenos días —saludo a los chicos.

—Buenos días —responden ambos.

—¿Qué tal estás? —pregunta Colin—. ¿Ya te has recuperado del todo?

—Sí, estoy perfectamente —me apresuro a responder.

—¿Seguro? —inquire Jackson—. Si necesitas estar más días descansando, no hay ningún problema.

—¿A qué viene eso? —se queja Donovan aún más malhumorado, lo que provoca que Jackson y Colin se giren hacia él—. ¿No la has oído? Está perfectamente. Además, trabaja para mí, no para ti.

—Qué curioso —responde Jackson perspicaz—, yo creía que trabajaba para Dillon Colby.

—Cuando esté lista —gruñe Donovan—, y ahora os podéis largar de mi

despacho. Os comportáis como si la puta mañana hubiera ido de cine.

Los chicos me sonrían como despedida y se encaminan hacia la puerta.

—Me alegro de que estés aquí —me dice Colin al pasar junto a mí—. Alguien tiene que controlar al ogro.

Donovan le dedica una sonrisa fingida y yo tengo que hacer auténticos malabarismos para contener la mía, sobre todo cuando Donovan clava sus ojos verdeazulados en mí con sus labios convertidos en una fina línea. Mejor no provocarlo.

Dejo las carpetas sobre su mesa y me siento en el sofá. Deslizo los dedos por el ratón táctil y centro toda mi atención en la pantalla. Sin embargo, puedo notar cómo los ojos de Donovan sigue posados sobre mí. No ha tocado las carpetas. Desde que los chicos se marcharon, su mirada no se ha movido. ¿Qué estará pensando?

La mañana termina tan desastrosamente mal como empezó. Cada carpeta que Donovan revisa de Dillon Colby le sirve para incrementar su enfado un grado más. Me asombra el autocontrol que está mostrando porque claramente lo que quiere es presentarse en el edificio Pisano y darle la paliza de su vida. Por si fuera poco, y siempre por una de esas dichas carpetas, vuelve a discutir con Colin.

La última vez que Donovan regresa del despacho de su amigo, se sirve malhumorado un vaso de *whisky* y se deja caer en su sillón de ejecutivo. Decido mandarle un mensaje a Lola diciéndole que no podré ir a comer. Está claro que él no lo hará y, por algún motivo, algo dentro de mí no para de repetirme que me necesita aquí con él, aunque ni siquiera me dirija la palabra.

Termino de revisar los últimos documentos y, mientras espero a que las tarjetas de memoria se carguen en el ordenador, me levanto y comienzo a despejar la mesa de Donovan. Sé que odia verla desordenada y hoy supongo que más que ningún otro día.

Él me observa pasearme alrededor de su escritorio de cristal templado recogiendo carpetas y papeles.

—Creí que ibas a comer con las chicas —comenta.

—Sí, pero he pensado que mejor me quedo —respondo restándole importancia.

Espero que él no se la dé.

No dice nada. Deja el vaso sobre la mesa sin dejar de observarme y su mirada sólo necesita un segundo para acelerar mi respiración. Cojo unas cuantas carpetas decidida a llevarlas a la estantería y poner algo de distancia entre nosotros, cuando Donovan me coge de la mano y de un solo movimiento fluido me sienta en su regazo.

Uno de sus brazos rodea mi cintura y me estrecha con fuerza, consiguiendo que mi espalda se acople a la perfección a su torso. Siento su aliento en mi pelo y mi estómago se llena al instante de mariposas.

—Gracias —susurra en mi oído.

Suspiro bajito y asiento. Viniendo de cualquier otra persona no tendría la más mínima importancia, pero, siendo Donovan, siendo justo hoy y siendo justo así, todo tiene un valor incalculable.

Deja que su aliento impregne una vez más mi pelo y me levanta. De espaldas a él, me muerdo el labio inferior para contener otro suspiro. Creo que ahora mismo lo único que me mantiene en pie es el deseo y la adrenalina fluyendo por mis venas.

—Será mejor que siga con las carpetas —susurro al borde del tartamudeo sin girarme para mirarlo.

La tarde avanza y seguimos en el más absoluto silencio. Algunas cosas parecen solucionarse y el humor de Donovan mejora. Ha conseguido fijar una nueva reunión con McCallister y ha dejado bien claro que se encargará personalmente.

A eso de las siete se levanta decidido y se pone la chaqueta.

—Pecosa —me llama; está de buen humor—, levántate. Te llevo a cenar.

¿Qué? Me ha pillado por sorpresa.

—No me mires así —se queja con su media sonrisa—. Sé comportarme cuando quiero.

Sonrío y rápidamente despejo mi pequeño escritorio. Cojo mi bolso y el abrigo y salimos de la oficina.

—¿Adónde vas a llevarme? —pregunto camino del ascensor.

—Adónde voy a llevarte a cenar... —responde pensativo y a estas alturas lo conozco lo suficiente como para saber que se avecina uno de sus mordaces comentarios—... a un restaurante —continúa fingidamente sorprendido por su propia respuesta.

—Eres idiota —protesto divertida.

Ambos sonreímos. Es cierto que sabe comportarse cuando quiere.

Salimos del ascensor, atravesamos el vestíbulo del edificio y, para mi sorpresa, el coche no nos espera fuera. Donovan mira impaciente el reloj y mantiene la puerta abierta para que salga. Espero que este detalle no vuelva a ponerlo de mal humor.

Afortunadamente, el coche llega en cuestión de segundos. Le hace un gesto al chófer para que no se baje y ambos damos unos pasos en dirección al jaguar, pero de repente Donovan se queda paralizado con la vista fija en algún punto en la acera de enfrente. No mueve un solo músculo. La expresión de su cara se endurece, su mandíbula se tensa y su mirada... su mirada es lo peor de todo. Nunca lo había visto así.

—Donovan, ¿estás bien?

Por inercia llevo mi vista hacia donde él mira, pero no veo nada fuera de lo común, sólo personas caminando.

Él sigue en silencio. Comienzo a ponerme muy nerviosa. ¿Qué demonios ha visto?

—Donovan —vuelvo a llamarlo—. Donovan.

Le toco en el hombro para reclamar su atención y él se mueve brusco y nervioso, apartándose de mi mano, como si le sacaran de un sueño, y al fin me mira. Sus ojos están llenos de una rabia indecible, tristeza y juraría que miedo.

—¿Estás bien?

—Vete a casa —susurra.

—¿Por qué? —inquiero con el ceño fruncido—. Donovan, ¿qué pasa?

—Vete a casa —repite.

Está muy inquieto. Se aleja unos pasos del coche a la vez que se pasa las dos manos por el pelo.

—Donovan, no voy a dejarte solo y así.

—Vete.

Está exasperado, furioso, casi desesperado.

—Donovan...

—¡Katie, sube al puto coche y vete a casa, joder! —me interrumpe alzando la voz.

Intento leer en sus ojos, averiguar qué le sucede, pero no soy capaz de hacerlo. Él se limita a mantenerme la mirada con gesto impaciente. Está claro que no quiere hablar y, por la expresión que me dedica, tampoco quiere tenerme cerca.

—Como quieras —musito.

Donovan tuerce el gesto sólo un segundo y por un segundo también aparta su mirada de la mía. Cuando vuelven a encontrarse, toda la rabia parece haberse multiplicado por mil en sus ojos. No entiendo qué ha pasado.

Asiento despacio y giro sobre mis talones. Me meto en el coche y, aunque una parte de mí espera que salga corriendo detrás de mí, la otra tiene claro que no lo hará.

«Es Donovan Brent, ¿qué esperabas?».

En el ático no soy capaz de quedarme quieta. ¿Qué le ha ocurrido? Pienso en llamarlo, pero seguramente ni siquiera responda. Podría hablar con Colin o con Jackson, pero ¿qué les digo? ¿Me ha mandado a casa cabreado? Eso ni siquiera tiene nada de raro. Suspiro hondo y me detengo en mitad del salón. Probablemente no tiene importancia, probablemente sólo quiso cambiar de planes. En cualquier caso, él ya es adulto y puede hacer lo que le plazca.

Me preparo algo de cenar pero apenas pruebo bocado, sigo preocupada.

Me pongo el pijama, me tomo las pastillas y me voy a la habitación. Aún me siento algo intimidada, pero esta noche mi mente está centrada en otro asunto.

En la cama, a oscuras, miro el iPhone, sopesando todavía si llamarlo o no. Intento esperarlo despierta, pero la somnolencia que me provocan las pastillas pesa más que yo y me duermo.

El sonido del ascensor me despierta, aunque en realidad creo que no he llegado a estar profundamente dormida en ningún momento.

Donovan entra en la habitación. No sé por qué, me finjo dormida. Siento sus pasos alejarse hasta el fondo de la estancia y lentamente abro los ojos de nuevo. Se desabotona la camisa y se la quita despacio, dejando que su cuerpo de anuncio de colonia vuelva a iluminarme en la penumbra.

Se gira a la vez que se pasa las dos manos por el pelo, pero esta vez no me finjo dormida. Donovan me observa. Un sinfín de emociones cruza su mirada. Sigue furioso, frustrado, triste, pero extrañamente también parece aliviado, como si en sus ojos claros oscurecidos hasta el azul más intenso se transcribiese literalmente la idea de que ha llegado a casa. Quiero pensar que lo hace a esta cama, a mí.

Poco a poco, sin levantar su mirada de la mía, derrochando seguridad, se lleva las manos a sus pantalones a medida y se los desabrocha dejando entre ver unos perfectos bóxers blancos.

Su mirada me dice que quiere que vaya hasta él y así lo hago. Me deslizo por la cama hasta arrodillarme frente a su perfecto cuerpo, justo en el borde del colchón.

Despacio, torturador, Donovan tira de mi camiseta a la altura de mi estómago y

lentamente va subiendo hasta que su mano se acomoda en mi cuello y me obliga a levantarlo para que estemos aún más cerca.

Jadeo bajito disfrutando de su masculina brusquedad. Se inclina sobre mí tomándose su tiempo. Él también está saboreando el momento. Su mano mantiene mi cuello alzado exactamente cómo quiere. Mi respiración se acelera. Su aliento baña mis labios y toda la calidez de su cuerpo traspasa la suave tela de algodón de mi pijama y calienta mi piel.

Va a besarme y el placer anticipado ya lo está arrollando todo dentro de mí.

Pero, tomándome por sorpresa, se separa. Me empuja contra la cama y sigue el mismo movimiento con su cuerpo, tumbándose sobre mí y sujetando mis muñecas contra el colchón.

Salvaje. Increíble. *Sexy*.

Me besa con fuerza. Sus labios saben aún mejor de lo que recordaba. Gimo absolutamente entregada y él reacciona apretando mis muñecas con más fuerza y meciendo sus caderas contra las mías.

Donovan sujeta mis dos manos con una de las suyas. Baja la que le queda libre por mi costado hasta deslizarse al otro lado de mi camiseta. Sus hábiles dedos se pierden en mi pecho, en mi pezón. El placer y el deseo se hacen más intensos. Si quiere hacerme arder por combustión espontánea, va por muy buen camino. Me embiste. Me pellizca. Gimo de nuevo. Sonríe.

Sabe perfectamente lo que me está haciendo.

—Te quiero exactamente así, Katie. Quiero que ni siquiera puedas respirar.

Su mano desciende por mi piel y se esconde bajo mis bragas. Me besa. Me muerde. Me lame. Me penetra con los dedos y mi cuerpo se arquea levantándome del colchón.

Mi humedad se derrama sobre su mano. Estoy muy excitada.

—Joder, Katie —murmura con una sonrisa presuntuosa contra mis labios.

Empieza una deliciosa tortura. Sigue embistiéndome con sus mágicos dedos. Sigue sujetando mis muñecas. El peso de su cuerpo sigue sobre el mío. Su boca, sus labios, siguen besándome sin descanso. Besos de verdad, los que marcan un antes y un después, por los que vale la pena pegarse una maldita carrera por un maldito aeropuerto.

Estoy en el paraíso.

Donovan toma mi clítoris entre sus dedos y tira de él.

—¡Dios! —grito echando la cabeza hacia atrás.

Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se han incendiado a la vez.

Donovan no se detiene. Mi cuerpo se tensa. Mi respiración es un caos. El corazón me late de prisa.

Me besa.

Me acaricia.

Me embiste.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Grito y gimo contra su deliciosa boca. Mi cuerpo se retuerce de puro placer bajo el suyo sintiendo una corriente eléctrica serpenteante y febril recorrerme de pies a cabeza.

Ha sido el mejor orgasmo de mi vida y sólo ha necesitado una mano.

Me da un último beso mientras ralentiza el ritmo de sus dedos hasta separarse por completo de mí. Noto el peso de su cuerpo desaparecer del colchón, pero no soy capaz de abrir los ojos. La dicha postorgásmica lo inunda todo.

—Ven aquí —me ordena.

Y sólo por cómo ha pronunciado esas dos palabras, he estado a punto de correrme de nuevo.

Tratando de controlar mi cuerpo, que ahora sólo es un puñado de hormonas y gelatina caliente, me deslizo de nuevo hasta el borde de la cama y otra vez me arrodillo frente a él.

Sin levantar los ojos de mí, y de nuevo con esa agónica y sensual lentitud, Donovan se deshace de sus pantalones y de sus bóxers. Cada uno de sus movimientos me hipnotiza. Cuando está completamente desnudo, tengo que contenerme para no suspirar. Es un maldito dios griego, más que eso, es todo el Olimpo convertido en un cuerpo perfecto para follar hasta hacer que el mundo sea algo borroso a su alrededor. La tiene grande, dura. Debe de estar fabricada a base de gemidos y orgasmos de todas las mujeres que han suspirado por él.

Ahora mismo Mick Jagger está apoyado de espaldas contra Keith Richards aullando como un lobo.

Lo veo sonreír de lo más presuntuoso y me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo mirándolo como si estuviera recubierto de chocolate fundido. Por dignidad, y porque no quiero darle más munición para mañana, aparto mi vista tímida y balbuceo una pobre excusa. Sólo sirve para que su sonrisa se ensanche.

—Desnúdate —me ordena de nuevo.

Me muerdo el labio inferior al darme cuenta de que es tan mandón en la cama como fuera de ella. Nunca pensé que algo así me excitaría, pero lo cierto es que está haciendo que la temperatura de mi cuerpo suba de cien en cien grados.

Hago lo que me dice bajo su atenta mirada. Donovan me recorre de arriba abajo con su descarado habitual y mi respiración va acelerándose con cada centímetro que recorre.

Se lleva la mano a la polla y comienza a acariciársela despacio. Automáticamente roba toda mi atención. Otra vez me siento a punto de arder por combustión espontánea.

Donovan sonrío duro y *sexy*. No dice nada y creo que me está pidiendo sin palabras que le devuelva el orgasmo con sexo oral. Sin embargo, cuando hago el ademán de acercarme a él, Donovan niega con la cabeza a la vez que me chista suavemente, todo, sin perder esa arrogante sonrisa.

—Eso tienes que ganártelo, Pecosa —sentencia sin dejar de acariciarse.

Su respuesta me deja sin palabras y también me excita aún más. ¿Tan seguro está de sí mismo que dejar que le hagan una mamada es un premio que da y no que recibe?

«Y probablemente sea mejor que el superbote de la lotería».

La sonrisa de Donovan vuelve a ensancharse, supongo que por la cara que se me debe de haber quedado y, sin más, me empuja otra vez contra la cama, cayendo él de nuevo conmigo.

Me besa. Su boca, sus labios, son de otro mundo. Su sexo choca con el mío y mis gemidos se solapan una y otra vez.

Soy levemente consciente de que Donovan estira su mano por el colchón y no entiendo qué busca hasta que lo veo separarse de mí y, *sexy*, rasgar el envoltorio de un condón con los dientes. Gimo y me llevo la mano a la frente. Voy a salir ardiendo, lo tengo claro. Este hombre parece cumplir una a una todas las reglas de la fantasía erótica.

Se lo pone prácticamente en un segundo y vuelve a inclinarse sobre mí.

—Ya no hay más juegos —susurra sensual contra mis labios—. Es hora de follar.

No he asimilado sus palabras cuando me embiste con una fuerza atronadora.

—¡Joder! —grito.

Sólo hay placer.

Se mueve indomable, duro, *sexy*, sensual. Su pelvis choca una y otra vez contra la mía. Sin descanso. Entrando. Saliendo. Dejándome demasiado vacía cuando se va y regresando triunfal, grande, duro, llegando más lejos que ningún otro.

Sus dedos se aprietan contra mi cadera.

Gimo.

Acelera el ritmo.

Me toma entre sus brazos, me gira, me mueve a su antojo. El auténtico rey del mambo. No hay una expresión mejor. El rey dentro y fuera de la cama, en todos los sentidos. Un dios del sexo fabricado a partir de las descripciones de los libros de literatura erótica.

No puedo más.

Y un maravilloso orgasmo aún mejor que el anterior me parte en dos mientras él sigue embistiéndome, llenándome de puro placer, marcándome a fuego con la idea de que ahora sé lo que es follar de verdad.

Donovan se pierde en mi interior con un masculino alarido que tensa su armónico cuerpo sobre el mío.

Espectacular.

Se deja caer al otro lado de la cama. Ágil, se levanta y entra en el baño. Yo lo observo con una boba sonrisa hasta que desaparece y es en ese preciso instante, cuando me quedo sola, que mi mente, de viaje de fin de semana en isla orgasmo, se da cuenta de lo que acaba de pasar. He cruzado la única frontera que me impuse con

Donovan. Por Dios, vivo con él, trabajo con él. ¿Cómo se supone que voy a comportarme mañana? ¿Y ahora cuando salga?

Oigo el grifo del lavabo cerrarse. Rápidamente me muevo por la cama hasta alcanzar las sábanas, tiro de ellas, me tapo hasta la barbilla y me acomodo entre las almohadas al tiempo que cierro los ojos fingiéndome dormida.

Donovan sale apenas un segundo después. Siento el peso de su cuerpo al tumbarse en la cama. Como cada noche, me secuestra de mi lado del colchón, rodea mi cintura con sus brazos y me acopla contra su pecho.

Se comporta como si no hubiese pasado nada, pero a mí me late tan fuerte el corazón que dudo que vaya a poder coger el sueño en toda la noche o en algún momento el resto de mi vida.

Por suerte, me equivoco.

Ruedo por el inmenso colchón. La temperatura es sencillamente perfecta. Las sábanas se deslizan por mi cuerpo suaves, calientes, maravillosas. Ventajas de dormir desnuda en una cama con sábanas de diez mil hilos...

¡Desnuda!

¡Joder!

Abro los ojos y me incorporo de golpe.

Nerviosa, miro a mi alrededor en busca de Donovan. No está. Agudizo el oído por si estuviera en la ducha. Tampoco. Me paso las manos por el pelo y asiento a la vez que resoplo con fuerza. Necesito un plan. Lo primero es ganar tiempo para poder pensar y tomar las decisiones tras haberlas razonado como las personas adultas.

«La palabra clave aquí es *adultas*, Katie Conrad».

Me levanto echa el sigilo personificado. Camino casi de puntillas hasta mi maleta, saco los primeros vaqueros y el primer jersey que encuentro y me encierro en el baño. No sé qué hora es exactamente. Debe de ser tempranísimo. Me ducharé, me vestiré y me marcharé directamente a la universidad. Allí podré pensar y, con un poco de suerte, cuando llegue a la oficina, Donovan estará en alguna reunión.

Ya lista, abro la puerta del baño y salgo tímida, mirando en ambas direcciones, hasta que me aseguro de que él no está en la habitación. Mientras cruzo la estancia, no puedo evitar fijarme en la cama. El cabronazo es incluso mejor de lo que imaginaba. Si lo pusieran de portada en la próxima novela de E. L. James, se lo habría ganado a pulso.

Cabeceo. Tengo que dejar de pensar en Donovan y, sobre todo, en Donovan desnudo. No va a volver a pasar. Jamás, nunca, *never, nie*.

«Qué curioso que te lo hayas dicho precisamente en alemán».

Cierro los ojos y dejo caer mi cabeza contra la pared.

Errores, Katie Conrad, grandes errores.

Al fin salgo al salón e inmediatamente me hago hiperconsciente de que Donovan

está tras la isla de la cocina, con una taza de café en la mano y sosteniendo el *Times* con la otra.

—Buenos días, Pecosa —me saluda con la mirada en el periódico.

Está infinitamente guapo con un traje azul oscuro y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados. ¡Qué asco de vida!

—Buenos días —respondo caminando de prisa hasta el sofá.

Me pongo mi abrigo, cojo mi bolso y salgo disparada hacia el ascensor. Aprieto el botón con más fuerza, y más desesperada, de lo que me hubiese gustado.

—No es que me importe, pero ¿no desayunas? —pregunta.

Su tono es una mezcla de socarronería y algo de arrogancia, como si supiera exactamente lo que me pasa.

Yo niego con la cabeza.

—Hoy tengo mucho que hacer en la universidad. Tomaré un café para llevar en cualquier sitio.

Pulso de nuevo el botón. ¿Dónde se ha metido el maldito ascensor? Finalmente las puertas de acero se abren y entro flechada.

—Hasta luego, Pecosa —se despide y otra vez hay algo en su tono que me pone aún más nerviosa.

Me giro despacio con el corazón a punto de salirseme disparado y levanto levemente la mano.

—Hasta luego —respondo incómoda.

Por la manera en la que sonrío, sin ni siquiera levantar su vista del periódico, es obvio que no sólo es plenamente consciente de lo que me ocurre, sino que, además, está disfrutando con el mal rato que estoy pasando.

Entorno la mirada y, cuando abro la boca dispuesta a llamarlo gilipollas, las puertas del ascensor se cierran dejándonos a mi dignidad, a mi orgullo y a mí sin venganza.

Descartada la idea de huir de la ciudad y montar un bar hawaiano en Jersey, la clave está en fingir que no ha pasado nada. Básicamente lo que parece haber hecho Donovan, aunque imagino que él no ha necesitado media hora de sermones autoimpuestos para llegar a esa misma conclusión. Son las ventajas de tener una vida sexual indiscriminada.

A las ocho de la mañana estoy cruzando las puertas de la Thomas J. Watson o, lo que es lo mismo, la biblioteca de Económicas de la Universidad de Columbia. Es más temprano de lo que esperaba, y, con un poco de suerte, podré aprovechar el día.

Me instalo en una mesa junto a la ventana y comienzo a preparar el temario de Estudio de la economía occidental. No he avanzado ni dos páginas cuando, sin darme cuenta, comienzo a pensar en Donovan. Lo guapo que es Donovan. Lo bien que le quedan los trajes de corte italiano a Donovan. Lo bien que le queda la ausencia de ropa a Donovan.

—Lo bien que folla Donovan —murmuro con el lápiz entre los dientes.

Murmuro, sí, pero, por mucho que una murmure, esto es una biblioteca y toda la mesa en la que estoy sentada me ha oído.

Carraspeo, señal de llamada para que el encargado de pulsar el botón y que la tierra me trague lo haga, pero nada.

—Donovan es gilipollas —me defiendo malhumorada volviendo a centrar la vista en mi libro.

No pueden juzgarme. Mi vida es muy complicada.

—Cuanto mejor folle, más gilipollas —sentencia una voz frente a mí.

Alzo la cabeza sorprendida y me encuentro con una chica afroamericana más o menos de mi edad asintiendo llena de sabiduría.

—Esa ley es más cierta que las jodidas matemáticas —añade.

Yo pierdo mi mirada al frente, recapacitando sobre su frase y, tras unos segundos, no tengo más remedio que asentir con ella. Tiene toda la razón.

A eso de las once empiezo a pensar en que debería ir a la oficina. Nadie me ha llamado pidiéndome que lo haga, pero se supone que trabajo allí; por mucho que le dijera a Donovan que tenía que pasarme por la universidad, tampoco puedo tomarme el día libre sin ni siquiera avisar.

Cierro el libro y resoplo. No quiero ir. Sé que es muy infantil, pero no quiero tener que hacerlo. Necesito unas horas más antes de un segundo asalto.

Decidida, cojo mi iPhone y salgo al pasillo. Dos tonos de llamada y Sandra responde profesional al otro lado.

—Despacho del señor Brent.

—Sandra, soy Katie.

Estoy tan nerviosa que no puedo quedarme quieta y comienzo a dar pequeños e inconexos paseos que lo único que consiguen es acelerarme todavía más.

—Hola —me saluda relajando su tono de voz—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Llamaba para avisar de que hoy no podré pasarme por la oficina. Estoy en la universidad. Estoy... estudiando —Dios mío, ¿se puede mentir peor?—. Tengo un examen mañana y necesito... estudiar.

Cierro los ojos con fuerza. Definitivamente, la peor mentira de la historia.

—¿Quieres que te pase al señor Brent para que se lo digas tú misma?

—¡No! —contesto por inercia. Tuerzo el gesto. Torpe. Torpe. Torpe—. No —continúo tratando de sonar más relajada—, no hace falta. ¿Podrías decírselo tú?

—Claro —responde sin asomo de duda.

Suspiro aliviada. Donovan es tan odioso en el trabajo que mi grito con forma de «no» ante la posibilidad de hablar con él directamente es de lo más comprensible.

Me despido, cuelgo y regreso a mi mesa. No soy estúpida. Más tarde o más temprano tendré que verlo, pero prefiero el tarde.

Como en la universidad y no me animo a ir al ático hasta que ya ha anochecido. Con un poco de suerte, Donovan se habrá ido al club y no tendré que verlo hasta mañana. Frunzo los labios. No quiero verlo, pero pensar que está en el Archetype

tampoco me hace ninguna gracia.

Saludo al portero y me dirijo al ascensor. Estoy tentada de preguntarle si Donovan está arriba, pero no tengo la suficiente confianza con él.

Cuando las puertas se abren en el ático, resoplo con fuerza y entro. No hay rastro de Donovan en el salón, pero por las luces encendidas y un par de bolsas de papel sobre la isla de la cocina, es obvio que está aquí. A los pocos segundos sale de la habitación remangándose hasta el antebrazo su camisa impecablemente blanca.

—¿Ya has vuelto del cole, Pecosa? —pregunta dirigiéndose a la cocina—. ¿Has hecho muchos amiguitos?

Tuerzo el gesto y me quito el abrigo. Es odioso.

—Pon la mesa —me ordena señalándome con la cabeza la mesita de centro frente al sofá—. La cena está lista.

Yo lo miro confusa. ¿La cena?

—¿Has cocinado tú? —pregunto extrañada acercándome a la isla.

—No —responde como si fuera obvio.

Entonces me fijo mejor en las bolsas de papel y me doy cuenta de que son del restaurante Malavita. El mismo sitio donde pidió mi sopa de pollo después de llevarme al hospital.

Resoplo mentalmente. Vamos a cenar. Cenar es muy sano y una costumbre muy extendida en la humanidad. No pasa nada por cenar. Cenar no implica sexo. Asiento muy convencida de mi propio discurso e incluso sonrío. Puedo con esto. Pero en ese preciso instante Donovan se humedece el labio inferior y le da un trago a su copa de vino. Joder, con este hombre qué no implica sexo. Él es sexo. Sexo húmedo, salvaje y caliente. Sexo espectacular... ¡Maldita sea!

Cojo los manteles individuales y me alejo de la isla de la cocina. Toda la culpa es suya por ser así de atractivo.

Termino de poner la mesa procurando no mirarlo y me siento en el sofá. Donovan no tarda en reunirse conmigo con dos platos de *spaghetti alle vongole*. Nos sirve vino, coge su plato y su copa y se recuesta cómodamente en el inmenso sofá.

Yo, sentada prácticamente en el borde del tresillo, remuevo la pasta sin mucho convencimiento. Tiene una pinta deliciosa, pero estoy muy nerviosa. Nunca me llegó a parecer buena idea vivir aquí, pero ahora menos que nunca.

—Pecosa, me estás amargando la cena —se queja incorporándose y dejando su plato sobre la sofisticada mesita.

—Lo siento —me disculpo.

—Me alegro —replica sin ninguna intención de sonar amable.

Resoplo. ¿Cómo se puede ser tan gilipollas?

—En realidad no lo siento —comento impertinente y enfadada.

—¿De verdad? —pregunta sardónico—. Mientes muy mal, Pecosa.

¡No lo soporto!

Me levanto dispuesta a encerrarme en la habitación y no salir hasta mañana, pero

Donovan se estira, me coge de la muñeca y, sin ningún esfuerzo, me sienta de nuevo.

—¿Por qué le estás dando tantas vueltas? —inquire armándose de paciencia.

¿En serio tiene que preguntármelo?

—Perdona si no se me da tan bien como a ti eso de fingir que no ha pasado nada —protesto, y ahora la que suena irónica soy yo.

Donovan tuerce el gesto displicente.

—Es cuestión de práctica.

—Eres imbécil —mascullo justo antes de levantarme.

Pero vuelve a cogerme de la muñeca y a dejarme caer en el sofá.

—Suéltame —me quejo zafándome de su mano.

¡Estoy muy cabreada!

—Como quieras —responde sin más.

Tomándome por sorpresa, Donovan me coge de la cintura, me tumba y él lo hace sobre mí, agarrando mis manos con una sola de las suyas por encima de mi cabeza. Yo me quejo, forcejeo, pero no hay nada que hacer. Me tiene completamente inmovilizada.

—Lo que pasó ayer no tiene ninguna importancia y tampoco cambia nada. Nos divertimos. Punto.

—Donovan —le reprendo, pero en el fondo no sé qué es lo que me molesta de esa frase.

—¿Qué tiene de malo? —replica.

Buena pregunta. Lo cierto es que no lo sé. Alzo la mirada y dejo que la suya me atrape. La luz incide en sus ojos y los hace parecer verdes. Resoplo. Es demasiado guapo. Creo que al final todo se reduce a que no puedo creer que un chico como él se haya fijado en una chica como yo.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —pregunta y algo en su voz ha cambiado.

No sé qué contestar. Bueno, sí lo sé, pero no pienso hacerlo.

—Nada —musito nerviosa.

Donovan sonrío y me doy cuenta de que lo único que pretendía con esa pregunta era ponerme en otra de esas situaciones en la que queda claro lo colada que estoy por él. Malhumorada, me revuelvo. La sonrisa de Donovan se ensancha satisfecha hasta que finalmente se separa incorporándose y dejando que yo haga lo mismo.

Coge su copa de vino y le da un trago. Yo lo observo por un momento. Hay muchas cosas que quiero saber y este es el momento ideal para preguntarlas.

—¿Por qué viniste a buscarme aquella noche para llevarme al hospital?

—Porque Lola estaba histérica —responde como si no tuviera importancia, dejando su copa de nuevo sobre la mesa—. No paraba de repetir que necesitabas un médico.

Eso no contesta a mi pregunta, pero entonces me doy cuenta de que no he hecho la pregunta adecuada.

—Pero ¿por qué me llamaste? Era tardísimo.

Donovan se humedece el labio inferior y por un segundo pierde su vista al frente.

—Quería hablar contigo —responde con una media sonrisa dura y *sexy* en los labios—; en realidad, quería verte.

—¿Para qué?

Ladea la cabeza y su mirada tan azul como verde atrapa la mía.

—¿Para qué te hubiera gustado a ti que quisiese verte? —inquire a su vez.

Donovan Brent, experto en devolver pelotas al tejado de la pobre Katie Conrad.

De pronto vuelvo a estar nerviosa y también algo intimidada. Siempre me he negado a preguntarme lo que siento por él y ahora es el propio Donovan el que lo está haciendo.

—No lo sé —susurro.

—Pues yo creo que sí lo sabes —sentencia sin asomo de duda y algo en su mirada simplemente me hechiza.

Una parte de mí quiere levantarse y no terminar esta conversación jamás. La otra no se movería de este sofá por nada del mundo.

—¿Alguna vez imaginaste como sería? —inquiero tímida.

—¿El sexo contigo?

Asiento. Estoy muy nerviosa, pero no aparto mi mirada de la suya.

—Sí —responde concentrando toda la sensualidad y masculinidad del mundo en una sola palabra—, muchas veces.

—¿Y por qué no ha pasado hasta ahora?

No sé qué quiero que me conteste a eso, pero necesitaba preguntárselo.

—Porque para todo hay un momento.

Donovan se gira en un fluido movimiento hasta que queda sentado frente a mí. Despacio, se echa hacia delante y todo mi cuerpo se enciende preso de su proximidad.

—O a lo mejor quería que lo desearas hasta que estuvieses tan mojada como lo estabas anoche.

Su respuesta me deja sin respiración. Los nervios se concentran burbujeantes en la boca de mi estómago y todos los músculos de mi cuerpo se tensan deliciosamente.

—En la vida hay que ser valiente, Pecos. Tienes que aprender a aceptar lo que quieres, cuando lo descubras.

Donovan se levanta e, irradiando toda esa seguridad, se dirige al dormitorio.

Yo me quedo inmóvil, tratando de asimilar toda la conversación. No soy una chica cobarde, pero lo que quiero es demasiado complicado; o quizá no y Donovan tiene razón y sólo tengo que pedirlo. Él no ha hablado de una relación. Sólo sexo. Algo divertido. Sin complicaciones.

—Ya sé lo que quiero —digo levantándome.

Donovan, a punto de entrar en la habitación, se detiene. Apoya su mano en el marco y ladea la cabeza increíblemente *sexy*.

—Demuéstramelo —me ordena.

Despacio, nerviosa, tímida, me llevo las manos al bajo de mi jersey y lentamente me deshago de él sacándomelo por la cabeza. Donovan no dice nada, pero la manera en la que me mira me hace sentir increíblemente *sexy*. Es una mirada fría, incluso un poco dura, pero llena de una sensualidad sin precedentes, como si estuviese haciendo exactamente lo que quiere, como si otra vez le estuviese complaciendo sin ni siquiera saber que lo conseguiría.

Me descalzo, me desabrocho los vaqueros y con la misma lentitud me deshago de ellos. Llevo un sencillo conjunto de ropa interior azul, pero ahora mismo me siento como si fuese carísima lencería de La Perla.

Donovan me hace un leve gesto con la cabeza para que entre en la habitación. Comienzo a caminar. Uno de mis pies sigue al otro y, en realidad, los dos siguen su estela de increíble atractivo. Cuando sólo me quedan un par de metros, Donovan se separa apenas un paso de la puerta.

Todo es tan sensual.

Al pasar junto a él, tomándome por sorpresa, me coge de las caderas y me lleva contra la puerta. Me levanta a pulso sin ningún esfuerzo y yo reacciono inmediatamente entrelazando mis piernas alrededor de su cintura y mis brazos en su cuello. Me besa desbocado. Su cuerpo aprisionando el mío es lo único que necesito para dejarme llevar.

—Pecosa —me llama contra mis labios.

—Lo sé. Esto es sexo, nada más —respondo completamente entregada.

—No —replica a la vez que se separa lo suficiente para que sus ojos atrapen los míos, dejándome absolutamente claro con su mirada que no podría estar más equivocada—. Esto es follar, hasta caer rendidos, y no lo vamos a estropear con una estupidez como el amor.

Antes de que pueda responder o protestar, vuelve a conquistar mi boca absolutamente indomable y yo lo recibo encantada. Saca un condón del bolsillo, rasga el envoltorio con los dientes y, con la agilidad del que se ha visto en esta situación un millón de veces, se echa hacia atrás, libera su erección y se coloca el preservativo.

Donovan aparta la tela de mis bragas y de un solo movimiento entra en mí. Los dos gemimos al unísono. Su mano avanza por mi costado hasta perderse en mi pelo. Con la segunda embestida me obliga a alzar la cabeza y otra vez mi boca, y yo, somos suyas.

Meto las manos bajo la almohada y me acomodo de lado. Donovan está tumbado junto a mí, con la vista clavada en el techo y una de sus manos descansado en mi cadera, haciendo perezosos círculos con el pulgar. Nuestras respiraciones aún están

suavemente aceleradas.

—Lola me dijo que eras alemán —comento con la voz tenue para no romper la atmósfera tranquila y relajante en la que estamos sumidos—, pero no tienes acento.

Quiero conocerlo un poco mejor.

—Nací en Múnich. Mis padres murieron cuando tenía quince años y vine aquí.

Sus palabras son frías, distantes. Me pregunto si es un mecanismo de defensa o simplemente es que, el hombre con menos empatía que he conocido, ni siquiera puede sentirla consigo mismo.

—Lo has simplificado bastante, ¿no?

—Eso pasó hace diecisiete años. No hay más que contar, ni más que preguntar —y tengo la sensación de que ha sido una advertencia.

Donovan se incorpora levemente y apaga la luz.

—Además —continúa—, será mejor que nos durmamos ya. Imagino que querrás estar descansada para tu examen ficticio de mañana.

Tuerzo el gesto en la oscuridad. ¡Mierda! ¡Me ha pillado!

Donovan sonrío, me coge de la cintura y me lleva una vez más contra su pecho. Mis labios se inundan de su sonrisa y me dejo envolver por sus brazos.

Espero de verdad tener claro lo que quiero.

Humm... necesito ir al baño. Cambio de postura y me acurruco, la solución universal para evitar levantarse de la cama, pero no funciona. Necesito ir al baño urgentemente. Abro los ojos malhumorada y me levanto de prisa. Al hacerlo, me doy cuenta de que Donovan no está a mi lado. Frunzo el ceño y corro al baño. Cuando vuelva, me ocuparé de eso.

Después de lavarme las manos, bebo un poco de agua directamente del grifo y regreso a la habitación. Vuelvo a mirar la cama. ¿Dónde estará?

De inmediato llevo mi vista hacia la puerta e, inconscientemente, se me encoge un poco el corazón.

Recojo su camisa del borde de la cama, me la pongo y me dirijo al salón con paso sigiloso. No necesito abrir la puerta del todo para ver a Donovan otra vez sentado en el suelo, otra vez con la espalda apoyada en el sofá, otra vez con un vaso de *whisky* y la mirada perdida en el inmenso ventanal.

Se toca los mismos sitios: el costado, el brazo, el hombro y la cicatriz sobre la ceja. Vuelve a pronunciar algo con cada movimiento, pero no logro entenderlo. Creo que está hablando en alemán.

Parece tan furioso, tan triste, tan solo.

Abro la puerta por completo y doy un paso hacia el salón. Probablemente me cueste una pelea y un «no te metas en mis asuntos, Pecosita», pero no puedo darme media vuelta sin más. Necesito saber que está bien.

Avanzo un segundo paso, pero el teléfono fijo comienza a sonar,

sobresaltándome. Donovan se gira y yo cierro inmediatamente la puerta. Sin embargo, no lo coge. El teléfono sigue sonando. Con el ceño fruncido, rodeo el pomo despacio y aún más lentamente abro la puerta. Donovan está de pie junto al teléfono, observándolo sonar. ¿Por qué no responde?

Cuando el aparato calla, se acaba su *whisky* de un trago y deja el vaso sobre la mesita, todo sin levantar sus ojos del teléfono. Se pasa las dos manos por el pelo y las deja un segundo en su nuca, parece agotado.

Donovan resopla y se dirige a la habitación al tiempo que deja caer sus brazos junto a sus costados. Yo me aparto de la puerta y rápida vuelvo a la cama. Mierda, no me da tiempo a quitarme la camisa. Sus pasos se oyen muy cerca. ¡Me va a pillar! ¡Torpe, torpe, torpe!

Abre la puerta y no se me ocurre otra cosa que bostezar fingiéndome cansadísima.

—¿Qué haces despierta, Pecosa? —pregunta con el ceño fruncido y la voz endurecida.

Está claro que no le ha hecho la más mínima gracia.

—He oído el teléfono —me disculpo—. Iba a cogerlo pero ha parado y, entonces, me he dado cuenta de que no estabas.

Donovan, que ha escuchado atentamente mi explicación, asiente y da un paso hacia mí. No podría jurarlo, pero creo que durante un solo segundo sus ojos se han inundado de alivio, como si le preocupase que le hubiera visto sentado en el suelo.

—¿Quién era? —pregunto en un murmullo.

—Nada importante —responde arisco.

—¿Cómo lo sabes? —vuelvo a inquirir, esforzándome en hacerlo en el tono más amable posible para que no parezca un interrogatorio—. No lo has cogido. Nadie llama a las... —me giro para ver el reloj de su mesita. Son las cuatro de la madrugada. ¡Es tardísimo!—... cuatro de la mañana si no es importante. Quizá alguien esté en el hospital. ¿No te preocupa?

Resopla. Esta situación está empezando a cansarle.

—No es importante —repite clavando sus ojos en los míos.

Sólo hay un motivo por el que puede tenerlo tan claro. Sabe perfectamente quién ha llamado, aunque no lo haya cogido. Algo me dice que siempre es la misma persona la que llama y no responde. Y algo me dice también que él es plenamente consciente de ello.

—Sabes quién era, ¿verdad?

Donovan da un paso más hacia mí. Su mirada se endurece y al mismo tiempo se llena de arrogancia.

—No te confundas, Pecosa, yo no tengo que darte explicaciones.

Le mantengo la mirada, aunque la suya consigue intimidarme. Tiene razón y yo ya sabía que esta situación terminaría así.

Donovan frunce el ceño imperceptiblemente y su mirada cambia. No quiere seguir con esta conversación. Se acerca un paso más y con su descaro habitual me

mira de arriba abajo.

—Quítate mi camisa —me ordena.

Sus ojos siguen sobre los míos, pero yo rompo el contacto de nuestras miradas y me centro en mis pies descalzos sobre el parqué. Creo que estoy enfadada, aunque soy plenamente consciente de que no tengo ningún derecho a estarlo.

Donovan se inclina ligeramente sobre mí.

—No voy a repetírtelo.

No es una orden. No me está diciendo que, si no lo hago, me cargará sobre su hombro y me llevará con él. Es una advertencia. Me está dejando claro que, si no me quito su camisa, me arrepentiré porque perderé una oportunidad de entrar en el paraíso del que sólo él tiene la llave.

Me humedezco el labio a la vez que alzo la cabeza y suspiro suavemente. Me llevo las manos a la camisa y, despacio, comienzo a desabrocharla. Con el primer botón que atraviesa el ojal, Donovan sonrío *sexy* y satisfecho. Da el último paso que nos separa, agarra la camisa y la abre de golpe, haciendo que los botones salgan disparados por toda la habitación mientras me besa con fuerza.

—Buena chica —susurra con la voz ronca contra mis labios a la vez que me levanta del suelo y de dos zancadas nos lleva hasta la cama.

Su cuerpo sobre el mío es mi recompensa por desinhibirme y obedecer, y pienso aprovecharla.

Me despierto y perezosa estiro los brazos a la vez que lanzo un gruñidito de puro placer. Esta cama es una pasada. Ruedo hasta levantarme por el otro lado y vuelvo a estirarme. Apenas he dormido, aunque la maratón de sexo ha merecido la pena. Lo de este hombre definitivamente es otro nivel. No es que yo tenga mucho con qué comparar, pero es como la primera vez que pruebas el chocolate belga con noventa y nueve por ciento de cacao. Sabes que no puede existir en el mundo nada mejor.

Frunzo los labios cuando caigo en la cuenta de que Donovan no está. Miro el reloj de su mesita. Sólo son las seis y media. Aún es temprano. Voy hasta la cómoda y le robo una camiseta. Ni siquiera pierdo tiempo en buscar mis bragas. Sólo saldré, me aseguraré de que no ha vuelto al suelo del salón y me meteré en el baño para darme una larga, larguísima ducha. Aunque sea sábado, me espera mucho trabajo en Colton, Fitzgerald y Brent.

Cruzo la puerta recogíendome el pelo en una coleta. Automáticamente miro hacia el sofá y respiro aliviada cuando no lo veo sentado en el suelo.

—¿Donovan? —lo llamo.

—Buenos días, Pecosita —me saluda de lo más socarrón desde la terraza.

Con el ceño fruncido, me giro hacia él y creo que voy a tener un ataque de puro bochorno cuando veo a Jackson a su lado.

¡Ni siquiera llevo bragas!

¡Joder!

Echo a andar con el paso acelerado, casi corriendo, para ocultarme tras la barra de la cocina mientras noto cómo las mejillas, y creo que todas las partes de mi cuerpo, se están tiñendo de un rojo intenso. Trato de ir tan de prisa y que al mismo tiempo no se me vea el culo, que doy un traspié justo al alcanzar la isla y acabo cayéndome tras el mueble de elegante diseño italiano. ¡Joder, joder, joder! Me levanto casi de un salto y carraspeo intentando recuperar la dignidad perdida.

«Y eso que sólo son las ocho de la mañana».

—Buenos días —saludo muerta de la vergüenza.

—Así es ella —anuncia Donovan ceremonioso caminando hacia mí seguido de su amigo—, capaz de cualquier cosa para que empieces la mañana con una sonrisa.

Lo fulmino con la mirada. Es un gilipollas. Podría haberme avisado de que no estábamos solos.

—Buenos días, Katie —me saluda Jackson con una sonrisa, luchando por no reírse abiertamente.

Donovan se acomoda en uno de los taburetes con una impertinente sonrisa y yo vuelvo a asesinarlo con la mirada.

—Revisa esas inversiones y tomaremos una decisión con Colin sobre todo el asunto —le comenta a Donovan y él asiente—. Hasta después, Katie —se despide dirigiéndose al ascensor.

Mentalmente suspiro aliviada, aunque de paso se podría llevar a este gilipollas.

—Eres un capullo —me quejo en cuanto Jackson se marcha.

Cargo la cafetera y la enciendo.

—Y tú, muy divertida.

No puedes tirarle la cafetera a la cabeza. No puedes tirarle la cafetera a la cabeza.

—¿Ni siquiera te importa que me haya visto medio desnuda?

—¿Te gustaría que me hubiese puesto celoso? —pregunta con una media y presuntuosa sonrisa colgada del rostro.

Donovan se levanta, abre el frigorífico y saca una manzana.

—Claro que no —bufo indignada, aunque en realidad no estoy tan segura.

Me esfuerzo en ignorarlo, pero soy plenamente consciente de cuándo camina hasta mí, quedándose a mi espada, exactamente a un puñado de centímetros.

—Sólo hay dos motivos por los que un hombre se pone celoso, Pecosita —susurra con esa voz tan masculina—, y aquí no se cumple ninguno de los dos.

Sin más, se aleja y yo me quedo completamente inmóvil. Otra vez me ha robado la reacción. ¡Maldita sea!

—Mueve el culo —me advierte desde el pasillo—. Vestida o no, nos vamos en una hora.

Cierro malhumorada la cafetera y resoplo. Gilipollas, gilipollas, ¡gilipollas!

Me doy una ducha rápida y me pongo un bonito vestido rojo. No tiene nada de espectacular, pero me gusta cómo me siento y, después del bochorno sufrido a

primera hora de la mañana, necesito algo que me suba la autoestima.

Salgo al salón poniéndome mis tacones *nude*. Ha pasado poco más de media hora desde que Donovan se metió en su estudio, así que tengo un momento para tomarme otro café. Apenas he llegado a la cocina cuando él aparece desde el fondo del pasillo.

—Tarde —gruñe sin más pasando junto a mí camino del ascensor.

Pongo los ojos en blanco y, resignada, giro sobre mis bonitos zapatos. ¿Si lo asesinara se consideraría un crimen pasional? Si me toca una jueza que haya conocido a Donovan, seguro que me declara inocente y me da la llave de la ciudad.

El repiquetear de mis tacones suena contra el elegante parqué mientras me dirijo al ascensor. Eso parece llamar la atención de Donovan, que mantiene sujeta la puerta. Alza la mirada y con descaro me observa de arriba abajo, poco a poco, a la vez que una media sonrisa dura y *sexy* se va dibujando en sus perfectos labios.

Entro en el elevador con la autoestima por las nubes y las mariposas haciendo triples giros y tirabuzones en mi estómago.

Donovan pulsa el botón del vestíbulo y se deja caer contra la pared al tiempo que se cruza de brazos. Yo clavo mi vista al frente. El ascensor es demasiado pequeño y él, una vez más, parece un modelo de *Esquire*. No pienso mirarlo y un microsegundo después lo hago embobada.

Le noto sonreír, esa sonrisa diseñada para que todo el vocabulario de las mujeres se reduzca a las palabras «sí, señor», y alza la mano hasta que despacio acaricia el bajo de mi vestido.

—Donovan —protesto, pero no me muevo ni un ápice.

—Es culpa tuya, Pecosita. Me la has puesto dura —comenta divertido colocándose a mi espalda.

Sus manos se deslizan por mi cintura y, lleno de descaro, me hace comprobar cómo su miembro se ha despertado bajo sus pantalones a medida rozándolo con mi trasero.

—Donovan —me quejo entre risas de nuevo, tratando de zafarme de sus manos.

—Seremos muy rápidos.

—No voy a tener sexo contigo ahora —replico—. Tenemos que ir a la oficina.

Donovan me gira entre sus brazos.

—Soy uno de los jefes y llegar tarde por estar follando aparece en nuestros estatutos —me explica mientras sus manos vuelan bajo mi vestido.

—Qué previsores —apunto socarrona apartándoselas.

—Los que más —replica volviendo a colarlas.

—Donovan...

—También puedo meterte algo en la boca para que estés entretenida.

Lo miro con los ojos como platos, tratando de disimular que estoy a punto de echarme a reír, y lo empujo apartándolo de mí. Apenas lo muevo un centímetro. Él sonríe como sabe que tiene que hacerlo para que olvide hasta el año en el que vivo y, despacio, vuelve a inclinarse sobre mí.

—Eres un maldito descarado —me quejo divertida, manteniéndole la mirada.

Está peligrosamente cerca.

—Quiero llevarte al club.

Su voz es sencillamente increíble.

—¿Al Archetype? —murmuro.

—Sí.

Donovan mueve sus manos y acaricia el interior de mis muslos.

—Y quiero follarte con este vestido.

Yo ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro aún más nervioso.

—Me parece bien —musito tratando de sonar indiferente.

Obviamente no lo consigo, pero la otra opción hubiese sido darle un «sí» mientras movía la cabeza como los perritos de adorno de los coches.

Donovan sonrío.

—No te estaba pidiendo permiso —sentencia rebosando sensualidad en cada palabra.

—¿Te he dicho ya que eres un descarado? —replico al borde del tartamudeo, intentado demostrarle que también puedo jugar.

—Y yo ya te he advertido que la culpa es sólo tuya...

Nuestras respiraciones aceleradas lo inundan todo.

El ascensor pita, avisándonos de que las puertas van a abrirse.

—... Pecosa —sentencia separándose de mí con la sonrisa más impertinente del mundo.

Lo observo salir del ascensor como si nada hubiese pasado, mientras yo estoy al borde de estallar como si estuviese fabricada de fuegos artificiales.

—Muévete —me recuerda sin girarse—. Tenemos mucho trabajo.

Yo pongo los ojos en blanco a la vez que echo la cabeza hacia atrás, resoplo, sonrío y finalmente echo a andar. El cabronazo es imposible, pero también divertidísimo. No se puede negar la evidencia.

Al poner un pie en pleno Park Avenue, respiro hondo. Necesito un poco de aire fresco que no huela deliciosamente bien para dejar de imaginármelo desnudo.

—Hoy comeremos con Dillon Colby —comenta Donovan mientras el jaguar se sumerge de lleno en el caótico tráfico de la Séptima.

Yo me giro sorprendida hacia él.

—¿Significa que empezaré a trabajar en el edificio Pisano?

Me hace mucha ilusión.

—Sí —contesta displicente—, quiero recuperar la intimidad de mi despacho.

Le dedico mi peor mohín.

—Vas a echarme de menos —replico socarrona.

Donovan se inclina despacio sobre mí. Por un momento creo que va a besarme y todo mi cuerpo se enciende. El segundo asalto ha llegado demasiado pronto y no tengo fuerzas para hacerme la interesante. Mi libido está desatada desde el ascensor.

—Pecosa —me advierte en un susurro—, otra vez estás pensando que eres irresistible.

Se separa torturador y su delicioso olor a suavizante caro y gel aún más caro vuelve a sacudirme. Debería darle una bofetada por lo que ha dicho, pero, en lugar de eso, mi cuerpo se está deleitando con toda su proximidad. Siempre pensé que mi único problema era que es demasiado guapo, después se sumó que folla demasiado bien. Ahora me doy cuenta de que el mayor de todos mis problemas es ese halo de puro atractivo y sexo que lo envuelve y hace que me sea absolutamente imposible pensar en cualquier otra cosa.

Después de pasar la mañana en la oficina, a eso de la una, atravesamos la ciudad hasta el barrio de Chelsea. Vamos a comer en Malavita. Lo cierto es que ya tengo curiosidad por conocer ese sitio. Si se parece un poco a la comida que preparan, será espectacular.

Durante el trayecto, Donovan me da algunos detalles sobre Dillon Colby. Trabaja para ellos desde hace varios años, pero desde hace algunas semanas Donovan no está nada contento. Si todavía sigue en nómina, es por Jackson y Colin y, sobre todo, porque McCallister ha accedido a una segunda reunión y esos dos millones de dólares no están perdidos del todo.

El Malavita resulta ser aún mejor de lo que imaginaba. Es un local inmenso con las paredes pintadas de un impoluto blanco y toda la decoración, desde las lámparas hasta los pequeños y sofisticados centros de mesa, en tonos dorado envejecido y negro. La sala es completamente diáfana, de manera que desde cualquier punto del restaurante puede contemplarse la cocina, separada únicamente por una pared de cristal. El resultado final es sobrio, elegante y, sobre todo, exclusivo. Sólo se necesita echar un pequeño vistazo para darse cuenta de que, a pesar de su sencillez, el noventa por ciento de los neoyorquinos no puede permitirse venir a almorzar aquí.

La *maître*, con un entallado vestido *tangerine*, nos acompaña hasta nuestra mesa, prácticamente en el centro de la sala. Ya a unos pasos puedo ver a un hombre de unos cincuenta años perfectamente trajeado que me imagino será Dillon Colby. Junto a él hay otro de unos treinta, muy guapo y bastante nervioso. Debe de ser su asistente.

—Buenos tardes, señor Brent —lo saluda Dillon Colby al vernos llegar.

Inmediatamente se levanta y le tiende la mano.

—Buenos tardes —añade el otro chico también incorporándose.

Donovan se detiene junto a una de las sillas y alza la mirada lleno de arrogancia. Un simple gesto que ha resultado increíblemente intimidante. No ha necesitado más para demostrar quién manda aquí.

Aparta la silla y lentamente se gira para mirarme. Frunzo el ceño un segundo y tardo otro en comprender que me la está apartando a mí. No deja de sorprenderme que pueda ser una persona tan implacable y, al mismo tiempo, cuando quiere, tener unos modales perfectos. Es algo que sin duda alguna debe de haber interiorizado desde pequeño.

—Buenas tardes —saludo tomando asiento.

Los hombres, visiblemente intimidados por la actitud de Donovan, reparan en mí y agradecen con sendas sonrisas el salvavidas que acabo de lanzarles.

—Me llamo Connor —se presenta el joven tendiéndome la mano cuando se sienta a mi lado—. Connor Derby —me aclara cuando se la estrecho.

Donovan coge la carta y todos lo imitamos. El camarero se acerca y pide vino para los dos. Una botella con nombre francés. Me parece bien, aunque no se me pasa por alto el detalle de que ni siquiera me ha consultado.

—Tienes nombre de corredor de la NASCAR —le comento a Connor con una sonrisa que inmediatamente me devuelve.

—Nunca lo había pensado —se defiende—. ¿Y cuál es tu nombre? A lo mejor yo también tengo algo que decir sobre él.

Automáticamente recuerdo la primera vez que Donovan me llamó Pecosá.

—Me llamo Katie, Katie Conrad —respondo desafiándolo a que haga algún comentario.

Connor se devana los sesos casi un minuto y finalmente estalla en una sonrisa llena de dientes infinitamente blancos. Es muy bonita, pero no me dice nada. No es *sexy*, ni dura, ni impertinente. No tiene ese no sé qué.

—No, no tengo nada que decir —se sincera al fin.

—Entonces he ganado yo —replico divertida.

—Si no es mucho pedir, podemos empezar ya con esta estupidez de reunión. No quiero perder más el tiempo.

La voz de Donovan, mordaz y sin una pizca de amabilidad, me sobresalta. Cuadro los hombros y lo miro de reojo. No parece muy contento. Sabía que Dillon Colby no le caía demasiado bien, pero no imaginé que su animadversión fuera tan contundente.

—Por supuesto, señor Brent —responde Colby solícito—. Con respecto al asunto McCallister...

Donovan cierra la carta y la deja caer sobre la mesa sin levantar los ojos de Dillon Colby. Con ese simple gesto le está diciendo que tenga mucho cuidado con lo que piensa decir acerca de ese asunto. Si yo fuera Colby, tragaría saliva y fingiría locura transitoria.

—Lamento lo ocurrido —continúa, y juraría que ha estado a punto de tartamudear—. Sólo quiero que sepa que, en las nuevas negociaciones, no habrá margen de error.

—Por supuesto que no lo habrá —sentencia Donovan—. Voy a encargarme personalmente.

Colby abre los ojos como platos. Si tuviera un monóculo, se le habría caído en la copa de vino.

—Efectivamente —continúa Donovan mordaz—. Significa que se queda sin su comisión del dos y medio por ciento. Supongo que ahora sí que lamenta lo ocurrido —añade repitiendo con sorna las mismas palabras que Dillon Colby ha pronunciado hace sólo unos segundos.

Donovan toma su copa de vino y le da un trago aún con los ojos sobre su interlocutor. Ha sido una exhibición de poder y masculinidad en toda regla. Brillante, intimidante y también muy excitante. Yo me obligo a dejar de mirarlo embobada y centro mi vista en la carta. Es ridículo, pero todos los músculos de mi vientre se han tensado con cada palabra que ha pronunciado.

El camarero regresa para tomarnos nota, pero aún no sé qué pedir.

—Pide los ravioli de langosta con trufa blanca —me aconseja Connor—. Te encantarán.

Yo asiento y se lo agradezco con una sonrisa.

Mientras esperamos la comida, charlo discretamente con Connor. Como imaginé, trabaja como asistente de Colby. Es muy simpático y realmente amable. Donovan no me dirige la palabra ni una sola vez. Creo que sigue demasiado enfadado.

Cuando le doy el primer bocado a mis ravioli, no puedo evitar que un gruñidito se me escape. Están deliciosos.

—Te lo dije —comenta Connor satisfecho.

—Están muy buenos —le confirmo.

Él sonrío y se inclina con disimulo sobre mí.

—Me gusta tu vestido —dice en un murmullo.

Nota mental: este vestido es la caña.

Sonrío y, al alzar la mirada, me encuentro con la de Donovan. Él frunce el ceño imperceptiblemente y rompe nuestro contacto, pensativo.

—Señorita... —me llama Dillon Colby invitándome a decir mi nombre.

—Conrad, Katie Conrad.

Mi futuro jefe directo me sonrío amable.

—¿Cuándo se incorporará al edificio Pisano con nosotros?

Ahora la que sonrío soy yo. Me hace mucha ilusión empezar a trabajar en mi nuevo puesto, pero no sé cuándo decidirá Donovan que ya estoy lista.

—Lo cierto...

—Las señorita Conrad es nuestra nueva ejecutiva júnior —me interrumpe Donovan—. Se quedará con nosotros en las oficinas principales.

¡¿Qué?!

Miro a Donovan con los ojos como platos, como si ahora fuese yo quien se hubiese quedado sin su comisión del dos y medio por ciento. ¿Cómo se le ocurre contratarme como ejecutiva júnior? ¿Cómo se le ocurre siquiera insinuarlo? Es cierto que he aprendido mucho durante este tiempo trabajando con él y me estoy esforzando en la universidad, pero todavía no tengo la preparación ni la experiencia necesarias para un puesto así.

Sin embargo, Donovan ni siquiera se molesta en devolverme la mirada y sigue centrado en su plato de comida. ¿Por qué está haciendo esto?

Sonrío algo aturdida a las felicitaciones de Colby y Connor. Ahora mismo la mente me está funcionando a mil kilómetros por hora.

El almuerzo termina poco después. Sigo sin poder creer lo que ha dicho Donovan. No quiero parecer desagradecida, pero es una auténtica locura y una verdadera estupidez. Nada más pagar la cuenta, Donovan se levanta y, amable, aunque creo que en realidad lo hace para que no me quede charlando con Connor, me aparta suavemente la silla para que haga lo mismo.

—Ha sido un placer, señor Brent —se despide Dillon Colby. Donovan ni siquiera lo mira—. Señorita Conrad.

—Lo mismo digo —respondo con una sonrisa.

Donovan exhala brusco todo el aire de sus pulmones y coloca la palma de su mano al final de mi espalda, obligándome a empezar a caminar. Cuando nos hemos alejado unos pasos, me giro y saludo con un gesto de mano a Connor, que aún nos observaba. Por muy discreta que he intentado ser, Donovan parece darse cuenta porque su palma baja posesiva unos centímetros, lo suficiente para dejar de ser un gesto absolutamente inocente y convertirse en otra cosa.

Una idea de lo más absurda se pasea por mi mente, pero la descarto rápidamente.

El coche nos espera en la puerta del restaurante. Le sonrío al chófer, que mantiene la puerta abierta, y me acomodo en la parte de atrás.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto a Donovan en cuanto hace lo mismo.

—Pecosa, ¿a qué ha venido qué? —inquire a su vez malhumorado.

Resoplo. ¿En serio tiene que preguntármelo?

—¿De verdad vas a contratarme como ejecutiva júnior? ¡Es una locura! —trato de hacerle entender.

—¿Sabes?, tu manera de dar las gracias me sigue resultado cuanto menos peculiar —se queja arisco.

¿Por qué demonios está tan enfadado?

—No puedes hacerlo. —Es ridículo. No soy la persona apropiada para el puesto. Quizá dentro de un tiempo—. No tengo la preparación ni la experiencia.

Ahora es Donovan el que resopla y, sin darme más explicaciones, se abalanza sobre mí y me besa con fuerza, salvaje.

—Quiero escuchar cómo te corres —susurra con su indomable voz.

Sus palabras hacen que todo me dé vueltas.

Tierra llamando a Katie. Tierra llamando a Katie. Sólo lo está haciendo para no seguir hablando y salirse con la suya.

—Donovan —murmuro contra sus perfectos labios—, para —añado haciendo un pobre intento por apartarlo de mí.

Pero él responde perdiendo su mano en mi cuello y apretándolo sólo un poco, lo justo para que todos mis circuitos mentales se fundan cuando me muerde el labio inferior.

Maldita sea, esto se le da demasiado bien.

—Donovan —lo llamo en un mar de gemidos.

Si claudico ahora, le dejaré creer que puede solucionar todos los problemas así.

—Donovan —mi voz ya está inundada de deseo—, por favor.

Sacando fuerzas no sé de dónde, lo empujo y, al fin, a regañadientes, se aparta.

—¿Qué? —pregunta aún más malhumorado.

—Donovan, no soy la persona apropiada para ese puesto. ¿Por qué no quieres entenderlo?

—No tengo nada que entender —sentencia intimidante—. Pago por tu formación y te estoy dando la experiencia. La decisión es mía.

Yo asiento un par de veces al tiempo que aparto la mirada de él. Definitivamente calladita estoy mucho más guapa.

Resoplo. No se trata de que no esté contenta, es que no creo estar a la altura. Hace menos de un mes estaba sirviendo cafés y ahora voy a ser ejecutivo júnior. ¡Es una pasada! Resoplo de nuevo.

—¿Lo has hecho porque nos estamos acostando?

Si dice que sí, se acabó. Vuelvo a la cafetería de cabeza. No pienso permitir que nadie, y mucho menos él, dé por hecho que utilizaría el sexo como moneda de cambio.

Donovan exhala brusco todo el aire de sus pulmones. Está claro que él ya había dado la conversación por terminada.

—No, no lo he hecho porque nos estamos acostando —responde displicente, sin ni siquiera mirarme.

Yo asiento muy seria mientras mentalmente doy un suspiro de alivio. A pesar de que me sigue pareciendo una locura, una sensación de orgullo febril y pura euforia van inundándome por dentro.

—¿Tendré despacho?

Donovan resopla.

—Sí, tendrás despacho.

Asiento de nuevo y me humedezco el labio inferior tratando de contener una sonrisa cada vez más indisimulable.

—Gracias —susurro con la vista al frente.

Noto cómo Donovan me observa, apenas un segundo, y vuelve su mirada a la ventanilla. Él también trata de disimularlo, pero de reojo puedo ver cómo sus labios se curvan hacia arriba en una incipiente sonrisa.

Llegamos a la oficina y volvemos al trabajo. No hay más comentarios ni insinuaciones sobre mi vestido y, aunque me moleste admitirlo, lo echo de menos. Donovan está más callado y arisco de lo habitual. Definitivamente Dillon Colby no es su persona favorita en el mundo.

A media tarde sigo dándole vueltas a lo mismo. Estoy contenta, pero no puedo evitar que una parte de mí siga llena de dudas. Con el fin de encontrar un nuevo punto de vista, me escapo a la oficina de enfrente y le cuento a Lola mi nueva situación laboral. Ella frunce los labios, calla durante todo un minuto y finalmente me dice que esta noche saldremos a cenar. La conozco lo suficiente como para saber que

se acerca una teoría o un sermón sobre lo que está pasando en mi vida. No sé qué me da más miedo de las dos cosas.

Al regresar al despacho, me sorprende al encontrar a Donovan apoyado, casi sentado, en su carísima mesa de diseño hablando con Colin.

—Hola —lo saludo con una sonrisa camino del sofá.

—No te me escapes, Katie —me advierte Colin con una sonrisa—. Tenemos que celebrar tu ascenso y que por primera vez esta empresa va a tener una ejecutiva júnior —añade socarrón mirando a Donovan.

Él frunce los labios arrogante a la vez que se cruza de brazos sin levantar la vista de su amigo.

—No hay nada que celebrar y mucho menos contigo —replica Donovan divertido.

Colin lanza un silbido fingiéndose herido por las palabras de su amigo.

—Eso ha dolido —añade con una sonrisa—. A la sala de conferencias. Jackson lleva el Glenlivet.

Colin gira sobre sus talones para marcharse, pero yo doy un paso al frente llamando su atención.

—Mejor no voy —le anuncio—. Celebradlo sin mí.

Quiero ir. Me muero de curiosidad por ver a estos tres comportarse en actitud extralaboral, pero no sé si a Donovan, después de tenerme en su casa y en su oficina, le hará mucha gracia que invada el tiempo con sus amigos. Al fin y al cabo ha sido idea de Colin, no de él.

—De eso nada —replica Colin—. Ya eres uno de los nuestros, Conrad, y eso incluye las copas después del trabajo o en el trabajo —añade con una sonrisa de lo más pícaro y, sin esperar respuesta por mi parte, se marcha cerrando la puerta tras él.

—Puedo poner alguna excusa si no quieres que vaya —le digo a Donovan encogiéndome de hombros.

—Claro que no quiero que vayas, Pecosita —responde sin asomo de duda rodeando su escritorio y prestándole toda la atención a su ordenador—, pero ya has oído. Ahora eres uno de los nuestros —sentencia con una sonrisa.

Me gusta esa sonrisa, es bonita y sincera, y no puedo evitar imitarla.

Donovan me hace un gesto con la cabeza para que empiece a caminar y así lo hago. Apenas hemos cruzado el umbral de su despacho cuando siento la palma de su mano al final de mi espalda, guiándome hasta la sala de reuniones.

—Aquí está nuestra nueva ejecutiva júnior —comenta Jackson con una sonrisa al vernos entrar.

Yo se la devuelvo y me siento en la silla que Donovan me aparta amablemente.

Colin toma uno de los vasos con *whisky* y hielo y lo desliza por la carísima madera de la inmensa mesa hasta dejarlo frente a mí. Hace lo mismo con otro de ellos y se lo pasa a Donovan.

—Muchas gracias por todo, chicos —comento con una sonrisa enorme.

Estoy muy contenta. Me siento como si tuviéramos seis años y me hubiesen dejado subir a la casa del árbol con el cartel en la puerta de «chicas no».

—No hay de qué —replica Colin sin asomo de duda—. Te lo mereces. Aguantar a este gilipollas —continúa en clara referencia a Donovan— es una tarea para valientes. A Sandra le pagamos todos los años una semana en Cabo San Lucas para desestresarla.

Me humedezco el labio inferior luchado por disimular una sonrisa mientras Colin asiente reafirmando en cada palabra.

Donovan le da un trago a su copa sin sentirse aludido.

—Creí que por eso te la estabas tirando —replica burlón—, para desestresarla.

—Yo no me tiro a tu secretaria. Soy un profesional, joder —se queja.

—Di más bien que no te la pone dura —especifica Jackson.

Colin suspira resignado.

—Creo que es de las que les va hacerlo con la luz apagada. No es de mi estilo.

No quiero reírme, no tiene gracia, pero el cabronazo lo dice tan desolado, como si realmente le apenase el problema que los separa, poniéndolos al nivel de Romeo y Julieta, que no puedo evitarlo y rompo a reír. Donovan y Jackson no tardan en acompañarme con sendas sonrisas. Colin Fitzgerald es un auténtico sinvergüenza.

—¿Cómo es posible que ninguna mujer haya incendiado ya tu despacho? —protesta Jackson pensativo recostándose sobre su asiento—. Eres un jodido irlandés con suerte —conviene sin encontrar otra solución.

Colin bufa indignado.

—Claro, porque vosotros sois dos angelitos, no te jode.

—Yo por lo menos soy discreto —replica Jackson.

—No me hagas reír —interviene Donovan.

—¿Tiene algo que decir *miss me la tiré en un ascensor transparente alemana*?

—Tengo la doble nacionalidad —gruñe como respuesta.

—Y Colin nació en Portland, pero para mí siempre seréis dos pobres sin papeles. Os imagino tan adorables —explica Jackson perdiendo su mirada al frente para ganar en dramatismo—, viendo la estatua de la Libertad desde la cubierta de un barco asolado por el tifus... y se me parte el corazón.

Los dos lo fulminan con la mirada y todos nos echamos a reír.

Me gusta ser una más.

Cuando nuestras carcajadas se calman, Donovan ladea la cabeza y me mira de una manera increíblemente *sexy*. Yo suspiro con fuerza sin apartar mi mirada de la suya. A veces creo que sólo me mira así para ver si consigue que me desmaye sin llegar a tocarme.

Empuja su vaso despacio y lo deja junto a mi mano, que descansa sobre la mesa. Sonrío suavemente. No he tocado mi copa, pero beber de la Donovan tiene un significado completamente diferente. Está lleno de sensualidad y también de complicidad.

Lo cojo insegura y, justo antes de levantarlo de la madera, Donovan alza sus dedos y acaricia furtivo los míos. Un gesto que apenas dura un segundo, pero que enciende todo mi cuerpo y me deja al borde del colapso.

Sin mostrar ninguna reacción, Donovan centra su atención en los chicos y lo que sea que están diciendo. ¡Maldito autocontrol! Resoplo hondo mentalmente y discreta externamente. Tranquilízate, Katie Conrad. No puedes desmayarte y despertar con un pijama de Hello Kitty y dos corazones gigantes por ojos. Tus otros dos jefes están a una exclusiva mesa de madera de secuoya californiana de distancia.

Reuniendo la poca compostura que me queda, le doy un sorbo a su copa y los observo por encima del cristal. Jackson me sonrío satisfecho un segundo y vuelve a la conversación. No sé si lo ha hecho por mi ascenso o por mi momento de complicidad con Donovan. La respuesta me da vértigo.

Después de un rato más de charla y muchos trapos sucios, decido que es hora de volver al trabajo. Los chicos me despiden divertidos con vítores y yo regreso al despacho con una sonrisa. Apenas llevo unos minutos allí cuando la puerta se abre de golpe. Donovan se abalanza sobre mí como el bello animal que es y me besa con fuerza. Yo gimo contra sus labios absolutamente encantada por su rudeza y toda su indomable sensualidad.

Me muerde el labio inferior y tira de él hasta que el placer se mezcla con el dolor y vuelve a hacerme gemir.

—Al club —ordena sensual—. Ahora.

Asiento nerviosa. Si ya tenía curiosidad por ir al club, ahora me muero de ganas.

Donovan se separa de mí liberándome de su hechizo. Soy consciente de que quiere que coja mi bolso y mi abrigo y nos marchemos ya, pero mis piernas se niegan a colaborar.

«Está así de bueno, Katie Conrad, y tú tienes toda esa suerte».

Camino del sofá en busca de mis cosas, puedo ver cómo una Katie imaginaria sale de mí y comienza a dar volteretas y triples mortales mientras corre como las protagonistas de esos dibujitos manga que siempre van descalzas por las montañas.

Nos acomodamos en la parte trasera del jaguar e inmediatamente nos incorporamos al tráfico. Miro a Donovan de reojo esperando a que salte sobre mí y continúo besándome de esa manera tan increíble, pero no lo hace.

A la tercera vez que lo miro, se da por aludido y sonrío.

—¿Esperas algo, Pecosa?

Niego con la cabeza. Muerta antes que reconocerlo. Pecosa tiene dignidad.

Carraspeo un par de veces y miro por la ventanilla otras tantas.

—¿Por qué vas al Archetype?

Qué mejor momento para preguntar.

Donovan sonrío de nuevo con la vista al frente. Está claro que mi curiosidad le parece de lo más divertida.

—Quiero decir —trato de explicarme y dejar de parecerle una cría que nunca ha

visto a un hombre desnudo—, sé por qué cualquier persona iría a cualquier club, pero ¿por qué a ese?

Donovan se mueve ágil en el asiento hasta que me tiene de frente. Estira su brazo a lo largo del respaldo y sus hábiles dedos se quedan muy cerca de mi hombro.

—Por las posibilidades —susurra enigmático—. El sexo es divertido y el sexo cumpliendo todas tus fantasías lo es aún más.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. La abro y vuelvo a cerrarla una vez más. Esa frase me ha dejado sin palabras.

—¿Tú... tú has cumplido todas tus fantasías? —alcanzo al fin a preguntar.

Donovan sonrío de nuevo de esa manera tan dura y *sexy*. Es interesante saber que el centro mundial de las fantasías de cientos de mujeres, probablemente miles, tiene a su vez las suyas propias.

—Si quiero algo, lo tengo —sentencia con su voz más ronca y sensual—. No necesito fantasear con ello.

Uau.

Los músculos de mi vientre se tensan deliciosamente. Aprieto los muslos con suavidad, tratando de controlar toda la excitación que amenaza con desbordarme.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta torturándome con cada letra—. ¿Cuáles son tus fantasías?

No se me escapa el hecho de que ha preguntado cuáles son mis fantasías y no si las he cumplido, dejando clarísimo que sabe que la respuesta a esa hipotética pregunta sería un no. Tiene razón, pero me molesta un poco que esté tan seguro de ello.

—No lo sé —murmuro nerviosa.

—Déjame ayudarte —dice reduciendo por completo la distancia entre ambos.

Alza su mano y la coloca sobre mi muslo, en el punto preciso donde termina mi vestido.

—Cuando te follo, sé exactamente lo que tengo que hacer para que te corras y es porque sé exactamente en lo que estás pensando —susurra con su cálido aliento bañando mi mejilla.

Trago saliva y mi respiración se acelera suavemente.

Sus dedos se mueven cálidos y seductores jugando con mi piel y mi vestido.

—Pecosa, sólo necesito mirarte para saber lo que te mueres de ganas de que te haga.

Su mano se desliza posesiva bajo la tela.

—Dónde quieres que te muerda, que te bese, que te toque...

Gimo tratando de contener el huracán que está arrasando mi cuerpo.

—Y ahora quiero saber cuánto tiempo tardarías en correrte si fuésemos dos los que nos encargáramos de hacer exactamente eso.

¡¿Qué?! Mi mente regresa de la neblina jadeante a tiempo de no desmayarme. Quiere que hagamos un trío. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡¿Con quién?!

Respiro hondo. Ahora mismo todo me da vueltas. Su mano sube un poco y me acaricia por encima de las bragas. Un gemido se escapa de mis labios. Quiero pensar, pero sencillamente no puedo.

—El sexo es todo lo que tú quieres que sea.

Me seduce con su voz y sólo puedo dejarme llevar. Asiento tímida sin apartar mi mirada de la suya y, como recompensa, él me besa con fuerza una sola vez.

El jaguar se detiene, Donovan se baja y me espera paciente a que haga lo mismo. Yo cierro los ojos y respiro con fuerza antes de salir. Cuando al fin lo hago, él me toma de la mano y me guía hacia la entrada del club. No sé si es por Donovan, por el Archetype o por la burbujeante mezcla de ambos, pero estoy mucho más nerviosa de lo que imaginé que estaría. Si ya me resulta increíble que un hombre como Donovan quiera acostarse conmigo, el que sean dos es algo que se escapa completamente a mi control. No tengo experiencia. Ni siquiera sé si voy a saber hacerlo.

El portero nos abre la puerta en el preciso instante en el que ve a Donovan y nos saluda discreto y profesional.

Por dentro todo está exactamente igual que la última vez. Las camareras siguen vestidas de *pin-up* y todo está envuelto en ese halo de latente sensualidad y misterio. No es algo vulgar ni frívolo. Cada centímetro cuadrado de este sitio es elegante y sofisticado, el espejo perfecto de sus clientes y de la ciudad en la que domina la perversión y el pecado en compañía de una botella de Dom Pérignon Rose.

Donovan nos guía a través de una de las puertas de la sala principal y después por uno de los entramados de pasillos hasta acceder a una nueva estancia. Es más pequeña e íntima, pero traslada perfectamente el ambiente de la anterior.

Hay un precioso sofá gris oscuro y sobre él un inmenso ventanal. Las vistas son impresionantes. Primero el East River, sereno y tranquilo, después Roosevelt Island y, al fondo, los rascacielos de Hunters Point y Astoria. Doy un paso más hacia el centro de la habitación y en seguida dos cómodas *vintage* llaman mi atención. La madera ha sido tratada dando la impresión de que han sido pintadas en varias ocasiones de diferentes colores y con los años, poco a poco, unas pinturas han dejado entrever otras: blanco, gris y el morado final; todo bajo unos preciosos y labrados tiradores dorados. El mueble más bajo funciona como bar. Hay una cubitera con *champagne* enfriándose y una hilera de licores. En las botellas, el número más pequeño que leo es veinticinco años.

La iluminación es tenue como una canción de Sade. Todo diseñado para marcar un ritmo deliberadamente lento y sensual.

Donovan cierra la puerta y se apoya en ella llevándose las manos al final de la espalda. Su mirada está sumergida en un deseo sordo y hambriento, pero, sobre todo,

en la arrogancia y la diversión de saborear la expectación que ha conseguido crear en mí con una sola habitación.

Me mira de arriba abajo con descaro y camina masculino hasta la cómoda más alta. Cuando la abre, contengo el aliento al ver todo tipo de juguetes de BDSM. Hay fustas, esposas, mordazas. Acabo de subir un escalón más de placer y acabo de instalarme en él cuando Donovan coge una de las fustas y juguetea con la punta entre sus dedos. Sin embargo, sin ser invitada, la Katie Conrad que ha visto demasiados programas de crímenes sin resolver en el Discovery Channel aparece pidiéndome a gritos que tome alguna medida de seguridad.

Nerviosa, saco mi móvil y, antes de pensarlo con claridad, le hago una foto a Donovan y se la envío en un mensaje a Lola con la dirección del club.

—¿Qué haces? —pregunta tratando de ocultar una incipiente sonrisa.

Afortunadamente se lo ha tomado con humor.

—Le he mandado un mensaje a Lola con tu foto y la dirección de este sitio —me sincero.

Donovan entiende al instante por qué lo he hecho y su sonrisa se ensancha al tiempo que se vuelve más maliciosa.

—Lola me conoce —comenta haciéndome caer en lo obvio—. Ya sabe el aspecto que tengo. Además —continúa acercándose a mí con paso lento y cadencioso y la fusta aún en la mano—, ¿no has pensado que, después de maniatarte y hacer contigo lo que quisiera entre estas cuatro paredes, podría hacer lo mismo con Lola?

Está demasiado cerca, es demasiado guapo, su voz es demasiado grave y huele demasiado bien. No tengo escapatoria. Tampoco la quiero.

—Lola no te abriría la puerta —murmuro al borde del tartamudeo.

Donovan enarca una ceja dándome a entender que, si quisiera, podría conseguir que Lola le hiciera la declaración de la renta con una mano y *cupcakes* con la otra a la vez que le hace una mamada.

En ese preciso instante suena mi móvil.

La foto me ha puesto cachonda.

Bufo indignada por la capacidad de calibrar el peligro de mi mejor amiga al tiempo que alzo la mirada.

—Supongo que sí te abriría la puerta —claudico.

Donovan se humedece el labio inferior contento por su victoria y da un paso más hacia mí. Me toma por la cadera y me atrae hacia él de un tirón, eliminando cualquier centímetro de aire entre nosotros.

—El día que decida usar esto contigo...

Alza la fusta y pasa la punta suave y lentamente por mi labio inferior. Sus ojos, más verdes que nunca, se posan en el movimiento y en mi boca entreabierta.

—... lo único que vas a hacer cuando termine...

Retira la fusta y se inclina un poco más sobre mí. Ya puedo sentir sus labios casi

rozar los míos.

—... es suplicarme que vuelva a empezar.

Me azota con la fusta en el trasero. Doy un respingo y gimo por la sorpresa, pero también por cuánto me ha gustado. Katie está cruzando fronteras. Katie no quiere pensar.

Donovan sonrío, tira la pequeña fusta, toma mi cara entre sus manos y me lleva contra la pared al tiempo que me besa con fuerza.

—Voy a follarte como si estuviésemos solos en la faz de la tierra.

Sonrío contra sus labios encantada con semejante idea. Donovan me devuelve la sonrisa, se separa sólo un segundo y vuelve a besarme, torturándome una y otra vez, calmando con nuevos besos la ansiedad que él mismo crea cuando se aleja.

Me estrecha aún más contra su cuerpo y su miembro duro y fuerte choca contra mi sexo.

Estoy a punto de arder literalmente cuando oigo un pequeño ruido y después uno un poco mayor. Abro los ojos y, nerviosa, desuno nuestros labios y clavo mi mirada a un lado al ver que hay otra persona en la habitación.

Es una mujer. Cuando en el coche hablé de una segunda persona, di por hecho que se refería a un hombre. Si antes estaba nerviosa, ahora creo que voy a sufrir un ataque de ansiedad en toda regla.

Donovan mira hacia atrás y sonrío. Acuna mi cara suavemente y me obliga a volverla para darme otro beso, igual de intenso, pero también muy dulce. Cuando nos separamos, busca inmediatamente mi mirada y, al atraparla, sonrío. Quiere infundirme toda la seguridad que sabe que ahora mismo no siento.

Me toma de la mano y entrelaza nuestros dedos, ese gesto siempre me reconforta, y nos mueve despacio hasta colocarse a mi espalda.

—Erika, ven aquí —le ordena.

La chica empieza a caminar sin dudarle. Donovan ancla su mano libre en mi cadera y me estrecha contra su cuerpo. Mi respiración se acelera despacio hasta alcanzar ese estado caótico que parece que nunca he abandonado del todo desde que vi a Donovan por primera vez.

Erika tiene el pelo rubio, largo y ondulado, y unos grandes ojos azules. Es muy guapa y con un cuerpo perfecto. Automáticamente eso me pone aún más nerviosa. Su bata de satén morada deja intuir un conjunto de lencería negra rematado por unas sinuosas medias y unos tacones de aguja casi infinitos.

—Ella es Katie —me presenta.

Sus dedos aprietan mi mano. Una nueva inyección de seguridad.

—Hola, Katie —me saluda con la voz sugerente y dulce.

—Hola —murmuro.

Ahora mismo todo me da vueltas.

Donovan comienza a besarme el cuello. Pequeños besos húmedos e intensos que bajan hasta mi hombro y vuelven a subir para perderse en mi nuca. Suspiro

suavemente y no puedo evitar ladear la cabeza para darle mejor acceso.

Noto cómo le hace un pequeño gesto a Erika. Ella se abre la seductora bata de seda y la deja caer al suelo, descubriendo el sofisticado conjunto de lencería que ya imaginé que tendría. Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior tratando de hacer memoria y recordar el que llevo yo. Por Dios, creo que las bragas y el sujetador ni siquiera van a juego.

«Katie Conrad, no estás al nivel de estos juegos sexuales. Él es Christian Grey, ella Chloé Mills y tú eres la pobre ilusa que los ve desde el sofá con un cubo de helado de Ben & Jerry's».

Donovan vuelve a apretar nuestros dedos entrelazados.

—No estáis compitiendo por mí —me susurra al oído acallando todos mis miedos de golpe. Yo suspiro hondo de nuevo—. Déjate guiar por tu curiosidad.

Alza nuestras manos entrelazadas y, sin dejar de besarme el cuello, sin dejar de agarrarme con fuerza la cadera, las guía hasta la mejilla de Erika. Ella gime encantada y alza la cabeza. No sé si como acto reflejo o porque mi mente sencillamente se está evaporando, también gimo.

Continúa bajando nuestras manos. Acariciamos fugaz su pecho por encima de la delicada tela de encaje. Ella vuelve a suspirar. Donovan ralentiza el paso al llegar a su estómago y lentamente se desliza hasta el inicio de sus bragas.

Respiro hondo. Toda la sensualidad de la situación me está superando. Donovan parece intuirlo. Me da un fuerte mordisco en el cuello. Gimo desbocada. E inmediatamente lame mi piel con veneración consiguiendo que todo el placer y el dolor se mezclen, dejándome al borde del colapso.

Su otra mano avanza desde mi cadera y pasa hábil al otro lado de mi vestido.

—Placer y curiosidad, Katie —murmura tentándome como si fuera la serpiente del paraíso.

Mueve nuestras manos despacio y, al no encontrar reticencia por mi parte, continúa bajando. Justo en el preciso instante en que se pierden en el interior de Erika, Donovan desliza sus dedos en el mío.

Las dos gemimos al unísono y puedo notar cómo la erección de Donovan se hace aún más dura contra mi trasero.

Sus dedos guían los míos a través del sexo de Erika igual que los suyos se mueven por el mío.

—Siente cómo su respiración se acelera —murmura—. ¿Ves todo el placer que le estás provocando?

Quiero contestar que sí, pero no soy capaz. Estoy hipnotizada por todo lo que está sucediendo a mi alrededor, conmigo; por la ronca y provocadora voz de Donovan, por la respiración de Erika, por la mía.

Acelera sus movimientos. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, preparándose, expectante. No quiero dejar de mirar, pero mis ojos se cierran como si tuvieran voluntad propia a la vez que, llena de placer, dejo caer la cabeza sobre el hombro de

Donovan.

Nuestros gemidos se solapan y la habitación se cubre de jadeos húmedos y calientes.

—Donovan —gimo.

Sus dedos entran y salen de mí. El placer, el deseo, lo nuevo, lo excitante, lo desconocido, Donovan... Y un espectacular orgasmo me sacude de pies a cabeza, consumiéndome lenta, deliciosamente, haciéndome sentir la sensualidad de los tres enredada con todo mi placer.

Donovan retira nuestras manos y lleva la mía hasta la boca de Erika. Con los ojos muy abiertos y la respiración aún entrecortada, observo sin perder detalle cómo ella asiente y comienza a chupar mis dedos con verdadera veneración. Donovan le acaricia el labio inferior como recompensa. Retira su mano de debajo de mi vestido y, despacio, se la lleva a sus propios labios. Ahora mismo es la sensualidad personificada.

Mi dicha postorgásmica se ha transformado en algo diferente y mi libido desbocada se sienta y observa lo que está por llegar.

Donovan aparta nuestras manos poco a poco y al fin la separa. La suya vuela hasta mi nuca y me obliga a echar la cabeza hacia atrás para que nuestras bocas se encuentren. El primer beso es intenso. El segundo, dulce.

—Erika, una copa.

Ella asiente y se encamina hacia la cómoda más pequeña. Donovan da un paso hacia atrás y baja la cremallera de mi vestido. Yo aprieto los ojos con fuerza cuando lo noto alcanzar el bajo de la prenda y sacármela por la cabeza. Se aparta apenas unos centímetros y, aunque yo no lo veo, sé que él me está observando de arriba abajo. Miro de reojo a Erika y vuelvo a mortificarme por mi vestuario pero, antes de que pueda decir nada, Donovan desanda los dos pasos que nos separan, me toma por la parte alta de los brazos y me lleva contra él.

—Estás preciosa, Pecosita —murmura en mi oído.

Sonrío nerviosa y otra vez las mariposas revolotean disparadas.

Erika regresa y le tiende a Donovan un vaso bajo con Glenlivet reserva y hielo.

Me sonrío, su sonrisa diseñada para fulminar lencería, se dirige hacia el sofá derrochando masculinidad y se sienta en él. Se humedece el labio inferior y mira a Erika. Ella asiente y de un paso se coloca a mi espalda. Involuntariamente todo mi cuerpo se tensa y vuelvo a sentirme demasiado nerviosa. Quiero girarme para ver qué hace, pero, cuando voy a hacerlo, la indomable mirada de Donovan atrapa la mía. Nuestro maestro de ceremonias del deseo y erotismo particular me sonrío de nuevo, más duro, y, sin ni siquiera tocarme, toma el control de mi cuerpo, calmándolo y excitándome aún más al mismo tiempo.

Erika alza las manos y con cuidado me desabrocha el sujetador.

—Tienes una piel preciosa —murmura rodeándome lentamente hasta que quedamos frente a frente.

Tiene una voz bonita y relajante.

—Es normal estar nerviosa —me asegura con una sonrisa.

Desliza suavemente los tirantes por mis hombros y deja que la prenda caiga al suelo.

Alza la mano de nuevo y me acaricia la mejilla. Muy despacio se acerca a mí y, dejándome claro lo que va a hacer, me da un suave beso en los labios. Yo me quedo muy quieta. No sé qué hacer, ni qué decir. No me ha molestado, pero tampoco sé cómo digerirlo. Nunca me había besado con una chica. Algo superada, bajo la cabeza y suspiro hondo. Erika vuelve a acariciarme la mejilla y, sin ni siquiera saber por qué, miro a Donovan. Está sentado, contemplándome, saboreando todo lo que estoy sintiendo. Placer y curiosidad. Placer y curiosidad. De pronto no puedo pensar en otra cosa.

Erika vuelve a besarme. Me acaricia los labios dulcemente con su lengua. Es muy agradable. Alzo la cabeza y le doy más espacio para seguir haciéndolo. Repite su beso y suavemente me obliga a abrir la boca. Yo me dejo llevar, cierro los ojos y simplemente pienso en Donovan. No imaginando que es él quien me besa, sino disfrutando del placer que le estoy provocando, del mío propio y del deseo de los tres.

Cuando nos separamos, no puedo evitar sonreír tímida y apartar mi mirada algo ruborizada sin darme cuenta de que, al hacerlo, le estoy regalando esa visión precisamente a Donovan. Él sonríe y el deseo en su mirada se multiplica por mil.

Erika me toma de la mano y despacio caminamos hasta él. Donovan le devuelve el vaso y, tomándome por las caderas, brusco, me recoloca entre su piernas. Yo gimo encantada y él sonríe. Me da un beso en el estómago y desliza su boca encendiendo mi piel con su cálido aliento hasta llegar al centro de mi sexo. Vuelvo a gemir y Donovan vuelve a sonreír torturador.

Esconde sus dedos índice y corazón entre mi piel y la tela de mis bragas y despacio se deshace de ellas. Suspiro hondo tratando de controlar mi propia respiración, desbocada al sentirme desnuda por y para él. Donovan alza la mirada y sus ojos, ahora increíblemente azules, me dominan sin asomo de duda.

Se recuesta y, sin desatar nuestras miradas, se lleva una mano a los pantalones. Una sola pasada por encima de la tela a medida hace que mi vista vuele hacia ella como si estuviera atraída por una fuerza más potente que la gravedad. Donovan se desabrocha los pantalones y libera su perfecta y provocadora polla. Sonríe presuntuoso y sexy al ver cómo esa parte de su cuerpo me tiene absolutamente hechizada y se saca un preservativo del bolsillo. Rasga el envoltorio con los dientes y hábil y rápido envuelve su increíble erección con él.

Antes de que pueda decir nada, vuelve a cogerme por las caderas y me gira. Tira de mí hasta arrodillarme a horcajadas, de espaldas a él. Con una mano controla mi cadera y con la otra guía su miembro. Gimo al notarlo en la entrada de mi sexo. Donovan decide torturarme y durante un segundo se limita a jugar en mi entrada, acariciándome. No tiene piedad.

—Dono... —gimo—... ¡van!

Su nombre se transforma en un grito cuando me embiste con fuerza ensartándome por completo.

Se mueve duro, fuerte. Sus manos en mis caderas me guían, me hace bajar hasta abajo y volver a subir mientras él hace los movimientos inversos chocándonos una y otra vez llenos de un placer absolutamente enloquecedor.

—Joder, joder, joder —gimo.

Erika, hasta ahora simple espectadora, se arrodilla frente a nosotros. Donovan le acaricia la mejilla, pierde la mano en su pelo y la inclina hacia delante.

—¡Dios! —grito.

Su primer beso, justo en el centro de mi sexo, ha sido demencial. Trato de poner un poco de orden en mis ideas, entender lo que está pasando, pero no soy capaz. El placer es absoluto, indomable, espectacular. Bajo la mirada y estoy a punto de correrme sólo con toda la sensualidad que desprende la escena. Con una mano Donovan me controla a mí, mis subidas, mis bajadas, mis gemidos; con la otra, a Erika, con su pelo enredado alrededor de su mano, acercándola, alejándola de mí, ordenándole sin palabras cuándo puede parar y cuándo no. Todo sin dejar de embestirme.

Gimo. Grito. Jadeo.

Las piernas comienzan a fallarme. Mi cuerpo se tensa. Arde. Grito.

¡Me corro!

Mis gritos hacen que Donovan aumente su ritmo.

Cierro los ojos.

Placer. Placer. Placer. Sólo soy placer y un espectacular orgasmo despertando y domando cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Me dejo caer sobre Donovan y él responde girando mi inconexo cuerpo entre sus manos y besándome con fuerza. Siento el sofá ceder cuando Erika se arrodilla a nuestro lado. Quiero abrir los ojos, pero no soy capaz. Ella también me besa. Sólo somos bocas, lenguas y manos acariciándonos, alargando todo el placer y fomentando aún más el deseo.

Al fin consigo abrir los ojos y sonrío como una idiota. Donovan me besa una vez más y Erika, otra vez tras una mirada de este dios del sexo, se levanta y me toma de la mano.

Me sonrío traviesa justo antes de tirar suavemente de mi mano y arrodillarse en el suelo. Yo la imito y en ese preciso instante Donovan se levanta. Se quita el condón y, apenas en un par de segundos, se queda gloriosamente desnudo frente a nosotras.

Toma su dura polla y despacio sigue el contorno de mi boca con ella al tiempo que pierde su mano libre en mi pelo. Se separa apenas unos centímetros y yo, sin levantar mis ojos de él, me muerdo el labio inferior esperando a que me deje saborearla. Sonríe, un segundo, y me embiste con fuerza, reactivando todo mi placer. Brusco ladea mi cabeza y entra tal y como quiere. Hasta el final. Sin delicadeza. Y,

casi sin darme cuenta, entiendo que está haciendo conmigo lo que quiere y, lejos de asustarme, como pensé que ocurriría, me provoca un placer casi infinito.

Donovan sale por completo dejándome que disfrute de su glande y se inclina sobre Erika. Ella me toma el relevo ante mi atenta y lujuriosa mirada. Donovan entra y sale de su boca, rápido, tosco y, cuando una lágrima cae por la mejilla de la chica y se pierde en una sonrisa extasiada, mi excitación sube un escalón más.

—Quiero las bocas de las dos —gruñe Donovan con la voz llena de deseo.

Me inclino hacia él y Erika se hace a un lado. Donovan se desliza entre las dos. Nuestras bocas lo acarician, lo acogen y también se encuentran en este baile de lenguas y piel rebosante de una excitación que casi raya en el pecado original.

Nos embiste con fuerza, se separa por completo y da un paso en mi dirección. Se desliza en mi boca, sólo en la mía, y yo lo recibo encantada.

Cuando su velocidad aumenta, atrevida, le enseño los dientes.

—Joder, Katie —gruñe.

Entra triunfal, acariciándome el velo del paladar, y con la segunda embestida larga y profunda sus piernas se tensan y se pierde en mi boca derramando su esencia salada y caliente. Trago instintivamente, esperando absolutamente entregada a que abra los ojos. Al hacerlo, me doy cuenta de que son más azules que nunca. Continúa entrando y saliendo de mí «despacio» y a nuestro alrededor se va creando una intimidad sexy pero también muy dulce. Algo que sólo nos ata y nos incumbe a nosotros dos. Nunca le había permitido a un chico hacer eso, pero soy plenamente consciente de que, de haberlo hecho, no me habría sentido así. Le despido con un húmedo beso en la punta y nuestras sonrisas se encuentran. No estábamos compitiendo por él, pero Donovan me ha elegido a mí.

Acuna mi cara entre sus manos y, a la vez que se inclina, me obliga a estirarme y en un fluido movimiento nuestras bocas se encuentran. De pronto una punzada de celos que nunca había sentido se despierta en mí.

Donovan me levanta del suelo y nos tumba en el sofá. Nuestros cuerpos se enredan por completo mientras me besa con fuerza.

—Largo —le dice a Erika sin ni siquiera mirarla y ella, sin decir una palabra, se marcha.

No sé cuánto tiempo pasamos simplemente así, besándonos, sintiendo el calor que emana del cuerpo del otro.

—¿Estás bien? —pregunta separándose lo justo para que nuestras miradas se encuentren.

Yo asiento con una sonrisa. Estoy volando montada encima de un unicornio mientras suena música de John Newman.

—Sí —le confirmo.

Los detalles prefiero guardármelos para mí.

—Perfecto —responde justo antes de darme un sonoro beso en los labios—. Ducha y cena, Pecosa.

Donovan se levanta enérgico, recupera su vaso de Glenlivet y le da un trago. Yo me incorporo con una sonrisa y, perezosa, me quedo sentada en el sofá.

—Acepto ducha, pero no cena.

Donovan frunce el ceño imperceptiblemente a modo de pregunta tras apurar su copa.

—He quedado con Lola —me explico.

—Pues tendrá que ser sólo ducha —comenta encogiéndose de hombros— o ducha y sexo o, mejor aún, ducha y sexo oral.

Yo pongo los ojos en blanco fingidamente exasperada mientras me levanto. Me está costando un mundo no echarme a reír.

Donovan vuelve a encogerse de hombros y camina decidido hasta una de las paredes junto al sofá. Hace presión con la palma de la mano en una parte determinada y una puerta se abre. Yo la observo sorprendida. No me había dado cuenta de que había una puerta, aunque, ahora que lo sé, es bastante fácil diferenciarla del resto de la pared.

Con paso curioso, parece la palabra de la noche, me dirijo hasta Donovan, que mantiene la puerta abierta. Atravieso el umbral y accedo a un elegante baño de diseño italiano y azulejos inmaculadamente blancos. Justo en el centro tiene una bañera redonda kilométrica, que imagino también será un *jacuzzi*, y de la que pende una inmensa ducha fija.

A un lado se levanta un serpenteante muro de casi dos metros de alto de pequeños azulejos en tonos grises y tras él se esconde la ducha.

El que diseñó este club debe de tener la palabra *sofisticación* escrita en su tarjeta de visita. Es impresionante.

Donovan cierra la puerta y camina hasta la ducha. Se detiene junto al muro y deliciosamente desnudo se vuelve para mirarme.

—¿Ducha y anal? —inquire lleno de naturalidad, equiparando su pregunta al «¿quieres sirope con las tortitas?».

Yo entorno la mirada conteniendo la risa de nuevo.

—Eso sí que vas a tener que ganártelo, señor Brent —replico echando a andar, recordando su propia frase.

Donovan me dedica su media sonrisa *sexy*, muy *sexy*.

—Otra cosa que vas a acabar suplicándome —susurra con sus labios peligrosamente cerca de mi oreja cuando paso junto a él.

Sus palabras me dejan clavada en el suelo. Otra vez estoy absoluta y completamente excitada y sin posibilidad de reacción. Donovan, que sabe perfectamente en el estado en el que me ha dejado, comienza a andar arrogante.

—Ducha, Pecosa —repite.

¡Maldito cabronazo!

Respiro hondo. Tengo que reaccionar de una vez y, sobre todo, tengo que dejar de pensar lo bien que se le tiene que dar, porque, si no, voy a terminar suplicando antes

de que acabe el día. Tuerzo el gesto. Tengo que aprender a tener la guardia siempre levantada con este hombre.

La ducha, que en teoría iba a ser algo rápido, acaba alargándose casi una hora. Donovan se empeña en enjabonarme y después en que yo lo enjabone a él. No sé cuántas veces le aparto las manos de un manotazo. Si hubiese dependido de él, la ducha habría durado por lo menos otra hora más.

Al salir, me da un poco de rabia no tener ropa limpia. No tengo más remedio que volver a ponerme la que llevaba. Afortunadamente, como en el hotel de lujo más exquisito de la ciudad, hay todos los completos de tocador imaginables, así que puedo secarme el pelo con el secador, recogérmelo en un gracioso moño de bailarina e incluso maquillarme un poco.

—Ya estoy lista —digo regresando a la habitación.

Donovan se ha servido otro Glenlivet. Está apoyado en una pequeña mesa con la mirada perdida en las preciosas vistas al East River.

Mis palabras le hacen girarse. Por Dios, está espectacular, con la camisa blanca, sin la chaqueta, y el pelo aún húmedo y desordenado echado hacia atrás con la mano.

—Te he pedido un taxi —comenta dejando el vaso sobre la mesa.

Asiento. No sé por qué de pronto me siento tan nerviosa.

Atravesamos la sala principal, mucho más ambientada que antes, hasta la puerta de entrada. Donovan me guía con su mano al final de mi espalda. Algunas mujeres se quedan mirándome pero, sobre todo, lo miran a él. No las culpo. Está increíble y ellas también lo están y toda esa inseguridad y la punzada de celos que sentí en la habitación se recrudescen.

Salimos a la calle. El taxi me espera a unos metros. Donovan se mete las manos en los bolsillos y a mi lado camina desenfadado. A cada paso que avanzamos me siento peor. No quiero que se quede aquí. Sé perfectamente lo que va a hacer si se queda aquí. Trato de apremiar a mi cerebro para que piense algo, lo que sea, que le obligue a venir conmigo. Puedo fingir que estoy enferma, pero es demasiado rastrero. Yo no soy así.

Abro la puerta del taxi, pero justo antes de subir me detengo.

—Sólo estaremos Lola y yo —le explico—. Si quieres, puedes venir.

Por favor, di que sí. Por favor, di que sí.

Donovan sonrío con cierta ternura. Se asoma por la ventanilla del copiloto y le da al conductor un billete de cincuenta.

—Donde la señorita diga.

El tipo coge el dinero y masculla un «sin problemas». Donovan vuelve a incorporarse y centra su mirada otra vez en mí.

—Mejor me quedo aquí.

Yo asiento obligándome a lucir la mejor de mis sonrisas y me meto en el taxi. Donovan me cierra la puerta con la mirada fija al frente y finalmente se inclina hasta encontrarla con la mía a través de la ventanilla abierta.

—Ten cuidado, Pecosa —me pide con su voz preciosa y ronca.

Asiento de nuevo. Sé que se refiere a esta noche, una advertencia de lo más común para una chica que se dispone a andar sola de noche por Nueva York, pero tengo la sensación de que ese «ten cuidado» también iba por nosotros, es una versión remasterizada del «esto sólo es sexo, no te enamores de mí».

Donovan golpea el techo del taxi y el conductor se incorpora al tráfico.

—Al 94 de la calle Orchard, en el Lower East Side —le digo al taxista cuando hemos avanzado un puñado de metros.

Suspiro con fuerza y sacudo la cabeza. Esto es una estupidez. No puedo colarme por Donovan Brent. Al pronunciar mentalmente su nombre, inconscientemente me vuelvo y lo observo aún de pie en mitad de la calle, viendo cómo el taxi y yo nos perdemos por la 50 Este. Él es como es, lo que he visto en ese club. Algo delicioso, eléctrico, pero algo de lo que está prohibido enamorarse. Tengo que tener esta idea clarísima si quiero seguir con esto. Si bajo la guardia y me enamoro, no duraré con el corazón intacto ni cinco minutos.

Soy una funambulista y estoy caminando por el alambre sin red.

«Eres una idiota que se está colando por quien no debe».

Resoplo y dejo caer la cabeza contra el respaldo del taxi. Me pregunto qué se sentirá con una voz de la conciencia que no sea un verdadero asco.

Recojo a Lola en su apartamento y vamos a cenar al hotel Chantelle. Sólo está a una manzana. Es un sitio sencillo pero muy agradable. Además, a Lola le encanta decir que vamos a cenar a un hotel. Es su propia versión de las mujeres ricas de Manhattan yendo a tomar el almuerzo al Plaza.

Nos acomodamos en una de las mesas junto a la barra y pedimos dos copas de vino.

—Bueno —llama mi atención Lola reordenando el salero, el pimentero y el servilletero mientras muestra su sonrisa más impertinente—, cuéntame ya a qué venía esa foto de Donovan Brent con una fusta, porque casi caigo desmayada en mi salón.

No puedo evitar sonreír. Creo que yo habría reaccionado igual si me hubiese mandado una foto así.

—Fue una estupidez —me defiendo.

—¿Le va el sado? —pregunta increíblemente interesada, echándose hacia delante e ignorando por completo mis palabras.

—No. —Lo pienso un segundo—. No lo sé. —Lo pienso de nuevo—. No de la manera que tú crees —me apresuro a aclararle.

Lola frunce el ceño y vuelve a recostarse elegantemente sobre la silla.

—Es espectacular en la cama, ¿verdad? —comenta volviendo a lucir de nuevo esa sonrisilla—, y no se te ocurra decirme que no te has acostado con él —me amenaza apuntándome con el índice.

Yo me encojo de hombros tratando de ocultar una sonrisa de lo más boba.

—Sí, nos hemos acostado, pero no te mentí cuando te dije que ese no era el

motivo por el que me había llevado a su casa. La primera vez fue hace tres días.

—Es decir —me corrige ceremoniosa—, tres días de sexo desenfrenado.

Ni que lo digas.

—¿Habéis decidido qué tomaréis? —pregunta el camarero sacando su bloc de notas.

Voy a abrir la boca dispuesta a pedir una hamburguesa con queso, pero Lola me interrumpe:

—Danos cinco minutos —le pide con su mejor sonrisa—. Estamos hablando de algo importante.

Pongo los ojos en blanco. Tengo hambre.

—¿Y sois... —Lola agita la mano con mucha floritura buscando la palabra adecuada—... novios?

Desde luego, quien diga que no es una mujer no entiende una pizca de lo que significa la palabra *femenina*.

—No, no somos novios —respondo con ánimo de aclarar todas las dudas.

«Como si eso fuera tan fácil».

—¿Y qué sois?

Resoplo. No debería ser tan complicado contestar una pregunta de tres palabras, dos en realidad. ¿La ye cuenta?

—Amigos, supongo.

Lola frunce los labios y me reprende con la mirada. Está claro que esta situación comienza a no hacerle la más mínima gracia.

—Katie...

—Puede que no tenga claro lo que somos —la interrumpo—, pero sí sé lo que no somos. Entre nosotros sólo hay sexo. Nada más.

Ella no dice nada, pero su perspicaz mirada tampoco desaparece. Eso hace que automáticamente, y en contra de mi voluntad, yo también comience a reflexionar sobre toda esta situación.

—He estado a punto de fingir que estaba enferma para que no se quedara en el club —le confieso sintiéndome horriblemente mal. A la altura de la amiga de la mala de las telenovelas. Aún no estoy al nivel de la malvada principal.

Lola se echa hacia delante en un rápido movimiento.

—¿Qué decía siempre tu abuelo?

Resoplo. No quiero hablar de mi abuelo ahora.

—¿Qué decía siempre tu abuelo? —repite.

—Que en la vida hay que ser honesto, listo y leal con todos... —digo a regañadientes.

—Pero, sobre todo, con uno mismo —me interrumpe con ímpetu—. ¿Crees que lo estás cumpliendo?

No sé qué contestar a eso. Tampoco puedo negar la evidencia. Yo misma he pensado que me estoy metiendo en un lío tremendo.

—Últimamente pienso mucho en mi abuelo —me sincero con una sonrisa algo triste. Es la verdad. No lo digo con la intención de cambiar de tema—. Lo echo mucho de menos.

Lola también sonríe, pero a ella tampoco le llega a los ojos.

—Era un hombre increíble —sentencia.

Mi abuelo vivió en el Lower East Side desde que, siendo apenas un bebé, sus padres y él emigraron desde Irlanda. El barrio fue creciendo y cambiando, pero él nunca se marchó. Vivía en un apartamento a dos manzanas de su pequeño taller de coches en la calle Grand. La familia de Lola llegó desde México al barrio varios años antes de que ella naciera. Se instalaron allí y tampoco se mudaron nunca. Lola y yo nos conocemos desde que éramos unas niñas y, aunque ni mi abuelo ni sus padres están ya, estar en el barrio es como estar con ellos.

—Todavía recuerdo la primera vez que me dijo esa frase —comenta Lola con cierta nostalgia—. Tenía catorce años y me pilló besándome con Samantha Ariel sólo porque el imbécil de Andrew Lockwood me había dicho que no sería capaz de hacerlo. Cuando me quedé sola, tu abuelo, sin alzar la cabeza del coche que arreglaba, me soltó exactamente esas palabras.

Sonrío. Mi abuelo era así. No le gustaba mucho hablar y siempre estaba muy serio y concentrado en lo que tuviera entre manos. Sin embargo, era muy receptivo y con las palabras justas podía darte el mejor consejo que hubieras escuchado nunca.

—Al día siguiente —continúa—, Andrew Lockwood y yo nos peleamos porque me llamó maricón. Tu abuelo observó toda la escena. Estaba acostumbrado a pelearme y no necesitaba que me defendieran. Él me dio su pañuelo para que me limpiara la sangre y volvió a su taller repitiendo la misma frase. Un día después fui a verlo para decirle que le había contado a mi familia cómo me sentía y lo que era realmente. Él se incorporó del coche que estaba arreglando, me miró, se limpió las manos en un impoluto trapo blanco y me dijo «veo que por fin has captado el mensaje».

Me echo a reír y Lola me sigue inmediatamente. Mi abuelo era un hombre increíble.

Seguimos hablando, cenando y riéndonos. Mientras nos despedimos junto al taxi en mitad de la calle Orchard, Lola me hace prometer que no bajaré la guardia y me andaré con cuidado. Yo sonrío y me quejo de lo exagerada que es. Puede que tenga mis dudas, pero estoy bien. No soy tan estúpida de imaginarme un felices para siempre con Donovan.

Me bajo de mis tacones *nude* en el ascensor. Cuando las puertas se abren en el ático, resoplo con fuerza. Estoy sola. Donovan debe de estar aún en el Archetype. Resoplo de nuevo. No me interesa donde esté. Por mí puede quedarse a vivir allí. Resoplo una vez más. Ni siquiera yo me he creído eso.

Me dejo caer en el sofá y echo un vistazo a mi alrededor. Las chicas que lo miraban en el club eran tan guapas. Erika es tan guapa. Cabeceo y enciendo la tele

dispuesta a distraerme. No me apetece enfrentarme cara a cara con todos mis complejos ahora mismo.

Sonrío encantada al descubrir en el canal clásico una reposición de *El sueño eterno*. Me encantan las películas de detectives en blanco y negro, sobre todo las de Bogart, y en especial esta. Es mi preferida.

Voy hasta el frigorífico, saco una botellita de agua y, para mi sorpresa, tras rebuscar un poco por la cocina, encuentro un paquete de palomitas para microondas. Pensaba que Donovan Brent sólo se alimentaba de sexo y manzanas y, para todo lo demás, llamaba al restaurante italiano más elitista de la ciudad.

Mientras espero a que se hagan las palomitas, el teléfono fijo comienza a sonar. Tuerzo el gesto y miro el aparato. Ni siquiera debería molestarme en cogerlo, no van a contestar, pero me conozco. Si no lo hago, la idea de que era algo importante me estará persiguiendo toda la noche.

—¿Diga? —contesto malhumorada. Como ya sospechaba, nadie responde—. ¿Diga? —repito.

No le dedico ni un tercer «diga». ¿Quién diablos será? Donovan lo sabe. Frunzo los labios. Donovan lo sabe, pero no quiere contármelo. Seguro que es una exnovia con problemas mentales. Sonrío con malicia. No se merece menos.

Estoy acurrucada en el sofá, con Lauren Bacall diciendo aquello de «no me gustan sus modales» a lo que Bogart responde «a mí tampoco me vuelven loco los suyos» cuando me parece oír un ruido. Silencio la televisión y alzo la cabeza justo a tiempo de ver cómo las puertas del ascensor se abren y Donovan aparece tras ellas. Tiene la mano apoyada en la pared y la cabeza baja, pero esa increíble mirada alzada. Mick Jagger está sentado a mi lado en el sofá y Keith Richards toca la guitarra subido a la mesita de centro.

—¿Aún despierta, Pecosita? —pregunta entrando en el salón.

—Sí —murmuro nerviosa—. Estaba viendo una peli —me obligo a añadir para demostrarme a mí misma que soy capaz de hacerlo sin tartamudear.

Le presta atención a la televisión y frunce el ceño mientras rodea el sofá.

—¿Estás viendo *El sueño eterno*? —pregunta sorprendido dejándose caer a mi lado.

—Es mi peli favorita —confieso con una sonrisa.

Donovan me devuelve el gesto y me roba el mando para volver a activar el volumen.

—Eres una caja de sorpresas, Pecosita.

Sonrío de nuevo.

—Me encantan las pelis de detectives de Bogart. Las veía con mi abuelo.

Donovan me mira durante un par de segundos y decidido vuelve a quitarle el sonido a la televisión.

—Quiero que me hables de tu familia.

Yo me encojo de hombros.

—No hay mucho que contar —respondo jugueteando con las palomitas.

—Aun así, quiero saberlo.

Otra vez no hay amabilidad en sus palabras. Me pregunto si conocerá el significado de la palabra empatía. A veces tengo clarísimo que no.

Resoplo y me preparo para hablar con la mirada fija en mis dedos. No es uno de mis temas de conversación favoritos.

—No conocí...

Ahora es Donovan el que resopla interrumpiéndome. Se inclina sobre mí, me quita el bol de las manos y lo deja sobre la mesita de centro.

—Me gustaría que habláramos como adultos —me reprende exigente.

¿Empatía? Dudo mucho que sepa ni siquiera cómo se escribe.

Alzo la cabeza dejándole claro la antipatía que me despierta en este momento. Donovan me mantiene la mirada con sus ojos, ahora caprichosamente verdes, llenos de una arrogancia sin edulcorar. Es odioso. Consigue que el orgullo me hierva como nunca antes me había pasado.

—No conocí a mi padre. Se largó antes de que yo naciera y nunca he sabido nada de él. Llevo su apellido porque mi madre tenía la estúpida idea de que un día volvería.

Mi enfado con Donovan ha conseguido que diga las palabras claras, sin miedo y sin sentirme violenta. Me pregunto si es eso lo que quería conseguir y automáticamente me relajo.

—¿Y tu madre? —inquire.

—Murió cuando tenía cinco años y mi abuela poco después, así que tampoco me acuerdo mucho de ninguna de ellas —respondo encogiéndome de hombros de nuevo—. De la noche a la mañana nos quedamos mi abuelo y yo solos. Fue el mejor padre del mundo. —Sonrío al recordarlo—. Cuando se enteró de que había utilizado el préstamo universitario para pagar sus facturas del hospital, estuvo tres días sin hablarme. —Mi sonrisa se ensancha, pero también se vuelve más triste—. Con el segundo crédito, me echó dos días de casa.

De reojo veo cómo una serena y tenue sonrisa aparece en los labios de Donovan.

—Lo último que me dijo antes de entrar en quirófano fue: «tienes que aprender a elegir mejor tus batallas, Katie Conrad».

Ahogo un triste suspiro en una sonrisa mal fingida.

Donovan alza la mano y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Deja su mano en mi mejilla unos segundos de más, acariciándome suavemente con la punta de los dedos. Hoy ha sido un día increíblemente intenso y, haber recordado a mi abuelo primero con Lola y ahora con Donovan, lo ha hecho aún más. Me preocupa que mi amiga tenga razón y simplemente me esté autoengañando.

Como si pudiera leerme la mente, Donovan me coge por las caderas y me sienta a horcajadas sobre él. Ese mismo mechón rebelde vuelve a caerme por la mejilla. Donovan alza la mano una vez más y, con su preciosa mirada fija en el movimiento,

vuelve a colocármelo tras la oreja.

—¿Qué pasa?

Resoplo. Nunca he sido una chica cobarde. Mi enorme bocaza no puede traicionarme ahora.

—No quiero que te corras en la boca de ninguna otra chica —suelto de un tirón.

Donovan frunce el ceño imperceptiblemente sin levantar sus ojos de los míos. Está tratando de leer en mi mirada, en toda mi expresión, y por un momento puedo ver una pizca de ansiedad brotar en sus ojos tan azules como verdes.

—No te enamores de mí, Pecosa.

—No lo haré —me apresuro a sentenciar.

Donovan exhala brusco todo el aire de sus pulmones y, tomando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza. Nos tumba en el sofá sin permitir un sólo centímetro de aire entre nosotros.

—Prométemelo —le pido contra su labios.

Sé que es una estupidez, que no implica que no vaya a tener sexo con ellas, a estar con ellas, a enamorarse de ellas, pero necesito saber que toda la sensualidad que vivimos en ese momento, que esa pequeña burbujita de intimidad, va a seguir siendo suya y mía, y que nunca dejará que entre ninguna otra chica, que siempre me elegirá a mí.

—Te lo prometo —responde.

Y algo dentro de mí brilla con una fuerza desbocada.

No estoy siendo ni honesta, ni lista, ni leal conmigo misma.

Los días pasan sin darme cuenta y ya van más de dos semanas desde que me llevó al club. Me paso las mañanas entre la universidad y la oficina. Donovan puede ser odioso, pero estoy aprendiendo muchísimo con él. A regañadientes, ha aceptado que pase más tiempo con Colin y Jackson. Todas sus protestas, que les dedicó a ambos a voz en grito, eran básicamente que él era el más guapo e inteligente de los tres, así que no entendía qué iba a aprender con ellos.

Sin embargo, los dos insistieron, sospecho, y me divierte, que con el único objetivo de fastidiarlo. La versión oficial tiene algo que ver con que pueda tener nociones de todas las áreas en las que se desenvuelve la empresa, a pesar de que todavía no hayan querido explicarme exactamente a lo que se dedica. Según Donovan, dirigen inversiones, dan cobertura legal, solventan problemas fiscales o gestionan patrimonios. Resuelven la vida de sus clientes por una módica cantidad de dinero. Tuve que aguantarme la risa cuando oí la palabra *módica*. Las cifras que se manejan aquí son astronómicas.

Continúo sin despacho propio. Cada vez que le pregunto a Donovan sobre ese asunto, me ignora por completo o simplemente finge no recordar haberme prometido tal cosa.

El sexo sigue siendo una auténtica locura. Algo indomable y espectacular. Hemos vuelto al club y algunas veces hemos jugado con Erika u otras chicas. Donovan ha insinuado en varias ocasiones que también lo haremos con un chico, pero sólo se ha quedado en insinuaciones. Siempre que hemos estado en alguna fiesta donde hubiese otros hombres, Donovan me ha engatusado para tenerme en su regazo toda la noche, besándome y acariciándome, y yo he aceptado más que encantada.

Esta mañana, en cuanto Donovan se ha marchado a una reunión, Lola se ha presentado en la oficina más que indignada. Me reprocha que la esté abandonando por una vida de sexo desenfrenado y eso no piensa consentirlo. Le da igual que sea un jueves cualquiera, esta noche tengo que irme a cenar con ella y después a beber cócteles a su apartamento. No me da opción.

Cuando le digo a Donovan que esta noche no dormiré con él, no le da importancia, pero me explica que, a cambio, tendré que compensarlo por las expectativas creadas. Según él, lleva viéndome toda la mañana con ese vestidito y esperaba follarme dos veces antes de dejar que me lo quitara. Lo mando al cuerno y me río tomándomelo a broma. Sin embargo, a la hora del almuerzo estoy derritiéndome literalmente, agarrándome con fuerza al impoluto lavabo del aún más impoluto baño de su despacho, mientras me embiste con fuerza consiguiendo que cada vez que su pelvis choca contra mi trasero pierda un poco más la razón y todo el espacio se llene de placer.

Con Lola lo paso de cine. Cenamos, charlamos, nos reímos y, por supuesto, bebemos. No tengo ni idea de la hora que es cuando nos vamos a dormir. Ella insiste en que debería mandarle un mensaje a Donovan dándole las buenas noches y yo inmediatamente decido que es una buena idea. No quiero que se sienta solo.

Los rayos de sol atraviesan la ventana. Me molestan. Me molestan mucho. Me giro huyendo de la luz y todo parece girar conmigo trescientos sesenta grados. Joder, me duele muchísimo la cabeza. Algo empieza a sonar en la mesita. Abro un ojo haciendo un esfuerzo titánico y veo el despertador de I love New York de Lola pitando ruidoso y estridente junto a un margarita a medio terminar. Tengo una resaca horrible. En cuanto recupere fuerzas, pienso asesinar a Lola.

Veo la mano de mi amiga volar sobre mi cabeza y apagar el despertador de un golpe.

—Te odio —murmuro con la voz ronca por el exceso de alcohol y el sueño.

—Necesito un Bloody Mary hasta arriba de apio —responde girando en la cama hasta quedar bocarriba.

—Yo puedo darte una idea de dónde meterte el apio.

—Perra.

—Perra, tú —contraataco—. Son las siete de la mañana y creo que he estado borracha hasta hace más o menos diez minutos. Tengo que entrar a trabajar en una

hora. ¿Te haces una idea de lo que va a ser aguantar a Donovan Brent con resaca?

Cuando me refiero a él en el sentido laboral, lo hago por su nombre completo. Da una idea más aproximada de lo ogro-odioso-insoportable que puede llegar a ser.

—Lo que tienes que hacer es, nada más entrar, ponerte de rodillas y hacerle una mamada.

Le doy una patada y ella se queja.

—¿Qué? —protesta indignada—. Así lo tendrás feliz todo el día y tú podrás dedicarte a descansar el dolor de cabeza.

No tengo más remedio que echarme a reír, pero con cada carcajada el dolor de cabeza se intensifica y, por algún motivo, eso hace que me ría más y, por tanto, me queje más, Lola se ría, se queje y ninguna de las dos pueda parar. Es un sinsentido.

Diez minutos después me arrastro hasta la ducha. Estoy lavándome el pelo cuando pequeños *flashes* de todo lo que hicimos ayer van desfilando por mi mente. Sonrío con todos ellos hasta que una idea de lo más absurda cruza mi cabeza. Inmediatamente la descarto por eso, por absurda, pero entonces un vago recuerdo hace acto de presencia y, antes de tener el mayor ataque de pánico de mi vida, cierro el grifo de un manotazo y, con la mitad del cuerpo aún lleno de espuma, me envuelvo en una toalla y regreso corriendo a la habitación.

—Por Dios, dime que ayer no le mandé un mensaje a Donovan —gimoteo.

Lola me mira como si le estuviera hablando en chino mandarín. Yo resoplo y salgo disparada hacia la mesita. Compruebo el móvil. No hay ningún mensaje. Respiro aliviada. Pero entonces caigo en otra posibilidad.

—¿Dónde está tu teléfono?

Lola lo piensa un segundo.

—En el salón, creo.

Corro hacia allí y estoy a punto de resbalarme una docena de veces antes de llegar. Miro a mi alrededor. ¿Dónde está el maldito móvil?

—¡El jenga patriótico de los penes! —grita desde la habitación.

Ahora creo que es ella la que está hablando en chino mandarín, pero por casualidad miro hacia la mesa y veo la torre del juego jenga en una partida a medias. La mitad de las fichas de madera están garabateadas o simplemente tienen borrones negros. Automáticamente recuerdo que anoche decidimos pintar una postura del *Kamasutra* en cada ficha, con la condición de que debían ser posturas que hubiésemos practicado con un estadounidense en la cama. Gracias a Donovan, que Lola aceptó por estar nacionalizado, tengo mucho repertorio. Si no, creo que no habría podido pintar más de tres piezas. Mi amiga no paraba de gritar que era una manera de animar a nuestras tropas, pero no entendí muy bien el significado. Lo curioso es que ayer las dos estábamos convencidas de que estábamos pintando auténticas obras de arte en cada ficha. No podríamos estar más equivocadas.

Junto a la torre está el iPhone de Lola. Al verlo, recuerdo por qué estaba tan alterada y la inquietud vuelve a ponerme los pelos de punta. Por favor, Dios, Karma,

Universo, no me hagáis esto. Reviso los mensajes y suspiro aliviada cuando veo que no hay ninguno enviado a Donovan. Estoy a salvo.

Terminamos de arreglarnos y nos tomamos una taza tamaño extragrande de café. Lola me presta algo de ropa, pero me está enorme. Necesitaré pasarme por el ático. Además, tengo que recoger un par de libros si quiero ir a la universidad a media mañana. Uff... estudiar, no sé si voy a ser capaz con este dolor de cabeza. Necesito dos ibuprofenos o tres o una lobotomía.

Atravesamos la ciudad en la Vespa de Lola y llegamos a Park Avenue relativamente rápido.

—¿Subes? —le pregunto quitándome el casco con la virgen de Guadalupe.

—Por supuesto —responde sin asomo de duda bajándose de la moto y colgándose su caso del antebrazo—. No pienso desperdiciar la oportunidad de ver el picadero de Donovan Brent.

Ambas nos sonreímos traviesas, como si fuésemos dos niñas a punto de comer galletas sin permiso, y entramos en el edificio. Lola me mira burlona cuando saludo al portero y él me devuelve el gesto acompañado con un profesional «señorita Conrad».

—Te veo muy... —simula estar buscando la palabra adecuada—... ambientada.

Yo finjo no oírla y observo cómo las puertas del ascensor se cierran. Me quedan cuarenta y una plantas de burlas indiscriminadas.

Cuando las puertas del elevador vuelven a abrirse, Lola suspira admirada al comprobar el ático que se abre a nuestros pies. No la culpo. La casa, ya con el primer vistazo, resulta impresionante. La dejo recreándose en las vistas y camino hasta la barra de la cocina, donde dejé mi libro de economía ayer por la mañana. Por inercia, miro hacia la puerta del dormitorio. Me sorprende que esté cerrada. Donovan no suele dormir hasta tan tarde.

—Este sitio es increíble —comenta Lola distrayéndome—. Ese alemán malnacido tiene mucha clase.

Sonrío centrándome de nuevo en el libro. Creo que nunca les he oído dedicarse un apelativo amable.

Estoy revisando mi agenda para comprobar qué tengo que hacer hoy exactamente cuando oigo la puerta de la habitación abrirse. Lola y yo nos miramos instintivamente y a la vez dirigimos nuestra atención al dormitorio justo a tiempo de ver salir a la mujer con las piernas más largas del mundo. Nos sonrío a modo de saludo y, subida en unos tacones de infarto, se dirige hacia la cocina. Es guapísima, con la piel perfectamente bronceada y una larga y cuidada melena con mechas californianas.

La sangre me hierve. Tengo que calmarme. No somos novios. No tenemos una relación exclusiva. Cierro mi agenda de golpe. ¡Es un gilipollas!

—¡No me puedo creer que haya vuelto a hacerte esto! —le grito indignadísima a Lola, que me mira como si acabase de salirme una segunda cabeza—. ¿Cómo ha podido Donovan volver a engañarte?

La intrusa se vuelve hacia mí con los ojos como platos.

—A ti —añado con ímpetu. Mi amiga me mira sin entender una palabra, apremiándome con la mirada a que me explique—. A su mujer —sentencio haciendo un exageradísimo hincapié en cada letra.

Enarco las cejas de manera muy expresiva. Lola me mira atónita y abre la boca dispuesta a decir algo, aunque no sabe qué. La chica se vuelve alarmada hacia ella y, antes de que vea cualquier atisbo de duda, reacciona.

—¡Oh, Dios mío! —grita Lola melodramática—. ¿Por qué? No me lo merezco —se queja con voz lastimera y llevándose la mano al corazón—. Yo le mantuve, trabajando como camarera en el turno de noche de una cafetería del Bronx, mientras él estudiaba derecho. ¡Me atracaron dos veces!

La chica la mira realmente compungida y yo tengo que aguantarme un ataque de risa en toda regla.

—Yo, yo... —tartamudea nerviosa.

—¡Me contagió un herpes! —la interrumpe Lola.

Apoya el brazo en la encimera de la cocina y, gimoteando, deja caer la frente sobre él.

—De verdad que... —trata de explicarse la chica culpable.

—¡Y estoy embarazada! —la interrumpe de nuevo—. ¡De gemelas! —añade fingiendo un llanto propio de las reinas de los culebrones colombianos. Debe de ser su sangre latina.

La mujer de los tacones de infarto está al borde del colapso. Mira a Lola e inmediatamente me mira a mí, que cambio a tiempo mi cara de «cuánto estoy disfrutando con todo esto» por «comparto el dolor de mi amiga».

—Le has perdonado demasiadas cosas —sentencio asintiendo.

—¡Donovan! —grita Lola clavando la mirada en el techo, cerrando el puño con fuerza y bajándolo despacio como si de pronto fuera Madonna interpretando a Evita—. ¿Por qué? ¿Por qué me has hecho esto, Donovan?

—¿Por qué he hecho qué?

Ya no tengo que aguantarme la risa. Se me corta de golpe cuando oigo la voz de Donovan a mi espalda. Me giro y lo veo en la puerta de la habitación, pasándose las palmas de las manos por los ojos para terminar de despertarse, con el pelo revuelto, sólo con el pantalón del pijama, descalzo. El hijo de puta está guapísimo, pero hoy no me importa. No me puedo creer que haya metido a otra chica en nuestra cama, quiero

decir, su cama. ¡Maldita sea!

—¿Cómo siquiera puedes atreverte a preguntar? —le suelta la chica indignadísima.

Donovan frunce el ceño y la mira como si ni siquiera entendiese por qué le está dirigiendo la palabra.

—¿Qué haces todavía aquí? —inquire Donovan con su falta de amabilidad habitual.

—Claro —replica la chica como si de pronto lo entendiese todo—. Eso es lo que pretendías, ¿no? Que me marchara antes de que ella llegara y poder seguir con tus mentiras.

Lola y yo nos miramos cómplices. Tengo que morderme el labio inferior para contener una carcajada.

—¿De qué coño estás hablando? —pregunta confuso, pero sin mucho interés en intentar entenderlo—. Lárgate.

La chica resopla y, sin dudar, camina hasta Donovan y le da una sonora bofetada. Yo me llevo la mano a la boca para contener un suspiro y de paso un par de carcajadas más.

—La atracaron dos veces por tu culpa —le recuerda.

Donovan la mira sin poder creer lo que está viviendo. Aprovechando este momento de confusión y, supongo, imaginando que jamás tendrá una oportunidad mejor, Lola anda decidida hasta Donovan y le da una bofetada en la otra mejilla.

—Olvídate de conocer a tus hijas.

—¿Mis hijas? —murmura con una voz amenazadoramente suave tan sorprendido como furioso.

Mi amiga gira sobre sus pies, otra vez fingiendo el llanto más lastimero del mundo. La chica la toma por los hombros y trata de consolarla mientras se la lleva hacia el ascensor. Donovan las fulmina con la mirada, pero no tarda en atar cabos y acaba clavando esos ojos, ahora mismo verdes como un bosque de Oregón, en mí. Soy plenamente consciente de que no debería seguir provocándolo, pero, antes de que me dé cuenta, me encojo de hombros impertinente y sigo a la *mujer* y a la *amante*.

Tienes lo que te mereces, Donovan Brent.

Lola continúa llorando en el ascensor. Está disfrutando muchísimo con todo esto. En la puerta del edificio, la chica le entrega una tarjeta con su nombre y teléfono y, tras disculparse por enésima vez, se ofrece a llevarle el divorcio. Lola abre su minibolso de Chanel, que aún está pagando a plazos en Macy's, y se guarda la tarjeta mientras promete que, por sus hijas, se lo pensará.

—Bueno y ¿tú qué tal estás? —pregunta Lola mientras observamos cómo la chica se mete en un taxi.

—¿Tú cómo crees que estoy? —inquiero a mi vez malhumorada.

—Furiosa, celosa, molesta e inmersa en el autoengaño.

—¡Lola!

—¿Qué? —pregunta con una sonrisa de lo más insolente.

Tiene razón. ¿A quién pretendo engañar? Ha dado en el clavo con cada palabra.

—Es que seguro que ni siquiera se ha planteado que podría molestarme —me quejo.

Resoplo con fuerza y la sonrisa de Lola se ensancha. No pienso seguir pensando en esto.

—Vámonos a la oficina —mascullo.

Lola asiente y nos dirigimos a su Vespa, aparcada en la acera.

—Pasamos del autoengaño a no querer hablar del tema. No te creas que no me he dado cuenta —dice subiéndose en la moto y colocándose el casco—. Te lo perdono porque me has dado la oportunidad de darle una bofetada a Donovan Brent y eso no tiene precio.

Aunque no quiero, no puedo evitar sonreír mientras me abrocho el casco y me subo yo también a la Vespa.

En cuanto pongo un pie en la oficina, me cubro de trabajo hasta las cejas. Cualquier cosa con tal de no pensar en ese imbécil. Sin embargo, la tranquilidad me dura poco. Apenas llevo media hora en la oficina cuando la puerta se abre y se cierra con brusquedad.

—¿Qué coño te crees que haces? —ruge Donovan deteniéndose al otro lado de la mesa de centro, justo frente a mí.

—Ah, ¿pero te has dado cuenta de que estaba allí? —pregunto displicente—. Pensé que estarías más preocupado por lo que esa chica pensara de ti.

Donovan resopla furioso a la vez que se lleva las manos a las caderas. Está enfadadísimo.

—Pecosa, me importa una mierda lo que esa chica piense o deje de pensar sobre mí, pero no voy a consentir que me montes una escenita y después te largues —masculla apretando la mandíbula.

Maldita sea, enfadado el malnacido está aún más guapo.

—Yo no te he montado ninguna escenita —me defiendo levantándome del sofá.

No he mentado. Técnicamente no la he montado yo.

—Tú y yo no somos novios —me recuerda malhumorado.

—Eso sería lo último que querría en esta vida —siseo, más bien miento.

Estoy a punto de montar la madre de todos los espectáculos.

—Bien —gruñe.

—Bien —respondo dirigiéndome al baño.

Necesito perderlo de vista.

—¡Bien! —replica furioso.

—¡Bien! —grito justo antes de cerrar la puerta de un sonoro portazo y echar el pestillo.

¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

Suspiro hondo tratando de tranquilizarme. «No puedes asesinarlo, Katie Conrad.

Si lo asesinas, irás a la cárcel y, si vas a la cárcel, hay muchas posibilidades de que acabes convirtiéndote en el juguete sexual de una presa asiática de cien kilos, y he visto demasiados capítulos de “Orange is the new black” como para saber que eso no es agradable».

Donovan trata de abrir la puerta. Yo miro el pomo agitándose con fuerza. No pienso salir de aquí. Este sitio es mi fortín antigilipollas demasiado guapos. Puedo poner una placa en la puerta.

—Te estás comportando como una niña malcriada —me reprende al otro lado.

—Y tú no eres capaz de tener un mínimo de empatía o, qué sé yo, inteligencia emocional.

—Y a ti te vendría bien dejar de leer novelas románticas y empezar a darte cuenta de cómo funcionan las cosas.

¿Cómo puede seguir siendo tan arrogante? ¡Incluso ahora!

—¡Era una zorra! —protesto.

—Y tu amiguita y tú estáis locas.

—Y tú eres un capullo.

—Ahora es cuando dices que no te gusto y yo tengo que disimular un ataque de risa.

Cabeceo a punto de sufrir el mayor ataque de ira de la historia.

—Pues yo no he contratado como ejecutiva júnior a una chica de veinticuatro años sin ninguna experiencia sólo porque estaba celoso. En ese momento yo sí que tuve que disimular un ataque de risa.

No aguanto más. Sin dudarlo, me dirijo hacia la puerta dispuesta a abrirla, salir y darle una bofetada. No entiendo por qué yo he sido la única que no le ha soltado una esta mañana. Soy la que más motivos tiene para recurrir a la violencia física con él.

Sin embargo, cuando corro el cerrojo, oigo cómo Donovan lo echa al otro lado de la puerta. Intento girar el pomo pero lógicamente no consigo abrir.

—¡Ábreme! —grito furiosa.

—No te confundas, Pecosa. No lo hice porque estuviera celoso —contesta ignorándome por completo—. Sólo quise evitar poner de mensajera del más incompetente a la más incompetente. ¿Qué puedo decir? —añade irónico y escucho cómo se aleja unos metros de la puerta—. Os tengo cariño, por eso no os echo a la calle.

Un sonido me distrae y veo la esquina de algo blanco y metálico pasar por la hendidura bajo la puerta.

—¡Anda! —comenta tan burlón como sardónico—, es verdad que el iPad es tan fino que cabe por debajo de una puerta. ¡A trabajar!

Yo miro boquiabierta, indignada y furiosa la tablet a mis pies. Creo que literalmente estoy echando humo. Cojo el tirador de la puerta con fuerza y comienzo a moverlo violentamente.

—¡Déjame salir! —me quejo llena de rabia.

—No te oigo. Mi inteligencia emocional, mi empatía y yo estamos partiéndonos el culo a tu costa.

—¡Déjame salir!

—Déjame salir, señor Brent —dice odioso.

Resoplo. Actualmente la cárcel ni siquiera me parece tan mala idea.

—Déjame salir, señor Brent —mascullo entre dientes.

—Lo haré cuando te disculpes por echar a esa chica, que podría ser el amor de mi vida, de mi casa.

Sonrío llena de malicia.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto malhumorada.

—Y yo qué coño sé. Me la follé desde atrás. No me dio tiempo de preguntarle el nombre.

Agito las manos absolutamente exasperada. ¡No lo soporto!

—¡Gilipollas!

Oigo abrirse el pestillo. Cojo el iPad del suelo y salgo del baño como una exhalación.

Donovan está sentado tranquilamente en su mesa. Cruzo el despacho con paso acelerado, destilando rabia pura. Ni siquiera quiero mirarlo, pero de reojo lo veo sonreír más que satisfecho mientras desliza el dedo sobre la pantalla de lo que creo es su iPhone.

—¿Donovan? ¿Donovan, estás ahí? —mi voz trabándose por el alcohol resuena por todo su despacho. Joder. Joder. Joder—. Seguro que ya estás dormido y guapísimo. Me gusta mirarte mientras duermes... Me gusta mirarte siempre... Mirarte es genial. Siento cosquillas cuando te miro... unas cosquillas geniales —le aclaro antes de echarme a reír—. Te echo de menos —digo recuperando mi tono desconsolado—. Me da igual que sólo sea una noche. ¿Tú también me echas de menos a mí? Échame de menos, por favor.

«Si el mundo fuera un concurso de bocazas con mala suerte sumidas en el autoengaño, tu foto estaría en las medallas, Katie Conrad».

Cierro los ojos con fuerza aún de cara a la puerta, sin moverme un milímetro, esperando desaparecer por arte de magia o que de repente se despierte un terremoto o un volcán en plena erupción emerja de entre la Quinta y la Sexta, un ataque alienígena, Hulk, lo que sea, cualquiera cosa que me libre de este momento. Le mandé un mensaje de voz. ¡Le mande un maldito mensaje de voz!

—La gente dice que el invento más relevante de la humanidad es el ferrocarril —comenta sardónico y presuntuoso, disfrutando de todo mi bochorno—. Yo creo que es la combinación perfecta de margaritas y mensajería de voz.

Resoplo con fuerza y cierro los puños aún con más. Me vuelvo despacio y, cuando lo veo con esa arrogante media sonrisa en los labios, creo que voy a saltar por encima de su escritorio y lanzarlo por la ventana.

—¡Quiero un despacho! —grito justo antes de girar sobre mis talones y salir de su

oficina.

No cierro. Si lo hago, daré un portazo que tirará el edificio abajo.

¡No lo soporto! «Échame de menos, por favor». Él tirándose a otra chica y yo mandándole mensajes como una idiota. ¡Soy gilipollas!

Estoy tan enfadada que no veo por dónde voy y me estampo contra un bonito traje gris marengo.

—¿Encanto? —inquire sorprendido el dueño de los brazos que me rodean y han impedido que me dé de bruces contra el suelo.

—¿Brodie? —pregunto alzando la mirada, confusa.

Él sonrío y me deja sobre mis pies.

—¿Qué haces aquí? —pregunta divertido.

—Trabajo aquí.

—¿En serio?

Asiento divertida.

—¿Y tú? —pregunto.

He venido a ver a Fitzgerald. Mi jefe tiene algunos negocios con él.

Estamos parados en mitad del pasillo, más concretamente frente a la puerta del despacho de Donovan y, teniendo en cuenta que no cerré la puerta, es más que probable que esté siendo espectador de toda la escena. Para comprobarlo, me giro discretamente y tengo que esforzarme en ocultar una sonrisilla con malicia cuando lo veo con la vista clavada en nosotros. Tiene la mandíbula tensa y no hay un rastro de esa presuntuosa sonrisa. Me alegro.

—Si ahora trabajas aquí, significa que tienes muchas cosas que contarme. Así que, ¿qué te parece si te llevo a cenar cuando salgas de trabajar?

—¿A cenar? —pregunto para ganar tiempo y pensar la respuesta.

—A cenar —repite Brodie divertido.

La verdad es que Brodie siempre ha sido amable conmigo. Se ve a kilómetros que es un buen tío y, además, es simpático y guapo... y, sobre todo, Donovan está mirándome. Seguro que él no lo dudó dos veces antes de llevarse a esa chica a su casa.

—Claro —respondo con una sonrisa.

—¿A las cinco?

—Las seis —le aclaro.

Brodie me regala una última sonrisa y se marcha en dirección al despacho de Colin.

Miro a Donovan, pero él ya no está en su mesa. Resoplo. No me importa absolutamente nada. El señor Brent hoy se ha cubierto de gloria. No pienso dedicarle un minuto más.

Me voy a la sala de conferencias y me paso el resto del día trabajando allí. No veo a Donovan y lo prefiero. Sigo muy enfadada.

A las cinco y media despejo la mesa y me preparo para marcharme. Apenas me he

alejado unos pasos de la puerta de la sala de reuniones cuando Donovan sale de su despacho. No pienso despedirme y esta noche dormiré otra vez con Lola.

—Pecosa —me llama sin ninguna amabilidad cuando me he alejado otro puñado de pasos.

—¿Qué? —respondo impertinente sin girarme.

—Tienes que arreglar el archivo antes de marcharte —me anuncia.

A regañadientes, me vuelvo y resoplo antes de dirigirme a la habitación en cuestión. Abro de mala gana, pero lo que veo me hace quedarme sencillamente atónita.

Todo el archivo, literalmente todo, está completamente desordenado. El suelo es una alfombra de dosieres. Hay carpetas y papeles por todos lados y prácticamente todos los cajones están abiertos.

—Pero... —No acierto a decir nada con un mínimo de sentido. ¡Esto es una locura!

—Parece que te quedan unas cuantas horas de trabajo.

Su voz se abre paso desde mi espalda, mordaz, sardónica y con ese punto de maldad que sólo Donovan Brent sabe imprimírle a las palabras.

—¿Cómo has sido capaz? —me quejo exasperada a la vez que me giro para tener a este malnacido frente a frente.

—Ey —se queja fingidamente triste—, sé un poco más comprensiva, Pecosa. Esta misma mañana me he enterado de que mi mujer no va a dejarme volver a ver a mis hijas.

—Eres odioso.

—Espero que te diviertas mucho —responde disfrutando de cada letra.

Estoy a punto de contestarle exactamente como se merece cuando oigo pasos acercarse a nosotros e instintivamente los dos nos volvemos.

—Katie —me llama Brodie—, ¿estás lista? Sandra me ha dicho que estabas aquí. —Por inercia sus ojos se encuentran con el archivo y, sorprendidísimo, enarca la mirada—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Un huracán? —pregunta socarrón.

—No lo sé —respondo resoplando—, pero tengo que ordenarlo todo antes de marcharme.

Resignada, giro sobre mis pies y me llevo las manos a las caderas mientras contemplo semejante desastre. Esto va a llevarme horas.

—Bueno —dice Brodie dando un paso hacia delante con cuidado de no pisar ningún documento—, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Observo con una sonrisa cómo Brodie se acuclilla y comienza a recoger carpetas. Es un verdadero encanto.

—No tienes que ayudarme. No voy a obligarte a vivir esta tortura —comento burlona.

Él me devuelve la sonrisa.

—Claro que tengo que ayudarte —replica concentrado en lo que está haciendo—.

¿Qué clase de desalmado te dejaría así?

Miro a Donovan. Él pierde su vista a un lado visiblemente incómodo a la vez que se humedece el labio inferior. Espero que se sienta aludido.

—Además, no es el restaurante que había pensado, pero podremos charlar.

Donovan resopla. Lo conozco lo suficiente como para saber que ahora mismo está furioso. Tira su carísimo abrigo de Ralph Lauren sobre uno de los archivadores y da un paso hacia delante.

—No os entretengáis y terminemos lo antes posible —gruñe.

Los dos miramos a Donovan, quien, ignorándonos por completo, comienza a recoger documentos. Brodie asiente algo violento y yo por un momento sencillamente no sé qué hacer o cómo comportarme. No es la manera en la que imaginé que terminaría el día esta mañana, pero, claro, tampoco pensé que encontraría a otra chica saliendo de la habitación de Donovan o que discutiría con él a través de la puerta del baño. La vida es imprevisible.

—¿Y cómo es que has terminado trabajando aquí? —pregunta Brodie sentado a mi lado en el suelo de parqué.

Donovan está enfrente, separado unos metros, con la espalda apoyada en la pared y sus largas piernas estiradas. Apenas ha hablado y finge no oírnos. Sin embargo, algo me dice que está atento a todo lo que decimos.

Yo pienso un momento la pregunta de Brodie.

—Casualidad —respondo al fin.

La verdadera respuesta es demasiado larga y deja a Donovan demasiado bien.

El rey de Roma enarca las cejas con la vista clavada en los papeles que revisa.

—¿Una casualidad buena o mala? —contraataca Brodie con una sonrisa.

Esa pregunta es todavía más complicada, aunque supongo que, si me lo hubieran preguntado ayer, tendría clarísimo la respuesta.

—Mitad y mitad, supongo —respondo tímida.

De reojo observo a Donovan. Otra vez no levanta su mirada de los papeles, pero sé que mis palabras han tenido un eco en él.

—Bueno —comenta Brodie pensativo rascándose la barbilla—, yo no creo en las casualidades. Todo sucede por algo.

—¿Eso no es de la sinopsis de una peli? —lo interrumpo divertida.

—Puede ser —responde y los dos nos echamos a reír—, pero lo importante es la idea. Todo sucede por algo, creo.

—El problema es que ese algo no siempre merece la pena.

Al oír mis palabras, Donovan alza la cabeza y nuestros ojos se encuentran. No creo que le haya dolido, para eso tendría que tener algo parecido a sentimientos; sin embargo, por un instante, su expresión cambia y su mirada se recrudece. ¿Acaso le importa lo que piense de él?

—¿Y te gusta? —inquiere Brodie sacándome de mi ensoñación.

—¿El qué? —planteo confusa apartando mi mirada de Donovan.

—Donovan —me aclara levantando la cabeza de una pila de carpetas, mirándome a mí y después mirándolo a él. Yo abro la boca nerviosa sin saber qué decir. La pregunta me ha pillado fuera de juego—. ¿Te gusta trabajar con él? —especifica—. ¿Estar todo el día juntos?

Actualmente cualquiera de esas preguntas es igual de complicada.

Donovan deja caer la carpeta que tenía entre las manos y se cruza de brazos con la mirada clavada en mí.

—Contéstanos a eso, Pecosa —dice arisco y repentinamente atento—. ¿Te gusta estar conmigo?

Yo lo fulmino con la mirada. No necesito esto. Bajo la cabeza a la vez que ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro aún más nervioso.

—Es sólo trabajo —respondo al fin displicente y, aunque no quiera reconocerlo, también un poco dolida.

Brodie se encoje de hombros.

—Supongo que no tiene por qué gustarte.

Sonrío, pero es un gesto forzado que no me llega a los ojos. Ahora mismo sólo quiero salir de aquí. Kamikaze, alzo la cabeza y me encuentro con la mirada de Donovan. Si no fuera una absoluta locura, diría que él también está dolido.

Bájate del unicornio, Katie Conrad.

Me obligo a apartar la mirada y sigo apilando carpetas. Donovan nunca sentirá nada por mí.

Brodie se levanta y con ese movimiento roba toda mi atención.

—Voy a bajar y traeré algo de comer y unas cervezas —me informa poniéndose el abrigo y colocándose bien los cuellos—. Las necesitaremos —añade con una sonrisa.

—Claro —respondo obligándome a devolverle el gesto.

Brodie sale de la habitación y un tenso silencio se apodera al instante del ambiente. Finjo que Donovan no está ni siquiera en la estancia y continúo revisando carpetas. Estoy demasiado cabreada con él.

—Antes has sido muy poco específica —comenta cerrando la carpeta que tiene entre las manos y dejándola sobre un montón.

No quiero hablar con él, pero no voy a negar que ha conseguido que me pique la curiosidad.

—¿Con qué? —inquiero sin ni siquiera mirarlo.

Abro el siguiente dossier y echo un vistazo a uno de los documentos que contiene para saber de qué trata.

—Brodie debería saber la relación que en realidad tenemos.

Automáticamente alzo la mirada. ¿A qué ha venido eso? Es el colmo.

—¿La chica de ayer sabía la relación que en realidad tenemos?

Donovan se humedece el labio inferior tratando de contener una sonrisa.

—No es lo mismo.

—¿No?

Me estoy enfadando todavía más.

—Yo no me dediqué a contarle a esa chica mis teorías sobre la vida —me aclara burlándose claramente de Brodie.

Dios, es tan arrogante.

—¿Y te molesta que él lo haga?

—Me molesta tener que estar aquí escuchándolo. Es un gilipollas que lo único que quiere es parecer interesante.

—Es interesante —le defiende.

—Claro —se apresura a replicarme socarrón—. Seguro que ahora mismo está en Google buscando nuevas frases.

Donovan es consciente del aspecto que tiene, es consciente de lo que provoca en las mujeres y es consciente de cómo folla. No necesita esforzarse en parecer interesante, ni siquiera amable, y eso también lo sabe. Ahora mismo es la arrogancia personificada y, aunque me parezca un capullo, no puedo evitar pensar que tiene razón y, sobre todo, no puedo obviar lo injustamente atractivo que me parece cargado de toda esa masculina seguridad.

Pero, en cualquier caso, no soy estúpida. Sé que Brodie no le cae bien y que no le gusta verlo por aquí, pero no puede tratarme como si fuera su muñequita, algo con lo que él decide si juega, con quién juega y cómo juega, aunque él disfrute de todos los juguetes de la tienda cada vez que quiera.

—El problema aquí es que eres incapaz de entender que en el mundo hay gente amable que, a diferencia de ti, puede simplemente charlar, sin ningún interés oculto.

Donovan resopla brusco.

—No, Pecos, el problema aquí es que tú no entiendes cuándo simplemente quieren follar contigo.

No sé si refiere a Brodie o a él mismo, pero, sea lo que sea, se ha pasado muchísimo.

—Donovan, eres...

—¿Qué? —replica presuntuoso.

¡Dios, es odioso! Estoy tan furiosa que ni si quiera soy capaz de encontrar la palabra que mejor defina a este estúpido cabronazo, engreído, capullo arrogante y gilipollas, sobre todo gilipollas. Sonrío mentalmente. Acabo de encontrar la definición perfecta de Donovan Brent. Ahora sólo me falta gritársela a la cara.

Abro la boca dispuesta a hacerlo, pero de nuevo unos pasos me distraen. Unos segundos después Brodie entra con tres Budweiser heladas.

—No he encontrado nada decente de comer —nos aclara—, pero por lo menos tenían cerveza.

Me entrega una cerveza, que le agradezco con una sonrisa, y después le acerca una a Donovan, que la coge sin dar las gracias, prácticamente sin mirarlo.

Brodie vuelve a acomodarse y durante un par de minutos simplemente revisamos

y ordenamos carpetas.

—¿Sabes? —me llama Brodie—. No puedo dejar de darle vueltas a que nos hayamos encontrado precisamente hoy. Ha sido una casualidad perfecta.

De reojo observo cómo Donovan ahoga una sonrisa de lo más socarrona en un suspiro realmente impertinente y le da un trago a su Budweiser con la mirada perdida en los documentos que tiene delante.

—Sí, a mí también me ha gustado que nos encontráramos —comento con una sonrisa con el único objetivo de fastidiar al señor eficiencia alemana.

—Pecosa y yo nos acostamos —comenta Donovan como si nada, aunque siendo plenamente consciente de la importancia que tiene cada palabra que ha dicho—. No se atrevía a contártelo.

Conmocionada, me vuelvo hacia él. ¿Cómo ha sido capaz?

Donovan tuerce el gesto imperceptiblemente, pero ni siquiera ahora parece contrariado. La rabia y la arrogancia dominan por completo su mirada más azul que nunca. Yo cabeceo decepcionada. No puede hacer siempre lo que le venga en gana.

—Brodie, lo siento —me disculpo nerviosa girándome hacia él.

—No te preocupes —responde tratando de restarle importancia.

Fracasa estrepitosamente. Es obvio que está dolido.

Brodie se levanta obligándose a sonreír y recupera su abrigo.

—Si no os importa, me marchó. He recordado que tengo algo que hacer.

Me siento fatal. Más aún cuando Brodie mira a Donovan y él levanta levemente su cerveza a modo de brindis. Es un gilipollas y me las va a pagar.

—Déjame acompañarte —le pido intentando conmoverlo con una sonrisa.

Brodie lo piensa un segundo y finalmente asiente. Atravesamos en silencio la oficina hasta llegar a los ascensores.

—Siento mucho lo que ha pasado —me vuelvo a disculpar.

—No ha sido culpa tuya.

—Eso da igual. Donovan no tendría que haberte dicho eso. No sé en qué estaba pensando.

—Yo sí —replica y me sonrío cómplice.

Frunzo el ceño sin comprenderlo muy bien. Brodie avanza un par de pasos y se inclina suavemente sobre mí. Las puertas del elevador se abren.

—Hasta luego, encanto —se despide y me da un suave beso en la mejilla.

Me sonrío de nuevo y se monta en el ascensor. Lo observo hasta que las puertas se cierran. Es un buen tío. No se merece haberse enterado así.

Regreso al archivo hecha una furia. No me puedo creer que Donovan se haya comportado así. A unos metros de la puerta me detengo y respiro hondo intentando calmarme. Ni siquiera quiero gritarle. No se merece que invierta una sola palabra en él. Anoche se acuesta con otra chica y hoy, después de asegurarse de tenerme aquí durante horas, se permite echar a Brodie. ¡Estoy muy cabreada!

Terminaré de recoger esas malditas carpetas, cogeré mi bolso y mi abrigo y me

marcharé a casa de Lola. No pienso compartir con Donovan Brent más tiempo del necesario.

Con ese objetivo entro en el archivo. Aunque es lo último que quiero, soy inmediatamente consciente de dónde está, de pie junto a uno de los muebles. Camino de prisa hasta el centro de la habitación, cojo uno de los montones de carpetas y lo dejo sobre la delgada mesa de consultas. Tengo la mente enmarañada con un millón de pensamientos diferentes y al mismo tiempo estoy demasiado furiosa para concentrarme en ninguno.

—Pecosa —me llama.

Ni siquiera me molesto en contestarle. No quiero. Cojo un par de carpetas y las llevo a su cajón correspondiente.

—Pecosa —y esta vez yo diría que, más que llamarme, me está advirtiendo.

Yo vuelvo a ignorarlo. Cojo otro dossier y lo abro malhumorada sobre la mesa.

Donovan resopla. Él también está furioso, lo sé.

Sin darme oportunidad a reaccionar, cubre la distancia entre nosotros, me toma de las caderas y, girándome, me sienta en la pequeña mesita. Me sujeta las muñecas contra el reluciente metal a ambos lados de mis muslos y sin ninguna delicadeza se abre paso entre mis piernas.

—Si quieres enfadarte, enfádate —masculla—, pero no te comportes como una cría.

¿Me está llamando cría? Es lo último que me faltaba por oír.

—¿Me estás llamando cría? ¿Tú? Que has desordenado el archivo de una empresa sólo porque estabas celoso.

Donovan sonrío odioso y presuntuoso.

—Ya te lo dije una vez, Pecosa. Sólo hay dos motivos para que un hombre se ponga celoso y aquí no se da ninguno de los dos.

Otra vez toda esa seguridad, demostrando que tiene clarísimo que estoy coladísima por él y, ¡maldita sea!, puede que sea así, pero no tiene ningún derecho a vanagloriarse.

—¿Por qué has tenido que decírselo así a Brodie?

—Brodie sólo quiere follarte, Pecosa —replica arisco, tratando de esconder que está realmente furioso.

—¿Tan raro te resulta que un hombre me quiera para algo más que para sexo? —mascullo llena de rabia, intentando soltarme.

—Yo no he dicho eso —me aclara malhumorado.

—Pero tú nunca te pondrías celoso porque obviamente no sientes nada por mí.

Donovan resopla mientras sigo sintiendo sus ojos abrasadores sobre mí.

—Yo no estoy enamorado de ti, Pecosa, y no lo estoy porque no me interesa querer a nadie, y si alguna vez lo hiciese, no sería a una chica como tú.

Asiento y me muerdo el labio inferior tratando de contener las lágrimas. Ha sido brutalmente sincero. No había un solo resquicio de duda en su voz.

Donovan vuelve a suspirar brusco. Se inclina sobre mí y acaricia mi nariz con la suya. El gesto es tan dulce que por un momento me rompe los esquemas y reacciono instintivamente alzando la cabeza.

—Pero eso no significa que no me guste estar contigo.

Me pierdo por completo en sus ojos. La luz juega con ellos y se llenan de un delicioso verde.

Donovan se inclina un poco más, pero yo vuelvo a agachar la cabeza. Sé que no debo aceptar sus besos. No ahora y no así.

—Te eché de menos —susurra con su voz más ronca.

Y yo, que debo ser rematadamente estúpida y kamikaze, simplemente le creo y levanto la cabeza. En ese instante Donovan se retira apenas un centímetro impidiendo el beso. Abro los ojos confusa justo a tiempo de ver cómo me dedica su espectacular sonrisa y me besa con fuerza.

Disfruto de sus labios y poco a poco todo mi enfado, los celos que sentí esta mañana, incluso mis miedos, se van diluyendo en lo bien que me siento cuando estoy entre sus brazos.

Donovan levanta despacio sus manos de las mías, como si no quisiera tener que hacerlo pero la prisa por tocar mi cuerpo le fuese suficiente recompensa. En cuanto me siento liberada, alzo mis manos y rodeo su cuello, estrechando aún más nuestros cuerpos.

—Será mejor que paremos —susurra con la voz rota de deseo sin dejar de besarme.

—Sí, será mejor que paremos.

Pero ninguno de los dos hace el más mínimo intento de detenerse.

—Joder, Pecosa —protesta de nuevo contra mi boca.

Sin separarse un milímetro, me inclina sobre la mesa y él lo hace sobre mí. Ninguno de los dos quiere parar... y creo que ninguno de los dos puede.

Un par de horas después ya sólo nos quedan por revisar y recoger una docena de carpetas. Mi iPhone suena en algún punto de la habitación avisándome de un mensaje entrante. Ni siquiera sé dónde está mi bolso. Donovan y yo miramos a nuestro alrededor hasta que él divisa mi móvil junto a mi bolso y mi abrigo sobre uno de los archivadores. De un par de zancadas llega hasta el mueble, coge el teléfono y me lo pasa. Yo lo agarro y tiro de él, pero Donovan no lo suelta. Alzo la cabeza y lo miro frunciendo los labios para disimular sin mucho éxito una sonrisa.

—Cada vez que me miras así me entran ganas de...

Tiro del móvil a la vez que empiezo a canturrear divertida para no oírlo. Con el iPhone entre mis manos, me alejo unos pasos bajo su atenta mirada. Cuando ya estoy lo suficientemente lejos, dejo de cantar y sonrío.

—... follarte —añade imprimiendo sensualidad en cada letra.

Yo pongo los ojos en blanco divertida y miro la pantalla. Cierta incomodidad y cierto sentimiento de culpa se instalan en mi estómago cuando leo el nombre de Brodie.

Siento cómo reaccioné. Déjame compensarte.
Apuesto a que aún estás hasta arriba de carpetas.
¿Te recojo y nos vamos a cenar?

Miro el mensaje fijamente un par de segundos. Soy plenamente consciente de todo lo que me ha dicho Donovan, pero no soy idiota. Es evidente que le molesta que pase tiempo con Brodie. No estoy buscando que me jure amor eterno. Sólo quiero que lo admita para que entienda cómo que me he sentido yo esta mañana. Quizá este mensaje sea una buena oportunidad para conseguirlo.

—¿Todo bien, Pecosita? —pregunta al ver que sigo mirando el teléfono mientras lleva una carpeta a uno de los archivadores.

—Es Brodie. —En cuanto pronuncio su nombre, su expresión cambia—. Quiere llevarme a cenar.

—¿Y tú quieres ir?

De pronto el ambiente se vuelve muy tenso. Los dos estamos siendo mucho más civilizados de cómo nos sentimos por dentro.

—Donovan, dime que no quieres que vaya, que estás celoso, y no iré.

Él tuerce el gesto y cierra el cajón del archivador de golpe.

—No voy a tener otra vez la misma conversación, Pecosita —me advierte.

Yo ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro y me encojo de hombros. ¿Por qué no puede admitirlo?

Le mando un mensaje pidiéndole que me recoja en quince minutos y acelero el ritmo para acabar con las últimas carpetas que quedan.

Ninguno de los dos vuelve a decir una palabra.

Exactamente diez minutos después, ya hemos terminado. Me estoy poniendo el abrigo cuando mi móvil vuelve a sonar. Es Brodie avisándome de que ya está abajo. Miro tímida a Donovan, pero él parece haberse olvidado de que existo. Está enfadado, mucho, es más que obvio, pero no puedo retirar mi farol ahora. No voy a hacer nada con Brodie. No quiero hacer nada con Brodie. Pero no sé cómo me sentiría si volviese a ver a otra chica saliendo de la habitación de Donovan.

—Me marcho —musito.

Giro despacio sobre mis pies, dándole unos segundos más para decir algo, pero no lo hace. Agarro el pomo dispuesta a salir, pero, cuando apenas he separado la puerta del marco unos centímetros, Donovan aparece como una exhalación, coloca la palma de su mano contra la madera y la cierra de golpe.

—Tienes cinco minutos para bajar y decirle que no vas ir a cenar —me ordena en un susurro ronco e indomable con su voz derrochando masculinidad y sensualidad en cada letra.

Está de pie, a mi espalda, sin llegar a tocarme pero asegurándose de que todo mi cuerpo se hace plenamente consciente del suyo.

—¿Por qué? —prácticamente tartamudeo.

Necesito que lo reconozca.

—Hazlo.

Esa única palabra hace que me tiemblen las rodillas. ¿Y si estoy siendo una auténtica estúpida? ¿Y si le pierdo por empeñarme en que reconozca algo que quizá no sienta?

Donovan separa la mano de la madera y yo, con todo mi cuerpo convertido en gelatina, salgo despacio. Ahora mismo estoy hecha un completo lío. Mi cabeza, mi orgullo y esa parte de mí que siempre cree que los planes de Lola son buena idea, me dicen que no me achante, pero tengo demasiado miedo a perderlo.

Llego a la salida y mi mente está aún más enmarañada. Independientemente de Donovan, si ahora me marcho con Brodie, sólo le estaría utilizando y probablemente dándole esperanzas para algo que nunca va a suceder.

Saludo al guardia de seguridad de noche, cruzo la enorme puerta de cristal y me detengo a unos pasos. Creo que sólo con verme ya sabe que vengo a ponerle una excusa.

Observo cómo se marcha en el taxi y respiro hondo. Ya he hecho lo que tenía que hacer con Brodie y ahora tengo que hacer lo mismo con Donovan. No puedo volver ahí dentro y simplemente dejarme llevar, por muchas ganas que tenga. Le estaría dejando creer que puede salirse con la suya cómo y cuándo quiere y, aunque soy consciente de que la mayoría de las veces pasa exactamente eso, no puedo permitirlo ahora. La consecuencia sería otra chica de piernas infinitas y mechas californianas saliendo de su habitación. No creo que pudiese con eso.

¿En qué clase de lío me he metido? Y todo porque la loca de mi mejor amiga cerró la puerta de su apartamento con las llaves dentro.

Alzo la mano para parar un taxi. Le doy la dirección del ático y suspiro un par de veces antes de sacar el iPhone de mi bolso y llamarlo.

—¿Qué? —responde al segundo tono.

Hay algo más aparte de su habitual falta de amabilidad. Está furioso, frustrado, cansado.

—Sólo te llamaba para decirte que no me he ido con Brodie, pero tampoco voy a volver a la oficina contigo —suelto de un tirón—. Estoy en un taxi, regresando al ático.

Antes de que pueda decir algo que me haga cambiar de opinión y consiga

hacerme regresar, decido colgar. No me he ido con Brodie. Yo ya he hecho mi parte.

Sin embargo, sigo nerviosa y sigo sintiéndome increíblemente mal. Ya no sólo por Brodie. Tengo un miedo irracional a perder a Donovan y es algo completamente estúpido. Hoy más que nunca ha dejado claro que no es nada mío. «Yo no estoy enamorado de ti, Pecos, y no lo estoy porque no me interesa querer a nadie, y si alguna vez lo hiciese, no sería a una chica como tú». No sé qué espero que diga o haga que cambie eso.

Pago el taxi con un billete de veinte y me bajo algo alicaída. Estoy a punto de entrar en el edificio cuando unos inconfundibles tacones y un chistar aún más inconfundible suenan a mi espalda.

—¿Te puedes creer que no se creen que conozca el picadero de Donovan Brent? —comenta Lola indignadísima.

Al girarme, compruebo, aunque ya tenía una ligera sospecha, que esas que no se lo creen son Harper y Mackenzie.

—¿Es verdad que hay muescas en el cabecero de su cama? —pregunta Mackenzie interesadísima.

Lola se encoge de hombros con una sonrisa que deja que la curiosidad de Mackenzie vuele completamente libre.

—No tiene muescas en el cabecero de su cama —les aclaro luchando porque mis labios no se curven en una sonrisa.

—Tú eres una muesca —replica Harper—. Tu opinión no cuenta. No eres objetiva.

Las dos miran a Lola obviando por completo mis palabras y esperando las de la recién nombrada técnica especialista en picaderos por la revista *Muy Interesante*.

—No pude ver su cama —se lamenta.

Las tres asienten consternadas y yo me cruzo de brazos disimulando una vez más una sonrisa.

—He oído que, si la miras fijamente, su cama —especifica Harper—, entras en una especie de trance y sólo puedes pensar en bajarte las bragas.

—Eso debería confirmártelo la muesca —replica Lola en clara referencia a mí.

Y las tres se echan a reír a mi costa.

—Perras —me quejo divertida y, sin quererlo, yo también rompo a reír.

—Hablando de cosas más importantes —continúa Mackenzie cuando nuestras carcajadas se calman—. ¿Es cierto que Lola le dio una bofetada?

—Con esta delicada manita —se adelanta Lola a mi respuesta mostrando orgullosa su mano.

Asiento varias veces.

—Pues la próxima me la pido yo —sentencia Mackenzie sin asomo de duda—. Ayer me dijo y, cito textualmente, «por mucho que mires esos documentos, no va a aparecer una foto de ninguno de nosotros desnudo para alegrarte el día, así que suma, de prisa».

Sonrío. Desde luego la frase es muy de Donovan.

—¿Cenamos en el hotel Chantelle y unas copas en The Hustle? ¿Quizá un baile?
—pregunta Lola moviendo las caderas y cambiando diametralmente de tema.

Yo tuerzo el gesto divertida. Me apetece muchísimo estar con estos tres elementos, pero no quiero salir.

—¿Y si subimos? —propongo señalando el edificio a mi espalda—. Podemos pedir comida china y bebernos el alcohol de Donovan.

—¿Glenlivet? —pregunta Mackenzie. Asiento—. Me apunto a eso.

Las chicas sonrían, incluso dan alguna palmadita.

—Me lo tomaré como un sí —comento socarrona.

Giro sobre mis pasos y empujo la enorme puerta de cristal. Saludo al portero con una sonrisa y bajo su atenta mirada caminamos hasta el ascensor.

—Nada de mirar la cama fijamente —nos recuerda Lola mientras esperamos a que las puertas se cierren—. No quiero líos.

Y otra vez las tres rompemos a reír.

Nos acomodamos en el sofá y, como propuse, pedimos comida china que no tarda más de diez minutos en llegar. Con la cena tomamos la primera ronda de cervezas y una hora después ya vamos por la tercera.

—La casa es una pasada —comenta Harper admirada, casi hundida en el comodísimo sofá y con los pies descalzos subidos a la mesita de centro—. Seguro que se tiró a su decoradora.

Lola asiente mirando la pared como si los estuviera viendo follar en este mismo instante.

—Seguro que hasta los carpinteros eran mujeres y se las tiró a todas —sentencia Mackenzie.

Lola vuelve a asentir convencidísima y apenas un segundo después todas lo hacemos. Juraría que acabamos de imaginarnos la misma escena llena de piernas, melenas rubias y cascos amarillos de obra.

—Eso es lo que pasa cuando formas parte de esa clase de hombres —comenta Lola perdiendo la vista en una panorámica del ático.

Mackenzie, Harper y yo nos miramos confusas entre nosotras y después de nuevo a ella.

—¿Qué clase? —pregunto divertida.

—De los que, antes de follarte, ponen cara de que saben que van a hacerte el favor de tu vida.

Las tres nos miramos boquiabiertas y a los pocos segundos todas nos echamos a reír.

En ese preciso instante las puertas del ascensor se abren y Donovan entra con paso decidido. Harper levanta los pies de la mesita en cuanto repara en su presencia y creo que Mackenzie incluso cuadra los hombros. Sólo Lola lo observa imperturbable, disfrutando del hecho de que ha entrado en su castillo por la puerta grande. Yo, por

mi parte, trago saliva y aparto mi mirada de él. Parece enfadado y no le culpo, pero no podía regresar al archivo.

Donovan continúa observándome. Sus ojos son un reguero de emociones, pero es toda esa rabia contenida y toda esa arrogancia las que dominan su mirada. Ha sido así desde el día en que lo conocí. Me pregunto si en algún momento dudó de que fuera a obedecerle pidiéndole a Brodie que se marchase. Me pongo los ojos en blanco mentalmente. Seguro que no. Creo que tiene clarísimo lo que siento por él. Por eso era tan importante que no regresase al archivo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que han pasado más de dos horas desde que me marché. Puede haber hecho muchas cosas en ese tiempo; por ejemplo, ir al club.

—No sabía que el aquelarre se reunía aquí esta noche —comenta arisco cruzando el salón en dirección a la cocina y cogiendo una cerveza del frigorífico.

No digo nada. Sigo dándole vueltas a la idea de que haya ido al club. Odio esa idea.

—Pecosa, señoritas, Eduardo —nos saluda antes de dejarse caer en el sillón junto al sofá.

Lola le hace un mohín que él finge no ver mientras le da un trago a su Budweiser.

—Katie, como te decía —comenta Lola impertinente—, creo que deberías aceptar la invitación a cenar de Brodie.

Frunzo el ceño. No entiendo nada. Sí, es cierto que les he comentado algún detalle sobre él, pero no ha sido mucho y desde luego no es de lo que estábamos hablando justo antes de que entrara Donovan. Pero entonces ella me abre exageradamente los ojos y en seguida comprendo que lo que quiere es fastidiarlo.

Le hago un mohín. No quiero hacer esto. Por hoy ya he tenido suficientes tiras y aflojas con Donovan Brent.

—Es guapo, simpático, gana una pasta y resulta más que obvio que está loco por ti. ¿Qué más quieres?

Está claro que mi queridísima amiga no va a rendirse.

—No lo sé —se apresura a responder Harper—, pero, si no se lo queda ella, me lo quedo yo.

Las cuatro nos echamos a reír por su efusividad y Donovan se levanta malhumorado. Lo seguimos con la mirada y puedo ver un brillo perverso y satisfecho en los ojos de Lola. Esto es lo que pasa cuando la llamas Eduardo.

—Pecosa —me llama desde la habitación.

—No vayas —me ordena Lola con la voz muy baja pero gesticulando como si fuera un *drag queen* recogiendo un Oscar para compensar.

—Lola —la reprendo.

—Katie —replica muy seria.

Yo resoplo y me levanto.

—No quiero hablar con él —me explico malhumorada precisamente por tener que explicarme—, pero tampoco tengo seis años. Me parece ridículo ignorarlo como si no

estuviera aquí.

Lola pone los ojos en blanco mientras yo rodeo el sofá y avanzo hasta la habitación. Ella se gira y se arrodilla en el tresillo para volver a tenerme en su campo de visión.

—Ay, lo estás haciendo todo mal —replica de nuevo casi en un susurro pero seguro que gritándome mentalmente—. Pendeja.

Yo la asesino con la mirada. Nunca he sabido qué significa exactamente *pendeja*, pero, cada vez que me lo llama con un marcado acento mexicano, sé que se está metiendo conmigo.

Entro en la habitación con paso lento pero tratando de que sea lo más seguro posible. No pienso demostrarle que esto me afecta.

Donovan está apoyado, casi sentado, sobre la sofisticada cómoda. Le da un trago a su cerveza y me observa de arriba abajo mientras camino por la habitación. Su halo de atractivo resplandece con más fuerza que nunca y no tengo ni idea de cómo consigue que eso suceda cada vez que quiero esforzarme en odiarlo o, por lo menos, estar enfadada con él.

—¿Qué quieres? —pregunto deteniéndome en el centro de la estancia.

Mejor guardar una distancia de seguridad.

—Diles que se vayan. Tenemos que hablar.

Resoplo. Otra rabieta. Simplemente quiere el juguete con el que le han dicho que ahora no puede jugar.

—¿Hablar de qué?

—De algo que sólo nos incumbe a ti y a mí, Pecosá.

Con cada palabra se ha ido acercando un paso más a mí, asegurándose de que ese perfecto atractivo que desprende me vaya envolviendo.

Otra vez se queda muy cerca, demasiado cerca, pero no me toca. Creo que esa es su manera de castigarme, de hacer que toda mi atención se centre en él y absolutamente nada pueda distraerme.

—Creí que iba a volverme loco cuando pensé que te habías ido con ese gilipollas.

Alza su mano y despacio acaricia mi vestido a la altura de mi estómago. No puedo evitar suspirar, casi gemir, por el contacto. Donovan me atrae contra él y deja caer su frente sobre la mía.

—Katie —susurra y el hechizo se vuelve aún más fuerte.

Asiento y Donovan se separa de mí. Sacando fuerzas no sé exactamente de dónde, comienzo a caminar. Ahora tengo más claro que nunca que debería marcharme al rincón más alejado del país y esconderme hasta volverme inmune a Donovan Brent.

—Lo pensaré —musito justo antes de abrir la puerta y salir.

Lo último que veo son esos preciosos ojos observando cómo me alejo.

Vuelvo al salón y a mi sitio en el sofá. Las chicas me preguntan, pero finjo no oírlas y cambio de conversación. No quiero echarlas. No quiero hacerlo, son mis amigas y él sólo está jugando. Sólo quiere que se vayan porque está enfadado porque

no regresé a la oficina.

Sin embargo, una parte de mí no para de repetirme que, quizá, quiere hablar de verdad, reconocer cómo se siente con Brodie y dejar que yo reconozca cómo me siento con las otras chicas; pero es la misma parte que está convencida de que Donovan y yo tenemos un futuro. Es la que se alimenta de novelas románticas y helado de chocolate y tiene un póster gigante de Jamie Dornan al que besa antes de irse a dormir. ¿Cómo de sensato es escucharla?

Suspiro mentalmente, un suspiro de pura extenuación.

—Katie Conrad, ¿qué te ha dicho ese cabronazo? —pregunta Lola sacándome de mi ensimismamiento.

Me conoce lo suficiente como para saber que sigo anclada en esa conversación y en esa habitación. Además, el hecho de que no haya dicho más de tres palabras seguidas es una pista bastante clara.

—Quiere que hablemos —me sincero.

—¿Y tú quieres que habléis?

Me humedezco el labio inferior y alzo la mirada para encontrarla con la de mi amiga. La genuina comprensión que encuentro en sus grandes ojos castaños me da el empuje necesario.

—Sí —respondo encogiéndome de hombros.

Lola sonrío llena de empatía.

—Chicas, vámonos a The Hustle. Si no empezamos ya con los cócteles, no vamos a conseguir una resaca decente para mañana.

Mackenzie se levanta de un salto y, divertida, tira de Harper para que haga lo mismo. Las cuatro caminamos despacio hasta el ascensor. Lola lo llama y las puertas se abren casi de inmediato.

—¿Estarás bien? —inquire Harper.

Asiento.

—Mándalo al cuerno y vente con nosotras —me pide Mackenzie entre risas—. Te buscaremos a otro. No será tan guapo y probablemente no haya leyendas urbanas acerca de lo bien que folla y...

Mackenzie resopla pensativa. Acaba de darse cuenta de que es complicado encontrar una alternativa mejor o, por lo menos, con la que la diferencia no sea tan abismal.

—No lo intentes —le aconseja Lola—. Habrá mirado la cama fijamente.

Yo trato de disimular una sonrisa por su comentario, pero no soy capaz de hacerlo más de un par de segundos.

—No dejes que te convenza demasiado rápido —me pide Lola ya desde el ascensor—. Se merece sufrir un poco.

Y eso que ni siquiera sabe todo lo que ha pasado.

Asiento una vez más y las observo hasta que las puertas del elevador se cierran. Resoplo, creo que no había resoplado tanto en todos los días de mi vida, y giro sobre

mis pasos. Me espera una conversación demasiado complicada.

Estoy sólo a un par de metros de la habitación cuando la puerta se abre sobresaltándome. Tengo que contener un suspiro al ver a Donovan. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva un perfecto traje de corte italiano negro con la camisa también negra con los primeros botones desabrochados. Decir que está espectacular sería quedarse increíblemente corta, está más, mucho más de lo que una simple palabra pueda describir.

Sin ni siquiera mirarme, avanza hasta el ascensor colocándose bien los carísimos gemelos de platino en su aún más carísima camisa. Yo lo observo boquiabierto. En un principio por lo guapísimo que está, pero inmediatamente después porque va a marcharse. Reacciona, idiota.

—¿Adónde vas? —pregunto atónita.

—Al club —responde sin más—. Me has hecho esperar demasiado y he cambiado de opinión. Recuérdalo la próxima vez.

Quiere sonar indiferente, pero su cristalino enfado reluce con fuerza.

No me lo puedo creer. Sencillamente no me lo puedo creer. Es un bastardo miserable.

Camina hasta el ascensor, lo llama y, cuando las puertas se abren, entra en él destilando toda esa seguridad, dejándome claro a cada paso que ha dado que he sido una verdadera estúpida por pensar que de algún modo estaba dispuesto a que las cosas cambiaran entre nosotros.

Alza la cabeza y me mira frío, exigente, indomable, justo antes de que las puertas se cierren, Donovan Brent en estado puro. Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano porque nada de lo que siento ahora mismo salga a la luz, le mantengo la mirada. Estoy dolida, triste, furiosa, pero no pienso permitirme demostrarlo. No con él y no ahora.

No sé qué hacer. Se ha marchado y yo debería hacer lo mismo. Habrá más chicas. Eso a estas alturas está claro como también lo está que, si me quedo a verlo, acabará conmigo. Estoy demasiado colada por él. Pero entonces caigo en la cuenta de que la solución es mucho más sencilla. Convencida, salgo disparada. Cojo mi bolso, mi abrigo y llamo al ascensor al tiempo que saco mi móvil y abro el WhatsApp.

Quince minutos después estoy en la puerta del edificio de Lola, helándome de frío, esperando a que ella llegue.

—Harper y Mackenzie han ligado con unos *brokers* de bolsa y se han quedado en el *pub* —me informa a unos pasos.

Tuerzo el gesto. Me sentía más cómoda con tres cómplices.

—¿Vas a decirme de una vez adónde vamos? —inquire al llegar hasta mí.

La observo a la vez que frunzo los labios sopesando opciones. Espero que no le parezca un plan absurdo y ridículo y se niegue a acompañarme.

—Vamos al Archetype —digo en un golpe de voz.

Lola conecta nuestras miradas tratando de leer en la mía.

—Donovan está allí, ¿verdad?

—Sí y, antes de que digas nada —me apresuro a interrumpirla—, no estoy buscando ir allí para montarle una escena de celos ni nada parecido. Tengo un plan, pero no quiero presentarme sola ni tampoco así —añado tirando de mi sencillo vestido.

Lola se queda pensativa y, tras lo que me parece una eternidad, al fin sonrío.

—Cara Delevingne —dice suspirando—, desfile de Sarah Burton para Alexander McQueen, semana de la moda de Nueva York 2012.

Sonrío sincera. Sé que siempre puedo contar con ella.

—Si quieres que te acompañe al Archetype, lo haré con mi mejor *look*, pero creo que es algo que sólo os incumbe a Donovan y a ti.

Asiento. Tiene razón. No voy a negar que preferiría que viniese para sentirme más respaldada, pero también entiendo que es algo que tengo que hacer yo sola.

Antes de ir a casa de Lola, pasamos por mi apartamento. Rebuscamos en mi armario hasta encontrar un vestido verde que ni siquiera recordaba que tenía y mis salones negros de plataforma. Según Lola, cualquier ayuda para ganar unos centímetros será bienvenida.

Me miro frente al espejo. El maquillaje es perfecto y el vestido, una pasada, ajustado con un elegante escote, corto pero no vulgar. Giro sobre mis tacones para verme por detrás. Sonrío y giro de nuevo. Me siento *sexy* y rockera. Justo lo que necesito. Giro una vez más. Todo da vueltas y estoy a punto de chocarme contra el espejo. Tengo que dejar de ser tan patosa urgentemente.

Cuando el taxi se detiene frente al Archetype, tengo un nuevo ataque de dudas. Creo que voy a alimentar un fuego que no tengo claro que vaya a ser capaz de controlar. Respiro hondo. Para bien o para mal, este plan me dará respuestas y eso es lo que necesito. Asiento infundiéndome valor. Puedo hacerlo.

El portero me abre la puerta y me saluda con un profesional «buenas noches» al que respondo con una sonrisa. Prefiero no hablar. Si no hablo, no hay posibilidades de tartamudear.

Antes de acceder a la sala principal, repaso el plan. Sólo tengo que fingir que tengo la suficiente seguridad en mí misma como para que llevar esta ropa y venir a este club sea algo completamente normal para mí. Si lo consigo, lo demás vendrá solo. Cree y creerán.

Me acerco a la barra y, mientras espero a que una de las camareras vestidas de *pin-up* me atienda, echo un vistazo a la sala. Donovan no está. Trago saliva. Un fognazo en mi mente hace que inmediatamente piense que está en una de las habitaciones con una mujer. Tengo el impulso de marcharme antes de verlo aparecer seguido de una chica con pinta de haber pasado el mejor rato de su vida, pero me contengo. Llegados a este punto tengo que ser valiente.

—¿Qué desea tomar?

Lo pienso un instante.

—Glenlivet con hielo.

La camarera me mira sorprendida un segundo pero en seguida me sirve la copa. No la culpo. El personal de este local es siempre el mismo, supongo que para evitar indiscreciones, y ninguna de las camareras me ha visto nunca pedirme una copa para mí. Normalmente le robo algunos sorbos a Donovan. Lo hacemos como parte del juego y de esa intimidad tan dulce que siempre se crea entre nosotros cada vez que estamos aquí.

Apenas he dado el primer trago cuando me doy cuenta de que un grupo de mujeres a unos taburetes de mí me miran sin mucho disimulo. No sé por qué me observan, pero lo comprendo en seguida cuando su mirada se pierde en el fondo de la sala y el brillo de sus ojos cambia.

Donovan está aquí.

Durante un primer instante me niego a volverme. No quiero. Me da un miedo atroz encontrarlo con otra mujer. Pero en el siguiente segundo mi curiosidad y esa parte de mí que se quedaría mirándolo aunque estuviésemos en mitad de un huracán ganan la partida y, despacio, me giro.

Al verlo junto a Colin y otro hombre que no reconozco, suelto una bocanada de aire. Sin darme cuenta había contenido la respiración.

Por las expresiones de los tres, es obvio que están hablando de negocios.

Cuando me ve, toda su expresión cambia y por un momento no sé si está aliviado o enfadado de encontrarme aquí. Sus ojos me recorren con descaro sin dejar un centímetro de mi piel sin cubrir. Se humedece el labio inferior y sé que el vestido ha surtido el efecto deseado. Donovan cierra el puño con fuerza como si estuviera conteniendo todos sus instintos que le gritan que venga hacia mí, que me cargue sobre su hombro, que me folle hasta que no exista cielo ni infierno.

Nos miramos por una porción de tiempo indefinida, deseándonos. Exactamente como la primera noche que nos encontramos aquí, creando nuestra propia burbuja a pesar de los metros de distancia, de las mujeres que se lo comen con los ojos, de que ni siquiera podamos tocarnos.

Le pertenezco.

Donovan murmura algo a Colin y al otro hombre sin ni siquiera mirarlos y comienza a caminar hacia mí. Si quiero poner mi plan en marcha, tengo que reaccionar y tengo que hacerlo ya.

Tomo mi copa con dedos perezosos y echo a andar hacia la puerta que lleva al piso superior. Miro tímida por encima de mi hombro con lo que espero sea una dulce y sensual sonrisa en los labios y me aseguro de que me sigue.

Accedo a los serpenteantes pasillos, despacio esquivo a otras personas, otras puertas. Cada vez siento sus pasos más cerca, más acelerados. Su mano rodea mi muñeca con fuerza. Me obliga a girarme. Me lleva contra la pared.

—¿Qué haces aquí? —susurra con la voz rota de deseo abriéndose paso entre mis piernas, estrechándose entre la pared y su cuerpo.

—Enterrar el hacha de guerra.

Donovan me mira directamente a los ojos. Nuestras respiraciones aceleradas inundan todo el espacio entre los dos y su olor a suavizante caro y gel aún más caro se entremezcla con el de mi colonia de Dior.

Quiere besarme. Lo desea tanto como lo deseo yo. Pero puedo ver en su mirada cómo su sentido común y su autocontrol se alían perspicaces. Mackenzie tenía razón. Es muy inteligente y muy listo.

—Por favor —murmuro con esa dulzura y esa sumisión que reflejaban mi sonrisa, apelando a esa parte que sólo quiere que quiera complacerle.

Donovan no dice nada. Se abalanza sobre mí y me besa con fuerza, desmedido, desbocado, salvaje... haciendo que la idea que me ha traído hasta aquí sencillamente esté a punto de esfumarse.

—Quiero jugar —musito contra sus labios.

Donovan sonrío *sexy* y me muerde el labio inferior, fuerte, hasta hacerme gemir.

—¿Con quién? ¿Con Erika?

Niego con la cabeza y acepto entregada otro espectacular beso.

—Con un hombre —respondo en un golpe de voz.

Donovan se queda inmóvil. Su mirada se oscurece y el juego de luces del pasillo sensualmente iluminado hace que sus ojos cambien de verdes a azules.

—Tú dijiste que algún día lo probaríamos —musito pero consiguiendo que mi voz suene segura— y, después de todo lo que ha pasado hoy, has dejado claro que verme con otro hombre no es algo que te moleste.

Alza la mirada y la clava directamente en la mía. Sabe que acabo de ponerlo entre la espada en la pared.

Sin decir nada, se separa y me toma de la mano obligándome a caminar. Pasamos un número indefinido de puertas hasta que abre una. Las risas y los murmullos propios de una fiesta nos reciben.

La sala es sofisticada y elegante como todas en este club. Hay al menos diez hombres repartidos por ella. Charlan cómodamente en los sofás, se sirven unas copas o simplemente están de pie en el centro de la estancia. Hay tres chicas. Una de ellas, Erika. Suena una música suave y todos parecen estar pasando un rato de lo más agradable.

Donovan me suelta y se dirige hacia el pequeño bar. Se sirve una copa e inmediatamente se pasa las manos por el pelo. Es obvio que no quiere estar aquí. Siento una punzada de culpabilidad, pero la aparto rápidamente. Si quiere acabar con esto, sólo tiene que decirlo.

Erika me ve, sonrío y me hace un gesto con la mano para que me acerque. Yo me obligo a poner mi mejor sonrisa y caminar hasta ella. Me presenta a las otras dos chicas y comenzamos a charlar. Desde fuera no es más que una simple fiesta como todas en este club.

Discretamente miro a los hombres, algunos ya nos observaban a nosotras. Sólo

espero que Donovan frene todo esto antes de que tenga que hacerlo yo. No quiero estar con ninguno de ellos, sólo con él, pero necesito que me entienda, que comprenda cómo me siento, y esta es la única manera en la que puede ponerse en mi piel.

Uno de los hombres se acerca a nosotras. Se coloca a la espalda de una de las chicas, no recuerdo cómo se llama, y le susurra algo al oído. Ella sonríe, gira sobre sus tacones de diseño y lo sigue encantada fuera de la habitación. Yo suspiro discretamente. No quiero que nadie, y en especial Donovan, se dé cuenta de lo nerviosa que estoy.

Se sienta en el sofá. Creo que va por la tercera copa desde que entramos aquí. Un par de hombres se acercan. Se presentan y comenzamos a charlar. Parecen simpáticos.

La música cambia. Suena *Pyro*, de los Kings of Leon.^[4]

La otra chica, de la que tampoco recuerdo su nombre, nos sonríe a todos como despedida y camina hacia Donovan. Discretamente, o por lo menos eso espero, la sigo con la mirada. Aún les separan varios pasos cuando Donovan la mira frío e intimidante y, con un simple gesto de cabeza, le hace entender que no se acerque. Yo saco todo el aire de mis pulmones. De nuevo, sin darme cuenta, había contenido la respiración hasta saber cómo reaccionaría. Es la segunda vez que me pasa esta noche.

Nuestras miradas se encuentran. La culpabilidad vuelve, pero no puedo rendirme.

Uno de los hombres le dice a Erika algo al oído y ella sonríe y asiente con esa mezcla de timidez y picardía que siempre funciona. Me coge de la mano y, divertida, me señala al hombre. Involuntariamente miro a Donovan. Él también me mira a mí. Sé lo que tengo que hacer, pero en el fondo no quiero hacerlo. Este es el plan para bien y para mal y, si él no me para, al menos servirá para que pueda tener claro lo que realmente siente por mí.

Asiento despacio, llena de dudas, aunque no me permito mostrarlas. Erika y el hombre sonríen y comenzamos a caminar hacia la puerta. No sé cuántos pasos llevo a dar. La canción sigue sonando y creo que lo hace con más fuerza. Donovan se levanta, cubre lleno de seguridad la distancia que lo separa de mí y, tomando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza, con toda la rabia que lleva sintiendo desde que llegamos a esta habitación.

—Déjame llevarte a casa —me pide, me ordena, contra mis labios.

—¿Por qué? —musito llena de todo lo que me hace sentir.

Necesito una respuesta.

—Porque estoy muerto de celos, porque no quiero que ningún otro tío te toque, porque eres mía, Katie. Eres mía —dice haciendo hincapié en cada letra.

No es una declaración de amor. Ni siquiera han sido unas palabras fáciles para él, pero, precisamente por eso, por toda la rabia que hay en ellas, toda la frustración, todo el deseo contenido, por la batalla consigo mismo, no podrían ser más sinceras.

—¿No habrá más mujeres? —murmuro con la respiración entrecortada,

disfrutando del calor de sus manos acunando mi cara, de su frente apoyada en la mía.

—Joder, no habrá nadie más —se apresura a replicar—, nunca.

Sonrío como una idiota y saboreo el suave sonido de su perfecta sonrisa cuando es él quien lo hace justo antes de besarme.

Prácticamente sin separarnos un solo centímetro, salimos de la habitación y del club. El jaguar nos espera en la puerta. Nos metemos en el coche e inmediatamente Donovan me acomoda a horcajadas sobre él. Nuestras bocas se encuentran al instante y nuestras manos vuelan descontroladas en busca del otro. Donovan entrelaza nuestros dedos con fuerza y lleva mis manos a mi espalda.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar hasta que lleguemos a casa —murmura con una sexy sonrisa contra mis labios.

Libera una de sus manos y, acariciando mi pierna, la pierde bajo mi vestido. Sólo necesita acariciar una sola vez la tela húmeda de mis bragas para que los dos perdamos la poca cordura que nos queda. Me suelta las manos para darse toda la prisa del mundo. Libera su poderosa erección, saca un preservativo y, tras romper el envoltorio con los dientes, se lo coloca en décimas de segundos. Aparta la tela de mis bragas y, guiando su magnífica polla, entra en mí, calmándonos a los dos un mísero segundo e incendiando nuestros cuerpos como si lleváramos meses sin tocarnos.

—Si la miras una sola vez, te despido —le advierte al conductor.

¡El chófer! ¡Por Dios! Quiero protestar, bajarme de su regazo, pero Donovan empieza a moverse y todo lo demás deja de existir.

Ruedo por la inmensa cama. Aún no he abierto los ojos y ya tengo una gigantesca sonrisa en los labios. Sin embargo, no tarda mucho en apagarse y automáticamente frunzo el ceño. ¿Dónde está Donovan?

Me levanto despacio, me pongo su camisa y salgo al salón. El corazón se me encoge al volver a encontrarlo sentado en el suelo con una vaso de Glenlivet y hielo en la mano. Vuelve a hacer el mismo ritual. Se toca el costado derecho, el brazo izquierdo por dos sitios, el hombro y, por último, la cicatriz sobre la ceja. Con cada gesto, un susurro en alemán. Lo rodea una atmósfera tan triste que unas ganas casi asfixiantes por correr y consolarlo cierran mi estómago de golpe.

—Donovan —murmuro avanzando un paso hacia él.

Mi única palabra no lo sobresalta. Donovan se termina la copa de un trago y se levanta ágil.

—¿Estás bien? —pregunto.

Pero él no contesta. Camina decidido hacia mí, me carga sobre su hombro y me lleva de vuelta al dormitorio.

Me despiertan los rayos de sol entrando por la ventana. Perezosa, me giro buscando

la oscuridad y me acurruco junto al costado de Donovan. Él gruñe adormilado y se gira para que estemos frente a frente. Nuestras piernas se encuentran e instintivamente se enredan. Su olor me envuelve. Sonrío. Alza la mano y la pierde bajo la sábana buscando posesivo mi cadera. La suave tela se levanta a su paso e inconscientemente mi cuerpo sale a su encuentro. Aún adormilada, me acomodo en su pecho. Donovan agacha la cabeza y, despacio, explorando, busca la mía hasta que nuestros labios se quedan muy cerca.

No he abierto los ojos y sé que él tampoco lo ha hecho. Ni siquiera tengo claro si estamos despiertos del todo. Sólo nos estamos saboreando, disfrutando de que el otro esté ahí, en esta inmensa cama.

Mueve sus labios y nuestras bocas se encuentran. Nos fundimos en un beso largo, perezoso, somnoliento. Instintivamente los dos nos movemos a la vez y poco a poco mi cuerpo va quedando bajo el suyo. Sus caderas se pierden entre las mías y nuestras piernas vuelven a enredarse. Acaricio su abdomen y mis dedos se recrean en el músculo que nace en su cadera y se aventura hacia abajo. Donovan entrelaza su mano con una de las mías y las desliza por la cama hasta acomodarlas por encima de mi cabeza.

Seguimos besándonos. Sus labios saben tan bien.

Su otra mano sube despacio por mi costado, acariciándome con la punta de los dedos. Se pierde en mi pecho. Gimo. Sus besos se hacen más intensos. Me aferro a sus hombros.

Su mano aprieta con fuerza la mía.

Y entra en mí. Me deja sin respiración y me devuelve el preciado oxígeno con sus besos. Me embiste despacio, profundo, delicioso. Por primera vez no hay nada entre nosotros y todas las sensaciones se multiplican.

Los armónicos músculos de su espalda se tensan bajo mi mano. Nuestros cuerpos se bañan de un dulce sudor.

Todo es deliciosamente lento, cadencioso, indomable, como algo que se deshace despacio, a su propio ritmo. Dos cuerpos simplemente disfrutando del calor del otro.

Gimo más fuerte. Donovan gruñe. Me pierdo en su espalda, en sus besos. Se mueve más rápido. Nuestras respiraciones se entremezclan. Mis caderas salen a su encuentro. Nuestros dedos se entrelazan con más fuerza.

—Katie—susurra.

Su voz. Su voz es lo mejor de todo.

Gimo. Gruñe. Grito. Y me deshago en la perfecta manera en la que se mueve, en cómo su boca conquista la mía, en la suave sensación de estar mecida entre sus caderas mientras mi cuerpo se rinde al suyo y a todo el placer multiplicado por mil de cada beso, de cada caricia, de cada embestida en esta mañana perfecta en la que no hemos follado hasta caer rendidos, sino en la que, por primera vez, hemos hecho el amor.

Donovan sigue moviéndose intenso, ágil, perfecto. Sus besos se desatan. Rodeo

sus caderas con mis piernas. Su cuerpo se tensa y se pierde en el mío con mi nombre en sus labios.

El sonido de nuestras respiraciones entremezcladas llena la habitación mientras seguimos con los ojos cerrados, disfrutando de esta sensación perfecta.

—Nunca había practicado sexo somnoliento.

Sus palabras me hacen abrir los ojos, los suyos ya me están esperando. La luz filtrada por las finas cortinas los hace parecer casi verdes.

—No ha estado mal —añade satisfecho.

—No ha estado mal —repito, y pretendo fingirme indiferente, pero no puedo disimularlo por mucho más tiempo y una sonrisa inmensa acaba dibujándose en mis labios.

El iPhone de Donovan comienza a sonar.

—Mientes muy mal, Pecosa —sentencia dedicándome una media sonrisa.

Me da un sonoro beso, se levanta de un salto y sale de la habitación en busca de su teléfono.

Tumbada todavía en la cama, soy incapaz de dejar de sonreír. Puede que haya sido una locura hacerlo sin condón, pero sé que Donovan jamás se ha acostado con ninguna mujer sin usarlo. Es demasiado obsesivo y controlador para correr el más mínimo riesgo. Recapacito un segundo sobre mis propias palabras y mi sonrisa se ensancha hasta límites insospechados. Acabo de compartir una primera vez con el dios del sexo. No es que esté montada en un unicornio, es que estoy haciendo piruetas sobre él mientras sobrevolamos un arco iris custodiado por osos amorosos.

—Pecosa —me baja Donovan de la nube entrando en la habitación—, tengo que marcharme ya a la oficina.

Asiento y me incorporo rápidamente.

—Estaré lista en seguida —digo caminando hasta mi maleta.

—No. Estaré todo el día reunido con Jackson y Colin. Sólo estorbarías.

Tan encantador como siempre. Le dedico mi peor mohín y él finge no verlo.

—Quédate aquí —añade— y, por ejemplo, guarda tu ropa de una maldita vez en el vestidor. Por si no te has dado cuenta, no vives en un campamento de refugiados.

Entra en el baño dejándome con la palabra en la boca. Yo me quedo con la mirada clavada en la puerta. Por mucho que quiera, hoy no soy capaz de enfadarme con él.

Le robo uno de sus calzoncillos suizos y me pongo una de sus camisetas. Podría coger uno de mis pijamas, pero prefiero incordiarlo un poco y usar su ropa.

Estoy preparando café cuando Donovan sale perfectamente vestido. Debería empezar a acostumbrarme a que sea tan injustamente atractivo.

Desayunamos en silencio. Él leyendo el *Times* y yo ojeando mi libro de macroeconomía. Mientras se pone el abrigo y se prepara para marcharse, yo llevo las tazas al fregadero.

—Me marchó —comenta con su habitual tono displicente—. No le abras la puerta a los desconocidos y haz algo productivo. No te pases toda la mañana oliendo mis

camisas, aunque la tentación sea grande.

Yo le golpeo en el hombro a la vez que protesto.

—Eres un gilipollas.

Y soy plenamente consciente de lo estúpida que suena mi voz. En realidad, lo que quiero hacer es darle un beso, pero no sé cómo reaccionaría. Tengo clarísimo que puedo abalanzarme sobre él con la idea de echar un polvo siempre que quiera, pero no sé si le gustaría que lo besara. La idea es un poco rocambolesca, pero también la pura verdad.

—Diviértete en el cole —le digo impertinente haciendo uso de las palabras que él siempre me dedica a mí.

Donovan me observa al tiempo que frunce el ceño imperceptiblemente. No soy capaz de mantenerle la mirada y acabo apartándola. ¿Qué me pasa? ¿Vuelvo a tener quince años? Voy a abrir la boca dispuesta a decir cualquier estupidez que no me haga quedar como una tonta embelesada, pero Donovan me interrumpe cogiéndome de la muñeca y llevándome contra su cuerpo al tiempo que pone los ojos en blanco y sonrío displicente. Me besa con fuerza, intenso, delicioso. Cuando se separa, la mirada de tonta enamorada es imposible de disimular. Él sonrío arrogante y se inclina despacio sobre mí.

—Me resultas transparente, Pecosita.

Me da un beso más corto a modo de despedida y se marcha.

Está claro que no me equivoqué cuando dije que era capaz de leer en mí.

Me paso la mañana estudiando. La verdad es que consigo avanzar bastante. Mientras almuerzo, no paro de darle vueltas a la idea de deshacer por fin la maleta y colgar la ropa en las perchas. Después de todo lo que pasó ayer y, en cierta forma, tras lo que ha ocurrido esta mañana, creo que ha llegado el momento de confiar en lo que sea que haya entre Donovan y yo. Mi parte más romántica le da un apasionado beso en los labios al póster de Jamie Dornan mientras suena música de Cyndi Lauper. ¡Es una locura!

Dentro del inmenso vestidor, no puedo evitar fijarme en la ropa de Donovan. La eficiencia alemana marca de la casa también es patente aquí y todo está perfectamente ordenado. Sonrío, casi río, cuando veo la hilera de camisas blancas y, antes de que me dé cuenta, estoy sucumbiendo a la tentación y oliendo una.

Mi iPhone suena en ese preciso instante, sobresaltándome. Miro la pantalla. Es Donovan. Seguro que tiene cámaras instaladas por aquí para grabar sus encuentros sexuales y ahora va a estar riéndose de mí durante meses.

—¿Diga? —respondo temiéndome lo peor.

—¿Tienes un vestido bonito?

Su pregunta me pilla fuera de juego, pero, como no es una burla por lo de oler sus camisas, automáticamente me relajo.

—No —respondo impertinente—. Todos son horribles.

—Pues entonces ponte uno con el que pueda meterte mano. Tengo una cena con

Jackson y Colin y seguro que me aburro muchísimo —continúa fingidamente displicente. Adora estar con esos dos.

—¿Me estás invitando? —pregunto con una estúpida sonrisa en la cara.

—Las coges al vuelo, Pecosa —se ríe de mí—. A las ocho en el Malavita. No llegues tarde.

Cuelga y mi estúpida sonrisa se ensancha hasta límites insospechados.

Estoy vaciando mi maleta cuando el teléfono fijo comienza a sonar. Resoplo y echo a andar en dirección al salón. Ni siquiera sé por qué me molesto en cogerlo. No van a responder.

—¿Diga? —Espero un par de segundos—. ¿Diga? —repito estirando las vocales.

Me encojo de hombros y me separo el teléfono de la oreja dispuesta a colgar.

—Me gustaría hablar con Donovan.

Abro los ojos como platos y por un momento me quedo paralizada. Es una voz de hombre. Eso rompe todas mis teorías sobre exnovias chifladas o acosadoras celosas.

—Le pregunto si es posible hablar con Donovan —repite.

¡Di algo, idiota!

—Sí... bueno, no —rectifico—. Ahora no está en casa —me explico—. ¿Quién le llama?

Sé que podría ser más educada, pero él tampoco se ha tomado muchas molestias para serlo llamando y colgando sin decir una palabra.

—¿Hola? —llamo su atención al ver que no responde.

Tras unos segundos me doy cuenta de que ha colgado. Me llevo el teléfono a los labios, pensativa. Miro el identificador de llamadas, pero aparece como número privado. Dejo el aparato en su soporte y vuelvo a la habitación aún dándole vueltas. Es un hombre. Desde luego eso no me lo esperaba.

A las seis ya me estoy duchando y decidiendo qué ponerme. Me empiezo a arreglar tan ridículamente pronto que a las siete ya estoy mano sobre mano haciendo tiempo. Cada vez que veo el teléfono, recuerdo la llamada. Estoy muy intrigada.

A las siete y media ya no aguanto más y, aunque sé que es algo temprano, me pongo el abrigo y salgo del ático.

Quince minutos después estoy en la puerta del Malavita, así que me queda otro cuarto de hora por esperar. Hace un frío que pela, pero me quedo fuera. No sé a nombre de quién está la reserva.

Sin embargo, a las ocho y diez sigo todavía en la puerta contra todo pronóstico. Los chicos son muy puntuales. Extrañada, llamo a Donovan, pero no me coge el teléfono. Lo intento con Colin y Jackson, pero tampoco obtengo respuesta. Frunzo el ceño. Es muy raro. ¿Habrán llegado antes que yo y, quizá, ya están dentro?

Entro en el restaurante, me acerco a la *maître* y la saludo con una sonrisa.

—Verá, he quedado para cenar y tal vez las personas a las que espero ya estén dentro.

Ella asiente.

—¿Tenían reserva? —me pregunta profesional.

—Sí, imagino que sí.

La mujer me mira como si me hubiese caído de lo alto de un guindo sólo por imaginar que alguien podría haber conseguido mesa aquí sin reserva, pero, entonces, ¿por qué pregunta?

—¿A nombre de quién?

Resoplo. Vayamos por riguroso orden de nombre de empresa.

—¿Colton?

La mujer asiente de nuevo y repasa la lista.

—No tenemos ninguna reserva con ese nombre.

—¿Podría probar con Fitzgerald?

Por lo menos sólo tengo tres posibilidades. La *maître* repasa la lista con su pluma dorada y alza la cabeza con gesto un tanto molesto.

—No tenemos ninguna reserva con ese nombre —repite.

—¿Brent? —replico nerviosa.

Ella resopla. Creo que, si tampoco está a nombre de Donovan, va a echarme del restaurante. Eso sí, muy amablemente.

—Brent, mesa para cuatro. Aún no han llegado. ¿Desea pasar y esperarlos? —inquire dándome paso con la mano.

Niego con la cabeza.

—Se lo agradezco, pero esperaré fuera.

Qué extraño. Ya son casi y media. En la acera del restaurante, en plena 25 Oeste, vuelvo a llamarlos, pero ninguno de los tres coge el teléfono.

A las nueve estoy oficialmente preocupada. Más aún cuando llamo a las oficinas y el guardia de noche me informa cordialmente de que los tres salieron hace más de una hora. ¿Dónde están?

A las nueve y media me doy por vencida. Estoy helada. Paro el primer taxi que veo y regreso al ático. Sigo llamando, pero nada. Antes de subir le pregunto al portero si Donovan ha pasado por aquí, pero me dice que no lo ha visto, aunque también me comenta que su turno empezó hace poco más de una hora.

No soporto estar simplemente esperando. Estoy muy preocupada. Ha debido ocurrir algo. Estoy planteándome seriamente ir a la oficina a buscar algún teléfono donde poder localizar a Colin o a Jackson cuando oigo las puertas del ascensor abrirse. Miro el reloj. Son más de las diez.

Donovan entra con paso acelerado. Tiene la expresión endurecida. Está furioso, nervioso.

—Donovan —lo llamo caminando hacia él.

Al verme, se detiene y, aturdido, da un paso hacia atrás. Mi preocupación aumenta hasta límites insospechados.

—¿Qué ha pasado? —inquiero en un hilo de voz.

Donovan niega con la cabeza y no sé si lo hace a mi pregunta o a lo que quiera

que haya sucedido. Está agotado y no me refiero a algo físico. Se pasa las manos por el pelo y, al hacerlo, me doy cuenta de que tiene los nudillos ensangrentados.

—Donovan, ¿qué ha pasado? —repito más nerviosa—. ¿Te has peleado con alguien?

Mis palabras parecen sacarlo de una especie de ensoñación. Doy un paso más y nuestras miradas al fin se encuentran. Lo que veo en sus ojos ahoga mi corazón y casi me deja sin aliento. Está destrozado.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla. Sólo quiero consolarlo de algún modo. El contacto parece reconfortarlo; cierra los ojos y respira hondo, como si mi piel contra la suya fuese lo único que necesitara, pero apenas un segundo después se aparta brusco.

—Donovan —murmuro.

Por Dios, ¿qué le ha pasado?

Se queda de pie, frente a mí, pero no me mira.

—Donovan...

—Te he reservado una habitación en el Saint Regis —me interrumpe apartándose de mí y caminando hasta el centro del salón—. Márchate.

Al fin me mira y sus ojos están inundados del dolor y la rabia más cristalinos que he visto jamás.

Me humedezco el labio inferior tratando de contener mis lágrimas. No sé de qué me sorprende. Se lo he visto hacer con varias chicas. Puede que yo me vaya con una reserva para una habitación en uno de los mejores hoteles de la ciudad y no mientras se toma un café recién levantado, pero el resultado es el mismo. Me está alejando de él.

Sin embargo, no puedo marcharme sin más. Es obvio que le ha pasado algo. Debo de ser la más estúpida entre las estúpidas, pero creo que me necesita.

—No voy a irme sin saber qué te ha pasado.

—Katie —me reprende.

—Tienes la mano ensangrentada. Es obvio que te has peleado con alguien.

—Katie —repite.

Está llegando al límite.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Basta ya! —Su voz está endurecida, demasiado intimidante, demasiado exigente.

Mis protestas se callan de golpe.

—Quiero que te vayas —sentencia—. Me comporto como un auténtico cabrón contigo y tú sigues ahí tan entregada y tan enamorada. Te traje aquí porque quería echarte un polvo, nada más, y eso se acabó.

Yo asiento y otra vez lucho por contener las lágrimas. Una parte de mí sencillamente se niega a creerlo. No después de todo lo que vivimos ayer y de la manera tan dulce en la que me hizo el amor esta mañana.

—¿Cómo puedes decir que sólo querías sexo después de lo que ha pasado esta mañana?

—Lo de esta mañana ha sido una estupidez. Yo no te quiero, Katie. Nunca voy a quererte.

No hay un solo atisbo de duda en su voz, únicamente rabia y dolor. Clavo mi mirada en el suelo y resoplo obligándome a no llorar, pero no puedo evitar que una primera lágrima caiga por mi mejilla.

Corro hasta la habitación, abro la maleta que hoy mismo guardé en el vestidor y, sin poder dejar de llorar, meto lo más de prisa que puedo toda mi ropa en ella.

Esto me pasa por confiar en quien no debo, por pensar que la vida es como una novela romántica, por no ser honesta, ni lista, ni leal conmigo misma. Ahora estoy enamorada de Donovan Brent y él acaba de echarme de su casa.

Me sorbo los mocos, cierro la maleta de golpe y salgo del vestidor. Veo uno de sus coches de colección, el Alfa Romeo Giulia Spider negro de 1963 y, antes de que la idea cristalice en mi mente, lo cojo con manos temblorosas y lo guardo en mi maleta.

Cuando salgo al salón, a pesar de que es lo último que quiero, me hago

plenamente consciente de Donovan. Está nervioso, inquieto. Es obvio que le ha pasado algo, pero también está claro que no quiere contármelo, que ni siquiera me quiere cerca. Contengo un nuevo sollozo. Lo de no llorar delante de él sigue en pie.

Donovan ni siquiera me mira. Su vista está perdida en el inmenso ventanal.

El unicornio se ha desbocado, me ha tirado al suelo y se ha largado riéndose de mí.

—No voy a quedarme en el Saint Regis —digo dejando la identificación del trabajo y mi iPhone sobre la isla de la cocina—. No quiero nada de ti, Donovan.

Mis palabras le hacen volverse. Observa lo que he dejado sobre la barra, pero su gesto permanece imperturbable. ¿Ni siquiera le duele un poco?

Llamo al ascensor. Está en planta, así que las puertas se abren inmediatamente.

—Adiós —murmuro.

Pero él no contesta. Ni siquiera va a regalarme esa última palabra. Las puertas se cierran y, antes de que pueda controlarlo, rompo a llorar otra vez. No he querido hacerlo delante de él por un estúpido ataque de orgullo, pero ya no hay ningún hombre guapísimo de ojos aguamarina mirándome. Puedo dejar de fingir que soy fuerte y que estar alejándome de él no me está destrozando por dentro.

Cuando Lola abre la puerta y me encuentra al otro lado llorando como una Magdalena con la nariz y los ojos rojos y sosteniendo mi maleta, suspira y me abraza con fuerza.

—Te dije que no te enamoraras de él —me recuerda.

La combinación perfecta de palabras para que llore todavía más desconsoladamente. Me recuerdan que soy una idiota por no comprender que era obvio que las cosas terminarían así y una idiota todavía mayor por, aún comprendiéndolo, haberme colado de esta manera por él.

Esa noche duermo, más que mal, fatal. La paso entera llorando en el sofá de Lola. Me ha ofrecido su cama, pero yo he preferido la relativa intimidad del salón. Sin embargo, en mitad de la noche, en un ataque de perversa memoria, me he recordado a mí misma que estoy en un tresillo y durante un microsegundo suicida he pensado que Donovan vendría a buscarme. Ha sido en ese instante en el que no sigues dormido pero aún no te has despertado del todo y, cuando lo he hecho, me he querido morir. Donovan no está y no va a volver.

Me despierta la lluvia contra la ventana del salón. Ayer había sol y hoy parece que estamos a dos nubes del diluvio universal. Una buena metáfora de mi penosa vida. Resoplo a la vez que giro en el pequeño sofá. Era prácticamente imposible que esta historia terminara bien. Estamos en el mundo real, no en un cuento de hadas, aunque se estuviese pareciendo bastante. Sólo teníamos que cambiar el caballo blanco por un jaguar, el castillo por un ático en Park Avenue y al príncipe por un dios del sexo presuntuoso, engreído e incapaz de albergar ningún sentimiento. Sacudo la cabeza. Ni

siquiera después de que me echara de su casa de esa manera puedo pensar que sea incapaz de sentir algo. Sé que todo lo que ocurrió con Brodie significó algo para él y, sobre todo, sé que aquella mañana de sexo somnoliento significó algo para él. Fue demasiado intenso, demasiado especial.

Vuelvo a girarme exasperada a la vez que clavo mi mirada en el techo. Acabo de llegar a dos conclusiones. La primera, Donovan es un bastardo con todas las letras. Una verdad simple y sencilla que tengo que asumir de una maldita vez. Soy rematadamente estúpida. No tengo ni un mínimo instinto de supervivencia sentimental. Si mi vida fuera una película, me enamoraría de Bogart en *Casablanca*, de Daniel Cleaver en *Bridget Jones*, del vampiro que aún no ha superado su sed de sangre humana en *Crepúsculo*. Así que la segunda conclusión es que, por mi bien, tengo que aprender a ser más lista y entender que lo que quiero no es siempre, o mejor dicho, casi nunca, lo que me conviene.

Lola se levanta poco después. Prepara un desayuno con el que podrían alimentarse cuatro estibadores de puerto y nos lo comemos viendo una reposición de la famosa telenovela «The Young and The Restless». Ella intenta hacerme hablar, pero no me apetece. Prefiero que nos concentremos en los problemas de las vidas ajenas, como en los de la protagonista del culebrón, Lauren Fenmore-Baldwin; sólo con esos apellidos ya suena a vida sentimental convulsa.

No deben de ser más de las diez cuando llaman a la puerta. Lola va a abrir. La oigo cuchichear en la entrada y a los pocos minutos regresa con expresión seria. Lo primero que pienso es que se trata de Donovan, pero automáticamente descarto la idea. Si se hubiese atrevido a venir, cosa poco probable, los gritos de Lola se hubiesen oído en todo el Lower East Side.

—Katie, Jackson Colton está aquí. Quiere hablar contigo. ¿Lo dejas pasar?

Miro a Lola y lo pienso un instante. Ya he tomado la decisión de dejar la empresa y él es uno de los mejores amigos de Donovan. No entiendo a qué ha venido. Sin embargo, no voy a negar que sigo preocupada por cómo regresó Donovan a su apartamento. Es obvio que se peleó con alguien. Resoplo. Maldita curiosidad y maldito sentimiento católico de culpa de familia irlandesa de clase media. ¡No os necesito!

—Dile que pase —murmuro levantándome con mi taza de café en la mano.

Jackson entra en el pequeño salón de Lola con paso lento pero muy seguro. Creo que nunca he visto a ninguno de los tres caminar con paso dubitativo. Me observa y me sonrío con ternura. Supongo que el viejo chándal de Lola que llevo, la camiseta enorme y la rebeca aún más grande, le han dado la pista definitiva de que, en efecto, estoy hecha polvo.

«Katie Conrad desfilando por el salón de su amiga transexual demostrando una vez más ante un hombre guapo y rico el chiste continuo que es su vida».

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Sé que de verdad está interesado. No es una pregunta de puro trámite.

—Bien —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Nos sentamos? —inquiero señalando la mesa.

Jackson asiente y despacio caminamos hasta la mesa cuadrada de madera. Es pequeña, pero tiene espacio para cuatro comensales. Me siento en una de las sillas, atrapando mi pierna bajo mi trasero. Jackson lo hace junto a mí. Lola entra en la cocina y sale unos segundos después con una taza de café para él, que se lo agradece educado justo antes de que mi amiga se marche de nuevo para dejarnos algo de intimidad.

Jackson debe de ser de una de esas familias de Glen Cove que siempre han sido ricas. Se le nota en esos modales tan educados intrínsecos en él y, sobre todo, en la manera en que está un escalón por encima de todo. Su arrogancia es aún más instintiva en él. Es su manera de ver el mundo.

—Me alegra que estés bien. —Otra vez sus perfectos modales.

—Me gusta estar aquí con Lola.

Él asiente y le da un sorbo a su café. Yo tengo la taza cogida, pero no bebo. Creo que sólo lo hago para tener algo caliente entre las manos. Estoy muy nerviosa y esa sensación me calma o, por lo menos, me calmaba.

—Katie, si he venido aquí es porque Donovan nos ha dicho que has renunciado al trabajo.

Asiento nerviosa.

—Es lo mejor —me reafirmo—. Además, ni siquiera estaba preparada para el puesto que Donovan me había dado. Es mejor dejar las cosas así —me parafraseo.

—Es cierto que probablemente no estás preparada para ser ejecutiva júnior —los dos sonreímos pero a ninguno nos llega a los ojos: es más que obvio—, pero los tres estamos muy contentos con el trabajo que has estado haciendo. Has aprendido rápido y mucho. Colin y yo —hace una pequeña pausa— y también Donovan —sentencia como si le pareciese una estupidez ocultarlo— queremos que te lo replantees.

Abro la boca dispuesta a decir de nuevo que no, pero Jackson alza suavemente la mano, interrumpiéndome.

—Puedes empezar como asistente de oficina. Nos ayudarás a los tres —hace un suave hincapié en el número. Una manera de decirme que no tendré que vérmelas a solas con Donovan—. Y seguirás aprendiendo. Además, podrás continuar estudiando.

—No voy a continuar estudiando —me sincero.

No puedo permitir que Donovan me siga pagando la universidad.

—La empresa se haría cargo de tus gastos universitarios —replica comprendiendo perfectamente cuáles son mis reticencias—. Sería un crédito. En tu nomina de cada semana te descontaríamos una pequeña cantidad.

Niego con la cabeza. No quiero sonar desagradecida, pero, al final, sería lo mismo que si Donovan continuara haciéndose cargo.

—No te lo tomes como caridad —añade Jackson y sé que ha usado esa palabra de una manera completamente deliberada. Es plenamente consciente de cómo me siento

—. Entiéndelo como lo que es. Hemos encontrado una buena asistente que el día de mañana será un valioso activo para nuestra compañía y queremos asegurarnos de que llegue a ese punto lo más rápido posible y con la mejor formación.

Me humedezco el labio inferior y pierdo mi vista primero en un simple recorrido por el pequeño salón y después en la ventana. Tenía las ideas muy claras, pero está consiguiendo que dude.

—Katie —me llama devolviéndome al aquí y ahora—, Donovan te ha hecho daño y entiendo que no quieras volver a verlo, pero con todo esto el que más va a sufrir es él mismo, aunque sea tan jodidamente testarudo de no entenderlo.

Esa frase significa demasiadas cosas que ahora mismo no quiero pensar.

—¿Lo has visto? —pregunto en un hilo de voz.

—Sí.

De pronto la taza es sólo un trozo de cerámica. Sólo habría algo o, mejor dicho, alguien que conseguiría que dejara de estar así de nerviosa.

—¿Y cómo está?

—Mal —responde sin paños calientes.

Jackson Colton es sincero hasta las últimas consecuencias, para bien o para mal.

Me muerdo el labio inferior con fuerza, tratando de contener las lágrimas.

—Ayer...

—Lo que Donovan vivió ayer no debería vivirlo nadie —me interrumpe—, pero no me corresponde a mí contártelo.

Asiento. Sé que tiene razón.

—Puedes tomarte unos días de vacaciones. Sólo prométeme que te lo pensarás.

Respiro hondo. Sé por qué no quiero volver, pero no puedo obviar que es la mejor oportunidad laboral que tendré nunca y que desperdiciarla sería simplemente de idiotas.

Sólo tengo que mentalizarme y asimilar de una vez por todas lo que ya me he dicho sobre Donovan.

—Está bien. Volveré. Y no necesito un par de días, mañana estaré en la oficina.

Jackson sonrío y hay cierto alivio en su mirada.

—Has tomado la mejor decisión —sentencia a la vez que se levanta—. Gracias por el café, Lola.

Mi amiga se asoma desde la cocina y le dedica su mejor sonrisa. Yo también me levanto y acompaño a Jackson hasta la puerta.

—Gracias por venir —digo abriéndola.

Jackson se gira con la sonrisa aún en los labios.

—Katie, ya eres una de los nuestros, para lo bueno y para lo malo.

—¿Seremos Colton, Fitzgerald, Brent y Conrad? —bromeo.

—Un poco largo, ¿no crees? —replica contagiado de mi humor y los dos sonreímos. Esta vez de verdad—. Quería asegurarme de que estabas bien, pero, sobre todo, he venido hasta aquí por Donovan. Quiero a ese gilipollas como si fuera mi

hermano y se está equivocando —calla un segundo— y sé que va a arrepentirse muchísimo.

Sin quererlo, mi expresión vuelve a cambiar, pero me esfuerzo en disimularlo.

—Nos vemos mañana, Katie —se despide.

Asiento una vez más saliendo de mi ensoñación.

—Hasta mañana.

Cierro la puerta y no puedo evitar quedarme pensando con la mirada perdida en la madera. Las palabras de Jackson sólo han servido para que, esa parte de mí empeñada en que no me rinda con Donovan porque me necesita, resurja con más fuerza. Cierro los ojos. Esa parte me da un miedo terrible.

Yo también quiero a ese gilipollas y no puedo evitar pensar que, sea lo que sea lo que ha pasado, lo que necesita es ayuda, no que me aleje de él. Resoplo y dejo caer mi frente sobre la madera. De todas las malas ideas que he tenido, y he tenido muchas, esta sin duda alguna se lleva la medalla de oro. Le quieres, ¿y ahora qué?

—Ahora estoy bien jodida —murmuro para mí sin moverme un ápice.

—¿Y después dicen que los transexuales somos dramáticos? —oigo a Lola a mi espalda—. Quien dijo eso no vio a una heterosexual recordando el polvo de su vida contra una puerta.

Y, aunque no quiero, sonrío.

—Córtame el pelo —digo enérgica, separándome de la madera y colocándome frente a ella.

Lola me mira con el ceño fruncido. Ha sido una de esas ideas que pasan fugaces por tu mente y las atrapas al vuelo.

—Etapa nueva, corte de pelo nuevo —explico—. Es de primer capítulo del libro de autoayuda.

No pienso quedarme llorando. No quiero hacerlo.

—Y nos compramos ropa —añade dando una palmada.

—Y una botella de preparado de margarita.

—De eso nada —me replica muy seria—. Compramos los ingredientes y lo hacemos aquí. Soy latina. En esta casa se cocina.

Las dos nos echamos a reír. No pienso discutirle eso.

Me paso la mano por el pelo y dejo que los mechones se cuelen entre mis dedos. La sensación es agradable, pero se acaba en seguida. Tengo el pelo muy corto. Apenas me llega al hombro. El suelo a mi alrededor está lleno de mechones castaños, casi rojizos.

—¿Te gusta? —pregunta Lola inquieta.

Vuelvo a mirarme. Me siento rara. Nunca he llevado el pelo tan corto pero... me gusta, me gusta mucho. Sólo tengo que acostumbrarme.

—Me encanta —digo al fin.

—¿Segura?

—Sí —sentencio con una sonrisa.

Es moderno y divertido. Soy Bonnie sosteniendo una ametralladora de disco, montada en uno de esos coches de principios del siglo xx con Clyde.

—Genial —replica Lola—. Recojamos todo esto y vayámonos de compras.

Nos pasamos el resto de la mañana de tiendas y almorzamos en NoLita para que Lola pueda ver a Nerón. No tengo mucho dinero, pero, dado que conservaré el trabajo, puedo permitirme un vestido muy bonito en TopShop.

En casa tomamos un número, que se pone un poco borroso después del tres, de margaritas y nos vamos a dormir. El alcohol, la tarde de compras y todo el cansancio acumulado hacen que en seguida los ojos comiencen a cerrárame sistemáticamente, pero otra vez, en este instante en el que no sabes si estás despierto o dormido, vuelvo a pensar en Donovan y en el sexo somnoliento, el peor invento del mundo.

Lola tiene que acompañar a su jefe a una reunión en el Meatpacking District, así que tendré que pillar el bus para ir a la oficina.

Cuando llego a la parada, atrapo el último sitio y sonrío satisfecha a un *skater* que tenía las mismas intenciones que yo y ahora me mira malhumorado.

He sido más rápida que tú, chico del patinete.

No llevo ni dos segundos sentada cuando aparece un señor que ya debía de ser viejo cuando los autobuses fueron la revolución del transporte público. Hago el ademán de levantarme, pero él alza la mano diciéndome que no es necesario. Lo miro y sonrío. Es obvio que sí es necesario. Me levanto y le señalo el asiento para que pueda sentarse. Él me devuelve la sonrisa y me lo señala a mí. Y entre señalar y señalar, el *skater* se sienta y deja caer el patinete a sus pies.

—¿En serio? —pregunto levantándome el gorro de lana que llevo puesto para poder mirarlo sin asomo de duda a los ojos.

—En serio —sentencia sin ningún remordimiento—. Hay que ser más rápida, Pecososa.

¿Pecososa? ¿De verdad?

El chico se encoge de hombros y yo tengo ganas de subirme a lo alto del techo de la parada y gritar que estoy empezando a cansarme del absurdo chiste que tengo por vida. El universo tiene que pasárselo en grande a mi costa.

Le dedico la peor mirada que soy capaz de esgrimir, giro sobre mis pies y me adelanto unos pasos para esperar el autobús en el borde de la acera. Qué gilipollas.

Entro en el elegante edificio de oficinas suplicando que se haya marchado a una reunión de negocios a la otra punta del país o, mejor aún, haya decidido quedarse en su casa llorando y bebiendo. Esta última opción me proporciona un poco de placer, pero soy plenamente consciente de que es la menos probable. Posiblemente ayer se tomó un Glenlivet, se puso su mejor traje y se fue al Archetype y ahora mismo esté

tomándose un café intentando recordar si se acostó con dos suecas y una finlandesa o bien con dos finlandesas y una sueca. Al final, reduciría el pensamiento a algo así como «todas de diseño escandinavo y todas me la chuparon». Sería un comentario muy de él.

Esa idea me enfada sobremanera y mi súplica en las sesenta plantas de ascensor cambia ligeramente. Espero que un incendio haya fulminado su apartamento de Park Avenue y se haya chamuscado el noventa por ciento del cuerpo, de manera que ahora sea una momia muy poco atractiva. Resoplo. No quiero que él ni su ático se quemem, sólo su dormitorio con todos sus malditos trajes, las servilletas con nombres de chicas con corazoncitos y sus coches de colección. Me alegro de haberme quedado con el Alfa Romeo, aunque aún no sé muy bien qué hacer con él.

Al atravesar la puerta, sigo suplicando bajito que por lo menos esté en una reunión y no lo vea en todo el día, pero, cuando alzo la cabeza, me doy cuenta de que no va a concederme una tregua ni siquiera hoy. Está hablando con Sandra. Le da unos papeles y, antes de marcharse de vuelta a su despacho, alza la mirada y me ve. Está aún más guapo y yo sólo quiero gritar y abofetearlo y besarlo... porque, a pesar de todo, le quiero y ninguna quema de coches de colección va a poder acabar con eso.

«Pero ayudaría».

Necesito un minuto, pero no me lo concedo. Tengo que acostumbrarme a que, a partir de ahora, las cosas serán así. Él, injustamente guapo, y yo, injustamente colada por él. Donovan me mira de arriba abajo con la expresión tensa, malhumorado, furioso, y durante un momento nos quedamos así el uno frente al otro, separados por un puñado de metros, hasta que él decide que los dos hemos tenido suficiente y entra en su despacho cerrando de un sonoro portazo.

Estoy completamente convencida de que me quedan muchos de esos por escuchar.

Miro a mi alrededor sin saber qué hacer. Normalmente trabajaría con Donovan en su oficina, pero obviamente eso no voy a hacerlo. Decido ir a hablar con Jackson para decirle que ya estoy aquí y que, si no le parece mal, me instalaré en la sala de juntas. Sin embargo, apenas he dado unos pasos en dirección a su despacho cuando Colin y él aparecen desde el pasillo.

—Hola, Katie —me saluda Colin con esa sonrisa destinada a eliminar la reticencia de cualquier chica. Seguro que tiene clarísimo lo que consigue con ella.

—Hola —añade Jackson también sonriendo.

Yo les devuelvo el gesto y levanto suavemente la mano.

—Llegas pronto —me riñe Colin— y eso significa que voy a ganarme una buena bronca.

Estira la mano para que pase delante y cogemos el pasillo que lleva al despacho de Jackson y al archivo. Es el opuesto a donde están la sala de juntas, el de Colin y el de Donovan.

—Aquí soy el único que trabajo —susurra divertido.

Yo vuelvo a sonreír y Jackson pone los ojos en blanco.

—Menos club y más dejarte los cuernos aquí —le reprende su socio.

—¿Menos club? Tendrás valor —protesta indignadísimo—. Cada vez que llego, tú ya estás allí y, cuando me marcho, tú sigues allí.

—Eso es porque, evidentemente —replica socarrón—, yo tengo mucho más que hacer allí que tú.

No puedo evitar echarme a reír y Colin resopla aún más indignado que antes.

—En fin —dice deteniéndose frente a una puerta—, fingiré que no te he oído por el bien de nuestra amistad, gilipollas.

Jackson lo mira tan amenazador como divertido desde su pedestal y se cruza de brazos junto a la puerta.

—¿Preparada? —me pregunta Colin.

Yo frunzo el ceño y miro hacia la puerta. Es de cristal, como la pared frontal y la que da al vestíbulo. No puede verse el interior porque ambas han sido cuidadosamente cubiertas por papel de embalar.

—Sí, supongo —respondo con una sonrisa curiosa.

Colin abre la puerta, enciende la luz y mi sonrisa se ensancha hasta límites insospechados con el primer paso que doy. La estancia es pequeña y los muebles, sencillos pero muy bonitos. Hay una mesa de madera clara justo en el centro con un iMac reluciente. A un lado hay una estantería con las dos primeras baldas llenas de libros y, junto a ella, una pequeña mesita y dos sillones de esqueleto de metal y mullidos cojines blancos a juego con los de la sala de espera. Es un despacho. ¡Mi despacho!

Sonrío de nuevo, pero toda mi expresión se llena del más genuino asombro cuando veo el enorme ventanal tras la mesa. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? ¡Es increíble! Doy un paso hacia él y sonrío como una idiota al ver el Rockefeller Center levantarse frente a mí; un poco más atrás, el edificio Chrysler, y, en la otra dirección, majestuoso y sereno, Central Park. Mi sonrisa se vuelve un poco más triste pero mucho más sincera al comprobar que tengo un pedacito de las vistas de Donovan en mi propio ventanal.

—Donovan, después de pasarse todo el día protestando —me explica Colin—, gruñó algo parecido a que te encantaban las vistas de Nueva York, así que nos dimos cuenta de que este era el despacho ideal para ti.

Sonrío de nuevo y sin quererlo recuerdo cómo se rio de mí porque me quedé admirada contemplando los rascacielos.

—Pero, como ves, aún faltan algunas cosas —me devuelve Jackson a la realidad—. No tienes ni un mísero lápiz.

Ahora es Colin el que pone los ojos en blanco.

—Ahora mismo mandaré a Claire con todo el material de oficina —refunfuña.

Yo asiento y sonrío. Estoy encantada. Los chicos me devuelven el gesto y se dirigen a la puerta.

—Tenemos una reunión en dos horas —me informa Jackson—. Repasa todas las cuentas del asunto Foster.

—Por supuesto —respondo eficiente, pero mi indisimulable sonrisa sigue ahí.

Los chicos se marchan; espero hasta que la puerta se cierra, para no caerme de la escala profesional, y comienzo a dar saltitos e incluso alguna palmadita. ¡Tengo un despacho!

Lo primero que hago es retirar todo el papel de embalar. Puedo ver el vestíbulo y la recepción desde aquí, incluso una esquinita del mostrador de Eve. También veo la puerta de Donovan, pero prefiero no pensar en eso.

Claire no tarda en llegar con una caja de cartón con todo lo necesario para llenar la bonita cajonera gris marengo junto a mi mesa. Poco después es Eve la que llama a mi puerta acompañada de uno de los chicos de mantenimiento del edificio para instalarme un teléfono y una ultramoderna impresora multifunción que, por el bien de todos, espero saber usar.

Voy a buscar a Lola para contarle las buenas noticias, pero Mackenzie me explica que aún no ha llegado. En principio decido esperar. Quiero ver la cara que pone cuando le cuente que ya tengo despacho, pero no soy capaz de aguantar ni tres minutos y acabo llamándola por teléfono.

Dejo de pasearme de un lado a otro y de quedarme admirada con las vistas y me pongo a trabajar. La reunión es en menos de una hora y necesito repasar todos los informes de Foster.

Camino del archivo tengo la tentación de pasar por el despacho de Donovan y ver cómo está, pero me contengo. No sería una buena idea.

Soy la primera en llegar a la sala de conferencias. Mientras espero a los chicos, me pongo más nerviosa a cada segundo que pasa. Estoy jugueteando inquieta con el lápiz contra los balances de la empresa del multimillonario Benjamin Foster cuando oigo pasos acercarse a la puerta y apenas unos segundos después los chicos entran. Primero Jackson, después Colin y, por último, Donovan. No suena *Sympathy for the devil*^[5] porque Mick Jagger y Keith Richards están sentados a mi lado embobados como yo. ¿Cómo puede ser posible que esté aún más guapo que esta mañana? Creo que es otra de sus formas de torturarme. «Vamos a ver cuánto tarda Pecosá en perder las bragas». La respuesta escandalizaría al mismísimo Thomas Hardy.

Él me observa apenas un momento y toma asiento al otro lado de la mesa. Es algo que siempre me ha sorprendido de las reuniones en Colton, Fitzgerald y Brent. Nunca, ninguno de ellos se sienta en la cabecera, un recordatorio más de las bases de su relación de igual a igual absolutamente en todos los niveles. Es la amistad elevada a la enésima potencia.

—Bueno, todos tenemos cosas que hacer, así que vamos a intentar terminar lo antes posible —nos anuncia Colin—. Katie, las cuentas.

Asiento y comienzo a explicar lo que he preparado en mi despacho, ¡mi despacho!, justo antes de venir aquí.

Más o menos una hora después, la reunión ya casi ha acabado. Los chicos acuerdan una nueva tanda de inversiones y tanto Jackson como Colin me encargan revisiones de otros proyectos.

Donovan no me dirige la palabra ni una sola vez, pero, cada vez que posa sus ojos sobre mí, mi corazón se detiene un segundo y durante el siguiente late desbocado. Tengo la kamikaze sensación de que con su mirada trata de decirme todo lo que no se permite hacer con palabras. Inmediatamente tengo que recordarme que eso es una estupidez muy propia de las novelas románticas, que por otra parte creo seriamente que debería dejar de leer. Sin embargo, algo dentro de mí vuelve a gritarme que no me quede sólo con lo que él quiere que vea, que siga mi intuición.

—Antes de irnos, explícanos cómo va lo de Holland Avenue —me pide Jackson.

Hago memoria un segundo. No veo esos expedientes desde hace varios días, aunque no tardo en recordarlos.

—Van exactamente como...

Unos golpes en la puerta me distraen. Se abre despacio y Sandra entra con cara de susto.

—Señor Brent —lo llama nerviosa.

Automáticamente frunzo el ceño. Todos en esta habitación, su pobre secretaria incluida, sabemos que no se le puede interrumpir cuando está reunido.

Donovan, arisco y malhumorado, lleva su vista hacia ella y le hace un imperceptible gesto con la cabeza para que hable.

—Le esperan en su despacho.

Él enarca las cejas sardónico dedicándole un implícito «¿quién?» y recordándole de paso lo poco que le gusta que le den los mensajes a medias.

—Su novia —le aclara.

¿Novia? ¿Tiene novia? No estoy en el segundo en el que mi corazón se ha detenido, creo sencillamente que ha caído fulminado. ¿Cuándo ha pasado? ¿Cómo? Hace dos días vivíamos juntos. Jackson me mira lleno de empatía, aunque es obvio que está furioso. Suspira profundo e inmediatamente mira a Colin. Él cabecea con la mirada fija en los documentos que tiene delante. A ninguno de los dos les parece justo lo que acaba de pasar. A mí tampoco. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Observo a Donovan y él me mantiene la mirada. Quiero hablar, preguntar. He perdido la cuenta de cuántas veces, de una manera u otra, le he oído decir que a él no le interesaban las novias.

—Dígale que aún me quedan unos minutos.

Sandra asiente y se marcha.

La puerta, al cerrarse, me devuelve al mundo real. Sus ojos se oscurecen y, si no fuera imposible, diría que se llenan de dolor. Yo cabeceo y desato nuestras miradas. Noto cómo las lágrimas me quemán detrás de los ojos. No me merezco esto.

Aprieto el lápiz con fuerza y apremio a mi cerebro para que recupere lo que fuese a decir de Holland Avenue. Tengo que salir de aquí.

—Las cosas con Holland Avenue van exactamente como queréis. Si el euríbor no baja de los setecientos puntos y el índice Nikkei se mantiene en unas variaciones de doscientos enteros, habrá beneficios a finales de este trimestre.

Lo digo todo de forma mecánica, apresurada, casi sin respirar, porque sé que una bocanada de más sería un sollozo y lo último que quiero es llorar delante de él.

—Muchas gracias, Katie —me dice Colin con voz serena, esforzándose en usar un tono que me reconforte—. La reunión ha acabado.

Asiento y salgo disparada. No recojo las carpetas. Regresaré después a por ellas. Cruzo el vestíbulo como una exhalación y a unos pasos de mi despacho me detengo en seco. Las paredes son de cristal. No puedo lamentarme en una pecera. Ni siquiera tengo un maldito sitio donde llorar y, visto lo visto, está claro que voy a necesitar uno.

Antes de que pueda evitarlo, sollozo y las primeras lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Me tapo la boca con la palma de la mano y mi pecho sube arriba y abajo con el siguiente sollozo que no me permito pronunciar. No quiero quedarme aquí en mitad del vestíbulo. No quiero que nadie me vea. Pero soy incapaz de salir corriendo. Estoy bloqueada. En ese preciso instante noto una mano que me agarra del brazo. Sé quién es. Todo mi cuerpo lo sabe. Y ni siquiera quiero hacerlo.

Donovan me guía hasta el archivo, cierra la puerta tras nuestro paso y con suavidad me lleva hasta la mesa de consultas. Yo quiero dejar de llorar, pero no puedo.

—Respira hondo —susurra amable sin una pizca de enfado, de exigencia, de burla, simplemente entendiendo por lo que estoy pasando.

En contra de mi voluntad, su voz ronca entra en mi cuerpo y lo calma.

Me sorbo los mocos de una manera muy poco elegante y levanto la cabeza. Pestañeo un par de veces y trato de enfocarlo mejor, pero tengo los ojos llenos de lágrimas y la tarea se complica un poco. Donovan exhala todo el aire de sus pulmones, alza la mano y despacio, dulce, me aparta el pelo de la cara y me lo coloca tras la oreja.

—Te has cortado el pelo —murmura con una sonrisa que no le llega a los ojos, jugando con un mechón entre sus dedos—. Estás preciosa, Pecososa.

Su voz se evapora al final de su propia frase y me doy cuenta de que, aunque seacon los ojos en el club yo la que está llorando, esta situación le duele tanto como a mí. Por eso está claro que esto no nos hace bien a ninguno de los dos. Él ya ha encontrado a la chica con la que estar, con la que querer estar. No tiene ningún sentido alargar la agonía.

Lo empujo suavemente y él, de mala gana, da un paso atrás. Salgo del archivo sin volver a mirarlo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano. Camino de prisa hasta el baño y me lavo la cara con agua helada.

Cojo una de las toallas perfectamente dobladas de la cestita sobre el mármol del lavabo y me seco la cara.

—Nada de venirse abajo, Katie Conrad —me digo mirando mi reflejo en el espejo, bajando la toalla hasta apoyarla en el lavabo—. Sólo tienes que empezar a ser honesta, lista y leal contigo misma.

Al pronunciar esas palabras, aprieto la toalla con fuerza. Nunca había estado tan triste.

Otra vez necesito un minuto, pero otra vez no me lo concedo. Se acabó la autocompasión. Salgo del baño y camino despacio por el suelo de parquet perfectamente acuchillado. Estoy a unos pasos de la recepción cuando los veo. Debería haberme concedido ese minuto. Él le ayuda a ponerse el abrigo y amable le sujeta la puerta para que pase. He visto salir a chicas de la habitación de Donovan, he sido testigo de cómo se lo comían con los ojos en el club y nada me ha dolido tanto como esto. Está siendo atento con ella.

A pesar de que con el primer segundo decido que ya he tenido suficiente, no soy capaz de obligar a mis piernas a que me saquen de allí y contemplo toda la escena hasta que los pierdo de vista camino de los ascensores. Creo que mi sentido común ha ordenado a mi cuerpo que no se moviese ni un ápice para que entienda de una vez cómo son las cosas.

Regreso a mi despacho con la idea de trabajar, pero soy incapaz de enlazar dos ideas mínimamente inteligentes seguidas. Me lo imagino en el club con ella y siento un sabor amargo en el fondo de la garganta. Es guapísima, altísima y un montón de «ísimas» más. Seguro que ella siempre lleva las bragas y el sujetador combinados y seguro que siempre son de La Perla. Me dejo caer sobre mi recién estrenada silla y resoplo con rabia. Por eso Donovan tenía clarísimo que no podía enamorarse de mí.

No es cuestión de bragas, que también, es que ellos son dos deportivos de lujo y yo, un Mini. Soy divertida y conmigo se puede atracar un banco a lo teleserie italiana pero, a la hora de la verdad, te quedas con el que tiene todos los extras y los asientos de piel.

Me pongo los ojos en blanco y me obligo a seguir trabajado. ¿Acabo de compararme con un deportivo?

«No sólo te has comparado, si no que has perdido».

Necesito salir de aquí. Tomar un poco el aire. Alejarme cinco minutos de esta atmósfera donde todo me recuerda a Donovan y en concreto a Donovan con su novia.

Me pongo mi gorrito de lana y mi abrigo y me encamino hacia la recepción. Por inercia me meto la mano en el bolsillo y me encuentro con una hebra de hilo. Tiro de ella, pero no consigo arrancarla. Lo intento por segunda vez, pero nada. Resoplo. Cualquiera otro día me hubiese dado igual, pero hoy es diferente. No más cosas inútiles en mi vida. Y de pronto acabar con ese hilo implica que mi vida milagrosamente se arreglará, se llenará de arco iris y bomberos desnudos bailando a mi alrededor, y Christian Grey aparecerá para montarme en un caballo blanco mientras suena una canción de John Newman con coros de James Arthur. Es una fantasía muy elaborada, lo reconozco.

Estoy tan concentrada en la hebra que no miro por dónde piso y trastabillo. Unos brazos me sujetan e impiden que mi flequillo castaño rojizo recién cortado y yo nos demos de bruces contra el suelo.

—Veo que he hecho bien en pasarme por aquí —comenta divertido—. Está claro que me necesitas.

Es Brodie.

—Hola —lo saludo colocándome bien el gorro y, la verdad, un poco avergonzada. Es la segunda vez que me salva de dar con mi culo en el parque—. ¿Qué haces aquí? —añado con una sonrisa.

—Asuntos con Fitzgerald —responde devolviéndome el gesto a la vez que se encoge de hombros—. No sabía que aún estabas por aquí. Pensé que ya te habrían mandado al edificio Pisano.

Niego con la cabeza.

—Al final me quedo aquí como asistente de oficina —le aclaro—. Esa pecera —digo señalándola muy orgullosa— es mi despacho.

—Uau, Conrad —replica ofreciéndome la mano para chocar divertido—. Sabía que podías.

Se la choco y no puedo evitar sonreír de nuevo.

—Déjame invitarte a comer para celebrarlo —propone.

Miro a mi alrededor e inconscientemente acabo haciéndolo hacia la puerta de Donovan. Resoplo mentalmente. Katie Conrad, eres un asco. Donovan está fuera de tu vida.

—Claro —respondo asintiendo con entusiasmo.

El entusiasmo es opcional, pero decido ponerlo porque voy a obligarme a reírme, a divertirme y a pasármelo realmente bien. Así le demostraré, quiero decir, me demostraré que el centro de mi universo no es de origen alemán.

Brodie me lleva a comer a un gastropub a unas manzanas de la oficina llamado Marchisio's. Está realmente bien y lo más gracioso es que, en mitad de la comida, una chica rubia muy guapa ha empezado a gritar algo sobre que el universo la está castigando por haberse comprado tantos zapatos, pero que la culpa no es suya, sino de Manolo Blahnik por hacerlos tan bonitos. Una joven también muy guapa, aunque de una manera completamente diferente, y embarazada le ha contestado que esa ha sido su elección de vida y que ahora no puede echarse atrás mientras trataba de no romper a reír. Entonces, uno de los hombres más guapos que he visto en todos los días de mi vida se ha acercado a la mesa y le ha dado un beso de película a la chica embarazada. La rubia les ha exigido que se vayan a un hotel y después ha rectificado y ha añadido que mejor que no, que no quiere perder de vista a su amiga durante tres días.

De vuelta en la oficina, cruzo la recepción más animada. Brodie me ha hecho reír.

Apenas he dado un par de pasos cuando noto su mano rodear con rabia mi muñeca y atraerme hacia él. Otra vez sé que es Donovan y otra vez saberlo es lo último que quiero.

Nos encierra en su despacho de un portazo y sin ninguna delicadeza me lleva contra la puerta hasta que me aprisiona entre la madera y su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo has tardado en dejar que Brodie vuelva a tontear contigo? ¿Cinco putos minutos? —pregunta con la voz endurecida y la mandíbula increíblemente tensa.

Está más que furioso.

—¿De qué estás hablando? —me quejo liberando mi muñeca con rabia, pero Donovan la atrapa de nuevo sin ningún esfuerzo y la lleva otra vez contra la madera, todavía más brusco—. Sólo me ha invitado a comer. Nos hemos encontrado por casualidad. Me he chocado con él cuando salía de mi oficina.

Donovan sonrío arisco.

—Si no fueras tan increíblemente patosa, no te creería.

Está enfadado. Cuando lo está, siempre dice cosas que me molestan.

—Y si tú no fueras tan capullo, incluso me sorprendería de que me estuvieses montando una escena después de que me dijeras que no me quieres y que nunca vas a quererme justo antes de echarme de tu casa. Tienes novia, Donovan.

No era el plan, pero mis palabras, involuntariamente, se llenan de todo el dolor y la rabia que siento.

Donovan suspira brusco y algo en su mirada cambia. De pronto tengo la sensación de que hemos vuelto al archivo, que sigo llorando y que Donovan me pide que me calme.

—Te he visto con ella. Le ponías el abrigo y le abrías la puerta. Estabas siendo

amable —me sincero porque cada palabra me está quemando por dentro.

Estoy a punto de volver a llorar, pero me contengo. No quiero convertirme en una de esas exnovias que no pueden dejar de llorar cada vez que ven al hombre que les partió el corazón.

—¿Te hubiese dolido menos si la hubieses visto saliendo de mi habitación?

Dudo sobre qué contestar, pero a estas alturas de la película me parece una estupidez mentir para salvar el orgullo. Él también tiene clarísima la respuesta a esa pregunta. Si no, ni siquiera la habría formulado.

—Sí —murmuro fingiendo una sonrisa para no parecer una patética enamorada—. ¿No es una locura?

Donovan me acaricia suavemente la mejilla con la punta de los dedos, despacio. En su mirada, bajo toda esa rabia y soberbia, comienza a dibujarse un dolor frío y cortante.

—No, no lo es —susurra con su ronca voz—. Sólo significa que me conoces demasiado bien.

Su olor me envuelve. Estoy perdida.

—¿Por qué con ella si puedes tener una relación y conmigo no?

Soy plenamente consciente de lo patética que sueno, pero necesito una respuesta.

—No lo sé, Pecosá —murmura.

Mueve despacio su mano hasta que sus hábiles dedos se acomodan en mi cuello. Involuntariamente mi respiración se acelera y un suspiro bajito pero lleno de significado sale de mis labios.

—No podemos seguir así —me advierte.

Su voz se ha vuelto aún más ronca, llenándose de deseo.

—Por Dios, Katie, márchate —me pide separándose brusco, como si temiese no ser capaz de contenerse si sigue cerca de mí.

Yo me separo un paso de la puerta y por un momento lo observo apoyar las dos palmas de las manos sobre su mesa. Resopla lleno de rabia al mismo tiempo que su espalda se tensa. En este momento recuerdo las palabras de Jackson y las mías propias y no puedo evitar pensar que hay algo que no sé y que eso es lo que lo atormenta, lo que lo separa de mí.

—A partir de ahora sólo hablaremos de trabajo —sentencia sin ni siquiera volverse.

Quiero decirle que se está equivocando, que hablemos, pero, por mucho que una parte de mí tenga dudas, la situación es la que es. Él tiene novia y yo debo alejarme para volver a estar bien.

Asiento aunque sé que él no puede verme y, torpe, con los ojos llenos de las lágrimas que no me permito llorar, salgo escopetada.

Encerrada en mi pecera respiro hondo y me obligo a mí misma a imponerme una serie de reglas, pero no como cuando me mudé a casa de Donovan. Reglas de verdad, de estricto cumplimiento bajo pena muy horrible, como correr todas las mañanas o

dejar de ver las reposiciones de «The Young and The Restless». La primera es obvia: lo único que me une a Donovan Brent es una relación laboral, nada más. La segunda es más obvia aún: no dejarle que vuelva a ponerme en situaciones en las que queda claro cuánto le deseo, aunque para mi desgracia ahora debería decir cuánto le quiero. Resoplo. Si vuelve a cogerme de la muñeca y acorralarme contra una pared, seré impasible. Resoplo más fuerte, ¿a quién pretendo engañar?

«Como siempre, a ti. Eres la única que se cree tus mentiras».

Cabeceo y me concentro en lo realmente importante. Tercera regla: se acabó pensar que Donovan está sufriendo y que, en el fondo, me necesita. No voy a cometer ese error. No me traerá nada bueno. Pecosa ha salido por la puerta de atrás de su vida y, probablemente, con la cabeza no demasiado alta, pero ha salido.

Lola llega justo antes de que acabe oficialmente mi primera jornada laboral como asistente de oficina. Después de perder la cuenta de cuántos achuchones me da, me informa de que no tengo opción y nos vamos con Harper primero de cena al hotel Chantelle y después a tomar copas a The Hustle.

—¿Y cómo te ha ido? —me pregunta Lola justo antes de darle su primer trago a su segundo margarita.

—No ha ido mal.

—Mentirosa —se queja Harper, que ya se ha puesto una sombrillita de cóctel tras la oreja.

—Gracias —replico sardónica.

—Para eso están las amigas —contesta divertida sin ningún tipo de remordimiento mientras me coloca también a mí una sombrillita tras la oreja.

Me giro y la fulmino con la mirada. Ella me observa y sonrío exageradamente, enseñando todos los dientes, para incitarme a hacer lo mismo. Al final, no tengo más remedio y acabo sonriendo.

Suena *This summer's gonna hurt like a motherfucker* de Maroon 5.^[6]

—Tiene novia —confieso con la mirada clavada en mi cóctel—. No es que creyese que iba a guardarme una especie de luto —me defiendo—, pero... una novia, tan pronto.

—Qué cabronazo —se queja Harper.

Lola me observa un segundo y se inclina sobre la mesa.

—A lo mejor ella tiene una enfermedad terminal —dice muy seria— y Donovan es su deseo a lo fundación Make-A-Wish.

La miro boquiabierta y, antes de que pueda decir nada, las tres nos echamos a reír. Me conoce demasiado bien. Sabe que, para reconfortarme, aunque sea a través de chistes realmente malos, no necesito oír que Donovan es gilipollas, sino que debe de haber algún motivo por el que ha ocurrido todo esto. Por eso es mi mejor amiga.

—Lo que tienes que hacer —comenta Harper— es pensar en tu situación feliz favorita.

Lola abre la boca encantadísima dispuesta a decir algo.

—Nada de hombres desnudos —se apresura a interrumpirla Harper alzando las manos unos centímetros de la mesa.

Lola tuerce el gesto fingidamente resignada y guarda silencio.

Sonríó observándolas.

—Anímate —me apremia Harper.

—No sé —respondo sonriendo de nuevo a la vez que me encojo de hombros—. No se me ocurre nada.

—Sería en Central Park, seguro —comenta Lola—. Te encanta ese sitio.

Asiento.

—La celebración del año nuevo chino en Central Park —replico—. Eso sería increíble.

—Y todo muy neoyorquino, muy sofisticado, como en ese anuncio de colonia con el que siempre te quedas embobada cada vez que sale por la tele —añade Harper—, ese de Dolce&Gabbana que protagonizan Scarlett Johansson y Matthew McConaughey. —Chasquea los dedos tratando de recordar el nombre del perfume.

—¿Light Blue? —propone Lola.

—Trato de recordar el preferido de Katie, no el tuyo —repica Harper sardónica.

—Un hombre guapo hasta decir basta en bañador y en el agua paradisiaca de Capri. Perdona por tener buen gusto.

—The One —las interrumpo a punto de echarme a reír otra vez.

—¡Ese! —dice Harper—. Pues lo que os decía —continúa ceremoniosa—: imagínate que estás en Central Park. Todo es elegante, seductor. De pronto una decena de fuegos artificiales irrumpen en el cielo y un montón de chinos aparecen dando volteretas.

—¿Matthew McConaughey también da volteretas? —la interrumpe Lola.

—Cállate —se queja Harper al borde de la risa—. Central Park —reconduce la conversación—, el año nuevo chino, un ambiente de anuncio.

—Y mi película favorita —añado encantada con la posibilidad de tener todas las cosas que me gustan en un solo día— y buena música.

—¿Qué canción? —pregunta Lola.

Lo pienso un instante.

—XO, de Beyoncé^[7] —respondo y las tres asienten.

—Esa canción es una pasada —añade Lola.

Yo vuelvo a asentir.

—¿A que ya te sientes mejor? —inquire Harper.

—La verdad es que sí —contesto dándole un trago a mi margarita.

—Pues ahora añade un hombre guapo y desnudo y te sentirás de escándalo —sentencia Lola.

Y las tres nos echamos a reír.

Ese lunes marca el inicio de una semana en la que todos los días se parecen bastante. Me paso las mañanas en la oficina, las tardes en la universidad y las noches con Lola. Mi Lolita, ¿qué sería de mí sin ella? Hemos instaurado un nuevo ritual. Cuando llegamos de la oficina, ella sirve tres chupitos de tequila sobre la mesa en unos vasos adornados con un salero y un limonero, el lagarto y un mexicano con un sombrero enorme como en los dibujos de Lucky Luke. Si el día no ha estado mal, caen el salero y el limonero. Si ha sido malo, añadimos el lagarto. Si ha sido horrible, también el mexicano.

Normalmente, han sido buenos, malos o peores en función de cuántas veces me he cruzado con Donovan. Desde que me marché de su despacho, no hemos vuelto a hablar de nada que no sea estrictamente profesional. Mentalmente me hago una docena de preguntas cada vez que lo tengo delante. La mayoría de ellas son muy de telenovela, como ¿qué tiene ella que no tenga yo? En mi cabeza él siempre contesta que nada, porque soy perfecta y maravillosa y él un cabronazo que no ha sabido darse cuenta de que ya tenía lo que quería. Dependiendo de cómo se haya portado ese día, lo perdono o lo abandono marchándome con Christian Grey en el Charlie Tango. Sí, sigo pensando que tengo que dejar de leer novelas románticas.

No he vuelto a ver a la supermodelo de su novia y mi salud mental lo agradece. Ya tengo suficiente con imaginarlos juntos.

Por su parte, Donovan cada día está más irascible y malhumorado. Ha llegado a tal punto que ayer, Sandra, su secretaria, le lanzó a sus pies la carpeta que llevaba y le llamo alemán malnacido. Acto seguido le pidió perdón por lo de alemán, alegando que no quería ser racista.

Al marcharse, Donovan levantó la mirada y, no sé si consciente o inconscientemente, buscó la mía a través de la inmensa sala. Cuando sus ojos aguamarina se encontraron con los míos azules, sonrió mientras agitaba suavemente la mano y yo, sorprendida y divertida, le devolví la sonrisa. Donovan Brent es de esa clase de hombres a quien le gustan las chicas con carácter que le ponen las cosas difíciles y eso incluye a su secretaria.

A finales de semana está a punto de estallar. Las cosas con el asunto McCallister no terminan de arreglarse. Sin embargo, tengo más claro que nunca que hay algo más. Está furioso con el mundo y, siendo Donovan Brent, lógicamente, la paga con el mundo.

El lunes siguiente, y por lo tanto la semana, parece que empieza mejor. Estoy cantando bajo la ducha los grandes éxitos de Icona Pop y, cuando llega el turno de *We got the world*,^[8] tengo hasta coros, ya que Lola está en el baño embadurnándose de pies a cabeza con crema hidratante con olor a cerezas.

Entro en la oficina peleándome con la misma hebra de hilo. Esto ya es algo personal. Se trata de ella o yo. Sin embargo, en la parte más cruenta de la batalla, Beatrice, la secretaria de Jackson, me llama desde el pasillo. Quiere verme. Es urgente.

El asunto McCallister sigue sin solucionarse. Parece que las cosas no están saliendo como quieren en el edificio Pisano. Todos están muy cabreados. Jackson planea hacer un control de daños y necesita que revise una cantidad de carpetas casi indiablabadas. Me pide perdón por adelantado y me promete que, si lo tengo listo a tiempo, se pensará lo de añadir Conrad al nombre de la empresa.

Visto lo visto, esta mañana me quedo sin ir a la universidad.

A eso de las dos decido tomarme un descanso. Estoy muerta de hambre. Me pongo mi gorrito de lana y mi abrigo rojo de doble abotonadura y salgo de mi pecera. Además, parece que todos se han marchado ya a comer.

—¡Pecosa! —grita desde su despacho.

Parece ser que no todos.

—¿Qué quieres? —le pregunto desde el vestíbulo.

Llevo toda la mañana mirando papeles. Me merezco cinco minutos y un refresco con una cantidad casi ridícula de azúcar.

Durante unos segundos, no obtengo respuesta, pero entonces oigo unos pasos lentos y seguros y Donovan se asoma a la puerta de su oficina. Se detiene bajo el umbral y apoya una de sus manos en el marco, mirándome de arriba abajo. Está enfadado y guapísimo, aunque hago todo lo posible por no sorprenderme. La ecuación no podría ser más mezquina: cuanto más furioso, más atractivo y, con todo el tema de Dillon Colby y el edificio Pisano, está llegando a unos niveles de locura absoluta. No me extrañaría que más de una pobre e inocente transeúnte le hubiese lanzado las bragas cuando ha visto bajarse a semejante dios griego del jaguar esta mañana.

—¿En qué momento has tenido la brillante idea de que tengo por qué darte algún tipo de explicación? —Genial, está de un humor maravilloso—. A mi despacho, ya —ruge regresando a su oficina.

Yo alzo la mirada al cielo a la vez que resoplo y me quito mi gorro. Me he quedado sin descanso.

Entro en el despacho de Donovan desabotonándome el abrigo. Lo dejo con cuidado sobre el sofá y encima tiro mi gorrito. Me revuelvo el pelo para darle un poco de forma y cierro la puerta. Después giro sobre mis talones y finalmente camino hasta colocarme frente a su mesa. Todo bajo su atenta mirada.

—¿Algo más? —pregunta arisco.

Entonces decido que sí. Me inclino, sólo un poco, y finjo quitar una mota de polvo de una de mis medias. Después me aliso la falda de mi vestido con bonitos motivos marineros estampados. Y, para terminar, me meto un mechón de pelo tras la oreja. Todo de nuevo bajo su atenta mirada. No sé por qué me gusta provocarlo así.

Un día va a estallar y vamos a acabar como los protagonistas de *Los inmortales*, sólo va a haber sitio en este planeta para uno de los dos, pero es que puede ser tan gilipollas que simplemente se lo merece.

—Lista —le comunico con una impertinente sonrisa.

—Pecosa —me reprende.

—¿Qué quieres? —repito cruzándome de brazos porque, por mucho que no quiera, ese tono sigue intimidándome y continúa resultándome demasiado *sexy* al mismo tiempo.

Por una décima de segundo sonrío con algo de malicia. Tiene perfectamente claro hasta qué punto me afecta todavía.

—¿Me puedes explicar qué es esto? —inquire sosteniendo una carpeta en alto.

La observo unos segundos. No necesito más para reconocerla.

—Es mi balance de las subcontratas de Nikon para Murray y Salas.

Donovan sonrío displicente.

—Habla con propiedad, Pecosa —replica arisco—. Es exactamente todo lo que no hay que hacer en un balance de subcontratas. No sé si lo sabes, pero la psicología inversa no se refiere a eso. Rehazlo.

Cojo la carpeta de mala gana y giro sobre mis pasos. No sólo acabo de perder mi descanso, sino que encima voy a tener que pasarlo rehaciendo cuentas.

—¿Dónde te crees que vas? —gruñe.

—A rehacer el informe —contesto como si fuera obvio.

—De eso nada —me corrige sin levantar su vista de los documentos que revisa—. Lo rehaces aquí, donde pueda controlarte y evitar que se te vaya el santo al cielo pensando en lo que sea que pienses para ser tan increíblemente torpe.

Lo miro conteniéndome por no coger el teclado y lanzárselo a la cabeza. Dudo que se pueda ser más odioso, aunque cada vez que dice este tipo de cosas creo que se supera.

A regañadientes, me siento en el sofá y comienzo a trabajar en el balance. No he avanzado mucho cuando, involuntariamente, alzo la mirada y me encuentro con Donovan. Está muy concentrado revisando unos papeles. Se pasa la mano por el pelo sin apartar la vista del documento y por un momento la luz juega a que sus ojos sean verdes. Y yo de pronto me siento como si no hubiesen pasado ya diez días desde que estuve sentada en este mismo sofá por última vez.

Al darse cuenta de que lo observo, Donovan alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran.

—¿Qué? —pregunta con una suave sonrisa, absolutamente sincera y preciosa.

—Nada —respondo apartando mi mirada de la suya y centrándola de nuevo en los balances.

¿Por qué tiene que ser tan guapo? Ese es el principio de todas mis desgracias.

Trato de centrarme en mi balance y me prohíbo mentalmente volver a mirarlo. Me cuesta un mundo pero poco a poco voy concentrándome en los números y consigo

mantener mi libido, y esa parte de mí que siempre va vestida con pijamas de Hello Kitty, a raya.

Casi he terminado cuando me topo con un gráfico que soy incapaz de descifrar. El logaritmo con el que está escrito me parece chino mandarín y, por más vueltas que le doy, no puedo resolverlo, aplicarlo y, por lo tanto, saber si está o no bien configurado.

—Donovan —lo llamo con la vista aún puesta en los papeles, mordiendo la parte de atrás de mi lápiz—, tengo un problema con este logaritmo.

Al fin alzo la cabeza y encuentro su mirada lista para atrapar la mía. Es indomable, salvaje, es la mirada más espectacular que he visto en mi vida. Por un momento nos quedamos observándonos, pero casi en ese mismo instante me doy cuenta de la mala idea que es, supongo que como él, porque los dos apartamos la vista y volvemos a concentrarnos en nuestros respectivos documentos.

—Ya te pago la universidad. No pienso darte clases particulares. Si tienes dudas, resuélvelas y sigue con tu trabajo.

Frunzo los labios. Quiero gritarle que él no me paga nada, que es un préstamo que me ha hecho la empresa, pero incluso yo soy consciente de que eso es una estupidez.

Me levanto resoplando para demostrarle lo enfadada que estoy y me encamino hacia la puerta.

—¿Adónde coño vas? —pregunta arisco.

—A resolver mis dudas —le aclaro displicente.

Donovan se deja caer sobre el sillón a la vez que resopla brusco. Parece que él también quiere demostrarme lo enfadado que está.

—No vas a salir de aquí.

Y a cada palabra, su voz se ha vuelto más grave, más sensual.

—Donovan —le reprendo en un murmullo.

No entiendo a qué ha venido ese comentario.

—¿Qué? —replica veloz sólo para no dejarme pensar.

Yo trago saliva y, nerviosa, clavo mi mirada en mis propias manos.

—Sólo trabajo, ¿recuerdas? —le digo haciendo referencia a las mismas palabras que él pronunció en este despacho hace más una semana.

La expresión de Donovan cambia de nuevo. Se vuelve más fría, incluso intimidante, al mismo tiempo que un millón de emociones atraviesan su mirada.

—Eso no lo dudes —sentencia con la voz imperturbable— y de paso recuérdatelo la próxima vez que te quedas mirándome embobada.

—Eres un gilipollas —siseo herida.

¿Por qué tiene que comportarse así?

—Puede ser, pero no vuelvas a recordarme lo que hay entre nosotros. Lo tengo clarísimo.

—No volverá a pasar, señor Brent.

Ese «señor Brent» le ha dolido, pero no me importa.

Recojo los documentos y las carpetas de la pequeña mesa de centro y voy hasta la

puerta. Puede exigirme que sea profesional, pero tenerme en su despacho simplemente porque le dé la gana no lo es y no se lo pienso consentir. No después de lo que me ha dicho.

—Estaré en mi despacho —murmuro y, sin esperar respuesta por su parte, salgo de su oficina.

Camino de prisa porque no sé si voy a romper a llorar o no. No quiero hacerlo, pero a veces creo que ni siquiera depende de mí. En un primer momento siempre pienso que es un maldito capullo que me hace subir lo más alto posible para después disfrutar con mi caída, pero acabo arrepintiéndome de esa idea. Algo dentro de mí, por muy enfadada que esté, no para de gritarme que, sea lo que sea lo que le pasó la noche que me fui de su casa, le está comiendo por dentro. Donovan está sufriendo. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Resoplo y me siento a mi mesa. Lo mejor será que termine con este balance.

No sé cuánto tiempo ha pasado. No mucho, porque Jackson y Colin aún no han regresado del almuerzo. Todo está muy tranquilo, en perfecto silencio, cuando oigo gritos al otro lado del pasillo e inmediatamente adivino que es Donovan. Me levanto despacio, acercándome a una de las paredes de cristal de mi pecera. En ese instante él sale de su despacho rugiendo por su iPhone y se queda a unos pasos de la puerta. Sea quien sea quien esté al otro lado, le están echando la bronca de su vida.

—... No, el problema aquí es que yo no tengo por qué cargar con ningún gilipollas que no sabe hacer su trabajo. Te quedas fuera y voy a asegurarme de que no consigas trabajo en esta ciudad ni en una puta recepción. No te confundas, no es por el dinero. Me has hecho perder mi tiempo y eso me lo vas a pagar.

Cuelga y en el mismo momento lanza el teléfono contra la pared. A pesar de estar viéndolo, el sonido me sobresalta. Su iPhone de última generación se hace añicos y se esparce por todo el suelo del pasillo.

—¡Joder! —masculla furioso, frustrado, a la vez que se pasa las dos manos por el pelo.

Aún tiene los dedos enredados en su maravilloso cabello castaño cuando alza su mirada y otra vez se encuentra con la mía. A veces tengo la sensación de que es la propia gravedad la que nos atrae irremediabilmente el uno hacia al otro. Sin dejar de mirarme, Donovan baja los brazos y los deja caer hacia sus costados, como si estuviese cansado de luchar, de echarme de menos, de ese «sólo trabajo» que, aunque es lo mejor para los dos, no es lo que ninguno quiere.

Se humedece los labios y pronuncia sin emitir sonido alguno un «lo siento» que traspasa todo el aire entre los dos y llega hasta mí, claro, sincero, pero sobre todo muy triste. ¿Qué fue lo que pasó aquella noche?

Donovan desata nuestras miradas y con paso lento regresa a su oficina.

Yo me quedo de pie, inmóvil, observando el teléfono destrozado sobre el parqué y de pronto sé lo que tengo que hacer. Rodeo mi mesa, abro el último cajón del coqueto mueble gris marengo y saco algo de él.

Con paso decidido, salgo de mi despacho y voy hasta el de Donovan. Golpeo la puerta suavemente pero, antes de que pueda darme paso, entro escondiendo las manos a mi espalda para ocultar lo que llevo en ellas. Al verme, Donovan exhala brusco todo el aire de sus pulmones y clava su mirada en mí, observándome hasta que me coloco al otro lado de su mesa, frente a él.

Yo respiro hondo, reuniendo un poco de valor; no tengo muy claro cómo va a tomárselo y, con cuidado, dejo su Alfa Romeo de colección sobre la mesa. Donovan me mira con los ojos como platos y, despacio, se recuesta en su elegante sillón. Está sopesando qué hacer conmigo. Será mejor que diga lo que tengo que decir antes de que lo decida.

—Pensaba enviártelo pieza por pieza con notas de esas anónimas con letras recortadas de revistas —me sincero—, pero después pensé que, con lo obsesivo y controlador que eres, mandarías la nota a analizar al FBI y, con lo patosa que soy yo, habría ADN mío mezclado con pegamento por todas partes y, al final, me descubrirías igual. Así que es mejor así.

Donovan me mira durante lo que me parece una eternidad hasta que, como si no fuese capaz de disimularlo más, sus labios se curvan en una incipiente sonrisa.

—Supongo que puedo prescindir de los federales —bromea.

Yo asiento fingidamente sería, tratando de ocultar una divertida sonrisa.

—Como justo castigo, estoy dispuesta a arreglarte un poco este desastre de escritorio —digo comenzando a recoger papeles y carpetas.

Me observa sin decir una palabra.

—¿Sabes? Para ser alguien que odia ver su mesa llena de papeles... —dejo socarrona la frase en el aire mientras continúo recogiendo.

Donovan se levanta, me quita las carpetas de las manos y las lleva a la estantería.

—¿Me estás ayudando? —bromeo—. Estoy casi sorprendida.

Sigue sin decir nada, pero puedo notar cómo me observa a mi espalda. De pronto mis movimientos se hacen más lentos. Sus ojos incendian mi piel donde se posan, haciéndome increíblemente consciente de que está ahí, justo detrás de mí. De un paso elimina la distancia que nos separa. Sus labios suspiran suavemente contra mi pelo y su mano vuela hasta posarse abierta y posesiva sobre mi estómago.

—¿Por qué no te rindes? —susurra a mi espalda con esa voz tan endiabladamente ronca y sensual.

Mi respiración se acelera de inmediato y todo mi cuerpo se tensa, se carga de adrenalina, de pura electricidad, de deseo, de amor.

—Ríndete, por favor —me ordena y me suplica al mismo tiempo—. Dame por imposible, Pecos, porque ya no puedo más.

No sé si soy yo la que se gira entre sus brazos o es él quien me gira en un fluido movimiento que hace que sus manos se deslicen despacio por mi cuerpo hasta quedarse ancladas en mis caderas, dejándonos frente a frente, aún más cerca en todos los sentidos.

Donovan apoya su frente en la mía. Su respiración también es un caos y todo el calor que desprende su cuerpo atraviesa su ropa y la mía y me calienta, grabando a fuego en mi piel que le pertenezco, que le perteneceré siempre.

Inclina la cabeza, busca mi boca con la suya y me besa. Un beso corto, suave, un leve roce que me recuerda todos y cada uno de los besos que me ha dado, todo lo que he sentido con cada uno de ellos. Suspiro bajito y el sonido se entremezcla con un gruñido masculino y sensual que atraviesa su garganta. Ese parece ser el pistoletazo de salida para Donovan y me besa con fuerza, traduciendo su suplica más desesperada, dejándome claro que me necesita tanto como yo lo necesito a él. ¿Que me quiere tanto como yo lo quiero a él?

Esta vez no juega a besarme y a separarse. Esta vez sólo hay un deseo desbocado, casi desesperado.

—Ríndete —repite separándose de mí y volviendo a unir nuestras frentes, como si necesitara una parada para reunir fuerzas antes de alejarse definitivamente de mí.

—Yo sólo quiero ayudarte, Donovan —trato de hacerle entender—. Sólo quiero que estés bien. Sea lo que sea lo que pasó, podemos arreglarlo entre los dos.

—Ojalá fuera tan fácil, Pecosa.

Donovan se separa y me sonrío de una manera triste, apagada. De verdad desea que las cosas sean de otra manera.

—Lo que pasó no se puede arreglar —susurra—. Yo ya no tengo arreglo.

Y en ese preciso instante me doy cuenta de que lleva una carga sobre sus hombros demasiado grande. «Lo que Donovan vivió ayer no debería vivirlo nadie». Recuerdo las palabras de Jackson y mi corazón se encoge un poco más. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Donovan...

El sonido de la puerta al abrirse me interrumpe. Estoy a punto de girarme, pero el repiquetear de unos tacones contra el suelo me dice que me haga un favor y no lo haga.

—Cielo, ¿estás listo?

Odio haber oído su voz. Ahora tengo algo más con lo que martirizarme.

Por un instante, antes de contestar, Donovan me mira a mí y yo a él. No sé lo que pasó, no sé cómo de horrible fue, pero, sea lo que sea, podemos superarlo.

—Sí —responde, y sus ojos siguen sobre los míos azules—. Katie, por favor, termina ese balance y entrégaselo a Jackson.

Yo asiento y salgo procurando no mirar a ninguno de los dos. Me ha llamado Katie y no Pecosa. Nunca imaginé que me dolería no escucharlo. No es que me guste, pero que no lo haya hecho significa que se ha deshecho de esa pequeña parcelita de intimidad y complicidad que teníamos, y lo ha hecho por ella.

Regreso a mi pecera y me dejo caer en mi silla. ¿Cómo puede besarme de esa manera, pedirme que deje de luchar por él y un par de segundos después elegirla a ella?

«A ella la eligió hace mucho».

Resoplo y me hundo un poco más en el asiento. Soy Ana Steele, sólo que mi Christian Grey ha decidido que es más fácil rendirse e irse con otra. Cabeceo. Este es precisamente el problema. Esta absurda visión romántica que tengo de Donovan, de la vida en general. Christian Grey, tú eres el culpable de todas mis desgracias.

Después de pasar toda la tarde trabajando, estoy despejando mi mesa cuando Sandra llama a la puerta.

—Katie, tengo algo para ti —dice cantarina.

Frunzo el ceño confusa con una sonrisa que ella me devuelve. ¿Qué está pasando aquí?

Se saca la mano de la espalda y me muestra un iPhone reluciente. Sigo sin comprender.

—Tu móvil —me dice como si fuera obvio—. El señor Brent me ha dicho que lo olvidaste en su despacho. Si yo hubiese perdido el mío, estaría como pollo sin cabeza.

Miro el *smartphone*. Es completamente negro. El que Donovan me dio y yo dejé en su casa era rosa chicle. En ese preciso instante lo entiendo todo. Él ha cambiado la carcasa. Ya no es rosa chicle porque ahora es un móvil de empresa y nada más. Sólo trabajo. Esas dos palabras van a perseguirme toda mi vida.

—Aunque... claro... —continúa hablando Sandra—... imagino que perder un móvil de empresa debe de ser hasta un poco liberador, sobre todo si el señor Brent tiene el número.

Sonrío por inercia y cojo el móvil austero y formal. Le agradezco el favor y Sandra se marcha con una sonrisa.

Con el gesto torcido, observo el iPhone. Recuerdo cómo me quejé cuando me lo dio, diciéndole que no podía aceptarlo porque era rosa y los móviles de empresa nunca son rosas. Sonrío triste. Debería haberme quedado calladita y disfrutar del momento. No podría haber un mensaje más claro que este. Carcasa negra: fría e impersonal. Giro el teléfono en mis manos y frunzo el ceño absolutamente atónita cuando veo una pequeña pegatina de un unicornio en la parte inferior.

Ahora mismo sólo quiero ir a su despacho y tirarle el móvil a la cabeza. ¡Deja de mandarme mensajes contradictorios, maldito cabronazo!

Dejo el iPhone sobre la mesa de malos modos, asesinándolo con la mirada, pero en ese momento comienza a sonar sobresaltándome y diluyendo mi ataque de furia. Miro la pantalla y la cara de Lola lanzándome un beso se ilumina intermitente. Vuelvo a fruncir el ceño. Van a salirme unas arrugas monstruosas en la frente.

—¿Cómo sabes que he recuperado mi móvil? —le pregunto antes siquiera de decir hola.

—Nunca dudes de que yo me entero de todo —sentencia—. Además, Sandra ha estado aquí hace quince minutos.

Eso lo explica todo.

—¿Y me llamabas para algo más que para reinaugurar la línea? —inquiero socarrona.

—No te dediques al humor. No es lo tuyo —replica.

—Ja, ja —le respondo sarcástica, ya que no puede ver el mohín que le dedico.

Deberíamos empezar a hacer videollamadas.

—Esta noche vamos a salir —me advierte—. Así que deja todo lo que estés haciendo y baja al vestíbulo. Nos vamos ya.

—Estoy de acuerdo —murmuro sin más.

No me apetece salir, pero tampoco quiero estar aquí o, en su defecto, en el

apartamento de Lola, dándole vueltas a todo.

—La predisposición es tu punto fuerte —me asegura.

—Y lo que te ha hecho famosa en el barrio gay —replico burlona.

—Esa me la vas a pagar —me amenaza, pero prácticamente no la oigo. No puedo dejar de reír encantadísima con mi propia broma.

A las nueve en punto estamos increíblemente vestidas y perfectamente maquilladas. Lola me ha dejado un minivestido dorado muy elegante. Se ajusta a mi cuerpo a la perfección y, en lugar de escote, un sencillo encaje adorna la parte superior. Lo combino con mis salones de plataforma *nude* y un fantástico *clutch* de Edie Parker que Lola me entrega con el mismo fervor y cuidado que si me estuviese dando las tablas con los diez mandamientos.

—Sigo sin entender cómo puedes meterte dentro de este vestido —comento mirándome en el espejo del recibidor.

Me encanta cómo me ha recogido el pelo a pesar de tenerlo corto.

—Pues metiéndome —contesta como si fuera obvio, ordenándose su larga melena negra con los dedos.

—Tiene que estarte pequeño.

Lola es altísima y tiene un cuerpo espectacular lleno de preciosas curvas a lo Jennifer López. Yo, en cambio, soy más bien menudita. Si a mí me está ajustado, es imposible que a ella le quede perfecto, y conozco demasiado bien a Lola: jamás se pondría nada que no le estuviese exactamente como le tiene que estar. Todavía recuerdo cuando lanzo unos tacones por la ventana porque le hacían las piernas gordas. Después tuvo que asomarse y pedirle perdón al taxista en cuyo techo del coche aterrizaron los zapatos. Se disculpó diciendo que era una persona muy carismática y se libró porque el taxista no tenía muy claro el significado de esa palabra.

—Me está divino, como toda mi ropa —sentencia.

Lola abre su máscara de pestañas *scandaleyes rockin' curves* y se la pone con mucho cuidado.

—Es imposible —digo pellizcando el vestido a la altura de la cadera y tirando de él. Ahí no cabe un centímetro de aire.

—¿Me estás llamando gorda? —pregunta ofendidísima dirigiéndose hacia mí.

—Claro que no, idiota —contesto sin dudar—. En todo caso te estoy llamando tía buena.

Ella sopesa durante un par de segundos mis palabras.

—Mejor así —sentencia divertida cerrando el pequeño tubo de rímel rojo y negro.

Se marcha cantarina a la habitación, imagino que a ponerse los zapatos, y yo sonrío mientras me sigo observando en el espejo. Me encanta mi peinado.

Llaman al timbre. Extrañada, doy un paso hacia la puerta. En cualquier otra

circunstancia apostaría a que es Harper, pero Lola ya me ha comentado que, inexplicablemente, hoy no le apetecía salir y se quedaba en casa.

Estoy a punto de llegar cuando Lola, dándose la carrera de su vida, me adelanta por la derecha, agarra el pomo antes que yo y abre la puerta con la sonrisa más grande del mundo en sus labios. ¿Qué está tramando?

Todas mis preguntas se contestan cuando veo a Brodie en el rellano. Él me mira de arriba abajo un momento e inmediatamente lleva su vista hacia mis ojos, disculpándose en silencio por lo que acaba de hacer.

—Hola —nos saluda con una sonrisa.

—Hola —respondo sorprendida.

¿Qué hace aquí?

—Hola, Brodie —añade pizpereta—. Verás —continúa llamando mi atención—, le he llamado esta tarde para que saliéramos todos juntos. Brodie prometió traer un amigo.

Lola da un paso hacia delante y mira a derecha e izquierda.

—Humm —pronuncia fingidamente triste—, supongo que no has encontrado ninguno para mí. Una lástima. Me quedaré aquí.

Mi amiga, que no sé si pronto continuará siéndolo, ante mi atónita mirada, coge rápida mi *clutch* del pequeño mueblecito del recibidor, mi abrigo del perchero, me lo pone todo entre las manos y me empuja para que salga del apartamento.

—Pero... —trato de protestar.

—Que os divirtáis —dice ignorándome por completo y, sin más, cierra la puerta.

—¡Lola! —me quejo.

—Que os divirtáis —repite sin ningún remordimiento por la encerrona que acaba de prepararme.

Con una sonrisa nerviosa, me giro hacia Brodie. Él se encoge de hombros con las manos metidas en los bolsillos.

—Tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones —comenta divertido.

—Di mejor una —le replico contagiada de su humor—. No creo que Lola me deje volver a entrar.

—Crees bien —sentencia a través de la puerta.

—No me lo puedo creer —protesto al borde de la risa sin girarme—. ¿Estás en la mirilla?

—Que os divirtáis —repite.

Brodie y yo sonreímos y él extiende su brazo, animándome a que echemos a andar. Asiento y salimos del edificio.

Me lleva a cenar a un precioso restaurante cerca del parque. La comida está buenísima y, como siempre, consigue sacarme más de una sonrisa.

—No querrás irte ya a casa, ¿verdad? —pregunta y de nuevo me ofrece una sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

Yo asiento tratando de no sonreír, aunque no puedo contenerme mucho. Su

sonrisa es de lo más contagiosa. Llevamos así toda la noche.

—Hace un frío que pela —me quejo dando saltitos en mitad de Columbus Circus.

—Pues, si tienes frío, claramente lo mejor es una copa —dice sin asomo de duda.

Brodie me mira de arriba abajo un segundo, pero, tal y como pasó en la puerta del apartamento, inmediatamente lleva su vista hacia la mía, disculpándose. No puedo evitar pensar en todas las veces que Donovan me ha mirado así. Él lo hacía con descaro, impertinente, lleno de arrogancia; jamás se disculpó, y no podría haberme parecido más atractivo.

—Lo mejor es estar debajo de mi nórdico —replico y yo sí que no tengo ninguna duda.

Brodie tuerce el gesto fingidamente pensativo.

—¿Eso es una proposición, Conrad?

Me lo pregunta tan serio que por un momento me deja fuera de juego, pero, entonces, como si no pudiese disimularlo más, sus labios se curvan hacia arriba.

—Qué idiota —me quejo golpeándole en el hombro.

—Vamos a tomar esa copa —sentencia.

Brodie me propone ir al club y, aunque en un principio dudo, acabo aceptando. El Archetype no es sólo un lugar donde dejarse llevar por todo tipo de fantasías, también es un club genial con música increíble y un ambiente de lo más increíble.

Además, Brodie sabe exactamente hasta dónde puede llegar. Sólo somos amigos y nunca vamos a ser nada más que eso.

Entramos en el Archetype y nos acomodamos en la barra. Hay música en directo. Un hombre impecablemente vestido canta, casi susurra, una canción muy suave sentado en un taburete mientras otro más mayor y afroamericano lo acompaña al piano. Tardo un segundo de más en darme cuenta de que es Sam Smith. ¡Sam Smith! Desde luego en este club el concepto de exclusivo alcanza otro nivel.

—¿Qué te apetece beber? —me pregunta Brodie sacándome de mi ensoñación.

Sonrío. Creo que soy la única persona del local que estaba mirando embobada al cantante.

—Humm... —Sé lo que quiero beber. Sólo tengo que atreverme a pedirlo—. Glenlivet con hielo.

Brodie se gira hacia la camarera y pide nuestras copas. Estamos charlando tranquilamente cuando empiezan a sonar los primeros acordes de *Stay with me*.^[9] Poco a poco, voy prestándole más y más atención a la letra. Es la historia de alguien que siempre tropieza con la misma piedra, pretendiendo convertir los encuentros de una noche en amor de verdad. Le doy un sorbo a mi Glenlivet y el sabor me traiciona y me despierta de una manera demasiado cruel. Echo de menos a Donovan. Quiero a Donovan.

—¿Estás bien? —me pregunta amable Brodie.

Tardo un segundo más de lo necesario en contestar y ese pequeño detalle no le pasa por alto.

—No debí proponerte que viniésemos aquí —se disculpa.

—No te preocupes —respondo obligándome a sonreír—. Estoy bien.

En realidad no lo estoy, pero no quiero arruinarle la noche.

Brodie da un largo trago de su vodka con hielo y juguetea por un segundo con la copa de nuevo apoyada en la barra. Parece que trata de armarse de valor.

—Katie, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —respondo sin dudar.

Sonríe antes de atreverse a hacerlo. Es una sonrisa preciosa y todo sería mucho más fácil si despertara en mi todo lo que despierta otra. Si la encontrase *sexy*, serena, sincera, dura, sensual.

—¿Donovan Brent y tú aún estáis juntos?

Oír su nombre me sacude por dentro.

—No —contesto en un golpe de voz.

Brodie sonrío aliviado, pero por primera vez en toda la noche el gesto no se refleja en mis labios.

—Mañana la fundación benéfica de mi jefe da una fiesta en la azotea del Empire State y había pensado que a lo mejor te apetecería venir.

—Brodie, me pareces un chico increíble —es la verdad—, y es cierto que ya no estoy con Donovan, pero todavía está todo demasiado reciente y yo...

No soy capaz de sacármelo de la cabeza porque no dejo de pensar que, en el fondo, me está pidiendo ayuda... y él no me lo pone nada fácil besándome y siendo tan increíblemente guapo.

—... necesito tiempo —sentencio.

Una respuesta mucho más sana.

Brodie sonrío y se inclina ligeramente hacia mí a la vez que asiente.

—Mañana la fundación benéfica de mi jefe da una fiesta en la azotea del Empire State —repite con una sonrisa— y había pensado que a lo mejor te apetecería venir, como amigos.

Está siendo un encanto, pero ahora mismo me siento muy incómoda. Nunca podría tener nada con él; en realidad, creo que no podría tenerlo con ningún otro chico. Resoplo con fuerza mentalmente. Estoy condenada a una vida sin sexo y mesas para uno.

—Me lo pensaré —me obligo a responder.

No quiero darle un no rotundo. No quiero que él también se sienta incómodo.

Poco después regreso a casa. Subo al apartamento y, frente a la puerta, busco mis llaves con paciencia. No entiendo dónde demonios están. El *clutch* es diminuto. Finalmente consigo abrir y, al ver la tele encendida y a Lola dormida en el sofá, cierro con cuidado. Se merece que la despierte con un baile con platillos después de la cita-encerrona, pero decido perdonárselo. Me bajo de los tacones y disfruto un segundo de los pies descalzos sobre el parqué. Apago la tele e intento que se levante y vaya a la cama, pero es una misión imposible, así que le acomodo la cabeza entre

los cojines y la tapo con una manta.

Recojo mis zapatos del suelo y voy hasta la habitación. Voy a quitarme el vestido cuando mi iPhone, en mi bolso sobre el colchón, comienza a sonar. Con el ceño fruncido, me siento en la cama y saco el móvil. Cabeceo nerviosa y respiro hondo cuando veo el nombre de Donovan escrito en la pantalla.

No debería cogerlo, pero me conozco demasiado bien y, si no lo hago, me pasaré toda la noche dándole vueltas y acabaré llamándolo yo. Francamente prefiero tener la ventaja de ser quien recibe la llamada en plena noche y no quien la hace.

—Hola —respondo nerviosa.

—Hola.

Sólo ha sido una palabra, pero su voz me traspasa y activa todo mi cuerpo.

—¿Qué quieres, Donovan?

—¿Te estás acostando con Brodie?

Suspiro brusca. Se merece que le diga que sí sólo para que entienda lo injusto que es que él, con novia, me esté llamando a la una de la madrugada para preguntarme eso.

—¿Eso es lo único que te interesa? —inquiero y, sin quererlo, mi voz se ha llenado de dolor.

—Contéstame —me apremia impaciente.

—Eres un hijo de puta, Donovan. —Estoy furiosa—. Y no, no me estoy acostando con Brodie.

Lo odio por llamarme sólo para saber si la pobre tonta enamorada sigue colada por él. Aunque la culpa es sólo mía. Él no me quiere. Lo dejó muy claro. Sólo le interesa comprobar que sigue teniendo su juguetito.

—¿Por qué? —pregunta sin suavizar un ápice su tono de voz.

La pregunta me pilla fuera de juego, pero en seguida me recupero.

—No pienso contestarte a eso —siseo.

—Katie —me reprende.

—¡Porque sé que no me sentiría con él como me sentía estando contigo! —respondo llena de rabia, cansada de él y de esta situación—. ¿Eso es lo que querías oír?

Voy a colgar, pero mis manos se niegan a colaborar y, a pesar de su silencio, sigo al teléfono.

—Katie...

—Katie, ¿qué?, Donovan. —Un sollozo se escapa de mis labios y, sin quererlo, las lágrimas vuelven a caer—. Tienes novia. Tú eres el que se acuesta con otra persona.

—Necesito estar con otra chica para poder mantenerme alejado de ti.

Sus palabras me enmudecen y aceleran mi corazón aún más. Le oigo suspirar con fuerza y durante unos segundos vuelve a guardar silencio otra vez. Las lágrimas siguen rodando por mis mejillas y otro sollozo inunda la línea. Inmediatamente me

tapo la boca con la mano porque no quiero que se dé cuenta de que estoy llorando y decida que esta conversación no es buena idea.

—Ella es una válvula de escape, una manera de olvidar la idea de que, cuando me gire en mi cama, tú no vas a estar, de imaginarte con Brodie, de querer tocarte cada día y no poder hacerlo.

Su voz sigue sonando tan increíblemente masculina como el día que lo conocí, pero ahora también está rota, como yo.

—Te echo de menos, Pecosa —susurra y mi mundo se destroza un poco más.

—Si me echas de menos, ven —murmuro entre lágrimas.

Sé que no debería pedírselo, que no me hará ningún bien, pero no puedo evitar quererlo.

—No puede ser.

Tengo la sensación de que no necesita convencerme sólo a mí.

—Donovan —lo llamo y es casi una súplica.

—Estabas preciosa en el club. Eras la única chica a la que podía mirar. Y antes de que pudiese darme cuenta, estaba recordando todas las veces que estuve en el Archetype contigo.

Me dejo caer en la cama despacio, acurrucándome, sin despegar un sólo instante el teléfono de mi oreja, tratando de dejar de llorar o hacerlo en el máximo silencio para no perderme una sola palabra.

—Recordé todas las veces que jugamos con Erika o con otras chicas —continúa —, pero de ellas no era capaz de visualizar nada, ni siquiera sus caras, y de ti lo recordaba absolutamente todo, cada vez que te has corrido entre mis brazos, esa preciosa sonrisa que pones justo después con los ojos aún cerrados. Tu olor, Katie. Joder, ¿cómo es posible que me acuerde de cómo olías?

Suelto todo el aire en una bocanada. Mi corazón ha latido más fuerte con cada palabra. Una sonrisa suave y sincera se mezcla con mis lágrimas y al otro lado puedo sentir cómo Donovan imita mi gesto.

—¿De verdad te acuerdas de cómo olía? —murmuro.

—La primera vez que dormimos juntos olías a mandarina. Cuando me desperté, ese olor estaba impregnado por toda la cama y sencillamente me volví loco. Quise follarte desde que te vi por primera vez en la oficina de Charlie Cunningham, pero desde aquella mañana no podía pensar en otra cosa.

Sonríó y Donovan guarda silencio, como si quisiese saborear ese débil sonido.

—Cuando duermes haces unos ruiditos muy sensuales. No sabes cuántas noches me he quedado despierto viéndote dormir.

—Eso es muy romántico —bromeo.

—La culpa es tuya —replica divertido—. No te haces una idea de lo sexy que eres, de cuántas veces he tenido que contenerme para no abalanzarme sobre ti.

—Donovan —trato de frenarlo, aunque en el fondo no quiero que pare por nada del mundo.

—Mis manos en tu piel. Joder, Katie, a veces creo que voy a volverme loco.

—Donovan, yo me siento exactamente así.

Suspiro con fuerza y mi mente y mi cuerpo se calman para volver a tensarse de una manera completamente diferente.

—Por Dios, ni siquiera puedo concentrarme en el trabajo —se confiesa, exasperado porque algo esté rompiendo sus esquemas—. Sólo puedo imaginarte a ti, a nuestros cuerpos acoplándose perfectamente. Sentir tu olor, tu calor. Katie, te me has metido debajo de la piel y ni siquiera sé cómo ha pasado. Sólo puedo pensar en la última vez que estuvimos juntos, en cómo tu cuerpo se tensaba bajo del mío.

Mi respiración se acelera. Mi piel arde.

—Donovan —murmuro.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, mi mano avanza por mi cuerpo y acaricia fugaz mi pecho.

—En cómo me sentía entrando y saliendo de ti. Era el puto paraíso, Katie.

Perdiéndome en el recuerdo de cada vez que estuve en sus brazos, retuerzo mi pezón entre mis dedos y tiro de él.

—Era como saltar al vacío —murmuro, casi gimo, con la voz rota por todo el placer y todo el deseo.

—Sí, joder, era exactamente eso. —Y sé que una sonrisa se ha dibujado en sus labios.

Su respiración también está acelerada. Lo imagino acariciándose. Me imagino acariciándolo.

—Era la mejor sensación del mundo.

Mis dedos bajan por mi cuerpo y se esconden bajo mis bragas.

—Tener el control sobre ti, Katie, sobre tu cuerpo, sobre todo tu placer.

Me deslizo en mi interior.

—Sin dejarme escapatoria.

Las palabras se escapan de mis labios antes siquiera de que pueda pensarlas.

—Eres mía, Katie. Eres sólo mía —pronuncia cada letra envuelta en sensuales gruñidos.

Nuestros jadeos se entremezclan cada vez más fuertes a través de la línea telefónica.

—Soy tuya.

Mis piernas se deslizan inconexas por las sábanas, llenándose de todo el placer de su voz, de mis dedos.

—Torturarte.

Gimo.

—Hacer contigo exactamente lo que quiera —susurra con una seguridad implacable y todo mi cuerpo se tensa—. Que te deshagas en mis brazos. Follarte una y otra vez.

—Hasta caer rendidos —jadeo.

—Hasta caer rendidos.

Echo la cabeza hacia atrás y me pierdo en un maravilloso orgasmo con su nombre en mis labios y la imagen perfecta de sus espectaculares ojos en mi mente. He saltado al vacío.

—Eres la chica más increíble que he conocido nunca y todo lo que soy sólo tiene sentido cuando estoy contigo.

Sin darme oportunidad a decir nada más, cuelga. Yo me quedo en la cama con la respiración hecha un auténtico caos y el corazón latiéndome con tanta fuerza que puede llegar a doler. No quiero pensar. Rápidamente me quito el vestido, me pongo el pijama y me meto bajo las sábanas, acurrucándome con fuerza. No quiero pensar, porque, si lo hago, sólo podré hacerlo en que, aunque sólo haya sido por un período muy breve, Donovan se ha quitado la coraza y eso sólo ha servido para que lo eche más de menos, para que lo necesite más, para que le quiera todavía más.

Me despierta un sonido incesante y molesto. Giro y me acurruco contra el otro lado, tratando de dormirme de nuevo, pero el sonido vuelve con más fuerza. Abro los ojos y por un momento no recuerdo dónde estoy. Parpadeo y me oriento sin ninguna dificultad. El ruido regresa y me doy cuenta de que es la puerta. Miro el reloj despertador sobre la mesita. Apenas son las siete. ¿Quién puede ser?

Me levanto a regañadientes y cruzo el salón. Extrañada, observo el sofá. Lola no está. Camino del recibidor me asomo por la ventana de la cocina. Tampoco está allí. Qué raro.

El sonido se intensifica. Sea quien sea quien está llamando, se está empleando a fondo.

Giro el pomo y, antes de que abra la puerta del todo, una mano sujeta la madera con fuerza y la abre de golpe, obligándome a dar un paso atrás. Casi en el mismo instante, esa mano se posa en mi cadera posesiva, brusca, indomable, justo antes de estrellar sus labios contra los míos buscándolos ansioso, casi desesperado.

Donovan cierra de un tosco portazo y me estrecha del mismo modo. Ni mi cuerpo ni mi mente ni mi corazón necesitan más. Mis manos rodean sus hombros, aferrándome a ellos con fuerza cuando las suyas vuelan hasta mi trasero y me levantan a pulso. Rodeo su cintura con mis piernas y nos quedamos perfectamente acoplados. Sin dejar de besarnos, nos desnudamos veloces. Su sexo choca perfecto contra el mío y mis gemidos se entremezclan con sus gruñidos en nuestros besos.

Nos lleva hasta la habitación y nos tira en la cama. Su cuerpo cubre por completo el mío mientras mis piernas siguen rodeándolo, acercándolo todavía más a mí. Hunde sus labios en mi cuello. Enredo mis dedos en su pelo. Mueve las caderas. Gimo con fuerza. Lo he echado demasiado de menos.

Vuelve a besarme casi desesperado.

—Donovan, te...

—No lo digas —me interrumpe con la respiración acelerada, separando lo justo nuestros labios y apoyando su frente en la mía— o, cuando todo esto acabe, te arrepentirás.

No ha sido una advertencia ni tampoco se está riendo. Me está previniendo. Está preocupándose por mí porque tiene demasiado claro cómo acabará esto. Una presión se instala en mis costillas y casi me impide respirar. Antes de que pueda controlarlo, una lágrima cae por mi mejilla. Toda la situación me está sobrepasando. Yo quiero estar con él. Quiero ayudarlo. Quiero que sea feliz. No puede venir, besarme, recordarme lo perfecto que es estar entre sus brazos y después dejarme dolorosamente claro que todo tiene una fecha de caducidad. ¿Por qué lo hace? ¿Qué es lo que quiere de mí?

Donovan se separa un poco más, posa sus ojos en los míos pero inmediatamente rompo nuestras miradas girando la cabeza. Él, por un momento, continúa observándome. Puedo notar sus preciosos ojos escrutarme tratando de averiguar cómo me siento.

Alza la mano y, despacio, enjuga con el reverso de los dedos las lágrimas que bañan mis mejillas. No puedo más. Yo le quiero y, si él nunca va a quererme, necesito que se aleje, que me deje respirar una atmósfera donde nada me recuerde a él.

Intento empujarlo y levantarme, pero reacciona en seguida atrapando mis muñecas y llevándolas contra el colchón.

—Suéltame —le pido.

Donovan niega con la cabeza. No está jugando. No está haciéndome rabiar. Algo me dice que está tan asustado como lo estoy yo.

—Esto es una locura y un sinsentido —me quejo con rabia—. Tú no me quieres y está claro que ni siquiera soportas que yo te quiera a ti. Me merezco ser feliz, Donovan, y tengo que ser rematadamente estúpida para seguir pensando que a tu lado puedo serlo.

—Katie —trata de calmarme.

—¡No quiero escucharte! —replico aún más enfadada.

Forcejeo, pero Donovan me mantiene sujeta sin ningún esfuerzo.

—Si no te dejo decirme que me quieres es porque sé cómo va a acabar esto, cómo está acabando, y no quiero que sufras todavía más. Pecosa, tú y yo no podemos estar juntos. Sólo nos haríamos daño —susurra.

Sus ojos se llenan de un millón de emociones que los vuelven aún más verdes. No ha hecho sino confirmarme todo lo que mi devastado corazón ya había dado por supuesto.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le pregunto con la voz llena de las lágrimas que no me permito llorar.

Donovan permanece en silencio, mirándome.

—¿A qué has venido? —repito.

—Katie...

—Contéstame —le pido desesperada.

—A ser feliz, joder, aunque sólo sean quince putos minutos.

Su sinceridad me desarma. Me vuelvo un poco más loca o quizá un poco más cuerda, ¿quién sabe? Donovan también me echa de menos, también desea estar conmigo, ¿también me quiere? Otra vez la sombra de lo que pasó aquella noche vuelve a planear sobre nosotros. ¿Tan malo fue? A veces creo que, sencillamente, sea lo que sea, lo ha destrozado por dentro y ni siquiera él puede rehacer los pedazos. Esa idea me sacude. Quiere ser feliz y yo también, y los dos sabemos que sólo hay una manera en la que vamos a poder serlo, por eso está aquí.

Mi mirada cambia por completo y sé que él se ha dado cuenta. Muevo suavemente las manos pidiéndole en silencio que me suelte, que no me marcharé. Sin apartar sus preciosos ojos de los míos, libera mis muñecas pero, antes de que pueda separarse de mis manos, entrelazo nuestros dedos. Sus ojos brillan. Ahora mismo no existe nada más. Y Donovan estrecha nuestras manos con fuerza.

—Bésame —le pido llena de dulzura—. Yo también quiero ser feliz.

Donovan exhala todo el aire de sus pulmones. Está controlando lo indomable que le arrolla por dentro y que se está despertando rugiendo y llamándome.

Se inclina despacio y me besa. Sus labios me conquistan con el primer roce y gimo entregada. Le deseo tanto. Desliza su mano por mi mejilla, perdiéndola en mi cuello, apretando un poco, reavivando todos los recuerdos, activando todo el placer anticipado.

Su mano continúa bajando mientras sus labios siguen el mismo camino. Relía sus dedos en el cordón de mi pijama al mismo tiempo que su perfecta boca baña mis pezones con su cálido aliento por encima de la fina tela de algodón.

Me retuerzo bajo su cuerpo y cierro los ojos llena de placer. Donovan me besa jugando con su lengua, empapando la tela. Me muerde. Gimo. Su mano se pierde bajo mis pantalones.

—Donovan —susurro.

Se recoloca sobre la cama para dominar mi cuerpo por completo, haciéndome sentir demasiadas emociones a la vez. Sobreestimula mi cuerpo, lo agita, lo convulsiona. Sus manos. Su boca. Su lengua. Su voz.

Se separa de mí, dejándome al borde del abismo. Se coloca de rodillas entre mis piernas y se deshace de mi ropa. Cuando me tiene desnuda, me observa, y yo me embriago de sus ojos tan azules como verdes llenos de un deseo y una lujuria casi infinitos.

Despacio, empieza a quitarse la ropa, dándome la oportunidad de poder perderme en su cuerpo delgado pero perfectamente definido, aunque, como siempre que he podido, mis ojos vuelan hacia el músculo que nace en su cadera y se pierde bajo sus vaqueros.

Gloriosamente desnudo, saca un preservativo del bolsillo de los pantalones.

—No —le suplico en un susurro—. Quiero sentirte sólo a ti.

Otra vez todo el deseo aumenta, crece, lo inunda todo. Donovan se inclina sobre mí. Toma mi mano enredando nuestros dedos de nuevo. La levanta hasta colocarla por encima de mi cabeza mientras nuestros cuerpos se acoplan y, de un solo movimiento, brusco, duro, perfecto, entra en mí.

La sensación de sentir su piel contra la mía es maravillosa. Se mueve salvaje, tosco, haciendo que nuestras pelvis choquen una y otra vez.

Mis gemidos se intensifican. No está teniendo piedad. Pero en mitad de toda esta lujuria destilada en cada centímetro cúbico de aire, Donovan nos levanta de la cama y me acomoda en su regazo. Me inserta en su maravillosa erección y mi cuerpo reacciona abriéndose para él, acogiéndolo entero, profundo y duro.

Sus caderas comienzan a moverse de nuevo mientras sus manos siguen el contorno de mis piernas rodeando su cintura.

Instintivamente mi cuerpo sale a su encuentro una y otra vez. Una de sus manos se ancla en mi cadera y la otra se enreda en mi pelo. Una sonrisa sexy e impertinente se cuelga en sus labios justo antes de guiar mi boca contra la suya con un deseo enloquecedor.

Me embiste cada vez más torturador. Nos besamos cada vez más desbocados. Su mano se desliza hasta acomodarse en mi cuello, hasta recordarme quién tiene el control, y, antes de que pueda darme cuenta, todas las sensaciones se funden, se solapan. Mi cuerpo ruge y me pierdo en un orgasmo increíble, devastador, que me arrolla, me incendia, me vuelve absoluta y completamente loca, adicta a Donovan Brent, a lo que sabe hacerme, a lo que quiere hacerme.

No me deja apartar mi boca de la suya, disfruta de mis gemidos y de mi respiración acelerada contra sus labios.

El placer me supera. Todo mi cuerpo se acomoda al suyo, a sus movimientos, a todo lo que siento. Sus embestidas son cada vez más rápidas, más duras, más certeras, más perfectas.

¡Dios!

Y en mitad de todo, comienza a girar las caderas absolutamente torturador, expandiendo un placer exquisito e indomable a cada rincón de mi cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás. No puedo más. Donovan baja su boca por mi mandíbula, mi cuello, haciendo el placer aún más salvaje. Su aliento me quema, me gusta. Su polla me vuelve loca.

Me embiste con fuerza. Grito. Me aferro a sus hombros. Sale. Entra. Me domina. Le quiero. Le pertenezco.

—¡Donovan! —grito corriéndome sobre su regazo una vez más, sintiendo cómo él se pierde dentro de mí.

Me hace feliz.

Nos quedamos en silencio, abrazados. Donovan acaricia suavemente el final de mi

espalda y yo hago pequeños dibujos en la piel de su hombro. No sé cuánto tiempo pasamos así, con miedo a que el otro se esfume si nos movemos.

—Katie —susurra.

Yo asiento y me separo suavemente. Sé lo que va a decirme y no quiero escucharlo.

Donovan se levanta y comienza a vestirse. Yo me cubro con la colcha y simplemente observo cómo se pone los vaqueros dando un pequeño salto y después una simple camiseta de la que se remanga las mangas inmediatamente. Está sencillamente guapísimo. No pude fijarme cuando entró, pero a cambio ahora tengo la oportunidad de explayarme.

No entiendo por qué las cosas tienen que ser así. No paro de repetírmelo desde que he dejado de sentir su cuerpo junto al mío.

—¿Vas a casarte con ella? —murmuro.

Ni siquiera lo miro cuando lo pregunto. Estoy muerta de miedo.

Donovan suspira. De un par de zancadas rodea la cama y se sienta junto a mí.

—No pienso en casarme con ella o en tener hijos con ella. Katie, ¿no lo entiendes? No pienso en un futuro con ella.

—¿Y conmigo lo pensabas? —inquiero con mis ojos azules posados en cómo mis dedos retuercen nerviosos la colcha.

Él resopla de nuevo, coloca el reservo de sus dedos en mi barbilla y me obliga a alzar la cabeza hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Contigo lo quería, Pecosa —sentencia con su increíble voz—, más que nada.

—Y, si lo querías, ¿por qué no podemos tenerlo? —murmuro nerviosa, casi desesperada. Necesito que lo entienda. Quiero que lo entienda. Quiero que nos deje ser felices—. Donovan, ¿qué fue lo que pasó?

No dice nada. Toma mi cara entre sus manos e, inclinándose sobre mí, me besa. Lo hace lleno de deseo pero también de rabia y automáticamente comprendo que va a marcharse.

—Adiós, Katie —dice separándose apenas unos centímetros de mí.

Sin darme opción a responder, se levanta y sale de la habitación dejándome completamente desamparada. ¿Cómo puede ser que algo que ni siquiera conozco me esté destrozando por dentro?

Me dejo caer en la cama pero no aguanto ni cinco minutos. Las sábanas, la habitación, todo tiene su olor. Quiero mantener la dignidad y no convertirme en una protagonista de novela romántica en sus horas más bajas, pero eso es muy complicado en estas circunstancias.

Resuelta a ponérmelo lo más fácil posible, cambio las sábanas y abro las ventanas de la habitación. Estamos en pleno noviembre y la temperatura debe de rondar los cero grados, pero no me importa. Es una cuestión de supervivencia. Sin embargo, para mi desgracia, comprendo que su olor está impregnado en mi propia piel.

Resoplo absolutamente exasperada y me meto en la ducha. Cuando regreso a la

habitación envuelta en una toalla, hace un frío casi glaciario. Corro hacia la ventana y la cierro, pero con las prisas me golpeo el pie con la pata del tocador *vintage* de Lola. Lanzo un «ay» y gimoteo hasta llegar a la cama y sentarme en ella. Me agarro el pie mientras sigo quejándome y de pronto la habitación, aunque sería más acertado decir mi vida, se me cae literalmente encima.

Lo echo menos y lo peor de todo es que tengo la horrible sensación de que lo echaré de menos siempre. Me casaré con otro hombre, tendré hijos y seguiré echándolo de menos, recordando sus manos sobre mi piel.

No quiero, de verdad que no, pero, sin que pueda controlarlo, empiezo a llorar... y nada de algo elegante o contenido. Lloro a moco tendido, como si se fuera a acabar el mundo. No me hace sentir mejor y, aun así, soy incapaz de parar.

Como si de una tortura china se tratase, involuntariamente comienzo a pensar en todos los momentos que he vivido con él, en los buenos y en los malos, y con cada uno de ellos lloro un poco más. Me tumbo hasta clavar la vista en el techo con los brazos en cruz sobre la cama.

—Mi vida es un asco.

Y, sorbiéndome los mocos, me he dado cuenta de que he cruzado esa línea y he hablado sola como en las telenovelas. Katie Conrad estás acabada.

En algún momento decido levantarme, vestirme y salir al salón. Se suponía que hoy no iría a la oficina para ir a la universidad; obviamente no ha sido así.

Ya son casi las seis. Lola estará a punto de volver. Muevo el culo hasta la cocina y comienzo a preparar la cena. Espaguetis boloñesa. Combatamos las penas con hidratos de carbono.

Oigo el característico rumor de las llaves y, después, la puerta cerrarse.

—Hola —me saluda Lola desde el recibidor.

—Hola —le respondo desde la cocina.

Espero a que entre, pero de reojo la veo cruzar por delante de la ventana que comunica el salón con la cocina y dirigirse a la habitación. Me pongo tensa al instante. Por un momento temo que, al igual que se entera de todo en la oficina, también se entere de todo en su propia casa y sepa que Donovan ha estado aquí. No le haría ninguna gracia.

—¿Qué tal la mañana? —pregunta apoyándose en el marco de la puerta.

Yo me encojo de hombros con cara culpable, pero, como estoy de espaldas a ella, no puede vérmela.

—Bueno, pues entonces cuéntame qué tal anoche.

Respiro aliviada. Si me pregunta por Brodie, es que no sabe nada de Donovan. Siempre ha sido una chica muy ordenada y los chismes en esta casa se tratan por riguroso orden de prioridad.

—¿En tu encerrona? —pregunto impertinente.

—Oh, sí —responde en un fingido gimoteo—. Te mandé a cenar con un chico guapo. No merezco que sigamos siendo amigas.

Yo me vuelvo, le hago un mohín y sigo cocinando. Ella sonrío, coge los platos y se los lleva a la mesa.

—En serio, ¿cómo fue? —vuelve a preguntar regresando por los cubiertos.

—Normal. Nada que contar —respondo indiferente ante la atenta mirada de Lola—. Fuimos a cenar y después a tomar una copa. Fin.

Vierdo la salsa sobre la pasta.

—Desde luego —se queja cerrando el cajón de golpe—, le quitas la gracia a todo. Sonrío.

—¿Qué esperabas? —grito socarrona para hacerme oír en el salón—, ¿que viniese diciendo que me había enamorado de Brodie?

—¡No! —replica indignadísima a mi espalda, haciéndome dar un brinco que por poco termina con nuestra cena en el impoluto suelo—. Un polvo, Katie. Quería que echarás un polvo.

Niego con la cabeza. Salgo de la cocina y pongo la olla sobre el salvamanteles de madera.

—¿Qué pasa? ¿Ya no piensas follar nunca más? —inquieta igual de indignada que antes, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la puerta de la cocina.

—Sí, sí pienso —contesto de manera mecánica sirviendo los platos y tomando asiento.

—Pues empieza ya —me advierte caminando y sentándose a la mesa—. Por ejemplo, en la terraza del Empire State.

La miro boquiabierto. ¿Cómo consigue enterarse de todo?

—Echar un polvo allí arriba tiene que ser espectacular —continúa con la vista perdida, fantaseando con la idea. Cuando vuelve al mundo de los que no estamos practicando sexo en una terraza, se encoje de hombros—. Brodie me ha llamado esta mañana para pedirme que te convenciera.

Comienzo a remover la comida en mi plato sin mucho entusiasmo. Ahora me siento incómoda y presionada. No entiendo por qué tiene que llamar a mi mejor amiga para asegurarse de que vaya.

—No voy a ir —suelto sin más.

«A lo mejor por eso, idiota».

—¿Por qué? —pregunta Lola tapándose la boca elegantemente con el extremo de la servilleta.

—Porque no quiero —respondo como si tuviera cinco años— y porque es lo mejor —añado para compensar y volver a convertirme en una adulta de veinticuatro.

—Vas a ir —sentencia sin más.

—No —digo negando también con la cabeza.

—Sí —responde ella asintiendo— y tengo el vestido perfecto —remata cantarina mientras deja la servilleta sobre la mesa y se levanta con una sonrisa—. Guárdate tu respuesta definitiva hasta que lo veas —me advierte desde la habitación.

A los pocos minutos regresa con un vestido espectacular. Dejo el tenedor sobre el

plato y me levanto de un salto. Es increíble. Negro, sin tirantes, ajustado por la parte superior y con una falda que se levanta por el tul azul que sobresale gracioso y diferente por la parte inferior a la altura de la rodilla. Es un vestido digno de cualquier alfombra roja en el Ziegfeld Theater.

—¿De dónde lo has sacado?

—Una chica tiene que estar preparada para cualquier vicisitud —responde satisfecha—. Lo tenía en el fondo del armario. Sólo me lo he puesto un par de veces. Te estará perfecto.

Aún no ha terminado su frase cuando algo me llama la atención entra las capas de tul; alzo la mano y suspiro boquiabierto al ver la etiqueta. ¡Este vestido es nuevo!

—¿Se puede saber por qué me estás contando semejante rollo? —me quejo—. ¡Acabas de comprar este vestido!

De pronto todo encaja.

—¡Y el de ayer también! —protesto aún más indignada—. Por eso me quedaba como un guante.

Lola abre la boca dispuesta a decir algo, pero tras unos segundos la cierra y resopla.

—Sí, te he comprado ropa —confiesa—. Quería animarte y, como eres ridículamente pobre, decidí hacerme cargo de tu aún más pobre armario.

—Lola —protesto.

—Lola, nada —replica—. Es una pasada de vestido, ¿o no? —añade con una sonrisa agitando el modelito.

Quiero seguir enfadada. Me parece un gesto precioso, pero tendría que haberme consultado antes de desperdiciar el dinero. A ella tampoco le sobra. Sin embargo, no puedo evitarlo y acabo sonriendo como una idiota. El vestido es espectacular.

—Es genial.

—¿Significa eso que irás? —me pregunta esperanzada.

—¿Dejarás de comprarme ropa? —inquiero a mi vez apuntándola con el índice.

—¿Dejarás de ser tan idiota?

Me encojo de hombros.

—Eso depende de si sigo viviendo contigo —respondo socarrona—. La estupidez es contagiosa, ¿sabes?

Lola me golpea en el hombro y yo me quejo divertida.

—Kelly Gale —me informa pensativa—, desfile de Valentino, Milán 2014.

Mi sonrisa se ensancha. Contra eso no puedo luchar.

A las ocho estoy lista. Cuando me miro en el espejo, no puedo evitar sonreír. A Lola deberían contratarla como estilista en la semana de la moda. Siempre consigue que me sienta como una estrella de cine.

Brodie llama a la puerta puntual. Le sacó la lengua a mi reflejo en el espejo y voy a abrir disfrutando de cada paso en estos espectaculares salones negros. Desde luego la vida se ve diferente subida a unos Manolos, aunque sean prestados.

—Hola —me saluda con una sonrisa—. Estás preciosa —añade rápidamente.

Le devuelvo el gesto. Él también está muy guapo. Lleva un traje negro realmente bonito y una camisa azul. Sin embargo, mi mente traidora me recuerda que no está ni siquiera próximo a acercarse, a estar la milésima parte de atractivo que Donovan cuando se viste con uno de sus trajes de corte italiano.

Me pongo los ojos en blanco mentalmente y me obligo a dejar de pensar en Donovan. Donovan ni siquiera es una opción.

Brodie ha dejado su precioso Lexus en la puerta del edificio. Caballeroso, me abre la puerta. El Empire State está relativamente cerca, así que no tardamos mucho en llegar.

Nos detenemos frente a la entrada de la Quinta Avenida. Todo está engalanado para la ocasión. Varias vallas acorralan a las decenas de periodistas junto a la entrada principal y un portero impecablemente vestido nos abre la puerta.

Tomamos el ascensor y esperamos pacientes hasta llegar a la planta ochenta y seis. En cuanto las puertas se abren, sonrío asombrada. Una chica vestida de bailarina y un chico de soldadito de plomo nos reciben. Bailan un segundo frente a nosotros y, tras hacernos una reverencia, nos invitan a pasar.

Mi sonrisa se ensancha y se vuelve aún más perpleja cuando compruebo que todo el mirador está perfectamente decorado como si estuviésemos dentro de un baúl de juguetes antiguos. Más chicas y chicos disfrazados se pasean por toda la terraza: hay arlequines, piratas, hadas. La parte superior del edificio está alumbrada con un espectacular juego de luces. Los mismos colores se repiten por la decoración de toda la terraza. Hay una barra inmensa y, sobre ella, auspiciando el centenar de botellas, una carpa de circo se levanta majestuosa, creando el efecto óptico de deslizarse edificio abajo. ¡Es espectacular!

—La fundación es benefactora de muchas causas. El dinero que recauden esta noche será destinado íntegramente a las escuelas públicas de la ciudad —me explica Brodie para hacerme entender el *leitmotiv* de la fiesta. Yo lo escucho y asiento encantada. Me parece un motivo precioso—. Así que estamos obligados a gastar —añade con una sonrisa—. ¿Una copa?

Asiento de nuevo y ambos echamos a andar. No hemos avanzado más que unos metros cuando veo a Colin, a Jackson y, por supuesto, a Donovan junto a la barra. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de no adivinar que estarían aquí? Controlan las finanzas de medio Manhattan. Es obvio que les invitarían.

Aparto mi mirada para evitar quedarme embobada con Donovan, pero, aun así, el único segundo en el que lo he visto ha sido más que suficiente para que todo mi cuerpo suspire absolutamente obnubilado. Traje negro, camisa negra con los primeros botones desabrochados y todo ese halo de puro atractivo gritando a los cuatro vientos que no hay ningún hombre más guapo que él.

—Vaya, tus jefes están ahí —comenta Brodie—. ¿Los saludamos?

—Claro —respondo tratando de no sonar incómoda, ni inquieta, ni nerviosa, ni

otros muchos «ni».

De todas formas, mi respuesta tampoco habría valido mucho de ser un no, Brodie ya ha empezado a caminar hacia ellos.

—Fitzgerald —saluda tendiéndole la mano a Colin.

—Stears —responde estrechándosela—, me estoy empezando a cansar de ver tu cara en todos lados —bromea.

Yo, que me he quedado rezagada absolutamente a propósito, avanzo un paso más. Ni Jackson ni Colin me ven, enfrascados en los saludos con Brodie, pero Donovan sí. Me recorre de arriba abajo con su habitual descaro y finalmente sus preciosos ojos aguamarina se posan en los míos. Está enfadado y no tiene ninguna intención de disimularlo.

—Katie —llama mi atención Colin—, estás deslumbrante.

—Gracias —murmuro dando un nuevo paso y colocándome junto a mi acompañante.

Donovan no dice nada. Mira a Brodie por encima de su vaso destilando rabia y arrogancia.

—No sabía que vendrías —me comenta Jackson.

Sonrí nerviosa como respuesta. Despacio, Donovan deja su vaso sobre la barra y, con una seguridad desbordante, da un paso hacia mí. Nuestras miradas se cruzan un instante justo antes de que coja mi cara entre sus manos y me bese con fuerza. No es un beso de amor, es posesión pura y dura y muchísima rabia.

Gimo contra sus labios y estoy a punto de dejarme llevar y devolverle el beso, pero en el último microsegundo oigo todas las alarmas de mi cuerpo y lo empujo para apartarlo.

—¿Qué haces? —le pregunto furiosa cuando, a regañadientes, se separa de mí.

Él no contesta. Sus ojos siguen llenos de rabia e incluso de una pizca de frustración, pero con toda esa arrogancia y esa exigencia brillando con fuerza en ellos. Soy suya y ha querido demostrárselo al mundo en general y a Brodie en particular. Es un gilipollas.

Jackson y Colin lo miran sorprendidos y furiosos y yo, sencillamente, ya no quiero estar aquí.

—Lo siento —murmuro.

Mi disculpa era sobre todo para Brodie. Ahora mismo ni siquiera soy capaz de mirarlo a la cara.

Giro sobre mis pies y salgo disparada hacia las escaleras de emergencia. No quiero tener que esperar el ascensor donde ellos puedan seguir viéndome.

Apenas he bajado un par de plantas cuando oigo la puerta abrirse brusca y unos pasos acelerados cada vez más cerca. Sé que es Donovan.

Me planteo acelerar el paso y bajar las ochenta y cuatro plantas que me quedan corriendo, pero acabaría rodando por ellas dentro de tres tramos aproximadamente y, al final, tendría que enfrentarme a Donovan igualmente. Mejor me cruzo de brazos y lo hago mentalizándome de que la violencia no conduce a nada.

Sin embargo, cuando lo oigo detenerse a unos metros de mí, no puedo más.

—¿Qué coño pasa contigo, Donovan? —pregunto furiosa.

—¿En serio me lo preguntas? —inquire a su vez tan enfadado como yo—. No pienso dejar que ese gilipollas crea que tiene algo que hacer contigo.

Yo suspiro absolutamente exasperada a la vez que me llevo las manos a las caderas.

—Eso no es asunto tuyo —siseo.

—Claro que es asunto mío, joder —sentencia—. No va a tocarte un solo dedo.

Su voz amenazadoramente suave logra intimidarme, pero no pienso demostrarlo. No tiene ningún derecho a estar enfadado y mucho menos a hacer lo que ha hecho. ¡Estoy tan cabreada!

—¿Qué quieres de mí, Donovan? Hablo en serio. Dímelo, porque ya no entiendo nada. ¡Tienes novia!

—¡Lo sé!

Su grito nos silencia a los dos. Está lleno de demasiada rabia.

—Bebe vodka. Sólo los gilipollas beben vodka, joder.

Sus palabras me dejan fuera de juego. ¿Qué demonios le importa lo que beba Brodie?

—¿Qué es lo que quieres? —replico exasperada.

—Quiero que dejes de comportarte como una niña malcriada que por la mañana me suplica que esté con ella y por la noche aparece de la mano del primer gilipollas que se lo propone.

Ni siquiera lo pienso. La furia y la indignación me sacuden y le doy una bofetada. Nuestras respiraciones aceleradas son lo único que se oye en todas las escaleras.

Donovan se lleva la mano a la mejilla mientras gira la cabeza lentamente. Sus ojos inescrutables atrapan por completo los míos, pero no me importa. En ellos sólo va a encontrar rabia y decepción.

—Te odio, Donovan —digo con una convicción demasiado triste en cada palabra—. No quiero volver a verte nunca.

Sin esperar respuesta por su parte, me pierdo escaleras abajo. Él no me sigue. Mejor así. A pesar de todo el enfado que siento, voy a romper a llorar en cualquier momento. Otra vez no he querido hacerlo delante de él por un ataque de orgullo que llega demasiado tarde. Esta vez he tenido suficiente. No es como antes. Esa voccecita que me decía que me necesita, que está perdido, sigue ahí, sólo que mi sentido común vestido de Clint Eastwood en *Gran Torino* la ha encañonado. Ya no puedo conformarme sólo con lo que creo que siente. Maldita sea, yo le quiero y me merezco que también me quieran, y que lo reconozcan, y que me hagan el amor, y que me dejen ser feliz, sin condiciones, sin un «no te enamores» y «si te enamoras, no lo digas» y «si lo dices, olvídalo todo, yo también lo haré».

Voy tratando de abrir las puertas de las diferentes plantas para entrar en un baño y lavarme la cara. Si sigo así, no quiero saber el aspecto que tendré cuando llegue al vestíbulo después de ochenta y cuatro pisos llorando. No hay máscara de pestañas que resista eso por muy *waterproof* que sea.

Estoy a punto de desistir cuando en la planta setenta y seis la puerta se abre. Un rápido vistazo me hace comprender que me encuentro en unas oficinas, un bufete de abogados o algo por el estilo. Intento buscar alguna señal que indique los lavabos, pero nada. Me meto en la primera puerta que consigo abrir. Es un lujoso despacho. Con un poco de suerte, tendrá aseo privado. Respiro hondo al divisarlo sólo a unos metros de mí.

Me mojo las manos y me las llevo a la cara. El agua está helada, pero inexplicablemente siento bien. Con el segundo chapuzón, me quito casi todo el maquillaje. La bendita máscara de pestañas sigue resistiendo. Me miro al espejo. Parezco un panda tratando de dejar el Prozac.

Me estoy mojando las manos por tercera vez cuando oigo pasos en el pasillo. Cierro el grifo de golpe, apago la luz y entorno la puerta con cuidado. Ni siquiera sé dónde estoy, y mucho menos creo que pueda estar.

Las voces y los pasos se oyen más próximos. Cierro los ojos con fuerza y le pido al universo que pasen de largo, pero, como siempre, no sólo me ignora, sino que hace justo lo opuesto y reparte palomitas a todo el que quiera sentarse y mirar.

La luz del despacho se enciende y dos pares de pies entran.

—¿Qué coño haces, tío? —Reconozco esa voz al instante. Es Jackson.

Sorprendida, me acerco a la puerta y agudizo el oído todo lo posible. Sea quien sea con el que habla, no contesta.

—¿Por qué la tratas así? —continúa exasperado—. Dime que la quieres y que, que te estés comportando como el mayor cabrón del mundo con ella, tiene algún sentido... porque, si no, te juro que yo mismo me encargaré de que no vuelvas a verla, Donovan.

Me quedo boquiabierta. ¡Son Jackson y Donovan!

—¿Crees que yo quiero que todo esto sea así? —replica Donovan alzando la voz—. ¿Piensas que me gusta verla sufrir? ¡Me estoy muriendo, joder!

Sus palabras son tan sinceras que me desarman. Me siento increíblemente mal por haberle dicho que lo odiaba, pero es que a veces no me deja otra opción.

—¿Qué crees que pasará si admites lo que realmente sientes por Katie? ¿Que no saldrá bien? ¿Que se esfumará?

Abro un poco más la puerta, apenas un par de centímetros. Donovan se pasa las manos por el pelo y su actitud parece casi desesperada, como si estuviera muerto de miedo.

—Donovan, ¿tan jodido estás?

—No te haces una idea.

Son las cinco palabras más rebosantes de dolor que he escuchado en toda mi vida. Me muerdo el labio con fuerza para no romper a llorar. Es el hombre al que quiero y está roto por dentro.

Jackson también se da cuenta. Guarda silencio y simplemente observa a su amigo.

—Yo sólo quiero...

La voz de Donovan se evapora y no termina la frase. Ha vuelto a ponerse la coraza. Resopla brusco y vuelve a pasarse las manos por el pelo.

—Jackson, no necesito esto —masculla.

—¿Y qué necesitas?

Donovan cabecea un instante.

—A ella.

Ya no aguanto más. Mi devastado corazón se ha roto en pedazos aún más pequeños, pero sencillamente ha vuelto a llenarse de esperanza con esas dos palabras. Me necesita y yo a él. Me da igual lo que haya pasado, todo lo que nos hayamos dicho.

Empujo la puerta suavemente. Tal y como pasó cuando le escuché hablar con los chicos en el despacho, Donovan es el primero en verme aparecer. Su expresión se llena de sorpresa, pero casi al mismo tiempo de ese desconcierto de saber que tienes exactamente lo que quieres y ser plenamente consciente de que, a pesar de todo, no puedes tenerlo.

Nos miramos a los ojos sin saber qué otra cosa hacer. Yo sólo quiero correr a

abrazarlo y creo que eso es exactamente lo que él quiere que haga.

—Os dejaré solos —murmura Jackson dirigiéndose hacia la puerta.

Ninguno de los dos lo mira, pero los dos somos perfectamente conscientes de cuándo nos hemos quedado solos. Donovan cubre la distancia que nos separa con paso lento. Alza la mano y acaricia mi mejilla. El calor de sus dedos en mi piel me llena por dentro y, sin quererlo, dejo escapar un suspiro. Donovan sonrío tenue, fugaz, triste, y deja caer su frente sobre la mía al tiempo que me estrecha contra su cuerpo.

—Vámonos a casa —susurra.

Asiento suavemente. Donovan me toma de la mano y nuestros dedos automáticamente se entrelazan. Salimos del edificio en el más absoluto silencio y lo mismo ocurre durante el camino a su apartamento. Tengo la sensación de que hemos firmado una delicada tregua y ninguno de los dos quiere hacer o decir nada para no estropearla.

Las puertas se abren y, como tantas veces, el precioso ático de Park Avenue se abre a mis pies. Es la primera vez que estoy aquí desde que Donovan me dijo que me había reservado una habitación en el Saint Regis.

Tira suavemente de mi mano y salimos del ascensor. El corazón me late de prisa y creo que no he vuelto a respirar pausadamente desde que lo vi junto a la barra en el Empire State.

Atravesamos el salón y entramos en la habitación. Todas las sensaciones se multiplican. Estoy delante de los veinte metros cuadrados donde he sido más feliz en toda mi vida. Sin desentrelazar nuestras manos, Donovan se coloca frente a mí. Alza la que le queda libre y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Sus preciosos ojos siguen el suave movimiento y siento que, sin ni siquiera mirarme, me han hipnotizado. Ahora son azules y lo son aún más cuando, por fin, se posan en los míos.

Donovan exhala todo el aire de sus pulmones y se sienta en el borde de la cama; antes de que pueda hacer o decir nada, tira de mí y me sienta en su regazo. Con un fluido movimiento, nos tumba de lado sobre el colchón, frente a frente, y me acomoda para que mis piernas rodeen su cintura. Yo suspiro hondo al sentirme exactamente donde quiero estar y como quiero estar. No tengo claro hasta qué punto esto es una buena idea, y tampoco quiero pensarlo, así que simplemente me quedo muy quieta, saboreando el momento.

—Katie —me llama con su grave voz—, estás sufriendo por mi culpa.

Pretende que suene como una pregunta, pero la culpabilidad le gana la partida y acaba afirmándolo.

Yo niego con la cabeza suavemente.

—No —pronuncio tratando de imprimir toda la seguridad del mundo en esa pequeña palabra.

Donovan alza la mano una vez más y me acaricia suavemente la mejilla con el reverso de los dedos.

—Sé cuándo mientes, Pecosita —replica, pero, por primera vez desde que nos

conocimos, tengo claro que no lo hace para reírse de mí.

Respiro hondo. Supongo que es hora de sincerarse.

—Me duele que estés con esa chica. Te oí decir tantas veces que tú no querías tener novia, que no te interesaba enamorarte...

Donovan se inclina sobre mí y me da un intenso beso. Mi cuerpo reacciona inmediatamente al contacto y suspiro dejándome llevar por completo. Su caricia me calma y, aunque sé que no es bueno para mí, también calma todos y cada uno de mis miedos.

—No estoy enamorado de ella —susurra contra mis labios—. Jamás podría estarlo.

Me besa de nuevo y yo vuelvo a recibirlo absolutamente encantada.

Nos pasamos el resto de la noche besándonos, acariciándonos o simplemente asegurándonos de que el otro está ahí. También sé que eso no es bueno para mí. No hemos aclarado nada. No sé si estoy en otro callejón sin salida, pero levantarme y marcharme ahora mismo ni siquiera es una opción para mí.

Me duermo sintiendo su mano acariciar suavemente mi cadera.

Ha empezado a llover. Cuando abro los ojos, el ruido de las miles de gotas de lluvia golpeando el inmenso ventanal del dormitorio de Donovan roba por completo mi atención. La noche es aún cerrada. Me giro buscándolo, pero no está.

Me levanto despacio, algo adormilada, y camino descalza por el parque. No recuerdo haberme quitado los zapatos. Salgo al salón y el corazón me da un vuelco cuando veo una vez más a Donovan sentado en el suelo. Todo es igual que las veces anteriores. Tiene la espalda apoyada en el sofá, la mirada perdida en el *skyline* de Nueva York y una copa de Glenlivet con hielo en la mano. Sin embargo, el dolor, la tristeza, la rabia, todo parece haberse multiplicado por mil.

Despacio, camino hasta él. Debe de haberme oído, porque no se sobresalta cuando me detengo a su lado. Durante lo que me parece una eternidad, se queda en silencio con la mirada perdida en el mismo lugar. No sé qué debo hacer, así que decido hacer lo que quiero hacer y, tomándole por sorpresa, me siento a horcajadas sobre su regazo. El tul de mi vestido nos cubre a los dos.

Donovan observa todo el movimiento y, cuando ya estamos acoplados, me mira directamente a los ojos. Lo que veo en ellos me destroza un poco más, porque todo lo que había imaginado, todo ese dolor, esa rabia, están ahí, pero, sobre todo, hay un profundo y cristalino miedo.

—Donovan —susurro. Sólo quiero consolarlo.

Alzo la mano para acariciarle la mejilla, pero la intercepta y la baja hasta colocarla de nuevo en mi regazo. El dolor se recrudece en su mirada. Automáticamente recuerdo las palabras de Jackson.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunto en un murmullo.

—Nada —responde lacónico.

Me está mintiendo. Todas esas emociones siguen ahí.

—Donovan... —le suplico.

—No me pasó nada —me interrumpe.

No voy a rendirme. Lo observo tratando de descifrar su expresión y entonces me fijo en la pequeña cicatriz que tiene en la ceja derecha. Recuerdo que no me dejó tocarla aquella mañana. De pronto las piezas parecen comenzar a encajar.

Donovan va a llevarse el vaso de *whisky* a los labios, pero ahora soy yo quien intercepta su mano.

—¿Tus padres murieron en un accidente? —murmuro—. ¿La cicatriz es de ese accidente? ¿Tú ibas con ellos?

Su mandíbula se tensa imperceptiblemente y algo, más profundo que la rabia o el dolor, cambia en su mirada.

—Mi padre está vivo —contesta en un golpe de voz.

Frunzo el ceño confusa.

—Creí que tus padres habían muerto.

—Para mí lo estaba —responde sin compasión.

Y de pronto lo entiendo todo. Suspiro nerviosa y contengo un sollozo.

—¿Tu padre te hizo eso?

Nunca he querido tanto como ahora estar equivocada.

Donovan se mantiene en silencio una vez más lleno de dolor.

—Mi padre me destrozó la vida.

Se lleva la copa a los labios y le da un largo trago. Esta vez no le detengo.

—Empezó a pegarme cuando tenía cinco años, por lo menos esa es la primera vez que recuerdo, y no paró nunca.

Trago saliva. No quiero llorar.

—¿Y tu madre? —murmuro.

—Cuando me pegaba a mí, ya había conseguido dejarla inconsciente a golpes... hasta que un día la mató.

Su voz suena llena de un dolor tan profundo que traspasa mi piel y agujerea mi corazón. No es sólo un mal recuerdo, está herido, y cada palabra, cada recuerdo, sólo le trae rabia y una constante tristeza.

—Donovan —susurro.

—El día que cumplí quince años, me largué de allí. Mi madre había dejado un fideicomiso a mi nombre y esa era la edad legal en la que podía disponer de él. Esa noche me dio una paliza —recuerda con su mirada llena de rabia—. Yo la aguanté. Sabía que iba a ser la última. Esperé a que se durmiera y me fui. En el control de seguridad del aeropuerto estuvieron a punto de no dejarme pasar porque, al cachearme, caí de rodillas por el dolor. El hijo de puta me había fisurado dos costillas como recuerdo.

Me llevo la mano a la boca y ahogo un sollozo contra la palma.

—Todas las noches, lo último que veo antes de dormirme es su cara. Durante años me he recordado los peores golpes para no flaquear. Las costillas, el brazo izquierdo roto por dos sitios, el hombro derecho dislocado, la cicatriz. —Le da un trago a su copa hasta apurarla del todo—. Tenía cinco años —sus ojos se llenan de las lágrimas que su masculinidad no le permite llorar—. Se bebió una botella de vodka y yo estaba allí, mirándolo, muerto de miedo. No entiendo por qué no me escondía. Nunca me escondía —recuerda en un golpe de voz.

Yo sí entiendo por qué nunca se escondía. Aunque sólo tuviera seis años, estoy completamente convencida de que ya tenía el carácter repleto de fuerza que tiene ahora.

—Me golpeó y acabó rompiéndome la botella en la cabeza. Esa noche mató a mi madre.

Todas las piezas de un puzle demasiado triste comienzan a encajar. Lo que dijo sobre que Brodie bebiera vodka, que no me dejara hacerle más preguntas sobre su familia... pero, sobre todo, encajan todas las veces que le he visto sentado en este mismo lugar. Llevándose la mano a esos mismos sitios.

Resoplo obligándome a dejar de sollozar y, muy despacio, dejándole claro lo que voy a hacer, me inclino sobre su costado derecho. Donovan me observa y todo su cuerpo se tensa. Cuando mis labios rozan su piel, exhala todo el aire de sus pulmones brusco, entrecortado. Sólo quiero calmarlo, borrar todos sus recuerdos tristes, que estos golpes dejen de doler. Me incorporo igual de despacio y tomo con cuidado su brazo izquierdo y lo beso dos veces. Él sigue mirándome, sigue asustado, tenso, triste, dolido, lleno de rabia, pero, lentamente, un poco de calor va mezclándose con todo eso.

Muy despacio vuelvo a inclinarme y le beso el hombro derecho. ¿Cómo pudo hacerle eso a un niño? ¿A su hijo? Me imagino a un crío tan guapo como es ahora con la mirada llena de rabia sin ni siquiera entender por qué su padre le hace algo así. Le acuno suavemente la cara y deslizo mis manos hasta perderlas en su pelo. Le doy un beso en su cicatriz. Él vuelve a resoplar brusco y una lágrima cae por mi mejilla. Sólo quiero que olvide todo ese dolor.

Donovan alza las manos y rodea mi cintura con fuerza, estrechándome contra su cuerpo. Sólo quiero hacerle feliz.

Alza la cabeza y busca mis labios. Nos besamos desesperados. Ha sufrido demasiado. Las lágrimas siguen cayendo, pero no me importa, tampoco creo que pudiese pararlas si quisiese.

Donovan toma mi cara entre sus manos. Me besa aún con más fuerza, con más pasión, como si por primera vez estuviera dispuesto a entregármelo todo.

—Katie —susurra separándose de mí y apoyando su frente en la mía.

Nuestras respiraciones se aceleran. Los dos aún tenemos los ojos cerrados.

—Tienes que aprender a elegir mejor tus batallas.

De pronto siento que han tirado de la alfombra bajo mis pies. Abro los ojos e

inmediatamente busco los suyos. ¿Por qué ha dicho eso? Justo esa frase, justo esas palabras. Hay demasiado dolor entre los dos.

Donovan nos levanta ágil y se separa de mí caminando hasta la isla de la cocina. Yo me quedo inmóvil, observándolo.

—Donovan, podemos arreglarlo, podemos estar bien.

—Ya te lo dije una vez: yo no tengo arreglo —replica sin ni siquiera mirarme.

Doy unos pasos hacia él. No pienso dejar que se rinda.

—Lo que te pasó fue horrible pero...

—Katie, para —me interrumpe de espaldas a mí.

Por su voz, su expresión, sé que está llegando al límite, pero necesito que entienda que las cosas pueden ser diferentes.

—¿Por qué haces esto? Tenemos solución...

—¡No, no la tenemos! —replica furioso a la vez que se gira y camina hacia mí—. No la tenemos. Yo no la tengo.

Otra vez todo ese dolor, toda esa rabia. Me seco las lágrimas con el reverso de la mano y le mantengo la mirada.

—Un día, al salir de la oficina, íbamos a ir a cenar —recuerda como si, que me viese involucrada, aún sin saberlo, fuese lo que más le enfureciese de todo—, y lo vi. Hacía diecisiete años que no lo veía y allí estaba, en la acera de enfrente de mi maldito trabajo.

Frunzo el ceño. Recuerdo aquel día. Me mandó a casa sin darme explicaciones. Fue la primera vez que creí ver miedo en sus ojos.

—Intenté olvidarlo. No pensar, pero me estaba comiendo por dentro. La noche que te pedí que te marcharas había vuelto a verlo y... ¿sabes lo que hice? —me pregunta y juraría que en este instante se odia a sí mismo—. Lo seguí, lo empujé a un callejón oscuro y le di una paliza. —Está destrozado, herido de más maneras de las que siquiera ninguno de los dos puede imaginar—. Ni siquiera lo pensé. De pronto volvía a ser un crío de cinco años con la mirada triste que echaba demasiado de menos a su madre y no lo pensé. Dijo mi nombre, Katie, me reconoció y yo seguí pegándole. No tengo sentimientos. No puedo tenerlos. Tú misma lo dijiste.

Lloro en silencio sin desunir nuestras miradas. Quiero decirle que fui una idiota, que claro que tiene sentimientos, que ninguna persona que no los tuviera sentiría todo el dolor que él siente.

—Antes... hablaste en sueños —me explica con una cristalina tristeza empañando cada palabra—. Me pediste que te hiciera feliz.

—Donovan —murmuro.

—¿Y si no lo consigo? —replica desoyendo mi suplica—. ¿Y si soy el mismo monstruo que mi padre?

—Tú no eres así —logro decir entre lágrimas.

Necesito que lo entienda.

—Le pegué, sangraba y yo continué pegándole, Katie. Tengo tanta rabia dentro...

—Y tanto amor —sentencio acercándome a él.

Alzo la mano para acariciarle la mejilla, pero Donovan detiene mi muñeca.

—Si fueras el mismo monstruo que él, no te sentirías así —trato de hacerle comprender.

—Tú no me conoces —sentencia.

Suena cansado del mundo. Lleva luchando toda su vida. Primero, con sus recuerdos, y ahora, con la idea de que pueda ser igual que lo que más odia. No sabe cuánto se equivoca. Él no es así. Nunca será así.

Una idea cruza mi mente como un ciclón y, aunque al principio me niego a creerlo, no tarda en inundarlo todo.

—¿Creías que saldría huyendo cuando me contaras lo que habías hecho?

Donovan aparta la mirada incómodo un segundo y, cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, todas esas emociones siguen en ellos, pero ahora están bañadas de la arrogancia que siempre le domina.

—Es lo que tendrías que hacer —concluye.

—Donovan, yo te quiero, ¿no lo entiendes?

—Y tú no entiendes que yo no quiero que tú me quieras.

Nos miramos a los ojos por un momento, pero esta vez soy yo la que rompe el contacto mientras asiento suavemente. Yo también estoy cansada de chocar siempre con la misma pared. Ha sufrido lo increíble, pero yo no lo he juzgado, sólo quiero ayudarlo, estar con él, y está claro que Donovan nunca va a permitirlo. Cuando vuelva a subir su coraza, no querrá a nadie dentro de ella.

—No me conoces, no dejas que yo te conozca y está claro que no confías en mí. Si hicieras cualquiera de esas tres cosas, te habrías dado cuenta de que yo jamás habría salido huyendo de ti. —Mi voz vuelve a sonar llena de lágrimas, pero no son de tristeza, sino de rabia—. Esto se ha acabado, porque me he cansado de luchar por ti, Donovan.

Él me mantiene la mirada. Su expresión ha cambiado por completo y otro tipo de dolor se ha instalado en ella. Voy hasta la isla de la cocina y recojo mi abrigo, mi bolso y mis zapatos. Los dejó aquí y no en la habitación porque ya sabía que no me permitiría quedarme o, quizá, pensó que saldría huyendo sin mirar atrás. Cualquiera de las ideas me entristece demasiado.

Donovan continúa mirándome, pero también sigue en silencio. Camino hasta el ascensor, pulso el botón de llamada y las puertas se abren inmediatamente. Dudo si montarme y por un momento simplemente me quedo de pie, frente al pequeño cubículo perfectamente iluminado. No va a decir nada y yo tengo que dejar de pensar que va a hacer alguna estupidez romántica como correr tras de mí, porque es obvio que eso no va a suceder.

Donovan Brent se ha acabado y esta vez es para siempre.

En cuanto las puertas se cierran, mis ojos se llenan de lágrimas. No llores. No te hundas por alguien que tenía en la mano ser feliz y no ha querido serlo. Cabeceo. La

misma parte que me gritaba que me necesitaba ahora no para de suplicarme que me estoy equivocando, que lo ha pasado demasiado mal, que vuelva al ático y le convenza de la vida que podríamos tener... pero, por mucho que yo lo desee, no sólo depende de mí y él nunca va a permitirnos ser felices. Quizá yo no sea la chica adecuada para él, la que le haga dar el salto completamente a ciegas. Que yo lo quiera no significa que él me quiera a mí, que lo hagamos de la misma forma o que simplemente estemos dispuestos a luchar.

Me sorbo los mocos y resoplo con fuerza para contener el llanto. Nunca había querido así a nadie y, si eso no es suficiente para ser feliz, ¿qué me queda?, ¿qué tengo que esperar? Ahora mismo odio todas esas novelas románticas en las que el amor vence siempre. El amor es un asco. El amor te rompe por dentro.

Resoplo de nuevo. Tengo que parar. Si me hundo ahora, no me recuperaré.

Pido un taxi y doy la dirección de casa de Lola. En el camino, tomo varias decisiones y esta vez no voy a dar marcha atrás con respecto a ninguna de ellas. Dejaré el trabajo. No puedo permitirme ver a Donovan y todo lo que ha pasado desde que regresé es la mejor prueba de ello. Mañana por la mañana iré a ver a Sal e intentaré recuperar mi antiguo empleo. También usaré el poco dinero que me queda para arreglar las ventanas de mi apartamento y me mudaré. Me gusta vivir con Lola, pero necesito volver a mi casa para asimilar que no es algo temporal hasta que las cosas con Donovan se arreglen, porque ya no tienen arreglo. Quiero seguir estudiando, pero no voy a hacerlo con el dinero de Colton, Fitzgerald y Brent. Buscaré una beca y trataré de volver a Columbia o la Universidad de Nueva York el semestre que viene. La última decisión es, quizá, la más importante, pero necesito una semana para poder llevarla a cabo. Sé que me va traer problemas y discusiones, pero no me importa. Tengo que hacerlo por mí.

Entro en el apartamento con los zapatos en la mano. Me quito el abrigo y lo dejo con cuidado con el sofá. Miro por la ventana. Ya casi ha amanecido. Resoplo y otra vez tengo que aguantarme las lágrimas. Ya lo echo de menos. Lo echo muchísimo de menos. Una lágrima cae por mi mejilla.

—¿Estás bien? —pregunta Lola adormilada saliendo de la habitación.

Niego con la cabeza. Si hablo, romperé a llorar.

—¿Donovan? —pregunta llena de empatía y muchísima dulzura.

Me encojo de hombros.

—Ya da igual, porque se ha acabado y esta vez es de verdad —murmuro con la voz llena del llanto que no me permito llorar—. Le quiero con todo mi corazón, pero él no está dispuesto a permitirlo.

Lola tuerce el gesto mirándome con ternura. Sospecho que no necesitaba escucharme decir que quiero a Donovan. Ella lo ha tenido claro incluso antes que yo.

Se acerca a mí y me coge de la mano.

—No te abrazo porque las dos vamos a acabar llorando y no es lo que necesitas. Ahora mismo te hacen falta unas tortitas con sirope de arce y una charla de chicas

con la mujer más sabia sobre la faz de la tierra.

—¿Harper está aquí? —pregunto socarrona.

Reír mejor que llorar.

—Eso ha dolido, pero no te lo voy a tener en cuenta.

Ambas sonreímos y yo respiro hondo de nuevo.

—Lola... —Quiero decirle que no sé qué haría sin ella, pero las palabras se niegan a colaborar.

—Vamos —me pide tirando de mi mano con una sonrisa.

Algo me dice que eso también lo sabe.

Después de las tortitas y la charla, me pongo el pijama y, a pesar de que ya es oficialmente de día, me meto en la cama. Acurrucada bajo el nórdico, agarro con fuerza la almohada. No sé por qué, pienso en las palabras de Donovan justo antes de cerrar los ojos: «lo último que veo antes de dormirme es la cara de mi padre». Lo último que veo yo son sus increíbles ojos.

Me despierta el estridente sonido de mi iPhone un par de horas después. Me duele la cabeza. Adormilada, miro la pantalla y todo mi cuerpo se tensa cuando veo el nombre de Donovan iluminarse en ella. ¿Qué quiere? Sostengo el móvil con fuerza. ¿Por qué me está llamando? Todo quedó claro en el ático. La llamada se corta y yo suelto una bocanada de aire. Sin darme cuenta había contenido la respiración.

Las dudas y la curiosidad comienzan a ganar terreno, así que, antes de hacer una tontería, le quito el sonido al *smartphone* y lo pongo bocabajo sobre la mesita, pero entonces veo la pequeña pegatina del unicornio. Me gustaría tanto que las cosas fueran diferentes, pero sencillamente no lo son.

Lo intento, pero después de la llamada no consigo volver a dormirme. No quiero seguir dándole vueltas a lo mismo, así que me levanto, me ducho y comienzo a poner en práctica alguna de las decisiones que tome en el taxi.

Me siento en el borde de la cama y, tras pensar con mucho cuidado lo que quiero decir, escribo mi carta de dimisión y se la mando por correo electrónico a Jackson desde el iPhone que me dio Donovan. Podría habérsela enviado a él directamente, pero reducir el contacto al mínimo posible me parece lo mejor para conseguir pasar página. Al final del mensaje le pido que entienda que es una decisión irrevocable y que absolutamente nada me hará volver.

Respiro hondo y, antes de que me arrepienta de lo que he hecho o de lo que estoy a punto de hacer, llamo a Brodie. Descuelga al segundo tono.

—Hola —le saludo tratando de sonar lo más conciliadora posible.

—Hola.

A pesar de todo lo que ocurrió ayer, sigue siendo todo amabilidad. Es un tipo genial y se merece encontrar a una chica maravillosa.

—Brodie —respiro hondo otra vez. Es más difícil de lo que creía—, te debo una

disculpa por lo que pasó ayer.

—No me debes nada —se apresura a interrumpirme.

—Sí, te la debo. Las cosas se complicaron y lo siento, pero quiero que sepas que no fue algo planeado.

—Katie...

—Simplemente ocurrió —me apresuro a interrumpirlo.

—Katie... —repite.

—Ni siquiera sabía que Donovan estaría allí.

—Katie —me llama alzando la voz entre risas para hacerse escuchar.

Me muerdo el labio inferior sintiéndome algo ridícula y guardo silencio.

—Está todo bien —me aclara sin asomo de duda—. Tú y yo sólo somos amigos. No voy a negar que me molestó lo que hizo Brent, pero no es culpa tuya y, aunque lo que estoy a punto de decir juegue en mi contra, tampoco es culpa de él. Está loco por ti. Si yo estuviese en su posición, también haría una cantidad absurda de estupideces.

Asiento aún en silencio.

—Gracias, Brodie.

No sé muy bien cómo asimilar esas palabras, así que prefiero ignorarlas.

«Eso es taaaaaan maduro».

—Supongo que, si te pido una cita, me dirás que no, ¿verdad?

Vuelvo a callar por un segundo y Brodie lo entiende como la negativa que es.

—No te preocupes, lo entiendo.

—Brodie, eres un tío increíble. Encontrarás a una chica que te haga feliz.

—Y espero que me lo ponga más fácil que tú —añade socarrón.

—Ey —me quejo, pero sin darme cuenta sonrío. Brodie siempre consigue sacarme una sonrisa—. Será una chica maravillosa.

—Y guapísima.

—Y estará forrada —sumo con una sonrisa.

—Y hará todo lo que quiera en la cama.

—Más te vale que tú hagas todo lo que quiera ella.

Los dos nos echamos a reír.

—Cuídate, encanto —se despide cuando nuestras carcajadas se calman.

—Lo mismo digo.

Cuelgo y, de nuevo antes de arrepentirme, apago el teléfono.

A seguir poniendo en práctica decisiones.

Dejo el iPhone en la mesita del salón y le pido a Lola que se lo devuelva a Jackson mañana en la oficina. Ella frunce los labios y me dice que soy tonta y que debería quedarme con el teléfono en concepto de compensación por daños morales, que si no recuerdo grandes películas de los ochenta sobre mujeres ejecutivas como *Armas de mujer* o *Acoso*. Cuando trato de explicarle que en *Acoso* la mala es ella y que, además, es de los noventa, Lola me hace un mohín de lo más decadente y me responde escuetamente que Michael Douglas llevaba una década pidiéndolo a gritos.

Cojo las llaves del pequeño mueble de la entrada tratando de disimular una sonrisa y me marcho.

Después de tres manzanas a pie, llego al restaurante de Sal. Resoplo con fuerza para llenarme de valor mientras contemplo mis Converse blancas sobre la acera mojada. Es extraño. Tengo el estómago encogido y el corazón me late como si hubiese acabado de correr la media maratón. No puedo pensar con claridad. Tengo la horrible sensación de que estoy renunciando a una parte de mí, de que, sin él, ya no estoy completa. Cabeceo y resoplo de nuevo. No quiero pensarlo. No puedo permitirme pensarlo.

Echo a andar y empujo la puerta del restaurante haciendo sonar la campanilla. Miro hacia la barra y sonrío al ver a Cleo. Está enorme. Antes de que pueda dar el siguiente paso y saludar, Sal empuja la puerta batiente de la cocina, pala de madera en mano. Abre la boca dispuesto a decir algo, pero entonces repara en mi presencia. Su expresión cambia por completo. Sal conocía a mi abuelo y me conoce a mí. Quiero mantenerle la mirada, pero no soy capaz. Me siento tan avergonzada. Me he comportado como una niña jugando a creer que podría tener un futuro con Donovan sólo porque en los libros y en las películas estas historias siempre salen bien. El príncipe valiente con pelazo y la chica que vive en una cabañita del bosque. ¡Soy tan idiota!

—Ponte el mandil —me dice señalando vagamente el sitio donde los guardamos bajo la barra—. El turno ya ha empezado.

Alzo la cabeza.

—Gracias —murmuro tratando de que mi voz no se quiebre.

Sal no dice nada y regresa a la cocina. Yo abro ligeramente los labios tratando de contener de nuevo las lágrimas mientras finjo una sonrisa de vuelta a la que Cleo me dedica acercándose a mí. La chica ha vuelto al bosque.

Los ocho días siguientes se parecen mucho los unos a los otros. Trabajo en el restaurante de Sal doblando turno siempre que puedo y me paso las noches con Lola. Cuando le dije que pensaba mudarme de vuelta a mi apartamento, no le hizo mucha gracia, pero entendió mis motivos.

Siguiendo con la idea que tuve en el taxi sobre asegurarme un futuro por mí misma, he presentado mi solicitud para la beca McKinley Maguire para estudiar Económicas en la Universidad de Nueva York.

Donovan no ha vuelto a llamarme. No sé nada de él. Me repito constantemente que eso es lo que quiero y es mi respuesta estándar cuando Lola quiere contarme algo de la oficina. Sin embargo, en cuanto bajo la guardia, los recuerdos me sacuden cogiéndome por sorpresa. Lo echo de menos y no es una sensación que esté mitigando. Cada vez se está haciendo más y más fuerte. No me permito llorar. Lola no para de reñirme diciéndome que eso sólo va a conseguir que de repente un día

rompa a llorar en mitad de la cafetería o en la parada del autobús. No estaría tan mal. Quizá así consiga de una vez por todas que me cedan el asiento.

El viernes por la noche, al terminar el turno, Sal nos da la paga de la semana. Me guardo el sobre en el bolso y, después de despedirme de Cleo y de él, salgo del restaurante. Está lloviendo a mares, pero antes de irme a casa tengo algo que hacer.

Espero el autobús en la parada de Grand con Essex. Estoy nerviosa, pero sé que hacer esto es lo mejor. Alzo la mirada y suspiro al darme cuenta de que estoy frente al viejo taller de mi abuelo. Ahora es una lavandería. La noche es cerrada y sigue lloviendo. Creo que a mi abuelo le hubiese gustado Donovan. Probablemente lo habría mirado un segundo y después habría vuelto a meter la cabeza bajo el capó de algún coche, pero estoy segura de que, de reojo, habría visto algún detalle, como la manera en la que Donovan me cogía la mano entrelazando sus dedos con los míos y apretando con fuerza, haciéndome sentir tan segura, y habría entendido cuánto le quería. Echo de menos su mano contra la mía. Echo de menos a Donovan. Echo de menos cómo me hacía sentir. Echo de menos a mi abuelo. Ojalá los dos hubiésemos podido tener vidas más fáciles. Quizá, si yo hubiese sido una chica normal, una de aquellas rubias que esperaba la entrevista de trabajo, y él un chico normal, con una infancia corriente, ahora seríamos felices. Resoplo y cabeceo. Todo ocurre por algo, Katie Conrad. Cierro el puño con fuerza mientras trato de frenar el aluvión de lágrimas. Algún día dejaré de echarlo de menos. Nadie echa de menos eternamente a otra persona... espero.

Me monto en el 14A y observo Manhattan por la ventanilla. Adoro esta ciudad. Dejo atrás el Lower East Side, el East Village y, tras un trasbordo, Gramercy Park, el lujoso Chelsea y, por último, Midtown hasta que me bajo en la 56.

A cada barrio que he ido atravesando, me he sentido más y más nerviosa, pero extrañamente también más segura. Entro en el edificio y saludo al guardia de seguridad que, por suerte, aún se acuerda de mí.

—Quería dejar algo para el señor Donovan Brent, de Colton, Fitzgerald y Brent.

El guardia asiente y me tiende sobre el mostrador una carpeta de plástico con un formulario sujeto con una pinza. Lo firmo rápidamente y saco el sobre con mi sueldo de la semana. Las propinas no han estado mal y todavía conservo algo del dinero que los chicos me pagaron por trabajar con ellos tres semanas. Escribo «A la atención de Donovan Brent» y lo entrego.

—El señor Brent ha salido a una reunión, pero volverá en seguida —me informa—. Puede esperarlo si quiere.

Niego con la cabeza. No quiero verlo. Bueno, sí quiero, pero sé que no debo.

—Muchas gracias, pero tengo que marcharme —me excuso.

Giro sobre mis pasos y salgo del edificio. Llueve tanto o más que antes, pero sigue sin importarme. Espero de nuevo en la parada y regreso al apartamento. Nunca me gustó que Donovan pagara mis deudas, pero ahora menos que nunca. Le devolveré el dinero, aunque tenga que doblar turno todos los días.

Llego al apartamento antes de lo que esperaba. Aún con la puerta abierta, me quito las Converse y los calcetines empapados y los dejo en el recibidor.

—¡Hola! —grito al aire cerrando la puerta—. ¡Lola!

—¡En la cocina! —responde—. Estoy preparando chili. Receta de mi abuela.

Me quito el abrigo, lo cuelgo del perchero y me sacudo el pelo con los dedos. Estoy empapada. Apenas he dado un par de pasos hacia el salón cuando llaman al timbre. Giro sobre mis pies descalzos y desando el camino en dirección a la puerta. Otra vez sólo he dado dos pasos cuando llaman al timbre de nuevo e inmediatamente golpean la puerta con la mano. Frunzo el ceño. Abro la boca dispuesta a preguntar quién es, pero no tengo oportunidad.

—Katie, abre la maldita puerta —me ordena Donovan al otro lado.

No necesito verlo para saber que está furioso. Su voz exigente y dura es una prueba inequívoca de ello.

—Sé que estás ahí. Abre o te juro por Dios que tiro la puerta abajo.

Todo mi cuerpo se tensa y al mismo tiempo se enciende. El frío se me ha quitado de golpe. No quiero verlo. ¿Qué hace aquí?

—Donovan, márchate.

—De eso nada —masculla.

—¡No quiero verte! —grito tratando de no mostrar un resquicio de duda.

—Me importa bastante poco lo que quieras —me interrumpe—. ¿Cómo has podido pensar que aceptaría tu dinero?

Resoplo. Sabía que no me lo pondría fácil, pero nunca imaginé que se presentaría aquí. Tengo mis motivos y él tiene que entenderlos o, al menos, respetarlos.

—¿Y por qué a mí tiene que importarme lo que quieras tú? Pagaste mis deudas sin consultármelo y yo no quería que lo hicieras, así que ahora pienso devolvértelo.

—Katie —me reprende.

El hecho de que haya una puerta de madera entre los dos me da el suficiente valor como para mantenerme en mis trece a pensar de que su voz en esa única palabra consigue intimidarme.

—Tienes que entenderlo, Donovan.

—¿Y qué tal si tú empiezas a dejar de ser tan infantil y tan digna y haces números por una jodida vez? Trabajas en una cafetería por el puto salario mínimo y pretendes devolverme más de cien mil dólares. ¿Alguna vez piensas las putas cosas antes de hacerlas?

No lo soporto. ¿Por qué tiene que ser tan increíblemente arrogante?

—Antes se los pagaba al banco —respondo con esa dignidad de la que se queja hecha bandera.

—Y casi te mueres de una neumonía porque ni siquiera tenías dinero para pagar un médico. ¡Abre la maldita puerta!

Resoplo. Puede que tenga razón, pero no me importa. No voy a ceder. No quiero deberle nada.

—Ese es mi problema, Donovan —replico ignorando su orden—, no el tuyo.

—Tú eres mi problema.

No sé si lo está diciendo como algo malo o como algo increíblemente romántico. En cualquier caso, no puedo dejar que me ablande.

—No, dejé de ser tu problema cuando me echaste de tu apartamento, cuando empezaste a salir con otra chica, cuando, después de todo, me dijiste que no querías que yo te quisiese.

Él no dice nada y yo acabo de ser consciente de toda la rabia y la tristeza con la que he pronunciado cada palabra.

—Yo quiero que me quieras —pronuncia después de lo que me parece una eternidad con la voz de nuevo llena de ese cristalino dolor—. Katie, es lo único que quiero en esta vida, pero no podemos estar juntos, ¿no lo entiendes? Durante diecisiete años he odiado a mi padre por arrebatarme a mi madre, por obligarme a estar solo, y era una sensación con la que me había acostumbrado a vivir, pero de pronto llegas tú y me vuelves completamente loco siendo exactamente como eres y empiezo a plantearme tantas cosas, a casi ser feliz... pero la vida no es como en los libros y hay cosas que te persiguen siempre.

No sigue y mi corazón se detiene por la simple posibilidad de que se haya marchado.

—Te echo de menos —continúa sereno, triste pero al mismo tiempo con la cálida sensación de que lo que tuvimos fue real y nos marcó para siempre a los dos—. Echo de menos dormir contigo. Echo de menos llegar a casa, al despacho, y encontrarte, verte revolotear a mi alrededor. Echo de menos lo bien que me sentía cuando estabas cerca. Mi padre me quitó la posibilidad de estar contigo y eso me ha dolido más que cualquier golpe, Pecos.

Me muerdo el labio inferior con fuerza a la vez que clavo mi mirada en mis pies descalzos. Le quiero. Le quiero más que a nada.

—He sido un gilipollas. Tienes razón, no te conozco y tampoco dejé que tú me conocieras a mí. Pensaba que eso complicaría las cosas, las haría más íntimas, y ahora ya es demasiado tarde. —Otra vez calla un segundo—. Ábreme, por favor, Pecos.

Respiro hondo tratando de contener las lágrimas, pero es inútil.

—No puedo.

No puedo enfrentarme a él. Dejar que me bese, volver al paraíso que sus manos construyen para mí y después decirle adiós, porque sé que habría un adiós. Donovan no cree merecerse una relación.

—No voy a aceptar tu dinero. No puedo y tampoco quiero hacerlo. —Cabeceo. Ahora mismo es lo que menos me importa—. Y ella no es mi novia. Sólo lo fingí porque sabía que te enfadarías y así te olvidarías antes de mí. Después resultó que eso era lo último que quería. Ahí tienes los dos motivos para que un hombre esté celoso: estar completamente loco por una chica y comportarse como un auténtico idiota.

Ambos sonreímos tristes y fugaces.

—Ni siquiera la he dejado dormir en mi cama una sola vez. Tampoco la he llevado al ático o al club. No he querido estar con ella en ninguno de los sitios que estuve contigo. Pensé que querrías saberlo.

Respiro hondo de nuevo y me llevo los dedos a los dientes con la mirada clavada en la puerta. Ahora odio que esté entre nosotros. Odio todas las cosas que hay entre nosotros.

—Adiós, Katie.

Oigo un leve golpe, como si acariciara la puerta por última vez, y después sus pasos alejándose por el rellano. En ese mismo momento mi corazón cae destrozado y sollozo con fuerza. Creí que podía mantener las lágrimas y los sentimientos a raya. Ahora me doy cuenta de lo estúpida que fui. Le quiero y tengo cristalinamente claro que nunca va a dejar de doler.

—Creo que te estás equivocando.

La voz de Lola a mi espalda no me sorprende. Aún estoy repasando mentalmente una y otra vez cada palabra que ha dicho Donovan.

Me giro sin mirarla y comienzo a andar hacia la habitación. Ella no sabe todo lo que ha pasado. No sabe cómo me siento. No puedo volver a su lado para ver cómo él lucha contra todo lo que siento por él y lo que él siente por mí. No me recuperaría.

—Katie, escúchame —me llama saliendo tras de mí.

Pero no lo hago.

—Katie —vuelve a llamarme.

Finjo no oírla. No quiero hablar. Sólo quiero meterme en la cama y esperar a que sea mañana y, con un poco de suerte, haya habido un terremoto, se me haya caído una librería encima y haya perdido la memoria.

—¡Katie! —repite—. ¡Pecosa!

Esa última palabra me frena en seco. Me vuelvo y la miro confusa. ¿Qué pretende?

—¿Te das cuenta? —me pregunta con una sonrisa en los labios ante la evidencia—. No podemos elegir de quién nos enamoramos y tampoco podemos dejar de estarlo sólo porque creamos que es lo mejor.

—Él no me quiere —trato de hacerle comprender entre lágrimas.

—Por Dios, Katie, él está loco por ti, pero, cuando nunca te han querido, es muy complicado saber cómo hacerlo.

Lola se marcha dejándome con sus palabras revoloteando en mi cabeza. No sé qué hacer. No sé qué decir. No sé qué pensar. Y, la verdad, estoy completa y absolutamente muerta de miedo.

Entro en la habitación y, sin importarme que aún esté empapada, me tumbo en la cama y me acurruco con los brazos metidos bajo la almohada. No puedo dejar de pensar en las palabras de Lola. En la vida de Donovan sólo están Jackson y Colin. Se quieren como hermanos y cuidan los unos de los otros, pero los conoció con

dieciocho años. Su madre murió cuando tenía sólo seis. Eso son doce años completamente solo y asustado. Donovan dijo que ni siquiera se escondía de su padre. Seguramente era por su carácter, pero, sobre todo, porque ¿dónde habría ido? ¿Dónde se habría sentido seguro? Sin quererlo, comienzo a llorar de nuevo. ¿Cómo te recuperas de tener seis años y no sentirte seguro? Sollozo con fuerza. Lola tenía razón. Una vez que he empezado, ya es imposible parar, pero no estoy llorando por mí, estoy llorando por él.

No pego ojo en toda la noche. Cuando el sueño me vence, ya está amaneciendo.

—¡Arriba, Katie! —grita Lola entrando en la habitación y corriendo las cortinas sin ninguna piedad.

Yo protesto y me giro acurrucándome en el lado contrario. Estoy muy cansada y me duele la cabeza. No me apetece levantarme temprano mi día libre, aunque, técnicamente, ni siquiera sé qué hora es.

Lola no se da por vencida. Le oigo rodear la cama subida a un par de sus elegantes tacones y se arrodilla frente a mí.

—Katie, arriba —repite—. Ya son casi las doce.

Finjo no oírla, pero mentalmente me apunto el detalle de que por lo menos ha tenido la amabilidad de dejarme dormir toda la mañana.

—No pienso consentir que te quedes llorando, autocompadeciéndote y quejándote del chiste continuo que es tu vida ni un segundo más.

—Ey —me quejo abriendo los ojos de mala gana—, la única que puede llamar a mi vida *chiste continuo* soy yo.

Sonríe satisfecha. Ha conseguido que abra los ojos. El cómo, es un pequeño detalle sin importancia.

—Necesitaba que abrieras los ojos y el motivo no podría ser mejor. Bogart en el parque —sentencia con una sonrisa de oreja a oreja mostrándome dos entradas—. Hoy ponen *El halcón Maltés* y después *El sueño eterno*. Si no recuerdo mal, es tu película preferida —comenta fingidamente pensativa, como si no lo tuviera clarísimo. Debo haberla obligado a verla unas cien veces—. Arriba —me apremia una vez más—. Una ducha y nos vamos. Comeremos donde Nerón, un poco de tiendas y después al parque. Harper nos esperará allí.

No tengo ganas de salir, pero me obligo a poner mi mejor sonrisa. Las cosas, quizá, no están siendo tan fáciles como esperaba, pero seguro que mejorarán y Humphrey Bogart, Central Park y mis dos mejores amigas es una buena manera de empezar.

Me pongo mis vaqueros favoritos, una bonita camiseta y otro par de Converse. Las de ayer aún están empapadas.

Después de comer en NoLita y ver hasta la última tienda del SoHo, vamos en metro al parque. Por fortuna ya no llueve e inexplicablemente ha hecho un sol de lo

más agradable. Si es que nadie puede resistirse a las pelis de detectives en blanco y negro.

Harper nos espera en la parte Este del parque con una manta de *pícnic* y una cesta de mimbre que, como nos informa en cuanto estamos lo suficientemente cerca, está llena de chocolate y margaritas.

Hay muchísima gente. Va a ser genial. Caminamos entre los cientos de neoyorquinos que se dirigen a la inmensa explanada junto al lago y colocamos nuestra mantita sobre el césped. Ya está anocheciendo cuando los créditos de *El halcón maltés* aparecen en la enorme pantalla y todo el mundo perezosamente va guardando silencio. Las chicas y yo nos acomodamos en la mantita y entre risas y comentarios disfrutamos de la peli. Me estoy distraiendo y lo agradezco.

Tras un breve descanso, empieza la segunda película. Sonríó como una enana y me dispongo a disfrutarla, olvidándome de todo, cuando el ruido de un petardo me sobresalta. Me arrodillo mirando en todas las direcciones, como todos los que me rodean, pero ni siquiera tengo tiempo de otear todo el parque. El morro de un espectacular dragón chino asoma desde detrás de la pantalla.

Sonríó sorprendida y aplaudo por inercia cuando todos empiezan a hacerlo. El dragón se mueve ágil acompañado de al menos diez acróbatas que dan volteretas, hacen malabares y lanzan petardos que, tras explotar, dejan una estela de colores brillantes.

—¿Sabíais algo de esto? —pregunto sorprendida a las chicas.

Las dos niegan con la cabeza y me dedican un lacónico no. Estoy maravillada con el espectáculo que se pasea por el césped entre las mantitas, cuando un número indeterminado de hombres y mujeres vestidos con preciosos trajes tradicionales chinos aparecen no sé muy bien de dónde repartiendo galletitas de la fortuna entre todos los asistentes. La gente los recibe encantada.

Me hace ilusión coger una, pero, cuando voy a levantarme en busca de uno de los camareros, el dragón llega hasta nuestra mantita y gentil se inclina frente a nosotras para que lo acariciemos. Lo hacemos muertas de risa y lo despedimos cuando, rápido, se marcha tras la enorme pantalla seguido de los malabaristas.

Miro a mi alrededor en busca de los camareros, pero parece que ya se han marchado. Me he quedado sin galletita.

—Ha sido genial —comento encantada—, pero no entiendo por qué.

—Estarán celebrando el año nuevo chino —comenta Harper.

—El año nuevo chino es en febrero —protesta Lola.

—Pues entonces será una de esas campañas de «viaje a China, somos lo más».

Las tres sonreímos. Sea lo que sea, ha sido increíble.

Los créditos de *El sueño eterno* aparecen en la pantalla y la gente, poco a poco, se va calmando tras el revuelo del dragón. No han aparecido más que un par de líneas cuando un chico afroamericano con el pelo rapado se levanta y, visiblemente nervioso, estira un diminuto papel entre sus largos dedos.

—Leer en voz alta —comienza.

Inmediatamente capta la atención de todos, que se giran hacia él murmurando curiosos.

—Pecosa es experta en tirar Coca-Cola *light* sobre los móviles.

Lo observo boquiabierta, absolutamente atónita. ¿A que ha venido eso? ¿Cómo lo sabe? Sonrío nerviosa y sorprendida al tiempo que miro a las chicas. Ellas se encogen de hombros y niegan con la cabeza. ¿Qué está pasando aquí? El chico se sienta de nuevo. Voy a levantarme dispuesta a preguntarle cuando veo a una chica morena a unas mantas de distancia levantarse con otro papelito en la mano. Entonces me doy cuenta. ¡Son los mensajes de las galletitas de la fortuna!

—Leer en voz alta. Pecosa tiene una manera muy peculiar de dar las gracias.

Pero ¿qué está pasando? Sonrío absolutamente incrédula mientras observo cómo un crío de unos diez años se levanta a mi lado.

—Leer en voz alta. Pecosa quería ser bióloga, pero ha descu... descu... —el pequeño se traba con la palabra y su madre se pone de rodillas para decírsela al oído —descubierto —repite— cuánto le gustan los números.

Todos reímos cuando el niño saluda antes de volver a sentarse.

—Leer en voz alta —interviene un hombre a mi espalda—. A Pecosa le encantan las vistas desde su pecera.

—Leer en voz alta —continúa otra mujer en primera fila—. Pecosa tuvo su primer novio con dieciséis, pero no la llamaba Pecosa.

—¡A Pecosa le gustan las celebraciones del año nuevo chino! —grita una chica a mi espalda y todos rompen en aplausos y vítores.

No puedo dejar de sonreír.

—Pecosa es un poco bocazas —lee una chica encogiéndose de hombros.

—Aunque lo niegue, a Pecosa le encanta que Donovan la llame Pecosa.

Escuchar su nombre hace que mi sonrisa se ensanche hasta límites insospechados.

—La película favorita de Pecosa es *El sueño eterno*.

—Pecosa tiene un montón de vestiditos perfectos para ir al trabajo.

—Pecosa echa de menos a su abuelo —lee un chico a unas mantas de distancia.

Sonrío de nuevo, aunque es una sonrisa diferente. Lola y Harper se lanzan a abrazarme y acabamos las tres tumbadas sobre la mantita.

—Leer en voz alta —grita un chico desde la última fila—. Pecosa sí sabe elegir sus batallas.

Todos vuelven a aplaudir y yo rompo a reír. ¡Esto es maravilloso!

—Pecosa —me llaman a mi espalda y reconocería esa voz en cualquier parte.

Me giro con la sonrisa más sincera que he puesto nunca y allí está Donovan Brent, guapísimo como si no hubiera un mañana y sonriéndome sólo a mí.

—No digas nada —me ordena tendiéndome la mano—. Antes quiero que me acompañes a un sitio.

Acepto la mano que me tiende y todo mi cuerpo brilla cuando comenzamos a

andar y sus dedos se entrelazan con los míos apretándome con fuerza. Antes de marcharme, me giro y miro a mis amigas. Las dos me observan con una sonrisa de oreja a oreja y Lola me lanza un beso. Sé que las dos han ayudado a Donovan a preparar todo esto.

Salimos por la misma entrada por la que accedí al parque con las chicas. Miro a mi alrededor buscando el jaguar, pero no lo veo. Aún trato de encontrarlo cuando Donovan se detiene. Llevo mi mirada a lo que tengo delante y, otra vez sin poder evitarlo, vuelvo a quedarme sencillamente atónita. Es un Alfa Romeo negro Giulia Spider de 1963. Es el mismo modelo que el coche de colección que le robé. ¡Es el del anuncio de colonia!

—Pero... —murmuro con una sonrisa sin saber qué más decir.

Donovan sonrío y me abre la puerta del copiloto. Sin poder creérmelo del todo, me monto y observo desde mi asiento de piel cómo rodea el vehículo acariciando la brillante carrocería con sus largos dedos y se desliza tras el volante.

Arranca. El motor ruge. Nos incorporamos al tráfico. Todo es como imaginé. De pronto tengo la sensación de que, al pestañear, todo se ha transformado en una suave película en blanco y negro, exactamente como en el anuncio. Sofisticado, elegante, *sexy*, exactamente como es Manhattan.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

La curiosidad me está matando.

Donovan no dice nada. Sólo sonrío. Una sonrisa perfecta y preciosa en todos los sentidos.

Sorprendida, alzo la vista barriendo la inmensa fachada del Hospital Presbiteriano Universitario de Nueva York cuando nos detenemos frente al él. ¿Qué hacemos aquí? Sin darme ocasión a preguntar, Donovan tira de mi mano y entramos en el edificio. Subimos en el ascensor hasta la cuarta planta y, tras cruzar varios pasillos, nos detenemos en la puerta de la habitación 417.

Su expresión se tensa y no necesito preguntar para saber que es su padre quien está dentro.

—Katie, te dije que mi padre me quitó la posibilidad de estar conmigo, pero me estaba equivocando. Me la estaba quitando yo solo.

Suspiro bajito. Las mariposas revolotean revolucionadas en mi estómago. Donovan aprieta nuestras manos entrelazadas. Creo que él también necesita reunir fuerzas.

—Ahora hay algo que tengo que hacer y quiero que tú estés presente. Después podrás marcharte o hacer lo que quieras.

Asiento y me pierdo un segundo en su mirada. Está inquieto, pero no de la misma manera que cuando me contó todo lo que había vivido.

Donovan da un paso y agarra el pomo de la puerta con su mano libre. Sin embargo, no lo gira. Tiene la vista clavada en él y toda su expresión luce increíblemente tensa. No es un paso cualquiera. Sea lo que sea lo que piensa hacer,

marcará un antes y un después.

—Pase lo que pase, siempre vas a poder contar conmigo, Donovan. —Y ahora soy yo la que aprieta nuestras manos entrelazadas.

Mis palabras hacen que sus ojos, más verdes que nunca, atrapen los míos. Sonríe suavemente a la vez que asiento para confirmarle mi idea. Sólo por haber venido hasta aquí estoy muy orgullosa de él.

Donovan resopla y al fin gira el pomo.

Entramos con paso lento. La habitación está únicamente iluminada por un halógeno sobre la cama. Un hombre de unos cincuenta años está tumbado en ella. No sé si está dormido o sedado. Tiene algunas marcas de heridas recientes y una escayola le cubre todo el antebrazo.

Donovan se suelta de mi mano y avanza unos metros más. Su paso se vuelve inseguro, incluso asustado, y por un momento siento que es ese niño de cinco años el que se acerca a la cama. Traga saliva y, haciendo un esfuerzo doloroso y titánico, alza la mirada hasta posarla en él.

—Sólo he venido aquí para dejarte claro que no soy igual que tú.

Sus palabras suenan heridas, llenas de rabia y de dolor, desesperadas. El corazón se me encoge y un nudo de pura tristeza se forma en mi garganta.

—No voy a ser igual que tú —pronuncia haciendo hincapié en cada palabra, con los ojos vidriosos y agarrándose a la barrera de metal blanco del lateral de la cama—. Tú me arrebataste a mi madre, mi infancia...

Traga saliva de nuevo. Su mirada es tan triste.

—Me lo quitaste todo.

Sus dos manos aprietan con fuerza la barra.

Me muerdo el labio inferior, obligándome a no llorar. Por Dios, ¡ha sufrido tanto!

—Pero no voy a permitir que me quites lo único bueno que hay en toda mi maldita vida.

Su voz se llena de una cristalina fuerza al mismo tiempo que, poco a poco, el calor va creciendo en ella. Un alivio pequeño pero fuerte va cubriendo cada centímetro de su cuerpo.

—No estoy orgulloso de lo que te hice y probablemente nunca pueda perdonármelo, pero toda esa parte de mi vida se queda aquí contigo y no pienso volver a mirar atrás. Adiós. —Cierra los ojos con fuerza un segundo y exhala todo el aire de sus pulmones—. Adiós —repite, y en su mirada ya no hay miedo ni fantasmas. Donovan acaba de dejarlos todos atrás.

Camina hasta mí con paso lento. Yo lo miro con el amor corriendo por cada una de mis venas. Si antes ya me sentía orgullosa, ahora lo estoy mucho más. Acaba de demostrarme que me elige a mí por encima del pasado, de todo lo que ha sufrido, de sus propios miedos. Ha vuelto a construir nuestra burbuja y ya no va a permitir que nada ni nadie vuelva a sacarnos de ella.

Donovan se inclina y, tomando mi cara entre sus manos, me besa. Una lágrima

cae por mi mejilla, pero no es de tristeza.

Salimos de la habitación y del hospital y volvemos a detenemos junto al maravilloso Alfa Romeo. Donovan suelta nuestras manos y yo rápidamente jugueteo con las mías, nerviosa. Es el momento de decidir sobre el príncipe valiente y la chica del bosque, si este cuento de hadas tiene un final feliz o no.

—Estoy muy orgullosa de ti —digo con voz admirada.

Independientemente de lo que decidamos, quiero que lo sepa. Ni siquiera me importa que vaya a reírse de mí.

—Era algo que tenía que hacer y quería hacerlo contigo.

Asiento y sonrío.

—Quería demostrarte que quiero que las cosas sean diferentes —continúa— y, sobre todo, quería demostrarte que te conozco, que sé cómo eres, como adoro que seas, y que confío en ti.

Asiento de nuevo y me quedo en silencio luchando por no sonreír. Sé que está esperando a que le dé una respuesta, la que ya podía haberle dado en el parque en realidad, pero por una vez va a ser Pecosa quien haga sufrir al insoportable señor Brent.

—Muchas gracias —comento impertinente.

Sin más, me meto las manos en los bolsillos y giro sobre mis Converse.

—¿Te marchas?

—No lo sé —respondo mirando hacia atrás sin dejar de caminar—. No estoy segura de que te merezcas que me quede. Como primer paso no ha estado mal. A ver qué se te ocurre mañana.

Sigo caminando y mirando hacia atrás y estoy a punto de trastabillar y darme de bruces contra el suelo. Afortunadamente mantengo el equilibrio y el tipo. Se supone que estoy siendo misteriosa y sexy.

—Pecosa —me llama a mi espalda.

Me detengo. Sonrío increíblemente feliz, pero lo disimulo a la vez que me giro. Misteriosa y sexy hasta el final.

—Tu forma de darme las gracias sigue siendo, cuanto menos, peculiar —comenta acercándose a mí.

—Creo que eso lo he leído en una galletita de la fortuna —replico encogiéndome de hombros.

—Me parece que voy a tener que enseñarme modales —me advierte divertido.

—Qué mandón —me quejo contagiada de su humor.

—No sabes cuánto —responde con una sonrisa.

Donovan coge mi cara entre sus manos una vez más y me da el beso más espectacular de la historia de los besos espectaculares. Se separa de mí, dejándome ansiosa de más, sólo un segundo y mis labios reflejan la maravillosa sonrisa que dibujan los suyos antes de que vuelva a besarme.

Nuestras bocas se encuentran una y otra vez, felices, sin cargas, sin secretos, sin

batallas. Siendo simplemente él y yo.

—Te quiero, Pecosa.

—Te quiero, Donovan.

Y así, después de mil y un infortunios, libres ya del malvado rey y la hermanastra con piernas interminables, la chica pobre de la cabaña del bosque y el príncipe valiente con pelazo van a vivir felices y a comer perdices en el maravilloso reino de Nueva York.

Epílogo

Murmura algo en sueños, se mueve y se acurruca de nuevo a mi lado. Donovan Brent, eres un gilipollas con suerte. Le aparto el pelo de la cara y ella vuelve a murmurar y frunce el ceño enfadada. Parece estar mandándome al diablo en sueños por no dejarla dormir. Sin embargo, no sabe que provoca el efecto contrario y, antes siquiera de que pueda pensarlo con claridad, me inclino y la beso. Lo hago despacio, tomándome mi tiempo. Baño sus labios con mi cálido aliento y paso la lengua por ellos. Al segundo beso, Katie, aún adormilada, alza la cabeza buscando mi boca. Sonrío y me coloco sobre ella dejando que el peso de mi cuerpo haga el resto. Follármela es lo mejor de todo el jodido universo.

Durante diecisiete años me he sentido como si no perteneciese al suelo que pisaba, como si estuviese perdido, sin hogar.

Un par de gotas de agua caen sobre la cafetera. Frunzo los labios y me echo el pelo húmedo hacia atrás con la mano. Lleno dos tazas y en ese segundo la tostadora me avisa con un molesto chirrido. Saco el pan, pero me quemo los dedos y lo dejo caer de nuevo en la tostadora. Por eso yo siempre desayuno putas manzanas.

Nunca he hecho esto, pero, cuando la he visto correrse hace menos de una hora entre la pared de azulejos de mi baño de diseño y mi cuerpo, he decidido mimarla un poco. Me está volviendo cada vez más loco. Ya hace una semana que nos reconciamos y no consigo mantenerme alejado de ella. No puedo dejar de tocarla. No puedo pensar en otra jodida cosa.

Voy hasta la nevera y saco el zumo. Al cerrarla, me encuentro de cara con la foto que Katie y yo nos hicimos en el Top of the rock, el mirador del Rockefeller Center. Ella nunca había estado allí y adora tanto esta ciudad que sabía que le encantaría. La recompensa tampoco estuvo mal. Le pague cien pavos al guardia de seguridad y nos dejó quince minutos solos en el mirador. Lo suficiente para follármela contra el muro de ladrillo de estilo *art déco*.

Llaman al timbre y me sacan de mi ensoñación. ¿Quién coño es? Resoplo y, ajustándome la toalla blanca a la cintura, camino hasta el ascensor. Marco el código y un par de segundos después las puertas se abren. Una chica con uniforme de FedEx, gorra bastante estúpida incluida, aparece al otro lado centrada en la carpeta de plástico trasparente que tiene entre las manos.

—¿Señorita Conrad? —pregunta alzando la cabeza.

Los ojos se le abren como platos y durante una milésima de segundo me recorre de arriba abajo.

—¿Se... señorita Conrad? —repite.

—¿Tengo pinta de ser la señorita Conrad?

La chica niega con la cabeza y aparta la mirada algo avergonzada. Le quito la

carpeta de entre las manos, firmo y me quedo con el sobre que hay en ella. Si espero a que lo haga por iniciativa propia, podría pasarme horas aquí.

Las puertas se cierran y regreso a la cocina ojeando el sobre. Sonrío de oreja a oreja. Es del comité de la beca McKinley Maguire.

—Pecosa —la llamo—. Pecosa, mueve el culo hasta aquí —la apremio impaciente.

Este puto sobre va a alegrarle aún más el día.

—¿Qué? —responde saliendo de la habitación concentrada en recogerse el pelo en una coleta—. Aún no he terminado —se queja.

Lleva esos vaqueros que le están tan ajustados y una camiseta con una ardilla o algún otro puto animalito del bosque estampado en ella. Ahora mismo la cargaría sobre mi hombro y la llevaría de vuelta a mi habitación.

La carta, capullo. Tengo que dejar de pensar con la polla cinco putos minutos.

—Ha llegado algo para ti —digo enseñándole el sobre.

Ella mira la carta y, cuando distingue el membrete, sonrío pletórica y camina decidida hasta mí. Va a quitarme el sobre, pero yo aparto la mano a tiempo.

—Resulta que yo he recibido a la mensajera —me explico ceremonioso.

Katie se cruza de brazos y frunce los labios divertida sin apartar sus ojos de los míos.

—He tenido que abrir la puerta, esperar, firmar —continúo como si cada cosa me hubiese supuesto un mundo— y la chica me ha quitado la toalla con los ojos. Me he sentido muy violento —me lamento.

Trata de disimular una sonrisa. Su mayor problema es que le resulto divertido. No lo puede evitar y yo lo uso como otra arma más para salirme siempre con la mía.

—¿Qué quieres? —pregunta fingidamente displicente.

—Que te desnudes —respondo sin asomo de duda y sé que mis ojos acaban de brillar con el deseo puro fabricado del fuego aún más puro que me recorre indomable por dentro.

—Llegaré tarde al trabajo.

—Me importa bastante poco.

Sabe que no necesita trabajar y puede concentrarse sólo en estudiar. Si, de todas formas, quiere seguir perdiendo el tiempo en esa cafetería por el salario mínimo, por mí, perfecto. Sólo hace que me sienta todavía más orgulloso de ella por querer ganar su propio dinero. Sin embargo, no voy a permitir que me estropee los planes. Quiero hacerla gritar mientras intenta mantenerse sujeta al cabecero de mi cama. Ahora mismo esa es mi puta meta en la vida.

Katie me mantiene la mirada y yo le dedico mi media sonrisa para demostrarle que voy absolutamente en serio. Si quiere la carta, y soy plenamente consciente de cuánto la quiere, va a tener que darme lo que quiero yo. Ventajas de quien recibe al mensajero.

Finalmente resopla y de un golpe se quita la camiseta.

—Eres un cabronazo —se queja.

—Probablemente.

Cuando la tengo desnuda por completo frente a mí, pierdo la poca cordura que me queda y hago exactamente lo que llevo queriendo hacer desde que la vi salir de la habitación. Camino decidido hasta ella, la cargo sobre mi hombro y la llevo de vuelta a la cama. Katie se queja y patatea entre risas.

La dejo caer sobre el colchón y de inmediato lo hago sobre ella. Sigue riendo. Es preciosa, joder. La chica más increíble que he conocido en toda mi maldita vida.

Alzo la mano y coloco la carta frente a ella. La mirada de Katie se ilumina. Lo duda un segundo y la coge. Rasga el sobre con dedos temblorosos y saca un papel cuidadosamente doblado.

Yo ya sé lo que pone. De no hacerlo, probablemente la habría abierto en cuanto se la quité de las manos a la mensajera. Le he ofrecido volver a Columbia unas cien veces, pero ella siempre repite que quiere hacerlo por sí misma. A principios de semana llamé a uno de los comisionados de la beca. Quería asegurarme de que Katie la recibía. Sin embargo, ni siquiera hizo falta. Sus inmejorables notas el único año de universidad que cursó y su espectacular trabajo de admisión le abrieron las puertas de la beca sin necesidad de ayuda. No hay nada que me guste más que verla feliz y me gusta, quiero, tener la culpa. No voy a negar que esa llamada me cabreó. Ahora me doy cuenta de que fui un capullo. Esa cara no tiene precio.

—¡Me la han dado! —grita entusiasmada—. Donovan, me la han dado.

—Estoy muy orgulloso de ti, Pecosa.

Sus enormes ojos verdes me miran felices y no necesito nada más para volver a perder el poco autocontrol que me quedaba.

El jaguar se detiene en mitad de la calle Grand y Katie sale disparada. Llega tarde y un brillo satisfecho en mi mirada me identifica como único culpable. Me bajo del coche y, tras un par de zancadas, la cojo de la muñeca y, sin ningún remordimiento, la llevo contra la pared y la beso con fuerza. Algunas personas nos miran, pero me importa bastante poco.

—Donovan —protesta, pero me devuelve cada beso.

—¿Qué? —respondo impasible.

Me las apaño para desabrocharle el abrigo sin separarme un centímetro de ella y mis manos vuelan hasta sus costados.

—Tengo que trabajar —se queja.

No me interesa.

—Donovan —trata de reprenderme, pero su voz se funde con un delicioso jadeo. Joder.

La beso de nuevo más fuerte, más intenso. Joder, joder, joder. Tengo que controlarme. No me la puedo follar en mitad de la calle. Me separo a regañadientes.

Katie, con los ojos aún cerrados, se queda esperando un beso que no llega. Maldita sea, es perfecta, exactamente lo que deseo, lo que me vuelve loco. Poco a poco, una sonrisa va inundando mis labios, pero consigo disimularla a tiempo cuando vuelve a abrir los ojos.

—A trabajar —susurro socarrón.

Cuando asimila mis palabras, frunce los labios enfadada y me aparta de un empujón.

—Encantada de divertirme, señor Brent —comenta malhumorada.

—Para eso estás, Pecosita.

Ella me asesina con la mirada y entra en el restaurante. Sonrío encantado. Torturarla es una delicia.

A pesar del ático, de la oficina, de todas las cosas que he conseguido, nunca he sentido que tuviese algo mínimamente parecido a un hogar.

No han pasado ni cinco putos segundos cuando otra vez no me puedo contener. La sigo hasta el interior del restaurante, la cojo de la muñeca y la estrecho contra mi cuerpo.

—Vámonos a casa —propongo.

—No puedo —murmura divertida zafándose de mis brazos.

—Sí, sí puedes —sentencio volviendo a atraparla.

Joder, claro que puede.

—No, no puedo —repito empujándome divertida.

Sonrío. No sé por qué me gusta tanto la mezcla de torturarla, hacerla rabiar y al mismo tiempo que me lo ponga un poco difícil.

—Tengo que te trabajar —me advierte.

—Pues entonces tráeme el desayuno —respondo impertinente acercándome a una mesa—. Alguien me entretuvo esta mañana y ni siquiera pude tomarme un café.

Ella vuelve a fulminarme con la mirada y yo vuelvo a sonreír encantado.

—A veces no sé ni por qué te soporto —se queja fingiéndose malhumorada.

—Porque soy muy bueno en la cama.

Katie abre la boca escandalizada y yo me encojo de hombros.

—Descarado —me llama divertida antes de girar sobre sus Converse blancas y perderse en la cocina.

Cuando la pierdo de vista, recupero un poco la cordura. Le mando un correo a Jackson diciéndole que Colin y él me recojan de camino a la reunión que tenemos en TriBeCa. Su respuesta informándome de que ya están de camino no se hace esperar. De sus veinte palabras, repite unas cinco veces *gilipollas* y también hay un chiste sobre dos monos y un reloj de cuco. Es el chiste más malo que he odiao en todos los días de mi vida.

Katie regresa con su mandil negro a la cintura y una taza de café.

—¿Qué quieres comer? —pregunta jugueteando con su bolígrafo sobre la libreta de comandas.

—¿Cómo que qué quiero comer? —pregunto socarrón—. ¿Dónde están el «hola, soy Katie y voy a ser su camarera esta mañana»?

Ella frunce los labios. Apuesto a que ahora mismo quiere clavarme ese bolígrafo en la garganta.

—Si no estás contento con el servicio, puedo mandarte a Sal —me reta dejando caer la libreta de comandas sobre la mesa.

—Sal me adora desde que lo ayude con unas inversiones. Así que no me provoques —la amenazo y saboreo cada letra—... porque, si quiero, convierto esto en un bar hawaiano y te obligo a bailar el hula antes de servir cada mesa.

Katie resopla y sus increíbles ojos azules se pierden en los míos. Sé que mis palabras le han afectado de la misma manera que me han afectado a mí. Sentir que tengo el control sobre ella me vuelve sencillamente loco.

—No sé quién lo iba a pasar peor de los dos viéndome trabajar en biquini con una de esas falditas hawaianas y flores por todos lados —replica.

Ha tratado de que sus palabras suenen llenas de seguridad a pesar de que su voz es prácticamente un hilo inundado de deseo. Me la ha puesto todavía más dura.

Por un momento nos quedamos así, mirándonos, desafiándonos, deseándonos. Su respiración se acelera y soy plenamente consciente de que ahora mismo podría hacer con ella lo que quisiera. No soy gilipollas. El sentimiento es mutuo, pero ella no lo sabe y yo no lo confesaría ni en un millón de años.

Suena XO^[10] de Beyoncé.

Se marcha con paso nervioso y yo la sigo con la mirada. Joder, creo que sencillamente me he vuelto adicto. Por Dios, soy el mayor imbécil sobre la faz de la tierra o simplemente soy feliz, yo qué sé.

Estaba perdido y ya no lo estoy. Joder, no lo estoy.

Una acuciante verdad serpentea por mi columna vertebral electrificándolo todo a su paso.

Katie ha luchado por mí y, sobre todo, ha conseguido que, por primera vez en treinta y dos años, yo quisiera luchar por alguien.

Observo su libreta de comandas y una media sonrisa se dibuja en mis labios.

Estaba solo y ya no lo estoy.

Escribo algo en la primera hoja libre y, sin dudar, me levanto. Katie está atendiendo a dos mujeres a unas mesas de distancia. Me acerco y, tomándola por la cadera, la obligo a girarse. La beso con fuerza y cada puto hueso y músculo de mi cuerpo se relame. Las dos mujeres sonrían encantadas por el espectáculo. Katie gime contra mis labios. Todas sus reticencias se esfuman y me responde a cada beso en mitad de la cafetería.

—Me vuelves loco, Pecos.

Le doy un beso más corto al tiempo que dejo la libreta en el bolsillo de su mandil sin que se dé cuenta y me separo de ella.

Salgo del local sin mirar atrás. El aire frío me sacude de golpe y sonrío como un

idiota. He hecho exactamente lo que quería hacer, lo que me moría de ganas de hacer. La miro a través del enorme ventanal. Katie suspira, sonrío nerviosa a las mujeres y asiente avergonzada los comentarios de una de ellas.

Es preciosa, joder. Nunca me cansaré de mirarla.

—¿Y, por que tú estés enamorado, yo tengo que pasarme todo el puto día cruzando medio Manhattan para venir aquí? —se queja Colin mirando a su alrededor—. Vas a conseguir que acabe tirándome a alguna del Lower East Side para estar entretenido y no son muy de mi estilo.

—Creía que, si tenían dos piernas, ya eran de tu estilo —replica Jackson.

Colin bufa indignado.

—También creías que no verías a Donovan Brent con novia, y míralo —dice extendiendo los brazos y señalándome—. El siguiente eres tú.

Jackson se echa a reír.

—Soy demasiado guapo para una sola chica —añade.

—Aquí el más guapo soy yo —replica Colin.

—Por favor, *miss* Alemania y tú no me llegáis ni a la suela de los zapatos.

—Tienes razón, es imposible ser igual de gilipollas que tú.

—Ni tampoco tan rico, que no se te olvide.

—Te pegaría una puta paliza.

Los oigo de fondo pero no me importa. Katie acaba de sacar la libreta. Pasa las páginas charlando animadamente con uno de los clientes y de pronto se queda inmóvil, con esos preciosos ojos posados en cada letra que he escrito.

—Gilipollas, ¿nos vamos o qué? —pregunta Colin.

—Cállate —replico—, acabo de pedirle que se case conmigo.

Colin y Jackson me miran atónitos y yo les dedico mi media sonrisa. Joder, voy a hacerlo. Voy a casarme con ella.

Katie atraviesa la cafetería corriendo, cruza la puerta haciendo sonar la destartada campanita y se frena en seco al verme. Está nerviosa, acelerada, inquieta, feliz.

—¿En serio? —pregunta.

—No he hablado más en serio en toda mi vida.

Ella sonrío, una sonrisa inmensa llena de luz, y se tira a mis brazos. La beso con fuerza, disfrutando de la mejor sensación del mundo. Ella es mi hogar. Ella es todo lo que necesito para saber que estoy donde tengo que estar.

Me separo pero no tardo mucho en volver a besarla. Ella sonrío contra mis labios y yo comprendo que necesito ver la forma perfecta de ese simple gesto. Apoyo mi frente en la suya y la contemplo un instante.

No tengo anillo, pero rápidamente mi mente encuentra algo perfecto con qué sustituirlo. Saco su iPhone del bolsillo de su mandil ante su confusa mirada. Le quito la pegatina del unicornio y cojo su mano descubriendo hábil con el pulgar el interior de su muñeca.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella niega con la cabeza; por un microsegundo creo que dejo de respirar, pero su impertinente sonrisa elimina cualquier rastro de preocupación.

—No me lo has pedido bien —me explica.

Sonrío. Sé a qué se refiere. Y tiene razón, faltaba un pequeño detalle.

—¿Quieres casarte conmigo, Pecososa?

Katie se muerde el labio inferior tratando de darle emoción, pero acaba estallando en una perfecta sonrisa.

—Sí, claro que sí.

Le coloco la pegatina en el interior de la muñeca y la aprieto suavemente con el índice de la otra mano. No puedo más y la beso. Nuestras manos se deslizan la una sobre la otra hasta entrelazarse.

La beso dejándome llevar por todo lo que me hace sentir, por todas las cosas que ha conseguido que me plantee, por haberme convencido de que podía ser feliz.

—Te quiero —murmura contra mis labios.

Nunca he tenido más claro cuál es mi lugar en el mundo.

Agradecimientos

Este libro está dedicado al hombre de mi vida. Giuseppe, me quieres, me apoyas y me haces reír. Quiero pasar cada uno de mis días a tu lado.

A Pasquale. Eres mi hombrecito, la cosa más bonita, perfecta y preciosa que tendré jamás. Te quiero y estoy muy orgullosa de ti.

A mis padres y a toda mi familia, tanto aquí como en Italia o en el rinconcito del mundo en el que estén. Aunque no nos veamos y aunque nos veamos y discutamos, os quiero muchísimo.

A Carmen. Este libro más que ningún otro es tan tuyo como mío. Todavía nos recuerdo en aquella terraza mientras me decías muy convencida: «Deberías verlo, es el tipo de protagonista que nos gusta». Desde ese momento hasta ahora han pasado muchas cosas, pero entre nosotras todo sigue igual. Muchas gracias por todo lo que haces por mí.

A Esther, mi editora. Eres una gran jefa. Una vez dije que me había tocado la lotería contigo y cada día tengo más claro que no me equivoqué. Me ayudas, me apoyas, me aconsejas y tienes una paciencia infinita. Muchas gracias.

A Tiaré. Pronto estaremos escribiendo agradecimientos juntas. ¡Qué ganas tengo de que llegue ese momento! Mientras tanto, y como siempre, sólo puedo sentirme inmensamente agradecida por todo el tiempo y el talento que me dedicas. Eres la mejor.

A las chicas, Silvia, Montse, Aroa (y otra vez Tiaré). Es urgente que quedemos, nos bebamos unos cuantos Martini Royale y brindemos por todo lo alto. Os quiero mucho.

A todas las chicas del grupo de Facebook Aquí manda Ryan Riley chicas. Os apuntáis a un bombardeo y estáis las primeras cuando os pido algo. Sois increíbles y no me cansaré de repetir la suerte que he tenido de encontraros.

Escribir me ha dado muchas cosas, pero, sobre todo, me ha brindado la posibilidad de conocer a unas personas maravillosas. Junto a las que ya he nombrado, no puedo dejar de acordarme de Nacary, Irene, Jessica, Rita, Chloé, Noelia, Patricia, Campanilla, Patri, María, Loli, María Bella, Beatrice, Adeila, Marcela, María José, Noe, Emma, Sam, Scarlett, Lau, Cecilia, Rebekah, Pamela, Beatriz, María Karina, Elena... y alguna de la que seguro me estoy olvidando. Un besazo enorme, chicas.

A todos los del sello editorial Zafiro. Sois unos profesionales extraordinarios, con un lado humano que no se queda atrás. Muchas gracias por todo lo que hacéis.

Notas

[1] *Style*, Big Machine Records, LLC., interpretada por Taylor Swift. (N. de la E.) <<

[2] *Sympathy for the devil*, ABKCO Music & Records Inc., interpretada por The Rolling Stones. (N. de la E.) <<

[3] Véase nota 2. <<

[4] *Pyro*, RCA Records Label, interpretada por Kings of Leon. (*N. de la E.*) <<

[5] Véase nota 2. <<

[6] *This summer's gonna hurt like a motherfucker*, SUDGEE 2 MUSIC, KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED Y MXM MUSIC AB, interpretada por Maroon 5. (N. de la E.) <<

[7] *XO*, Parkwood Entertainment/Columbia, interpretada por Beyoncé. (*N. de la E.*)

<<

[8] *We got the world*, Record Company TEN, interpretada por Icona Pop. (N. de la E.)

<<

[9] *Stay with me*, Capitol Records Ltd., interpretada por Sam Smith. (N. de la E.) <<

[10] Ver nota 7. <<